
MATRIOSKA
NOELIA FRUTOS

Matrioska

NOELIA FRUTOS

Table of Contents

Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31

Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Epílogo
Agradecimientos
Sinopsis
Nota de Autor

© Todos los derechos reservados
No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Título: *Katrina*
© *Noelia Frutos*

Edición publicada en mayo de 2025

Corrección: *Nía Rincón*
Diseño de portada y contraportada: *Lady Fuxia*
Maquetación: *Noelia Frutos*
Imágenes de portada e interior*: Freepik y Word.*

«Cada persona que pasa por nuestra vida es única. Siempre dejan un poco de sí y se llevan un poco de nosotros. Habrá los que se llevan mucho, pero no habrá de los que no nos dejarán nada. Esta es la prueba evidente de que dos almas no se encuentran por casualidad».

José Luis Borges

Advertencia:

Esto no es un *Dark Romance*, pero cuidado, hay escenas que podrían herir sensibilidades. Al igual que prometo que hay otras que te arrancarán más de un suspiro y, por qué no decirlo, alguna que otra sonrisa.

Léelo bajo tu responsabilidad, prometo mucho de los dos últimos.

Prólogo

Debí imaginar que en la belleza más impresionante se esconden los verdaderos monstruos.

Siempre me han dicho que soy demasiado curiosa, que mi actitud intrépida no haría más que meterme en líos. Nunca hice caso, más bien me daba más fuerzas para sublevarme, para sacar a flote ese lado rebelde y hedonista que gritaba por salir.

Pero ¿qué sabré yo de hedonismo?

Ahora entiendo que el hedonismo radical no conoce de límites y sostiene que todos los placeres físicos deben ser satisfechos sin ningún tipo de restricción, por mucho que dichos actos sean moralmente cuestionables.

Mis pulmones se resienten dentro de mi pecho. El aire me sale entre jadeos desesperados, a pesar de eso, no dejo de correr.

Nunca sabemos cómo vamos a reaccionar ante una situación de pánico. Creí que llegado a ese punto me paralizaría, dejaría que el miedo se arrastrase a través de mi cuerpo y se adueñase de mi propio ser. Sin embargo, el ser humano es un auténtico superviviente y frente a una situación de peligro lucha justo por eso, por sobrevivir.

Apenas soy consciente del dolor punzante que siento en las plantas de los pies desnudos. En cómo las piedras y ramas laceran mi piel en cada una de mis zancadas. Ni siquiera pierdo el tiempo en mirar hacia atrás para comprobar si me siguen, sé que lo hacen. He visto demasiado y no me dejarán marchar hasta que consigan atraparme.

Porque por mucho que huya, por más que intente escapar, siento en cada fibra de mi ser que es una mera ilusión. Que estoy agotándome para un final que ya está escrito.

La poca luz que proyecta la luna entre las copas de los árboles no ayuda en mi avance. Tampoco el antifaz que cubre la parte superior de mi rostro.

Es paradójico que algo que siempre me pareció de lo más sensual y hermoso sea lo que me restrinja en mi huida. Pero no tengo tiempo de entretenerme en desatarlo y deshacerme de él. Perdería unos segundos demasiado valiosos entre mis captores y yo.

Reboto hacia atrás y la garganta me arde al soltar un sollozo al comprobar que la tela de mi vestido, con diminutas piedras de Swarovski, se queda enganchada en una rama, impidiéndome continuar.

«No. No, no, no…», me lamento a la vez que tiro con todas mis fuerzas para conseguir desgarrar el tejido. Mi esfuerzo es en vano. Oigo el sonido de las hojas secas al ser pisadas y, por primera vez desde que me vi envuelta en esta pesadilla, me quedo paralizada. Los únicos movimientos que soy capaz de ejecutar son el de mis temerosos temblores.

Solo asistía a estas fiestas para impresionarlo. Quería que al fin se diese cuenta de que existía, que viese en la mujer que me he convertido por y para él. Que le quedase claro que no me asustaría ni amilanaría el pertenecer a este mundo. Y lo único que he conseguido es tentar a la muerte y perder la batalla.

Porque si algo tengo claro es que, en cuanto consigan ponerme las manos encima, ese será mi destino. Uno para el que nadie, por muy osado e intrépido que juegue a ser, está listo.

Pablo Neruda dijo: «Si nada nos salva de la muerte, al menos que el amor nos salve de la vida».

Los pelos de la nuca se me erizan, levanto la mirada y toda la adrenalina que sentía hasta ahora se diluye.

Ante mí tengo a mi amor, al hombre por el cual estaba dispuesta a dar mi vida —y ahora terminará sucediendo—, a mi verdugo…

Vocalizo su nombre, pero ningún sonido sale de entre mis labios.

Las lágrimas silenciosas me empañan la mirada, aun así, no dejo de mirar sus ojos. Unos ojos donde antes veía mi futuro a su lado y que ahora solo están vacíos. Ningún sentimiento los recorre; ni remordimientos ni tristeza, ni siquiera ira.

«La más absoluta nada», pienso cuando alguien a mi espalda me pone un saco negro en la cabeza; por su tacto, al rozar mis mejillas, es de terciopelo. Y así, sin palabras y con un solo gesto, me sumo en la más absoluta oscuridad.

Quizá sea lo mejor porque en mis últimos momentos, mientras el corazón me bombea frenético, me pregunto…, ¿para qué amar si justo es ese amor el que al final te llevará a la muerte?

Sé a dónde regreso. Vuelvo a ser arrastrada de nuevo al infierno. Donde en cada subasta respiro la depravación, el vicio, la corrupción y la perdición en los pujadores, pero donde también se percibe el miedo, la desesperación, el abatimiento de las víctimas o los lotes, como suelen llamarnos.

Todo lo que he soportado, toda la denigración a la que he sido sometida la aguanté por mis ansias de tener una única oportunidad y escapar. Ahora que la he desperdiciado, ¿lo aguantaré? ¿Cómo? Sabiendo quién se oculta en realidad tras la Sombra.

Mi corazón se rompe en mil pedazos junto a lo único que me quedaba, la esperanza de escapar, de poder dar la voz de alarma y ayudar a todas esas personas que, como yo, solo somos simples peones.

Privada de uno de mis sentidos, como es la vista, todos los demás se agudizan. Por esa razón, noto, incluso antes que sentirlo, como una mano se envuelve a través de mi garganta, al punto de estrangularme, y tiran de mí para que mi cuerpo magullado se incorpore.

Protestaría si me quedasen fuerzas, pero parece ser que hasta eso me ha abandonado.

—¿Creías que podrías escapar de mí? ¿Qué serías capaz de hacer lo posible para que me atrapasen?

No respondo. Llevo demasiado tiempo cautiva para saber que contestar solo agravará aún más mi situación.

—Nadie podrá rescatarte, ¿sabes por qué? —Aprieta sus dedos y la sangre me bombea frenética en el cuello—. Porque los muertos no cazan sombras.

Y le creo.

Ahora más que nunca sé que, cualquiera que intente acercarse para descubrir quién es la Sombra, será su sentencia de muerte.

Capítulo 1

Alina

Siempre me ha gustado el sonido de la lluvia golpeando con fuerza los cristales de la ventana, su tamborileo constante llena el silencio. Puede que sea producto de que esa ausencia de sonido me resulte aterradora, ya que hace que me abrace la más absoluta soledad.

Estoy sentada en un sillón, con un libro abierto sobre las piernas, pero no leo. Mis ojos recorren las líneas sin procesar una sola palabra. Algo me tiene inquieta, aunque no sé el qué.

Es una de esas noches en las que parece que el aire pesa más, como si el mundo estuviera conteniendo el aliento.

La puerta de la biblioteca, mi rincón favorito de esta desconocida casa, se abre de golpe, sacándome de mis pensamientos. No me molesto en mirar. Sé quién es. Solo Vladimir tiene la costumbre de irrumpir en mi vida como si tuviera todo el derecho del mundo. Deja su abrigo empapado sobre una silla y el ruido de las gotas cayendo al suelo llena la habitación. Su silencio me pone en guardia. Alzo la mirada. Su expresión es una mezcla de gravedad y algo que no logro descifrar del todo.

Mi hermano, Vladimir Pavlov, es un hombre que no pasa desapercibido. Es alto y esbelto, con un atractivo cautivador a la par que intimidante. Él es conocedor de ese influjo que despierta en los demás y se aprovecha de ello, pero a mí no me afecta. Yo soy la única que capto la fachada que muestra al mundo. Debajo de todas esas capas está el único familiar que ha demostrado una pizca de cariño hacia mí.

—¿Qué haces aquí? —pregunto sin molestia, pero con la suficiente frialdad como para que sepa que no estoy de humor. Me siento como el tiempo que azota en el exterior: revuelta.

Vladimir no responde de inmediato, solo aprieta los dientes, consiguiendo que un músculo en su mandíbula tiemble. Con pasos seguros, aunque tranquilos, camina hacia el centro del salón, deteniéndose a unos metros de mí. Parece elegir sus palabras con cuidado, algo que no es propio de él. Noticias de última hora: mi hermano es directo, franco e insensible la mayoría de las veces. Solo para que puedas entender en qué mundo me he criado, o no criado debería decir, ya que la mayor parte de mi vida la he pasado en prestigiosos colegios internos.

Le aguanto la mirada, yo también soy una Pavlov y sé jugar a este juego. Finalmente, lo suelta. Y creo que no estoy preparada para escuchar lo que tiene que decir.

—Nuestro padre ha muerto.

La noticia cae como un martillo. Lo miro de hito en hito, tratando de encontrar alguna señal de mentira, pero no la hay. Mi cuerpo se tensa, aunque no estoy segura de qué siento. No es tristeza. ¿Puede que sea incredulidad, o tal vez sea alivio? Parpadeo, guardándome todas las emociones que bullen en mi interior y solo tardo unos segundos en responder.

—¿Qué esperas que haga con esa información? —lanzo la pregunta cerrando el libro con un golpe seco. Mi voz suena fría incluso para mis propios oídos.

Si en algo nos diferenciamos mi hermano y yo, además del físico, él con su pelo oscuro y sus ojos avellana y yo con mi pelo rubio y mis ojos azules, es en que él es pura frialdad y yo soy un volcán a punto de entrar en erupción.

Pero he sabido adaptarme a la vida que me rodea y he aprendido a camuflar mis emociones, mis sentimientos y arroparlos con una manta de indiferencia.

El ceño de Vladimir se frunce. Siempre ha tenido esa habilidad para mirarme como si yo fuera la que está equivocada. Al hacerse responsable de mí, cree que debo pensar y sentir según su criterio.

—Es nuestro padre, Alina —dice, como si eso lo explicara todo.

Una risa amarga escapa de mis labios antes de que pueda detenerla.

«No puede haber dicho eso. Justo él no».

Me levanto del sillón y camino hacia la ventana. La lluvia sigue cayendo, las gotas se deslizan por el cristal como si fueran lágrimas. Mis manos tiemblan ligeramente, pero las escondo detrás de mi espalda para que no vea que me afecta lo que pueda opinar de mi reacción distante.

—¿Nuestro padre? —repito, girándome para enfrentarlo. Mi voz está cargada de sarcasmo—. ¿Te refieres al hombre que me culpó por la muerte de nuestra madre? ¿El que me ignoró toda mi vida porque yo no era lo que él quería? No, Vladimir. Ese hombre puede que fuera tu padre, pero nunca, en todos estos años, demostró que era el mío.

Vladimir y yo nos llevamos doce años de diferencia. A mis padres les costó muchos años concebir. Tras tener a su primogénito, siguieron intentando aumentar la familia. Era el mayor deseo que tenía mi donante de esperma, quiero decir, mi padre, pero por más que lo intentaron, no eran capaces. Las veces que mi madre quedó embarazada siempre acababa sufriendo abortos espontáneos. Fueron muchos, demasiados los que el cuerpo de una mujer, física y mentalmente puede soportar. Sin embargo, para unos de los grandes jefes de los *vory v zakone*, poco le importaba la salud de su esposa.

Tras una década en la que mi madre era tratada únicamente como un recipiente de crear estirpe, se obró el milagro y su último embarazo, gracias a estar recluida y en absoluto reposo y abandono, llegó a buen puerto y nací yo. Pero la desgracia hizo que me apoderase de las pocas fuerzas que le quedaron a mi madre para cumplir el ansiado deseo de su marido y le robé su último resquicio de vida.

¿Creéis que mi padre supo apreciar el regalo que tanto esfuerzo le costó ofrecer a su mujer? Por supuesto que no. Él me maldijo por ser una niña. Por arrebatarle la vida a la única mujer que le podría dar descendencia. Me desechó al cargo de amas de cría y más tarde en centros internos para que me educasen. Pero el peor castigo fue que me condenó a un destino que ni pedí ni elegí.

Veo como mi hermano aprieta los labios y sus ojos se endurecen. No obstante, no retrocede. Nunca lo hace. En lo más

profundo de su ser sabe que llevo razón. La muestra es que Vladimir, el hombre que tengo ante mí, fue el único que se apiadó de mí y cuando fue mayor de edad ejerció de figura paterna para mí.

—No estamos hablando de sentimientos —responde con ese tono autoritario que siempre usa con sus hombres. Y que sabe que odio en las pocas ocasiones que lo emplea conmigo—. Esto es sobre lo que viene ahora. Tengo que viajar a San Petersburgo. Voy a asumir mi lugar como el nuevo *pakhan*.

¡Ahí está! La verdadera razón por la que ha venido. No para informarme, no para compartir el peso de la noticia, sino para dejar claro que su vida sigue adelante, que ahora él es el heredero del poder que le corresponde por legado.

Un repentino frío se me cuela en el cuerpo.

—Por supuesto. —Suelto un resoplido, cruzando los brazos sobre el pecho—. El gran Vladimir Pavlov, el nuevo *pakhan*. ¿Y qué pasa conmigo? ¿Estoy libre al fin? ¿O planeas continuar con las ideas de control de nuestro querido padre?

Su mirada cambia. Por un instante creo ver compasión en sus ojos, ver al hermano que he admirado y, aunque no se lo exprese, quiero. La única persona que he sentido, aunque sea en la distancia, que se ha preocupado por mí, pero esa percepción dura poco y vuelve a alzar los escudos.

—Alina… Sabes que esto no cambia nada para ti. —Su voz es firme, aunque suena cansada. Como si estuviera explicando algo obvio—. Sigues siendo la Matrioska de la familia Pavlov. Cuando cumplas veinticinco años tendrás que casarte con quien sea más conveniente para la familia. Es tu deber.

La palabra «deber» me golpea como un puñetazo. La odio. Odio el castigo que me preparó mi padre. Mi respiración se acelera y siento como la ira comienza a arder en mi interior y ese volcán arrasa con la frialdad que he intentado aparentar.

Me acerco a él, mis pasos resuenan en el suelo y me planto delante suya.

No debería haber aceptado su oferta de venir una temporada a vivir con él, debería haberme mudado con Sheila cuando terminé la carrera. Pero cuando no tienes a nadie de tu familia que luche por ti,

cualquier muestra de afecto que te ofrezcan te aferras a ella con total esperanza.

—¿Mi deber? —repito, casi escupiendo las palabras—. ¿Eso es todo lo que soy para ti? ¿Un símbolo? ¿Una pieza en el tablero de ajedrez de la familia?

«¿Por qué duele tanto? Debería estar acostumbrada», pienso, sintiendo una opresión en el pecho.

—Esto no se trata de mí. —Su voz baja un poco, aun así, siento que quiere imponer su autoridad—. Es sobre la familia, Alina. Sobre lo que representamos.

—i¿La familia de quién?! —grito, incapaz de contenerme—. Siempre la maldita familia. Todo lo que he hecho, todo lo que he soportado ha sido por esa familia. Y todo lo que he recibido a cambio son cadenas. ¿Crees que no sé lo que significa ser la Matrioska? Es una vida de obediencia, de sacrificio, de no tener derecho a nada. Ni siquiera a mí misma. Como le ocurrió a nuestra madre.

La barbilla me tiembla cuando la congoja se apodera de mí. Vladimir se tensa y aparta la mirada, incómodo, pero no me detengo. No lo hago porque creí que él me dejaría escapar de mi destino, que una vez que él estuviese al mando de la Bratva recapacitaría y se daría cuenta del disparate.

—Pensé que, con la muerte de ese hombre, tal vez podría librarme de todo esto, pero ahora veo que tú eres igual que él.

Mi voz se rompe, solo que no me importa. Necesito que lo entienda.

—¡No soy igual que él! —espeta, dando un paso hacia mí. «No, y eso es lo que más me duele», estoy a punto de decir. Sus ojos, normalmente fríos, están llenos de remordimientos—. No elegí esta vida, Alina. Ninguno de los dos lo hicimos, pero alguien debe mantener el orden. Alguien tiene que proteger a la familia.

—¿A qué precio, Vladimir? —le pregunto bajando la voz, cargada de todo el veneno que siento—. ¿Mi libertad? ¿Mi vida? Porque eso es lo que me estás pidiendo. Que sacrifique todo para ser lo que tú necesitas que sea.

El silencio se instala entre nosotros, tenso, pesado. Sacude la cabeza y sé que he perdido. Que en esta batalla ni siquiera tenía una nimia oportunidad de pelear.

—Esto no es un juego, Alina. Es la realidad. —Su tono vuelve a ser frío ahora, cortante.

—Te pareces más a él de lo que imaginaba —murmuro decepcionada—. Eres el digno sucesor de la Bratva.

Lo miro, sintiendo que algo entre nosotros se rompe. Junto a esa ruptura, algo más se despierta en mi interior. Una determinación que hasta ahora no sabía que tenía.

—Es nuestro sino.

—No cuentes conmigo. —Mi voz es baja, pero cada palabra es una promesa—. Si crees que voy a obedecerte, es que realmente no me conoces. No soy tu peón, Vladimir. Y si tengo que luchar contra ti para recuperar mi vida, lo haré.

Por un instante parece sorprendido, nunca antes le he llevado la contraria. Acataba cada una de sus palabras pensando que siempre me protegería, que llegado el momento alzaría la voz en mi nombre y se pondría de mi lado. Qué equivocada estaba…

Recupera la compostura con rapidez, se da la vuelta y toma su abrigo.

—No tienes elección —sentencia sin tan siquiera mirarme—. Regresaré después del funeral. —Sus palabras son duras, como si quisiera dejar claro que no habrá más discusiones—. Piensa bien lo que estás diciendo y recapacita, Alina. Esto no termina aquí. No quiero convertirte en mi enemiga.

Lo veo salir, cerrando la puerta tras de sí, y me quedo en el centro de la biblioteca, con el sonido de la lluvia como único testigo de nuestra pelea.

Respiro hondo, intentando calmar el caos en mi pecho y sintiéndome más sola que nunca. Hasta este momento Vladimir ha sido mi constante, la persona que hacía que no me sintiese una huérfana, una desamparada. Qué estúpida he sido, ¿por qué pensaría que él me vería por lo que soy, simplemente como a su hermana y no como una pieza de valor para los negocios familiares?

No me arrepiento de mis palabras ni pienso retractarme. No esta vez. Si Vladimir cree que voy a aceptar mi destino sin luchar, no me conoce en realidad.

No seré la marioneta de nadie.

Camino hacia la cocina y me sirvo un vaso de agua. Necesito calmarme, pensar con claridad, pero incluso mientras bebo, sus palabras resuenan en mi cabeza: «No tienes elección».

«Sí que la tengo», me digo a mí misma. Y encontraré una manera de salir de esto.

Un sonido detrás de mí me hace girarme con rapidez. Ahí está ella, apoyada contra el marco de la puerta como si disfrutase ver cómo me desmorono. Aunque, pensándolo bien, sé que está regocijándose la muy…

Larisa es la esposa de Vladimir. Tan perfecta como siempre, con su cabello rubio cuidadosamente peinado y ese vestido *beige* que le da un aire de inocencia. Para el mundo, Larisa es la esposa ideal: encantadora, sumisa, devota. A mí no me engaña, desde que la conocí supe ver su verdadera cara. Debajo de esa delicada apariencia hay toda una hiena.

—Deberías bajar la voz cuando discutes, Alina —dice, negando con la cabeza como si estuviese defraudada. Me dedica una sonrisa que no llega a sus ojos—. Nunca sabes quién podría estar escuchando.

—Y tú no deberías de espiar a hurtadillas, no es propio de alguien con tanta clase —suelto con sarcasmo.

Dejo el vaso en la encimera y me cruzo de brazos, preparándome para lo que venga. Nunca aparece sin motivo, y rara vez es agradable.

Larisa camina con lentitud, contoneando sus caderas, hacia la mesa. Desliza los dedos por el borde como si estuviera inspeccionando el polvo y hace un mohín con sus labios.

—Escuché a Vladimir alzar la voz. Eso no es propio de él. —Levanta la vista y sus ojos grises me atraviesan como cuchillos—. ¿Qué le has hecho ahora?

«Claro, que qué le hecho yo. Como si mi hermano fuese un santo bendito y no se alterase por cualquier cosa…», bufo.

—Nada que no mereciera —respondo con un tono más ácido del que pretendía.

Ella sonríe, pero no es una sonrisa amable. Es la de alguien que disfruta viendo debilidad en otros.

—Pobrecito mi Vladimir. Siempre tan paciente contigo. No sé cómo lo soporta, cómo sigue cargando con la díscola de su hermana.

—La verdad es que yo tampoco. —Le devuelvo la sonrisa, aunque la mía es más de desafío que de otra cosa—. ¿Por qué estás aquí, Larisa? ¿No tienes alguna obra de caridad que organizar?

—Oh, cariño, vine a consolarte. —Se inclina un poco hacia mí, como si me confiara un secreto—. Debe ser tan difícil para ti saber que tu hermano también está dispuesto a usar tu vida como moneda de cambio. Qué cruel.

Su tono de fingida dulzura me pone los pelos de punta. La conozco lo suficiente como para saber que no ha venido a consolarme. No puede haber compasión en alguien que siempre me ha mirado como si fuera una mosca a la que quiere aplastar.

—Gracias por el ofrecimiento, cuñada —digo esta última palabra como si se tratase de un insulto—. Para tu alegría, no necesito tu consuelo —declaro, intentando mantener la calma—. Si por el contrario has venido a revolcarte en mi desgracia, no voy a darte el gusto.

—¿Revolcarme en tu desgracia? —Se echa a reír, una risa ligera y encantadora que cualquiera podría confundir con sinceridad, pero yo sé la verdad—. No seas ridícula, querida. Solo estoy aquí para recordarte que no importa cuánto te resistas, el destino siempre encuentra su camino. Y tú… Tú ya tienes el tuyo escrito.

La manera en que lo suelta me pone en alerta. Larisa no suele ser tan directa. Siempre prefiere insinuaciones y pequeños comentarios envenenados. Sin embargo, algo en su tono me dice que tiene un plan en mente y mi lado curioso teme descubrir de qué se trata. Viniendo de ella, sé que no me va a hacer ni pizca de gracia.

—¿Qué estás insinuando? —pregunto sin poder evitarlo.

«¿Por qué seré tan transparente para todo el mundo? Me ponen una zanahoria enfrente y siempre, siempre acabo mordiéndola», me lamento.

Ella continúa sonriendo, observándome con detenimiento y jugueteando con un anillo en su dedo. Cuando siente que estoy a punto de gritar por este sucio juego psicológico al que le encanta jugar, se le borra la sonrisa de sus labios y esta vez no hay rastro de la máscara que suele usar frente a los demás.

—Estoy diciendo que estoy deseando que Vladimir te prometa con Viktor. —Su voz es suave, pero sus palabras son como un látigo —. Un matrimonio perfecto, ¿no crees? La futura Matrioska de los Pavlov unida al hombre más leal de la familia.

Mi corazón se detiene por un segundo.

«¿Viktor? ¿Su primo? No, no… Eso sí que no. Vladimir no sería capaz, ¿verdad?».

Un hombre frío y cruel que no ve a las mujeres como personas, sino como posesiones. Un hombre que me ha mirado más de una vez como si ya le perteneciera y me odiase por privarlo de tenerme.

—Vladimir no haría eso —verbalizo, aunque incluso a mí me cuesta creerlo.

—¿No? —Larisa levanta una ceja, divertida—. ¿Acaso no te lo ha dejado claro? No tienes opción, Alina. Y cuando te cases con Viktor, toda la familia Pavlov estará bajo nuestro control. El control de los Ramminov.

El golpe de sus palabras es peor que cualquier bofetada. La razón de su odio hacia mí se aclara de repente, como si hubiera estado ciega todo este tiempo. Larisa no me desprecia porque yo sea un recordatorio de la tragedia que persigue a mi familia, me desprecia porque me ve como un obstáculo.

Soy la última pieza que necesita para consolidar su poder.

—Esto no es solo sobre mí, ¿verdad? —digo, avanzando un paso hacia ella—. Quieres que Vladimir me case con Viktor para que tú y él podáis manejar todo desde las sombras.

Larisa sonríe satisfecha de que al fin lo haya entendido. ¡Ahí está la hiena!

—Eres más lista de lo que pensaba. —Me mira con un odio visceral—. No te hagas ilusiones, Alina. Puedes gritar, llorar o patalear todo lo que quieras, pero al final harás lo que se te diga. Porque no eres nada. No tienes a nadie que te ayude, quien te proteja.

Me quedo en silencio, la rabia burbujeando bajo mi piel. Quiero gritarle, quiero decirle que no tiene idea de lo que soy capaz, pero no lo hago porque tiene razón en algo. Estoy sola, solo tengo a Sheila, pero ni por mucho que ella lo intente, quién somos nosotras dos solas para luchar contra una organización criminal.

Si quiero salir de esta, si quiero tener una mínima oportunidad, tendré que encontrar mi propio camino.

Larisa recoge un botellín de agua, sintiéndose vencedora, me dedica una mirada llena de altivez y se dirige hacia la puerta. Antes de salir, se detiene y me lanza una última mirada.

—Disfruta de tu libertad mientras puedas, querida. Tu tiempo se está acabando.

La puerta de la cocina se cierra y me quedo ahí, con el sonido de sus palabras resonando en mi mente. La rabia se mezcla con el miedo, pero no dejo que me consuma. Si Vladimir y Larisa piensan que pueden controlar mi vida, tendrán que enfrentarse a algo que no esperan.

No seré su peón. Ni tampoco seré su matrioska.

Capítulo 2

Alina

El volante tiembla bajo mis manos, aunque no sé si es el coche o mis propios nervios. Mi pie apenas presiona el acelerador mientras conduzco dirección a Málaga, y la discusión tanto con Vladimir como con Larisa se repite en mi mente. «¿De verdad mi hermano está considerando casarme con Viktor?». Me recorre un escalofrío solo de pensarlo.

Mi futuro siempre estuvo marcado, sabía que en algún momento mi pesadilla particular se haría realidad, sin embargo, lo veía tan lejano e improbable que me autoengañé pensando que nunca llegaría a suceder.

No dicen eso de ¿si no está pasando no es real? Ahora más que nunca soy consciente que he sido una estúpida, he vivido en un mundo utópico donde creía que a la larga tendría elección y mi vida cambiaría.

Río amargamente, un sonido seco y vacío que se pierde en el interior del coche.

Pienso en Larisa, con su perpetua expresión de suficiencia, cómo espera el momento propicio para coronarse como la nueva reina de la mafia rusa. ¿Ella quiere el título de matrioska? Se lo regalo encantada…

¿Cómo puede estar tan ciego mi hermano? Con lo listo que es, ¿cómo no se da cuenta de la hiena que duerme a su lado? O quizá sí lo sepa y le da exactamente igual.

Ellos nunca han sido un matrimonio al uso. Llevan juntos más de media vida, pero las infidelidades por parte de Vladimir no son ningún secreto.

Larisa fue una constante en mi vida al igual que mi hermano. Cuando la conocí siendo apenas una niña, estaba emocionada por al

fin tener una figura femenina a mi alrededor. Fue en una de mis pocas salidas del internado.

Mi padre me quería lo más lejos posible de él, por eso, con tan solo seis años, me mandó a un centro en España. Las Hermanas de la Asunción es un colegio de monjas exclusivo para niñas en Málaga, la gran mayoría sin familiares fuera de sus muros, pero con un cuantioso fideicomiso. Por esa razón, en un principio no entendía por qué estaba allí. Yo tenía un padre, un hermano, sin embargo, me sentía igual de abandonada que mis compañeras. Como digo, pocas eran las ocasiones en las que salía. Solo Navidades, vacaciones o algún cumpleaños es lo que he compartido con los de mi propia sangre.

Una Navidad, en la que viajé a San Petersburgo, conocí a la que se convertiría en mi cuñada.

Larisa es diez años mayor que yo, a sus veinte años por aquel entonces ya se apreciaba lo hermosa que era y lo entregada que estaba en convertirse en la mujer del futuro *pakhan*. Exudaba glamour y elegancia en cada uno de sus gestos, en cada palabra que salía por aquella boca pintada de su característico carmín burdeos.

—Alina, ella es Larisa, mi prometida —me la presentó Vladimir. En sus ojos y expresión corporal se notaba el orgullo al pronunciar esas palabras.

Con la timidez que me caracterizaba a los diez años, la miré por debajo de mis pestañas rubias y dije con bastante esfuerzo, ya que el idioma ruso lo tenía muy oxidado, pues en español era el que normalmente utilizaba.

—*Ty tozhe budesh' moyey starshey sestroy?*

—Por supuesto, si tú quieres también seré tu hermana mayor —me contestó en un perfecto castellano que me sacó una sonrisa.

Creo que en ese momento también me enamoré de ella como le pasó a Vladimir, que la miraba con adoración.

Solo tardaron en casarse apenas unos meses, la familia Pavlov y los Ramminov quedaron unidas por aquel enlace. Sin embargo, el amor… Ese amor místico y puro que yo creí percibir, se esfumó tan pronto que he llegado a dudar si alguna vez existió.

Mi hermano, a pesar de su juventud, siempre ha tenido buen olfato para los negocios y se volvió un hombre frío y calculador, un tiburón en los negocios. Algo que fue el detonante en la tensa relación entre mi hermano y nuestro padre. Cuando se es un narcisista ególatra, como ha sido mi progenitor, aborreces que alguien mucho más joven, y para más inri de tu propia sangre, pueda hacerte sombra y no se rija por tus propios ideales.

Vladimir y Larisa repartían su residencia entre Rusia y España, él se centró en ser uno de los más importantes exportadores de litio, cobalto y níquel, principales materiales en la automoción, productos que se empleaba a la hora de fabricar coches eléctricos. Aunque su mayor rentabilidad proviene de otra fuente más rentable y menos legal, el tráfico de armas.

Al tener una de sus residencias en la Costa del Sol, empecé a salir más del internado para pasar mis fines de semana con ellos. Eso hizo que la relación con mi hermano se acrecentara, que se convirtiese de alguna forma en una figura paterna para mí, pero a su vez, la relación con mi cuñada se resentía poco a poco. Al principio solo eran pequeños desplantes, sin embargo, con el tiempo empecé a sentir el odio que me profesaba.

Sentía cómo le invadía la envidia por la buena sintonía que existía entre hermanos y pronto empecé a sufrir sus maltratos. Hay muchas formas de castigar a un niño, y no tiene por qué ser a base de golpes. Muchas veces los más dolorosos son los que no dejan marca física, sino los que dejan una huella emocional.

Ella supo jugar con mi cabeza, adentrarse en ella y descubrir lo que me hacía más vulnerable. No tuvo que escarbar demasiado, todo el mundo que echase un vistazo se daría cuenta de que lo que más ansiaba era sentir el cariño de mi familia. Por eso Larisa se aprovechó de mi debilidad y me machacó sin reservas, recordándome cuánto me detestaba mi padre, la culpa que me perseguiría por matar a mi madre y la compasión que sentía mi hermano por una niña que le arrebató a su progenitora.

Me anuló. Hizo papilla la poca seguridad que tenía en mí misma y volví a pasar de nuevo el tiempo en el internado. Prefería vivir en

soledad, rodeada de mis compañeras, a pasarlo en una casa donde el cariño, el amor y el respeto brillaban por su ausencia.

Y Vladimir… Dios, es pensar en mi propio hermano tratando de venderme como si fuera una pieza de ganado, al igual que siempre hacía mi padre, y se me atora la respiración.

Me froto el pecho intentando que el dolor que siento desaparezca, pero persiste.

¿Por qué duele tanto? Debería estar acostumbrada a este tipo de situaciones. Mi familia no es una normal y corriente, no. Pertenece a la mafia rusa, ellos se rigen por sus propias leyes, sus normas y hacen y deshacen a su antojo según les plazca. Sin restricciones, sin tener en cuenta opiniones.

Se me escapa un grito lleno de frustración y piso a fondo el acelerador. Las luces de la autovía pasan como un borrón a mi paso, como si se tratase de unos fantasmas que quisiesen atraparme entre sus garras mientras me dirijo hacia la única persona en la que puedo confiar, con la única que sé que no me abandonará: Sheila. Ella es mi refugio. Ella sabrá qué hacer.

Sé que en cuanto mi hermano aterrice en San Petersburgo, sabrá que me he ido de su casa y me llamará para echarme un sermón. Salir sin dejar rastro de La Zagaleta, una de las urbanizaciones de lujo más prestigiosas de Europa y en la que tiene su residencia, no es fácil. Es una zona blindada en cuanto a seguridad se refiere y me apuesto la libertad que no tengo a que los hombres que trabajan en la seguridad de la zona le irán con el cuento. Pero me da igual, no soy su rehén. Todavía me quedan meses para cumplir los veinticinco años y pienso aprovecharlos en buscar una vía de escape, por mínima o disparatada que sea, para huir de mi destino.

Cuando llego a su apartamento, cerca de la playa de la Malagueta, ni siquiera me molesto en buscar aparcamiento correctamente, lo dejo en un vado a riesgo de que me multen y la grúa se lo lleve, pero ese en estos momentos es de mis menores problemas.

Introduzco la clave numérica que abre la puerta del portal y subo de dos en dos las escaleras, ignorando el ascensor.

Sheila vive en el cuarto piso, a cada paso que doy parece que se aviva más una chispa en mi interior. Una vez que llego a su puerta, estoy ardiendo de rabia y desesperación.

—¡¿Sheila?! —grito, golpeando la puerta con el puño cerrado—. ¡Abre, por favor! —murmuro esto último, apoyando la frente contra la madera.

La puerta se abre de golpe y ahí está ella, con un pijama de unicornio, una mascarilla verde en la cara y un bol de helado en la mano. Su expresión de sorpresa rápidamente se transforma en diversión.

—Pero… ¡qué prisas, reina del drama! —Su voz está cargada de molestia fingida—. ¿Qué demonios te pasa? ¿Es el apocalipsis? O peor aún, ¿Larisa ha decidido invadir Polonia?

—¿Puedo pasar? —pregunto, ignorando su tono burlón.

Al ver mi semblante tenso, su actitud cambia por completo y adquiere seriedad.

—Por supuesto. Adelante.

Cruzo la puerta y me dejo caer en el sofá como un peso muerto. El aroma a vainilla y algo que con toda probabilidad sea incienso barato llena la sala, pero no me relaja. Aunque debo de reconocer que su apartamento es de los pocos sitios en los que me siento cómoda. Sheila cierra la puerta y se sienta frente a mí, todavía sosteniendo su helado.

—¿Vas a contarme qué pasa o tengo que adivinar?

Levanto la cabeza y la miro con fijeza. Mi voz sale más débil de lo que esperaba:

—Mi padre ha muerto.

El bol de helado cae de sus manos y aterriza en la mesa, derramando un poco de crema derretida. Sheila me mira con los ojos abiertos de par en par, como si no pudiera procesar lo que acabo de decir.

—Alina… —Su tono cambia de inmediato. Se sienta a mi lado, me rodea con un brazo y continúa—: No sé qué decir… ¿Lo siento? ¿Felicidades? Amiga, dime algo porque no tengo ni idea y no quiero cagarla.

Sacudo la cabeza, apartándome ligeramente de su abrazo. Sus palabras me sacan una tímida sonrisa. Sheila es la única persona que sabe la verdad de quién es mi familia, a qué se dedica en realidad y lo que ello representa. También es sabedora de la nula conexión o la relación de desprecio que ha existido entre mi padre y yo.

—A pesar de sonar despiadado, no siento nada. —La verdad es que eso es mentira porque en lo más profundo de mi ser siento alivio, aunque eso se ha transformado en incertidumbre por lo que pueda hacer Vladimir.

—Para nada es despiadado, ¿me oyes? —suelta, sosteniendo mi cara entre sus manos para que la mire—. Ese hombre no se comportó como un padre, es lógico que no lamentes su pérdida.

—Eso no es todo. —La miro con fijeza, las palabras saliendo rápidas, como si al decirlas pudiera liberarme de su peso—. Vladimir ha tomado el control de la familia. Y su primera decisión como jefe es… —hago una pausa, tragando el nudo en mi garganta—, casarme con Viktor.

—¿Viktor? ¿El primo de Larisa? —pregunta Sheila, frunciendo el ceño—. ¿El tipo que huele a colonia de vodka barato?

—Ese mismo. —Exhalo con fuerza, sintiendo como la rabia empieza a superar al dolor por sentirme una pieza de ganado.

Sheila se queda en silencio por un momento. Luego suelta una carcajada.

—Espera, ¿Vladimir quiere casarte con Viktor? ¿En qué siglo vive? ¿1810?

—¡Exactamente! —grito, señalándola con un dedo—. ¡Es ridículo, ¿verdad?! Pero según ellos, eso reforzará la unidad de la familia y consolidará mi posición como la Matrioska.

Sheila pone los ojos en blanco bajo su mascarilla verdosa. Me parece increíble que estemos manteniendo una conversación tan trascendental mientras ella parece la mujer del *Increíble Hulk*.

—¿Y tú qué les dijiste?

—Que podían irse al infierno. —Una sonrisa amarga se dibuja en mi rostro mientras le narro mi conversación con Vladimir y el siguiente encuentro con Larisa.

—Maldita inmunda… —Aprieta mi amiga los dientes al escuchar las palabras de mi cuñada—. Tu hermano estará más bueno que el pan, pero es un capullo de campeonato.

—No sé qué hacer… —digo, sin hacer referencia al comentario respecto a Vladimir. Sheila siempre ha bebido los vientos por él—. Me siento atrapada. Sé que suena inaudito que me quieran casar sin mi aprobación, pero conoces de qué mundo provengo. Cada uno tiene que desempeñar el rol que le ha tocado vivir, y yo… Yo no puedo, Shei… —Las lágrimas se me acumulan en los ojos sin poder ni querer derramarlas. En la Bratva, si no acatas las órdenes no existes. Así de literales son—. Antes prefiero la muerte a vivir subyugada —declaro, poniendo voz por primera vez a la única escapatoria rápida que encuentro a mi destino.

Ella me observa durante un momento con esa mirada que siempre tiene cuando está a punto de explotar.

Y eso es justo lo que hace, levantándose como un resorte y señalándome.

—¡Aquí nadie va a morir! ¡Y si se diese el caso, esa no serás tú, ¿entiendes?!

Hay tanta sinceridad y seguridad en sus palabras que hace que yo misma crea en ellas.

Me levanto y me lanzo a ella, estrechándola entre mis brazos. Siento como se estremece, o puede que a la que el cuerpo le tirite sea a mí.

—Te quiero mucho, Sheila. Tú eres mi familia, la que yo he encontrado, la que he elegido —le confieso, retirándome unos centímetros para apoyar una de mis manos en mi pecho para que entienda que ella está aquí, en el lugar más preciado, en mi corazón.

La mascarilla ya reseca en su rostro se le cuartea cuando su barbilla comienza a temblar.

—No me digas esas cosas que suenan a despedida y al único lugar al que vamos es a maquinar una estrategia. La Bratva nunca antes se ha enfrentado a su mayor amenaza, yo. —Se endereza, sintiéndose invencible. Y no me cabe duda de que lo es.

Sheila siempre se ha crecido en la adversidad, por eso la quiero y admiro tanto. Ella que fue un bebé abandonado a las puertas del

convento de las Hermanas de la Asunción, nunca se apiadó de su situación y luchó por convertirse en la gran mujer que es hoy.

—No me cabe duda, Shei. Me apuesto lo que sea a que nunca se han enfrentado a la mujer de verde. —Sonrío agradecida por su apoyo mientras le raspo con la uña el barro seco de la mejilla.

—Quita, tonta. —Me suelta un débil manotazo y se dirige hacia el baño. La sigo y comienza a retirarse la mascarilla con abundante agua. Una vez que se seca con la toalla, me mira y comenta—: Hasta las mejores heroínas deben cuidar de su cutis. Si no que se lo digan a la Mujer Maravilla, que fue esculpida en arcilla por su madre, la reina Hipólita.

—Estás de cachondeo, ¿verdad? —pregunto, recostada en la puerta del baño, más relajada.

Es el efecto Sheila, por eso sabía que tenía que venir a verla y salir de la casa de los horrores.

Sus ojos azules como una tormenta de hielo se abren desmesuradamente. Mi amiga no es de las que pasan desapercibidas por la vida, tanto su personalidad irreverente como su físico.

Es bajita, medirá un metro sesenta como mucho. Su cuerpo definido por una curvas marcadas y femeninas, pero lo que más llama la atención son esos ojos de color azul ártico, rasgados. Tiene una mirada felina que cautiva a todo aquel que se proponga. Parece una auténtica mujer de las nieves con ese pelo que se tiñe casi blanquecino y que contrasta con sus cejas oscuras.

—¿No has visto la película de Wonder Woman?

—No soy mucho de superhéroes, la verdad. —Me encojo de hombros.

—No me extraña que así te vaya y le cedas el poder a los villanos. —Chasquea la lengua. Otra persona con su comentario se hubiese ofendido, pero no es mi caso, ya que tiene razón—. No tienes ni un gramo de estratega en tu cuerpo, Ali, pero tranquila, que tengo la solución.

—Ah, ¿sí? ¿Y cuál es?

Sonríe ladina y suelta:

—Está clarísimo. ¡Necesitas maratón de Marvel!

Hago un mohín con mis labios, porque no, lo siento, pero no me seduce nada ver a unos hombres que parece que fueron criados con biberones llenos de testosterona.

—No hay otra opción.

Antes de que me dé cuenta, un unicornio gigante se planta frente a mí.

—No, no la hay. Porque si crees que te voy a dejar regresar esta noche a casa de la Bruja de Blair, es que no me conoces en absoluto. —Se cruza de brazos, afianzando su postura.

—Tengo el coche aparcado en el vado de tu edificio —comento, como si con eso fuese suficiente para salir de la tortura a la que me quiere someter Sheila.

¡Maratón de Marvel, dice!

—Bah… —descarta con un ademán de mano, como si espantase a una mosca imaginaria—. Por eso ni te preocupes, conozco a todos los vecinos —«No me cabe la menor duda de ello. Sheila es sociable y cotilla por naturaleza»—, y ninguno necesitará sacar el coche hasta antes de las siete de la mañana.

Ella sabe, al igual que yo, que no tengo escapatoria. Quizá tampoco quiera tenerla y prefiera pasar la noche en el piso de mi amiga a tener que regresar a La Zagaleta. No le tengo miedo a Larisa, temo por mí. No sé lo que podría llegar a hacerle si al final me toca demasiado las narices.

Vuelvo al comedor mientras Sheila desaparece en su dormitorio. No tarda en regresar y tirarme a la cara lo que trae entre las manos.

—Ponte cómoda, ha llegado el momento de ver cine de calidad —alude distraída mientras abre uno de los cajones bajo el televisor y comienza a rebuscar—. ¡Aquí está! —exclama victoriosa, sacando un pequeño reproductor de DVD.

—¿Eso es un DVD? —le pregunto, observándolo extrañada—. ¿No tienes canales de *streaming*?

Ella niega y se encoge de hombros.

—Qué puedo decir, soy una chica *vintage*.

Sonrío a la par que despliego la prenda que me ha tirado con tanta gentileza a la cara. Descubro que es un pijama igual que el

suyo de una pieza con capucha incluida, pero este se trata de Pikachu.

—¿Pokemon, Sheila? —pregunto, aguantando las ganas que tengo de tirar tan horrenda prenda por la ventana.

—Lo siento, princesa, los pijamas de seda los tengo todos para lavar —suelta sarcástica—. De todas formas, creo que es lo idóneo.

—¿Por qué? —pregunto con cierto recelo.

—Porque necesitas *digievolucionar*. —Me guiña un ojo mientras pone la película de *Iron Man*.

Puede que no haya encontrado ninguna solución a mi problema, sin embargo, lo que sí he encontrado es la complicidad y serenidad que transmite la verdadera amistad.

Capítulo 3

Alina

—Como vuelvas a poner otra película más, juro que te asfixiaré con el cojín. —Entrecierro la mirada para darle mayor énfasis a mi amenaza.

Siento los ojos como si los tuviese llenos de kilos de arena de no haber pegado ojo en toda la noche.

—Cuánta agresividad destilas… —ríe Sheila, poniendo en pausa los créditos de la película—. ¿No te han gustado? ¿Ni un poquito? —Frunzo los labios—. Vale, lo pillo. —Suspira como si estuviese echada a perder—. Bueno, por lo menos hemos sacado algo en claro.

Mis cejas se alzan.

—Ah, ¿sí? ¿Y qué puede ser, gran Maestro Miyagi? —ironizo—, ¿aparte de que es pura ciencia ficción?

—El sarcasmo no te queda bien, que lo sepas, princesa. —Me señala con un dedo—. Para tu información, creo que lo que necesitas es dar un golpe de efecto. Algo que les haga entender que no eres una muñeca de porcelana que pueden mover a su antojo.

Frunzo el ceño, intrigada.

—¿Un golpe de efecto? ¿Como qué?

—Algo que los haga temblar. —Su sonrisa se ensancha y sus ojos brillan con una mezcla de travesura y determinación. «Me gusta»—. ¿Recuerdas esas fiestas de máscaras? Las que te comentó Misha que organizan las mafias más importantes del mundo.

Misha es uno de los hombres de la guardia personal de Vladimir y al único que tengo verdadero aprecio. En una de mis visitas hará unos años, al encontrarse mi hermano ausente, se le escapó que el primer fin de semana de cada mes se reúnen algunos representantes de todas las mafias en una parte distinta del mundo para llegar a acuerdos y hacer negocios sin que la sangre llegue al río.

Supongo que incluso hasta entre criminales necesitan que haya un poco de concilio.

Se hacen llamar La Sociedad de la Máscara.

—Sí, ¿y qué?

—Tu hermano seguro que tiene una invitación, ¿verdad?

—Probablemente, pero eso no tiene nada que ver conmigo.

—Sí que tiene que ver. —Se inclina hacia mí, como si estuviera a punto de revelar un secreto—. Si logras infiltrarte en esa fiesta, les demostrarás que no eres una niña indefensa. Además, imagina la cara de Larisa cuando te vea ahí, ocupando el lugar que te corresponde.

La idea es tan absurda que no puedo evitar reírme.

—¿Quieres que robe la invitación de Vladimir, me infiltre en una fiesta llena de criminales y haga… qué exactamente? ¿Un *show* de malabares?

—No seas literal. —Sheila se cruza de brazos, fingiendo indignación—. Piensa en esto, es la oportunidad perfecta para demostrar que no estás jugando bajo sus reglas. Tú también eres una Pavlov, y como tal puedes hacerte cargo de los asuntos familiares sin tener que delegarlos en tu futuro marido. Enséñales de qué pasta estás hecha.

La imagen de Larisa con el rostro torcido de ira y Vladimir perdiendo su impecable control me hace sonreír. La idea empieza a tomar forma en mi cabeza. No es que quiera ningún tipo de control en la mafia, pero lo que menos me gusta es que se crean que no podría estar a la altura por el simple hecho de ser mujer.

—¿Y si algo sale mal? —pregunto, todavía dudando.

—Por eso soy tu mejor amiga y tu *sensei.* —Me guiña uno de sus ojos gatunos—. Y tranquila, si algo sale mal, yo estaré aquí, lista para fingir que nunca te conocí.

—Serás cobarde…

Soltamos una carcajada a la vez, el sonido llena la sala como un bálsamo para mi alma a la deriva.

—Está bien. Lo haré. —Mis palabras son firmes, y por primera vez en días siento que tengo el control de algo.

—¡Esa es mi chica rebelde! —Sheila alza su bol de helado, ya totalmente derretido, en un brindis improvisado—. Una última cosa, si terminas herida o arrestada, ¿puedo quedarme con tus zapatos?

—Por encima de mi cadáver.

—No he querido sonar tan rotunda, pero eso mismo he querido decir.

Cabeceo negando con la cabeza y sonrío.

No sé qué haría sin Sheila. Ella siempre saca lo mejor de mí. Me hace sentir que tengo elección, que por mucho que me haya tocado nacer en este mundo, con sus normas arcaicas, no debo conformarme y luchar por mi libertad e independencia.

Mientras ella sigue bromeando, yo comienzo a elaborar un plan. En pocas horas me colaré en el despacho de Vladimir y robaré esa invitación. Si quieren una matrioska sumisa y perfecta, tendrán que luchar porque yo haré lo que esté en mi mano para no serlo.

*

Después de desayunar, me doy una ducha. Sheila me ha dejado ropa suya para no tener que llevar la misma que el día anterior. Me encuentro secándome el pelo con el secador cuando mi amiga entra en el baño.

—Quiero que te las quedes —dice, depositando unas llaves en la encimera del lavabo.

—Shei…

—Escúchame, por favor —me corta, levantando la mano—. No sé cómo va a acabar todo esto. Ambas sabemos que rebelarse ante los designios de la mafia no es halagüeño, aun así, no puedes seguir viviendo en esa casa, Ali. Ojalá tuviese una varita mágica y pudiese ralentizar el tiempo para que encontráramos una solución antes de que cumplas los veinticinco años, pero no la tengo. Lo único que puedo ofrecerte es esto —señala a su alrededor con las manos—, que los meses que quedan hasta que llegue ese momento te sientas en un verdadero hogar.

Apoyo el secador en el lavabo y trago el nudo de emociones que se me forma en la garganta.

—Sé que has rechazado venirte a vivir aquí porque te sientes en deuda con Vladimir por ser el único de tu familia que te demostró algo de cariño, pero óyeme bien, no le debes nada, Alina. El cariño, el amor no se mercadea, se ofrece sin esperar nada a cambio —comenta con vehemencia—. Te lo dice alguien que no tiene familia, sin embargo, ¿sabes qué? —Niego acongojada—. Ni falta que me ha hecho, la vida me trajo algo mucho mejor. Te trajo a ti, una hermana, para que aprendiese lo que es querer a alguien con todo mi corazón.

—Maldita sea, Sheila, cuando quieres eres una gran oradora —le digo, fundiéndome con ella en un fuerte abrazo.

—Qué esperabas, soy el gran Miyagi —suelta risueña.

Más de una vez hemos bromeado que desciende de una dinastía japonesa debido a sus apenas perceptibles rasgos asiáticos.

Cuando me retiro, sostengo la llave entre mis manos y la observo como si fuese el mayor tesoro que me han entregado jamás.

—Está bien, acepto. —Sheila comienza a aplaudir y saltar en el sitio, dichosa—. Con una condición —apunto—. Todos los gastos serán a medias.

La veo fruncir el ceño.

Por mí me haría cargo de los gastos en su totalidad. Me lo puedo permitir de sobra, ya que Vladimir invirtió parte de mi fideicomiso y me hizo una de las accionistas mayoritarias en su nueva empresa, Costania, que se dedica al transporte marítimo de mercancías. Sin embargo, sé que si se lo propusiese se sentiría ofendida. Si algo caracteriza a Sheila es que no acepta ayuda gratuita de nadie. Creo que es una forma de sentir que puede salir adelante por sus propios medios, aunque le cueste. Y nunca la despojaría de esa sensación, ya que yo sé muy bien lo que es sentirse impotente en lo referente a tu propia vida. Eso no quita que luego yo haga lo que me dé la gana y la ayude siempre que me lo permita.

Tras ese momento, no tardo en regresar a La Zagaleta. Por suerte, mi coche sigue en su sitio y sin ninguna multa a la vista. Son poco más de las siete y media de la mañana cuando llego a la mansión de Vladimir, que está silenciosa. Demasiado para mi gusto. La ausencia de mi hermano y el bullicio habitual de sus secuaces hacen que el aire en el lugar se sienta más pesado. Él está en San Petersburgo, cumpliendo con las formalidades del próximo entierro de nuestro padre. Eso me da una ventaja y oportunidad que no puedo desaprovechar.

La puerta principal se abre con mi llave, un pequeño privilegio de ser «familia» a pesar de todo. Los guardias en la entrada apenas me miran. Supongo que nadie piensa que la hermana menor del jefe, esa que se espera que sea la eterna obediente, esté tramando algo.

—Señorita Alina. —Uno de los guardias me saluda con una leve inclinación de cabeza—. ¿Necesita algo?

—Solo quiero recoger unas cosas personales —respondo con una sonrisa que espero parezca inocente.

Ellos asienten y vuelven a sus puestos. Subo las escaleras con lentitud, asegurándome de no mostrar prisa. Por dentro, mi corazón late como un tambor. Si algo sale mal, no sé cómo explicaré lo que estoy a punto de hacer.

Voy primero hasta mi habitación y saco una maleta. Montones de ropa de diseño me reciben en el vestidor y toco varias prendas, hechas con mis propias manos, con reverencia. Siempre he soñado con convertirme en diseñadora, poder vestir a todo aquel que se interese por mis diseños. Además de especializarme en Marketing y Publicidad en una universidad privada en Málaga por deseo expreso de mi padre, estudié un Grado de Diseño de Moda a distancia, aun sabiendo que no me serviría de nada ya que nunca se me permitirá ser quien realmente deseo llegar a ser.

—¿Ya estás de vuelta? Me decepcionas, Alina, qué poco te duran las rabietas… Con razón tu hermano no te toma en serio.

Ignoro la chirriante voz de Larisa y continúo empacando lo esencial.

—Oh, pero ¡qué ven mis ojos! ¿La *princesa* intenta abandonar el reino? —pregunta con desprecio.

Entra en mi dormitorio con un camisón de tirantes en satén que le llega hasta los pies y un vaso de vodka en sus manos.

—¿No tienes nada mejor que hacer que acosarme? Por ejemplo, tirarte a uno de los guardias, ¿o ya se han cansado de que te abras de piernas con tanta facilidad?

—Maldita niñata. —Me sostiene con fuerza del brazo para darme la vuelta—. ¡A mí me respetas!

Nos enfrentamos cara a cara, y con una mueca de asco, suelto:

—El respeto es algo que se gana de forma innata, y tú —la miro de arriba abajo— nunca te has ganado el mío.

Ni siquiera me sorprende el picor que siento en la mejilla tras recibir su bofetón. No es nada nuevo.

Aprieto los puños a cada lado de mi cuerpo deseosa por devolvérselo, pero es lo que busca y no pienso darle el gusto, por mucho que se lo merezca.

—Un día, Larisa —mascullo entre dientes—. Juro que un día pagarás por todas las bofetadas, por todas las palabras hirientes que has vertido sobre mí y te arrastrarás pidiendo clemencia. ¿Y sabes qué? Que no la tendré.

—Sucia bastarda. —Agarra el cuello de mi camisa, acercándome a ella. «Maldita borracha» Retengo una arcada, pues su aliento huele a alcohol que echa para atrás—. ¿Piensas que tu hermano te creería? Si en algo nos diferenciamos es en que yo soy una especialista en el engaño. Vladimir siempre ha besado el suelo por el que piso y…

—¿Por eso busca en otras lo que tú no puedes ofrecerle?

—¿Crees que me importa que se acueste con las putas que desee? Yo le ofrezco algo mucho mejor: poder. Puede que los Ramminov no seamos tan ricos como los Pavlov, pero te aseguro, y tu hermano lo sabe, que sí somos muchos más despiadados. Él sabe que le conviene tenernos de su lado a tenernos como enemigos, que no se te olvide a ti.

La familia Ramminov siempre han sido los *boyeviks* de la Bratva, este término se refiere a los miembros de la mafia que están

directamente involucrados en actos violentos, como asesinatos, intimidación o enfrentamientos armados. Son los ejecutores de las órdenes de los líderes y suelen ser leales y despiadados.

Viktor, el primo de Larisa, es uno de los mejores *boyeviks*, una parte esencial de los grupos criminales rusos, encargados de hacer cumplir las decisiones de la organización mediante la fuerza. Tan loco que no me extrañaría que acabase con quien se interponga en su camino, por mucho que sea hermana del actual *pakhan*.

Le doy un empujón, apartándola de mí y más decidida que nunca a sublevarme.

Una vez que es consciente de que ha conseguido desestabilizarme de nuevo, ríe como una lunática y tras darle un sorbo a su bebida desaparece de mi habitación.

La odio, nunca creí que albergaría este sentimiento tan oscuro y visceral por alguien, pero lo que Larisa despierta en mí es lo más terrorífico que he sentido jamás.

Cuando creo que tengo lo necesario, salgo de la que hasta ahora ha sido mi habitación. Siento los nervios a flor de piel conforme avanzo arrastrando tras de mí la maleta.

El despacho de Vladimir está al final del pasillo, detrás de una puerta pesada de madera oscura. La manija parece más fría de lo habitual cuando la giro, rezando por no volverme a encontrar a mi cuñada. La habitación está exactamente como la recuerdo: sobria, ordenada y con ese aroma distintivo a cuero y madera.

Me acerco al escritorio, que está impecablemente organizado. Papeles apilados, un bolígrafo caro colocado perfectamente en el centro. Sus gustos siempre han sido meticulosos, y hoy espero que eso juegue a mi favor.

—Tiene que estar aquí —murmuro para mí misma mientras comienzo a revisar los cajones e intentando no descolocar nada.

El primero contiene documentos financieros y una pistola, algo que me hace retroceder un poco, ya que a mí nunca me ha dejado utilizar una. El segundo, un montón de cartas y notas personales que no me interesan. Pero el tercero… ¡Ahí está! Un sobre negro con un sello dorado en forma de máscara veneciana.

Lo tomo con cuidado, tratando de no dejar evidencia de que lo he tocado. Mi respiración se acelera mientras lo abro. Dentro, una tarjeta con letras grabadas en oro:

«Sociedad de las Máscaras: Invitación para la próxima reunión. El lugar y la hora se revelarán el día anterior al evento escaneando el siguiente código QR».

—Perfecto —susurro, sintiendo una mezcla de alivio y euforia.

Mientras guardo el sobre en mi bolso, el sonido de pasos en el pasillo me paraliza. Mi corazón salta hasta mi garganta. Cierro los cajones de manera apresurada y me quedo quieta, intentando escuchar.

—¿Hola? —La voz de una de las criadas me saca del trance y me acerco con tranquilidad hasta la puerta del despacho—. Buenos días, señorita Alina, ¿se encuentra bien?

Respiro hondo antes de responder.

—Sí, estoy bien. Solo buscando algo que dejé aquí.

—Ah, entiendo. —Sonríe afable—. Si necesita ayuda, estaré en la cocina.

—Gracias, Clara. No es necesario, ya me marcho.

—¿S-se va de la casa? —La tristeza en su mirada me enternece. No todo el mundo en este lugar ha sido malo conmigo.

—Una temporada, sí.

—Le deseo lo mejor, señorita.

—Gracias, Clara.

Escucho sus pasos alejándose y exhalo con fuerza. No puedo permitirme otro descuido como este. Tomo una última mirada al despacho para asegurarme de que todo parece igual que antes y salgo con el sobre firmemente escondido en mi bolso.

Al bajar las escaleras, los guardias me lanzan una mirada rápida, pero no dicen nada. Mantengo mi paso relajado, incluso cuando siento que cada músculo de mi cuerpo está listo para huir.

Cuando llego al coche, guardo la maleta en el maletero, me dirijo hasta el lado del conductor y cierro la puerta. En ese momento, al fin, me permito sonreír. La invitación está en mi poder, y con ella mi pase al evento donde espero demostrar que no soy una simple pieza del juego de la Bratva.

Antes de arrancar, miro hacia la mansión una última vez.

—Esta vez voy a jugar bajo mis propias reglas.

Capítulo 4

Alina

El agua del Gran Canal refleja las luces doradas de los palacios que nos rodean. Desde la góndola en la que vamos, siento que estoy viviendo un sueño. Sheila, a mi lado, no para de moverse, ajustando la máscara de encaje dorado que cubre la mitad de su rostro.

Cinco. Esos son los días que han pasado desde que me mudé con Sheila y le hurté a mi hermano el sobre de la fiesta a la que nos dirigimos. Un día desde que descubrimos cuál sería la ubicación, y no es otro lugar que Venecia, la Ciudad de los Canales, como mayormente es conocida.

No es que me sorprendiese la elección del destino. Venecia, como muchas otras ciudades italianas, siempre ha estado vinculada de alguna forma con la mafia, aunque no es tan conocida por ser un centro de actividad mafiosa como sí les pasa a otras regiones de Italia, como Sicilia, Calabria o Nápoles. Sin embargo, la presencia de la mafia en esta ciudad se ha ido consolidando en las últimas décadas, en especial debido a la expansión de ciertos grupos mafiosos en el norte de Italia.

—Esto es una locura —murmuro, mirando hacia el cielo que parece teñido de carmesí con los últimos vestigios del atardecer.

—Una locura elegante. —Sonríe mi amiga, jugueteando con su vestido de terciopelo rojo—. Además, ¿cuántas veces tienes la oportunidad de asistir a una fiesta secreta de la mafia internacional? ¡Esto es historia, Alina!

«Historia o el preludio de un desastre anunciado», pienso, aunque no digo nada.

Mis dedos juegan con el sobre negro que tengo escondido en el interior de mi bolso. La invitación que robé de la oficina de Vladimir es mi llave a este mundo oculto, una oportunidad para demostrarme

a mí misma que no estoy atada a los hilos de mi hermano y que soy tan válida como él de moverme entre mafiosos.

La góndola se detiene frente a un imponente palacio cuyos muros parecen susurrar secretos.

El *gondoliere* nos hace una reverencia a modo de despedida. Miro a mi alrededor admirando la ciudad, hemos llegado con tan poco tiempo de antelación que no hemos podido disfrutar de todos los mágicos rincones que esconde. Espero que, tras lo que depare la fiesta de esta noche, podamos aprovechar unos días. Nunca antes he estado en Venecia y creo que su historia y cultura me apasionará.

Mis ojos por fin se centran en las velas que iluminan la entrada y reflejan sus llamas en el agua, dándole al lugar un aire casi irreal. Sheila baja con entusiasmo, sosteniendo la falda de su vestido, y yo la sigo, tratando de no tropezar debido a mis propios nervios.

Varios hombres del servicio ataviados en trajes de pingüino negro, camisa blanca y máscaras del mismo color, se alinean a cada lado de la entrada creando un elegante pasillo.

El corazón me retumba como si tuviese una locomotora alojada en el pecho cuando enseño la tarjeta. Puede que sean solo segundos, pero para mí es como si el tiempo pasase demasiado lento mientras escanea el código QR y asiente, señalando el acceso.

—Creo que voy a vomitar —susurra Shei mientras se engancha a mi brazo y avanzamos.

Ni siquiera respondo, ya que me encuentro en su misma situación.

Una vez dentro del palacio, la atmósfera es opulenta, diría que casi abrumadora. Candelabros de cristal cuelgan del techo, iluminando a los asistentes, cada uno con máscaras más elaboradas que el anterior. La música flota en el aire con una mezcla hipnótica de violines y piano que parece dictar el ritmo del lugar.

—Esto es increíble… —alude Sheila, girando sobre sí misma para observar los detalles de las paredes cubiertas de frescos dorados—. Si no estuviera tan aterrada, estaría disfrutando mucho más.

—Eso hace dos de nosotras. —Ajusto mi máscara, sintiendo cómo el encaje me roza la piel. Mi vestido de seda, color esmeralda, abraza mi cuerpo como una segunda piel, y aunque sé que me veo

diferente de lo que acostumbro, no puedo evitar sentirme vulnerable bajo la mirada de tantas personas peligrosas.

«¡Hablamos de la puta mafia, joder! ¿Cómo se me ocurre meterme en el ojo del huracán?».

Caminamos entre la multitud, observando a los asistentes. No reconozco a ningún rostro o, mejor dicho, a las figuras cubiertas por sus máscaras. Una mujer alta con un vestido negro bordado en oro se ríe junto a un hombre que lleva una máscara negra y picuda que cubre toda su cara. La tensión en el ambiente es casi tangible, como si cada palabra, cada gesto fuera un juego de poder en sí mismo.

Ni siquiera sé que hacen en este lugar, a quién debo acercarme para crear lazos y no acabar con una bala en la nuca, que es lo más probable que ocurra si me descuido.

Y entonces lo veo.

Al otro lado del salón, apoyado con aire casual contra una columna de mármol, está él. Lleva un esmoquin perfectamente cortado y su máscara plata cubre la mitad superior de su rostro, dejando a la vista una mandíbula afilada y unos labios que parecen tallados en piedra. Sus ojos, claros y penetrantes, se deslizan por la sala con calma, hasta que se encuentran con los míos.

Es un instante, tal vez menos, pero siento que mi corazón se detiene. Hay algo en su mirada, en la forma en que su postura transmite un control absoluto, que me hace olvidar dónde estoy. Mi respiración se vuelve superficial, y un calor extraño se extiende desde mi estómago hasta mi garganta.

—¿Alina? —Sheila me da un codazo, sacándome del trance—. ¿Estás bien? Pareces una estatua.

—Sí, sí… estoy bien. —Intento recomponerme, pero mis ojos no pueden apartarse de los del hombre. Es como si el resto del salón hubiera desaparecido, como si solo existiéramos él y yo.

—¿Quién es? —pregunta Sheila, siguiendo mi mirada.

—No estoy segura… —respondo, pero algo dentro de mí sabe a la perfección de quién se trata y que no es cualquier invitado. No con esa presencia, no con esa intensidad que solo puede pertenecer a un único hombre.

Adriano Moretti. Don de la mafia Moretti, perteneciente a la Cosa Nostra.

—Cuidado, amiga. El aire de Venecia está cargado de peligro y, al parecer, también de feromonas.

Río con nerviosismo, intentando aparentar serenidad. Sin embargo, el efecto persiste. Mi piel parece arder donde sus ojos se posan y no puedo evitar sentir que algo en mi interior se despierta, algo que nunca antes había sentido.

Dicen que las cosas prohibidas tienen un encanto secreto, y puede que esa sea la razón por la que lo he reconocido, aunque dudo que él lo haya hecho conmigo.

Esta es la primera vez que lo vuelvo a ver en persona desde hace unos catorce años. Adriano Moretti, a día de hoy, es el máximo rival de mi hermano en cuanto al tráfico de armas se refiere. Ambos luchan por el poder en el sector, sin embargo, antes de que eso sucediese, fueron buenos amigos, o quizá más bien los denominaría camaradas, ya que entre mafiosos la amistad es un término desconocido.

Yo apenas tenía ocho años, aún vivía en el seno familiar, en San Petersburgo. Nunca llegué a saber cómo se conocieron, solo sé que, a pesar del descontento y la negativa de mi padre hacia esa alianza, Adriano fue lo más cercano a un amigo que tuvo Vladimir. A los pocos meses de haberlo visto por primera vez, me mandaron a España y durante los siguientes dos años las veces que lo volví a encontrar fueron escasas, sin embargo, en cada una de ellas, mi mente aniñada suspiraba por aquel joven de ojos claros como el mar Báltico, pero con la llegada de Larisa y el compromiso, Adriano desapareció como si jamás antes hubiese existido.

Con demasiado esfuerzo por mi parte aparto la mirada, aunque no lo suficiente, mientras Sheila y yo intentamos mezclarnos entre los asistentes. Observo a Adriano con mi mirada periférica moverse por el salón, saludando a algunas figuras prominentes. Su andar es elegante, casi depredador, y me descubro robando miradas hacia él, como si estuviera tratando de grabar cada detalle en mi memoria.

—¿Qué habrá sido de él? —pregunto en voz baja, más para mí misma que para Sheila.

—No sé quién es ese hombre, pero espero que no sea un asesino en serie. Aunque, considerando dónde estamos… —Sheila me lanza una mirada significativa antes de tomar una copa de champán de una bandeja que pasa flotando entre nosotras.

Antes de que pueda responder, un hombre con una máscara en color turquesa que abarca todo su rostro choca contra mí. Siento cómo me recorre un escalofrío por el cuerpo cuando me sostiene de los brazos para estabilizarme.

—Disculpe. —El sonido de su voz distorsionada hace que me erice más si cabe. Sin embargo, nada es comparable al fijarme en que ni siquiera soy capaz de distinguir sus ojos a través de la máscara.

Dicen que la mirada es el espejo del alma, que reflejan de manera inmediata nuestras emociones, nuestros miedos y nuestra cara más secreta. No poder ver los de este desconocido hace que el terror que hasta hace un momento he conseguido domar, suelte las riendas sin control.

«¿Dónde demonios me he metido?».

—No pasa nada —murmuro, alejándome rápido de las malas vibraciones que causa su cercanía.

Cuando al fin se aleja, vuelvo a respirar con normalidad.

—Joder, Ali, qué gente más rara. No me cago encima porque tengo el ojete encogido de puro miedo, si no… ¿Has escuchado su voz? Parecía Darth Vader.

—No ha sido buena idea colarnos, Sheila, creo que deberíamos marcharnos —pongo de manifiesto mis pensamientos.

—Vamos, Ali, el mundo no está hecho para los cobardes.

—Y el cementerio está lleno de valientes.

—Solo un poco más. ¿No tienes curiosidad por descubrir qué se hace en estas fiestas?

No sé qué narices piensa Sheila que vamos a encontrar, dudo que baste con presentarnos para que nos revelen todos los intrincados secretos de las mafias.

Dentro del salón, la atmósfera se vuelve más pesada a medida que avanza la noche. Al principio, Sheila y yo intentamos mantenernos en los márgenes de la multitud, observando en

silencio, tratando de entender las dinámicas de este mundo al que hemos entrado. Pero ahora, tras un par de copas de champán y varios minutos de silenciosa observación, algo comienza a hacerse evidente.

Las risas que al principio parecían sofisticadas, ahora suenan más bajas, más íntimas. Las conversaciones, antes cargadas de política y negocios, se transforman en susurros casi inaudibles. Los asistentes han comenzado a agruparse en pequeños círculos, cada vez más cerca unos de otros. Algunas manos se deslizan por brazos, espaldas, y algo en el aire cambia, algo que no puedo ignorar.

—¿Notas esto? —pregunto en voz baja, inclinándome hacia ella.

Ella me mira con los ojos entrecerrados y aguzando el oído, como si estuviera intentando descifrar lo mismo que yo.

—Sí, definitivamente está pasando algo raro. Esto no es solo champán y negocios, Alina.

Ambas dirigimos la mirada a un rincón del salón, donde un hombre con una máscara dorada habla con dos mujeres cuyas risas suenan demasiado coquetas. Una de ellas desliza su mano por el pecho del hombre mientras la otra le susurra algo al oído. Él sonríe con una expresión que no puedo catalogar como completamente profesional.

Mi piel se eriza cuando me doy cuenta de que esto no es un juego casual. Hay una corriente subterránea en esta fiesta, algo oscuro y carnal que apenas estamos comenzando a comprender.

—Creo que hemos subestimado lo que realmente pasa aquí —murmura Sheila, su voz teñida de una mezcla de fascinación y nerviosismo.

Antes de que pueda responder, una pareja pasa junto a nosotras. Ella lleva un vestido rojo que apenas cubre su cuerpo y él una máscara blanca que contrasta con su traje oscuro. Sus miradas apenas se fijan en el resto de los asistentes, es como si estuviesen narcotizados de puro deseo mientras cruzan el salón con sus manos entrelazadas de una manera que parece más una promesa que un gesto casual. Los seguimos con la mirada mientras desaparecen tras una cortina de terciopelo burdeos al fondo del salón.

—¿Qué crees que hay ahí? —pregunta mi amiga, señalando la cortina.

—Sinceramente no quiero saberlo. —Mi voz suena más segura de lo que me siento, ya que intuyo en qué consisten en realidad este tipo de fiestas.

Sin embargo, Sheila, siempre curiosa, no puede evitarlo.

—Ya que hemos llegado hasta aquí, yo no me quedo con las ganas de saberlo. Vuelvo enseguida.

Me guiña un ojo antes de caminar hacia la cortina, su vestido rojo ondeando tras ella.

—¡Sheila! —musito intentando detenerla, pero ya es tarde.

No tengo más opción que seguirla. Mi corazón late con fuerza mientras cruzo el salón, tratando de no llamar la atención. La música y las voces parecen amortiguarse a medida que me acerco a la cortina. Cuando al fin la atravieso, lo que veo me deja sin aliento.

Detrás del salón principal hay una serie de habitaciones conectadas, con arcos de entrada, sin puertas que otorguen intimidad. Cada una está decorada con el mismo lujo decadente, pero el ambiente aquí es diferente. Más íntimo, más peligroso.

Creo que he caído por la madriguera y he ido a aterrizar en Sodoma y Gomorra.

En la primera habitación, un grupo de personas conversa bajo la tenue luz de un candelabro, pero no es la conversación lo que llama mi atención, sino la forma en que se tocan, como si las palabras fueran solo una excusa para algo más. En una esquina, un hombre acaricia el cuello de una mujer que se ríe con suavidad, inclinando la cabeza hacia atrás. Avanzo despacio sin que nadie me corte el paso, en la siguiente habitación, dos figuras se susurran al oído mientras sus manos exploran territorios que no deberían explorar en público.

—Esto no es una fiesta de negocios, Alina.

«¡Joder, que susto!», pego un respingo.

La voz de Sheila es apenas un susurro a mi espalda. Cuando la miro, sus ojos están tan abiertos como los míos.

—Es mucho más que eso. Es un club de libertinaje.

Las palabras salen de mi boca antes de que pueda detenerlas.

La curiosidad gana la partida mientras avanzamos un poco más, como dos intrusas en un terreno prohibido. En la siguiente habitación, la luz es aún más tenue, y las risas se han convertido en gemidos apenas contenidos. No sé a dónde mirar, y no estoy segura de querer seguir explorando.

—Creo que deberíamos volver —digo, mi voz más alta de lo que debería ser para la intimidad que se respira en la zona.

—¿Y perdernos todo esto? ¿Estás loca? —Sheila intenta bromear, pero puedo notar que también está nerviosa.

Antes de que podamos decidir qué hacer, siento esa presencia otra vez. Esa misma mirada que había sentido en el salón principal. Me detengo, mi cuerpo tenso, y levanto la vista.

Ahí está él, Adriano Moretti.

Su máscara plateada brilla bajo la luz tenue y sus ojos, claros e insondables, están fijos en los míos. Es como si de nuevo todo a mi alrededor se desvaneciera.

No se mueve, no dice nada. Solo me observa, y esa mirada me atraviesa, encendiendo ese amor platónico que no recordaba que aún existía dentro de mí. Mi respiración se vuelve pesada, mi piel arde y, por un instante, deseo caminar hacia él.

—No puede ser… —La voz asustada de Sheila me saca del trance.

Me giro hacia ella, pero antes de que pueda decir algo, se arremanga el vestido y corre hacia uno de los reservados.

«¿Se ha vuelto loca? ¿Dónde va?». Me dispongo a seguirla cuando, de repente, siento una mano firme en mi brazo.

—¡¿Qué demonios estás haciendo aquí?!

«Esto es una broma, ¿no? ¿Cómo…?».

La voz de Vladimir es como un látigo que me devuelve a la realidad. Me doy la vuelta y lo veo allí, con su máscara negra y su expresión llena de ira contenida. Larisa está detrás de él, con una sonrisa triunfante en el rostro, deseosa por que reciba mi merecido.

—Vladimir, ¿qué…?

—Silencio. —Su tono no admite discusión. Me agarra del brazo con fuerza y me giro en busca de mi amiga—. Tú y Sheila habéis llegado demasiado lejos.

—Vlad… Sheila, tengo que encontrarla.

—¡Cállate! —me grita, arrastrándome fuera de esta zona llena de pecado.

Mis mejillas arden de vergüenza al sentir como cada persona no nos quita los ojos de encima. Han dejado de prestar atención a lo que se traían entre manos para no perderse nuestro espectáculo.

—¡Tengo que ir a por Sheila! —exclamo, intentando soltarme, pero sus manos son como cadenas.

—Misha —llama mi hermano a su hombre—, búscala —le ordena.

Cuando Misha para por mi lado, me aparta la mirada llena de remordimientos.

—Traidor —suelto a su paso, segura de que ha sido él quien me ha delatado.

Mientras Vladimir me lleva lejos, miro hacia atrás una última vez esperando encontrar a mi amiga, sin embargo, a quien sí encuentro es a Adriano, inmóvil, observando cómo me sacan a rastras.

Su mirada es un enigma, pero algo en mí me dice que acaba de recordar quién soy. La hermana de su examigo, aquella niña que, en silencio, sintió un fuerte enamoramiento muy mal disimulado por él.

Capítulo 5

Alina

El aire de la noche es demasiado gélido en comparación con el calor sofocante del palacio. Me estremezco cuando Vladimir me empuja hacia la salida, su agarre firme como un grillete en mi brazo. Mi mente aún está enredada en lo que acabo de ver, en el tipo de fiestas a las que les gusta reunirse a la mafia.

Y Sheila… «¿Dónde demonios se ha metido?».

Respiro aliviada cuando veo a Misha aparecer entre las sombras de los canales, y con él a Sheila. Aunque algo no está bien. Su postura es rígida, sus ojos parecen vacíos y su expresión, por lo normal vivaz, es ausente. No dice nada cuando la veo, solo baja la mirada y se deja guiar por el guardia como si no fuera más que una marioneta sin hilos.

—Shei… —Intento acercarme, pero Vladimir tira de mí antes de que pueda tocarla.

—Ya has causado suficientes problemas por esta noche.

La furia contenida en su voz me atraviesa como un puñal. Tiene la mandíbula tensa, y aunque intenta controlarse, veo el fuego en sus ojos. Larisa, de pie a su lado, oculta su satisfacción tras una máscara de falsa preocupación.

«¡Zorra!».

—¿Problemas? ¿De qué problemas hablas? Solo he asistido al mismo lugar que tú —lo encaro.

—¿Qué demonios creías que estabas haciendo, Alina? ¿Colándote en una fiesta de la Sociedad de las Máscaras? ¿Rodeada de los hombres más peligrosos del mundo? —escupe las palabras con desprecio—. Esto no es un maldito juego.

—Lo sé. Es el mundo en el que vivo y del que tengo derecho a saber.

—¡No sabes una mierda! —Me sacude en el sitio, como si quisiera hacerme entrar en razón por la fuerza—. ¿Tienes idea de la suerte que has tenido? ¿De lo que pudo haber pasado si te descubren sin autorización?

Lo miro directamente a los ojos, negándome a bajar la cabeza.

—¡Pues cuéntamelo, joder! Deja de esconderme en una jaula de cristal —me desespero.

Necesito que mi hermano me vea. Que entienda que no soy una cría que necesita protección. ¡Que no tiene que casarme con nadie, maldita sea!

—Gracias a esa jaula de cristal, como tú la llamas, sigues viva. ¡¿Es que no lo ves?!

—Amor, no es aconsejable formar ningún escándalo aquí, delante del resto de organizaciones —murmura más suave que una malva Larisa—. ¿Qué pensarán del nuevo *pakhan*, que ni siquiera sabe domesticar a su propia hermana?

«Me la cargo, juro que me la cargo. ¿Qué se supone que soy ahora, una potra salvaje?», pienso, atravesando con la mirada a Larisa.

Eso es lo único que a ella le importa, el estatus, el poder… Y la muy hiena sabe qué palabras usar para sembrar la duda en mi hermano. Él es quien está ahora al mando, y que la «díscola» de su hermanita le cause contratiempos puede ser sinónimo de debilidad dentro de la Bratva Pavlov.

—Suéltame, Vladimir, necesito hablar con Sheila —digo con más determinación de la que siento. Por mucho que me cueste reconocerlo, Larisa lleva razón y es mejor no llamar la atención más de lo que hemos hecho—. Algo no está bien con ella.

Él frunce el ceño, sobrepasado, y lanza una mirada rápida a mi amiga, que sigue sin articular palabra.

¿Qué le pasa? Solo ha estado ausente unos minutos. ¿Y si ha visto a alguien cargarse a otra persona?

«¡Oh, Dios mío! ¿En qué momento pensé que esto sería una buena idea?», me lamento por haber involucrado a mi amiga en temas turbios de la mafia.

—Agradece que Misha la encontró y la sacó de ahí. No es asunto nuestro lo que haya visto antes de eso.

—¿Qué quieres decir con que no es asunto nuestro? Es mi amiga, Vlad.

—Y tú eres mi hermana, joder. La única razón por la que no te rompo el cuello en este mismo instante es porque te quiero, pero estás jugando con fuego, Alina. Un fuego que temo no puedas apagar.

No es la primera vez que escucho ese tipo de amenazas, por eso paso olímpicamente de ellas.

Mis ojos siguen fijos en Sheila. Algo le ha pasado ahí dentro, si no ahora mismo estaría sacándole los ojos con sus propios dedos a mi hermano o a Larisa.

Llegamos a una calle adyacente al palacio. Ahí, apostados en varios coches que reconozco, hay más guardias de mi hermano.

—Llévalas de vuelta al hotel, Misha, mañana a primera hora volaremos de regreso a España —ordena Vladimir, dando así por zanjada la discusión.

El guardia traidor ayuda a Sheila a subir al coche sin que proteste, como si estuviera en piloto automático. Me muerdo el labio y me uno a ella en la parte trasera del vehículo. Cuando nos ponemos en marcha, sostengo la mano de mi amiga.

—Sheila, cariño… ¿Qué ha pasado ahí dentro? ¿Estás bien?

Al oír el sonido de mi voz, parpadea como si saliese de una ensoñación. Sus ojos tienen una ligera capa húmeda, como si estuviese febril.

—Y-yo, eh… —Cabecea, intentando recobrar la compostura—. Sí, sí, todo bien. Simplemente me ha pillado desprevenida que nos pillasen, solo eso.

¿Por qué tengo la sensación de que no debería creerla?

Lo dejo estar por ahora, y palmeo su mano tranquilizándola, pero prometiéndome que cuando estemos ambas más relajadas indagaré.

—No te preocupes por Vladimir, a ti no te hará nada. Como mucho me encerrará en una habitación con siete candados. —Mis

ojos se cruzan con los de Misha a través del espejo retrovisor y vuelvo a encenderme—. ¡Ni me mires!

—Alina…

—¡Ni tampoco me hables! Estoy tan enfadada contigo… —Esquivo sus ojos y me cruzo de brazos, indignada. Pero lo siento, soy de mecha corta y estallo—. ¡¿Cómo has podido, Misha?! Eras mi amigo.

—Lo soy.

—¡Lo eras! Has perdido todo el derecho.

Suspira y aprieta los labios, formando una fina línea.

—Es el jefe, señorita Pavlova. —Dios, cómo odio que mantenga las distancias, pero es lo que yo misma le he pedido, ¿no?

—¿Cómo lo supiste? Ni siquiera estabas en la casa cuando fui a por la invitación.

—No sería un buen jefe de seguridad si no supiese lo que ocurre en mi ausencia.

—Venga ya… Puedes meterte tus dotes de superior por el culo —bufo, y a él se le escapa una sonrisa. Aunque se le borra con rapidez mientras me lanza otro vistazo más serio.

—Su hermano solo intenta protegerla. Lo de esta noche ha sido una temeridad y…

—Con una reprimenda ya he tenido bastante, gracias —me ofusco.

—¿Qué pretendía apareciendo esta noche?

—Joder, ¿quieres dejar de tratarme de usted?

Lo sé: bi-po-lar me llaman.

—Maldita sea, Alina. Allí dentro se reúne la peor calaña que te puedas encontrar dentro de la mafia. Tu hermano es una hermanita de la caridad comparado con ellos. Y te aseguro que tú eres una presa de lo más apetecible.

Alzo una de mis cejas con una actitud de lo más escéptica.

Puede que no sea una de las fiestas a las que estoy habituada a ir, teniendo en cuenta que mi vida social se reduce a salir muy de tarde en tarde con Sheila y nada que roce lo memorable, pero en el tiempo que hemos permanecido en el palacio nadie se ha sobrepasado con nosotras ni he visto cosas demasiado extrañas,

aparte de una multitud de personas reunidas para dejar sacar su lado más libertino. Si tengo que ser sincera conmigo misma, en este instante a una parte de mí le hubiera gustado ver más, incluso experimentar qué se siente al dejarse llevar por la desinhibición.

—Con la muerte de vuestro padre, vuestra reputación en estos momentos no debe ser marcada —sentencia.

—Ay, perdona, no sabía que era mal momento para querer ser dueña de mi propia vida —ironizo, lo que conlleva que Misha ponga los ojos en blanco y Sheila a mi lado suelte una risilla.

Me alegra que, aunque sea a costa de mi miserable vida, vuelva a ser ella. Me giro y le guiño un ojo.

Cuando llegamos al hotel, mi amiga ya no sigue callada, aunque apenas intercambiamos muchas más palabras antes de que se encierre en su habitación con uno de esos abrazos de los que lo curan todo, incluso tener un hermano gilipollas.

A la mañana siguiente, cuando me despierto, ella ya no está. La busco en el baño, salgo al pasillo e incluso miro debajo de la cama, cosas más raras ha hecho Sheila, hasta que cojo mi móvil y veo que hay un vídeo suyo en los WhatsApp recibidos que me hiela la sangre por completo.

Con el corazón latiendo a mil por hora, lo reproduzco. La imagen es inestable, pero el fondo es inconfundible: es la maldita fiesta de anoche.

La música suena de fondo, aunque su voz la ahoga.

—Alina, perdóname. Y-yo… hay cosas que no sabes de mí. Me encantará poder explicártelas en algún momento, pero quiero que sepas que nuestra amistad es lo más real que he tenido en la vida… y por ello tengo que pedirte q-que no me busques, por favor. No… —Sus ojos en este punto están llenos de lágrimas, igual que los míos. Observo como mira hacia atrás, y cuando sus ojos vuelven a enfocar de nuevo la cámara, encuentro determinación anudada junto a la tristeza—. Te quiero.

El vídeo se corta.

—No… —murmuro, volviendo a reproducirlo, esperando encontrar algún detalle oculto, algo que me diga qué ha ocurrido con exactitud.

Sabía que algo extraño había sucedido justo cuando se alejó antes de que apareciese Vladimir. Debí insistir más en que me explicase qué le ocurría, ella siempre ha estado ahí para mí y… ¿Qué es eso de que hay cosas que no sé sobre ella? ¿Qué mierda quiere decir eso?

Marco su número de teléfono, pero aparece directamente apagado o fuera de cobertura. Ni siquiera me da la opción de dejar un mensaje en el contestador. No dejo de intentarlo una y otra vez, esperando que en uno de ellos responda la voz de mi amiga y me confirme que todo es una broma, macabra, pero broma, al fin y al cabo.

Cuando me doy cuenta de que no será posible, desisto. Lo único que me queda claro es la sensación de que algo no encaja, Sheila no es de las que desaparecen sin más.

Me visto de manera apresurada y salgo en busca de Vladimir. Necesito su ayuda, si alguien puede encontrar a Sheila y esclarecer lo ocurrido es él, aunque para eso tenga que tragarme mi orgullo recurriendo a él.

Capítulo 6

Alina

—¿Me estás escuchando? Sheila volvió a la fiesta y ahora ha desaparecido.

Vladimir ni siquiera levanta la vista de los papeles que tiene frente a él. Está sentado en el escritorio de su *suite* con el ceño fruncido.

¿Ya está trabajando? Pero ¡¿a qué hora regresó anoche?! Adjudicado, mi hermano es un robot.

Lo bueno es que no hay ni rastro de la hiena, y lo agradezco. Lo que menos necesito es a mi cuñada pululando a nuestro alrededor.

—Alina, ya te lo dije anoche. Sheila ya es mayorcita, no podemos involucrarnos más en sus decisiones.

—¿No puedes o no quieres?

Él suspira y se pasa una mano por el pelo, alborotándoselo en el proceso.

—Esa fiesta no es solo un evento de la mafia. —«No, claro que no. Es el *Disneyland* de la perversión»—. Es un punto de encuentro para acuerdos que van más allá del dinero y las armas. No sabemos en qué se metió Sheila, pero no es nuestra responsabilidad encontrarla.

«¡¿Será posible?!».

—¡Es mi responsabilidad! —exclamo enfurecida, apoyando las manos con fuerza en el escritorio.

Siento tanta rabia que me encantaría lanzar todos esos papeluchos por los aires y hacerlos trizas.

—¿En serio, hermanita? —me pregunta, reclinándose en la silla mientras entrelaza sus manos y las posa en el estómago de lo más relajado—. Parece que no la conoces tanto como crees. —Señala el teléfono que he dejado sobre la mesa tras mostrarle el vídeo—. Yo lo único que veo es a una persona que no ha sido tan sincera como

esperabas que fuera. Puede que se acercase a ti con un fin que desconocemos y te haya utilizado para su propio fin.

Escuece. Sus palabras, por mucho que intente que no me afecten, duelen. Es como echar sal en un corte que ni siquiera sabía que tenía. Porque por un mísero segundo esa posibilidad se me ha pasado por la cabeza.

En estas fiestas hay personas con muchísimo poder adquisitivo. Sheila no abunda en riquezas, ni siquiera dispone de un trabajo estable. Ella se considera multifacética porque enlaza trabajos unos con otros sin terminar de encajar en ninguno.

No. No es nada agradable descubrir que tu mejor amiga te ha ocultado, por lo visto, una parte importante de su vida. Te hace dudar de si todo lo demás, referente a nuestra amistad, ha sido real. Sin embargo, ese es un tren que cogeré llegado el momento, en este instante lo que importa es qué pudo suceder para que regresase al palacio y se haya esfumado.

—¿Y qué que me haya usado? —lanzo de vuelta, intentando no creerlo—. ¿No se merece que la busquen? ¿Y si está en peligro? Eres la mafia, joder. Algún hilo podrás mover.

—¡Maldita sea, Alina! Necesito que me des un respiro —increpa hastiado—. Tengo mucho encima: la nueva empresa, la muerte de papá, hacerme cargo de la familia… Te pido por favor que no me eches más cosas de las que puedo manejar. Y menos gilipolleces como esta. Tu amiga ha visto una oportunidad de mejorar su precaria vida y no ha dudado en cazarla. Intenta ponérmelo un poco más fácil, ¿quieres?

¿Fácil?

Está claro que Vladimir no lo entiende. Hasta donde sé, Sheila no tiene a nadie más aparte de mí. Diría muy poco de mi persona si ni siquiera me preocupase por descubrir su paradero, por mucho que ella me haya pedido que no la busque. No, lo siento. No puedo quedarme de brazos cruzados y hacer como si nada. ¿Vladimir no es una vía? De acuerdo. Por una vez, voy a obedecer e intentaré eximirlo de cargas.

—¿Sabes? Llevas razón —suelto de repente, sorprendiéndolo.

—¿En serio?

Le ha pillado de imprevisto mi cambio de actitud, hasta el punto que me mira con las cejas arqueadas.

Asiento.

Recupero mi móvil, me giro y me acomodo en el sofá que dispone la *suite*. Jugueteo con el teléfono, adoptando una postura derrotada.

—Como bien dices, puede que no conociese del todo a Sheila. Aquí mismo está la prueba, ¿no? —Le dedico una sonrisa pesarosa —. Pero es mi amiga, Vlad. A este no puedo engañarlo. —Me toco el pecho a la altura del corazón—. Si necesita tiempo para sepa Dios lo que tenga que vivir, la respetaré. Al fin y al cabo, en pocos meses yo también tendré que cumplir con mi destino, ¿no?

Mi hermano se levanta y rodea el escritorio para tomar asiento a mi lado.

—¿Cuándo mi hermanita se ha convertido en esta gran mujer sensata? —cuestiona. No se me pasa desapercibido el deje de admiración en su tono.

«Por Dios… ¿Ahora soy una gran mujer? ¿Y anoche qué era? Ah, sí, una irresponsable». Pongo los ojos en blanco en mi mente.

Parece increíble lo que cambia el cuento según te comportes. Para Vlad, todo es blanco o es negro, cuando en realidad debería saber que la vida está repleta de tonos policromáticos.

—Puede que lleve años siéndolo y no hayas querido verlo —le lanzo la puya.

—Quizá estés en lo cierto. Por eso nunca he tenido dudas de que serás una gran Matrioska.

Me estremezco con la simple mención del título que pende sobre mi cabeza.

—En cuanto a eso… —Me levanto, si tengo que tratar este tema y permanecer sentada me va a salir urticaria.

—No empecemos, Ali…

—No, escúchame —lo corto, alzando una mano—. Aún me quedan varios meses hasta cumplir los veinticinco años, concédeme este tiempo de independencia, por favor.

—A pesar de lo que pienses, nunca has sido una prisionera. —Frunzo los labios porque yo no estoy tan de acuerdo en ese tema—.

Alina, ser una matrioska no es un castigo, sino un privilegio que te permitirá explorar múltiples facetas de tu ser que antes desconocías. Serás la persona encargada para que nuestra familia permanezca unida. Y ahora más que nunca, tras la muerte de nuestro padre, lo necesitamos.

—Una gran responsabilidad para que recaiga en una única persona, ¿no crees? —Me cruzo de brazos.

—Algunos *vory* v *zakone*, de distintas fracciones, los más mayores, sobre todo, no están demasiado contentos con la sucesión.

—¿No quieren que te conviertas en el *pakhan*? —me intereso. Vladimir no suele ser muy comunicativo con los temas de la Bratva, por eso no pienso perder la oportunidad de escarbar toda la información posible.

—No. Quieren iniciar una guerra, opinan que se está perdiendo la esencia de lo que ellos consiguieron de la nada.

—¿No son conscientes de que la vida va evolucionando? —bufo.

—Ellos, junto a papá, fueron delincuentes que crearon sus organizaciones dentro del sistema penitenciario cuando el régimen comunista estaba en pleno auge. Van quedando pocos de los que lo iniciaron, pero sus códigos de honor son muy estrictos. No soportan que los jóvenes queramos modernizar y engrandecer la estructura de las Bratvas —me explica—. Por eso es tan importante mantener un frente unido y mostrar una garantía en cuanto a la familia Pavlov se refiere.

—¿No se conforman con que tú tengas descendencia?

—Las cosas no funcionan así, Alina. Puede que de mí salga el futuro *pakhan*, pero Larisa no es una Pavlova de sangre, y para que nuestra Bratva perdure la familia tiene que aumentar.

Lo odio. Odio toda la oligarquía enrevesada que gira alrededor de la mafia. Detesto que un grupo minoritario tenga el poder y la influencia absoluta para hacer y deshacer a su antojo.

—¿Entiendes ahora por qué tu papel es tan importante? Sin ti, el legado de los Pavlov desaparecería. —«Me cago yo en el puto legado». Se acerca hasta el escritorio y recoge un abrecartas—. Necesito garantías para poder confiar en ti. Te concederé el tiempo que me pides, sin embargo, requiero un compromiso por tu parte.

Prométemelo, Alina, promete que llegado el momento asumirás tu responsabilidad familiar.

Me humedezco los labios resecos con la lengua, nerviosa por su petición.

«¿Qué diablos estoy haciendo? ¿En serio estoy planteándome endeudar mi futuro?».

Pues sí, por lo visto es justo eso lo que estoy haciendo cuando me escucho decir:

—Te lo prometo.

Lo veo cortarse la palma de la mano. Ni siquiera hace una mueca de dolor cuando la sangre comienza a manar mientras que yo siento que me desmayaré de un momento a otro.

—No eres ajena a los temas de la mafia, Alina. Si aceptas el trato de sangre, sabes lo que ello implica.

Siseo a la par que asiento cuando yo misma le arrebato el abrecartas y lacero mi piel.

Por supuesto que sé lo que conlleva en caso de que rompa un pacto de sangre. Acarrea perder la vida.

No me importa. ¿Soy imprudente? Sin ninguna duda. No obstante, ahora no se trata solo de mí, sino de descubrir qué le ha pasado a Sheila. Ella merece la pena.

Viendo que Vladimir no piensa ayudarme, encontraré a alguien que sí lo haga. Y la única persona que se me ocurre en esto momentos es Adriano Moretti.

Que Dios me ayude porque desafiar a la mafia rusa es una temeridad. ¿Involucrarme con la italiana? Es cavar yo solita mi propia tumba.

*

Me bajo del taxi con los nervios a flor de piel, el olor a salitre me golpea y siento como si estuviese en casa. Me he acostumbrado a vivir cerca de la costa y esto no es tan diferente a Málaga. Pero no estoy aquí por el buen clima ni para disfrutar de las vistas, Sheila lleva casi dos días sin dar señales y no puedo perder más tiempo.

Dicen que las primeras cuarenta y ocho horas tras una desaparición son las más cruciales, y están a punto de expirar.

Aunque he de reconocer que llegar hasta aquí ha sido más fácil de lo que en un principio esperaba.

Tras mi conversación con mi hermano, regresamos a España como estaba previsto. Para mi asombro, la vuelta fue relativamente tranquila. Por primera vez, Vladimir intercedió por mí cuando mi cuñada puso el grito en el cielo al enterarse de que seguiré quedándome a vivir en el piso de Sheila.

—¿Su «amiga» la utiliza y ella encima se hace cargo de sus asuntos?

—No te metas, Larisa —cortó él sin opción a réplica.

Me hubiese regocijado de la cara que puso ella si mi mente no hubiese sido una centrifugadora para idear un plan apresurado.

Además, tampoco es que me extrañe este voto de confianza. Mi hermano tiene la mejor garantía de que cumpliré mi palabra, si no lo hago… *kaput*. Adiós, Alina. Y esta vez estoy segura de que la amenaza que tantas veces he escuchado de sus labios de partirme el cuello no será en vano.

Puede que una vez que encuentre a Sheila tengamos que huir, cambiar de identidad y desaparecer del mapa. Porque cuando Vladimir se entere de mi artimaña, ni siquiera que compartamos consanguinidad me salvará.

En mi defensa alegaré que no me dejó otra opción. Recurrí a él, no puede culparme por buscar otra solución por mi cuenta.

Ni siquiera deshice la maleta una vez que entré al piso de mi amiga, no tenía previsto quedarme. Lo primero que hice fue abrir el portátil para buscar información sobre Adriano Moretti.

—Muy bien. Veamos qué tiene que decir el oráculo sobre ti, Adriano —murmuré, entrelazando los dedos y estirándolos, justo antes de ponerme manos a la obra y teclear en Google.

Según la infinidad de información que encontré, Adriano Moretti se ha convertido en un reputado empresario vitivinícola. Es propietario de Moretti Vini, una empresa dedicada a la producción y exportación de vinos de alta gama. Sus viñedos se encuentran en la campiña toscana, cerca de la ciudad de Florencia, donde cultiva uvas

como Sangiovese y Vernaccia para producir vinos que son apreciados en todo el mundo. La empresa tiene una reputación impecable y es conocida por su compromiso con la calidad y la tradición vitivinícola italiana.

«Vaya con Adriano», pensé mientras continué leyendo ávida toda la información que me resultase relevante. Si me iba a meter en la boca del lobo, por lo menos hacerlo con conocimiento de causa.

Para facilitar la exportación de sus vinos y, seguro, al mismo tiempo, operar con discreción su negocio ilegal, Adriano ha establecido la sede principal en el puerto de Livorno, en la región de Toscana. Livorno es un puerto estratégico en el Mediterráneo, con excelentes conexiones marítimas hacia Europa, África y América. Además, su proximidad a las principales ciudades italianas, como Florencia y Pisa, le permite mantener un perfil bajo mientras maneja sus operaciones internacionales.

Descubrir todo aquello hizo que entendiese por qué Vladimir y él fueron amigos. Ambos son ambiciosos. Tienen buen olfato e ideas muy semejantes en cuanto a negocios se refiere. Lo que hace que su antigua amistad se haya traducido en competitividad.

Por mucho que blanquee su imagen, sé de buena tinta que, bajo la fachada de la exportación de vino, Adriano dirige una red de tráfico ilegal de armas. Seguro que utiliza los contenedores de vino para transportar armas y municiones a diferentes partes del mundo. Igual que mi hermano, aprovechará la logística y los contactos que ha establecido a lo largo de los años. Me apuesto lo que sea a que sus conexiones, al igual que los Pavlov, incluyen políticos corruptos, funcionarios de aduanas y líderes de organizaciones criminales en varios países. Y que será extremadamente cuidadoso y meticuloso y se asegurará de que sus operaciones sean siempre discretas, sin dejar el mínimo rastro de su implicación en caso de que algo salga mal.

Pasé todo el día empapándome de la vida pública de Moretti, visualicé multitud de fotografías en las que salía recibiendo premios empresariales y asistiendo a fiestas exclusivas. A pesar de que mis ojos se demoraron más de la cuenta en su apuesto físico, tengo que

reconocer que, aunque la noche del sábado solo lo vi de lejos, puedo asegurar que las imágenes que encontré no le hacen justicia.

No es que sea relevante, pero también descubrí que no está casado, o por lo menos nada se menciona al respecto, y puede que sea cierto, ya que a los eventos a los que asiste, y que hay constancia en la red, aparece con una mujer diferente colgada del brazo.

Y tras mi minuciosa investigación, aquí me hallo ahora, frente a las oficinas de Moretti Vini, en una calle colindante al puerto de Livorno y con un discurso totalmente memorizado.

Lo que he podido apreciar desde el hotel en el que me alojo hasta aquí, es que la ciudad no está tan abarrotada como otras ciudades turísticas de Italia. Es más tranquila, tiene un distrito de canales que se hace llamar Venezia Nuova, como una mini Venecia. Es el lugar perfecto para llevar a cabo actividades ilegales y pasar lo más desapercibido posible.

Cruzo la calle y sorteo los coches que hay aparcados en la acera, justo frente al edificio hay un pequeño jardín bien cuidado. Respiro hondo y avanzo hasta la entrada, me gusta el contraste que presenta la edificación. Por fuera sigue manteniendo el estilo modernista que caracteriza a la ciudad, pero una vez que te encuentras en su interior, predomina la decoración minimalista con una elegancia exquisita.

Me alegro de haberme arreglado, llevo un vestido de media manga con falda de tubo por debajo de las rodillas en un tono gris pizarra que da cierta sobriedad a mi aspecto. De calzado llevo unos zapatos negros de salón clásicos, de unos ocho centímetros de tacón, para que reafirme mi figura. Mi pelo rubio cae suelto y ondulado hasta la mitad de mi espalda. El atuendo perfecto para asistir a una entrevista de trabajo.

Hay dos hombres de seguridad más allá de la recepción. Por cómo se les abulta la chaqueta en los costados, deduzco que van armados.

—*Buongiorno, signora. Benvenuto in Moretti Vini, come posso aiutarti?* —me da la bienvenida el recepcionista.

Rondará mi edad, a lo sumo no le hecho más de treinta años. Va vestido con pulcritud con un traje de chaqueta y se acopla a la perfección a la elegancia que se respira en el lugar.

—*Buongiorno, vorrei vedere il signor Adriano Moretti* —solicito con una coqueta sonrisa en un italiano de lo más precario.

Por suerte, el chico ha debido de notarlo, se apiada de mí y me responde en castellano.

—¿Tiene usted cita?

—Eh…, no.

—Lo siento, el señor Moretti está ocupado y no atiende a nadie sin cita previa.

Mierda. ¿Qué me pensaba, que llegaría aquí y no encontraría ningún bache en el camino? Pero soy una mujer de recursos y no me pasa desapercibida la forma en la que me mira.

Mi físico, de la típica rusa rubia de ojos azules y piel nívea, siempre ha llamado la atención y esta vez, por fortuna, espero utilizarlo a mi favor.

—Fabio, ¿verdad? —Señalo la chapa identificativa que lleva enganchada en la chaqueta—. Soy una antigua amiga de Adriano. Estoy en Livorno pasando unos días y no quería marcharme sin antes saludarlo. Si tú pudieses avisarle de que Alina Pavlova está aquí, estoy segura de que me recibirá —concluyo con un aleteo de pestañas.

Por el rabillo del ojo observo que los hombres de seguridad no nos prestan la más mínima atención, de hecho, casi salto de alegría al verlos entretenidos y guiar por un pasillo a un mensajero que trae varias cajas en una carretilla.

El tal Fabio hace una mueca y suspira.

—No puedo hablar con el señor Moretti directamente, pero puedo avisar a su secretaria para que le dé el recado.

—Claro, por supuesto.

Mientras el recepcionista descuelga el teléfono, miro el tablón que hay dispuesto en la pared, donde se refleja la disposición de la empresa. Está escrito en inglés, por suerte es un idioma que domino y descubro que en la tercera y última planta se encuentra el despacho del *Executive Manager*.

—Lo siento, la secretaria no me lo coge —llama Fabio mi atención—. Si quiere, puede dejarme un número de teléfono para que el señor Moretti se ponga en contacto con usted.

—Está bien —acepto desinflada.

Espero a que me pase papel y boli, pero justo cuando estoy empezando a anotar mi número de móvil, el ascensor se abre y salen varias personas, haciendo que tanto el recepcionista como yo desviemos nuestra atención.

Creo que ni siquiera lo pienso, y cuando me quiero dar cuenta solo escucho el repiqueteo que hacen mis tacones en el suelo de mármol y las quejas de Fabio, cuando corro directa a los ascensores esquivando a los hombres trajeados que nos observan desconcertados.

—Eh, ¿qué hace? ¡Le he dicho que no puede pasar! ¡Seguridad! —exclama, llamando a los refuerzos.

El corazón me late desbocado mientras alcanzo el interior y aporreo el número tres con insistencia, deseando que las puertas se cierren antes de que les dé tiempo a pillarme y me saquen a rastras. A través de una diminuta rendija, vislumbro a Fabio con la cara roja de furia y solo se me ocurre unir mis manos pidiéndole perdón en silencio cuando al fin la puerta se cierra.

Sé que dispongo de apenas unos segundos antes de que la caballería venga y me eche, pero por lo menos espero que el revuelo sea suficiente para que llegue a oídos de Adriano y se interese por qué está sucediendo. Una vez que me vea, estoy segura de que me dará la oportunidad de hablar con él. No porque me deba nada, sino que espero que se vea motivado por la curiosidad de qué demonios querrá de él la hermana de su mayor competidor.

Cuando el ascensor abre la puerta en el tercer piso, me preparo para ser cazada. No creo mi suerte cuando salgo y me doy cuenta de que a simple vista la planta se encuentra vacía. Ni siquiera la secretaria se encuentra tras su puesto.

Miro a un lado y a otro y me decanto por dirigirme hacia la única puerta de roble doble que hay al final del pasillo a la derecha.

Voy recitando en mi cabeza mi discurso, ahora más que nunca debo ser lo más convincente y contundente posible para conseguir

su ayuda.

Lo que no esperaba es, justo en el momento en el que abro la puerta, quedarme sin palabras. Sin embargo, quién no lo haría cuando encuentro a Adriano Moretti, uno de los hombres más atractivos que he visto en la vida, empujando con ímpetu tras la espalda de una preciosa morena como cajón que no cierra.

Lo siento, pero os aseguro que esa es una imagen que a cualquiera dejaría muda.

Capítulo 7

Adriano

«No me jodas».

Eso es lo primero que pienso cuando la puerta de mi despacho se abre y el orgasmo me alcanza de forma fuerte y apabullante al cruzar la mirada con unos ojos azules totalmente asombrados.

Francesca, debajo de mí, intenta incorporarse a causa de la interrupción, pero le planto una mano en la nuca para que se quede dónde está.

—Ni se te ocurra moverte.

No alzo la voz, pero mi tono es lo bastante contundente para que obedezca.

Espoleo mis caderas sin remisión mientras la visita, de lo más inesperada, sigue ahí parada sin dejar de observar cómo me follo a mi secretaria.

Me niego a que esta sea la primera vez que dejo a una mujer insatisfecha, por lo que con la mano que tengo libre, la cuelo entre las piernas de Francesca y froto con maestría su clítoris. Lo tiene hinchado y siento como su coño se contrae alrededor de mi polla. Esconde su cara entre sus brazos apoyados sobre el escritorio y suelta un profundo gemido cuando, ella también, comienza a correrse.

Mi pecho retumba con un rugido ronco en el instante que, con par de estocadas más, me vacío por completo de nuevo.

Puede que sea ese ruido, o el barullo que escucho que proviene del pasillo, lo que hace que la *principessa* de la mafia salga de su aletargamiento, se active y cierre con celeridad la puerta, eche el pestillo y, con la espalda apoyada en ella, me observe con expresión inquieta.

Más vale que tenga una buena razón para que haya irrumpido de esta forma en mi oficina y haya hecho que mi polvo se apresure

porque no voy a tolerar que justo alguien como ella me joda, nunca mejor dicho, uno de los mejores placeres de la vida.

—Tienes diez segundos para explicarme qué cojones haces aquí.

Mi voz aún suena ronca, cargada de la satisfacción que acaba de recorrerme el cuerpo, pero mis ojos ya están afilados, clavándose en los suyos con el peso de la impaciencia.

Francesca se mueve debajo de mí e intenta recomponerse. Alarga el brazo para alcanzar su blusa, que ha terminado al otro lado del escritorio. Sin embargo, yo sigo enterrado en su coño. No me muevo hasta que la mujer que acaba de interrumpirme justifique su presencia.

—Necesito que me ayudes —suelta de forma apresurada, con el pulso acelerado, pero la barbilla bien alta. Tengo que reconocer que, a pesar de parecer un cervatillo asustado, tiene agallas. Cualquiera en su lugar estaría tartamudeando una disculpa mientras huye por donde ha venido.

Sigo escuchando aporrear la puerta, lo que consigue cabrearme aún más.

Salgo del cuerpo de Francesca y meto mi polla en los pantalones con parsimonia. Me divierte no perderme el detalle de cómo la *principessa* desvía la mirada.

—¿Y tú eres…?

Por supuesto que sé quién es. Lo supe en el instante en el que su hermano la sacó a rastras de mi fiesta.

Mi supuesta ignorancia parece que le molesta porque da un par de pasos adelante, apartándose de la puerta. Es esbelta, su andar tiene una seguridad que no me pasa desapercibida. Su vestido oscuro se ciñe a su cuerpo con la misma precisión que su mirada se aferra a la mía.

—Soy Alina Pavlova —aclara con contundencia—. Y necesito que me ayudes —repite.

—¿Ayudarte? —suelto una risa seca, cínica, mientras paso una mano por mi cabello para recolocarlo—. Tienes los cojones más grandes que muchos hombres de esta ciudad. ¿De verdad crees que, después de joderme el polvo, voy a estar de humor para favores? —

comento, sentándome en la silla de oficina como el rey que soy en esta ciudad y diría que parte del país.

Francesca aprovecha el movimiento, se echa a un lado para terminar de vestirse con rapidez y recoger sus cosas.

Mientras tanto, Alina no se inmuta. Una pena porque me encanta cuando la gente se desmorona con la presión adecuada, pero todo se andará, antes de lo que se espera saldrá de este despacho deseando no haber entrado.

Le hago un gesto a Francesca para que se marche.

—Saca a toda esa puta gente de mi planta.

Más tarde deberé tener unas serias palabras con mi equipo de seguridad y que me expliquen por qué alguien ha conseguido con tanta facilidad acceder a mi santuario. O puede que simplemente les pegue un tiro y los reemplace por ineptos.

—Sí, señor Moretti.

Veo como Francesca camina diligente hacia la salida, cuando llega a la altura de Alina, la repasa de arriba abajo evaluando si supone algún tipo de competencia.

Pongo los ojos en blanco ante el gesto.

Quizá también deba cambiar de secretaria. Odio cuando se vuelven tan territoriales y se creen que por el mero hecho de que me las folle tienen algún tipo de privilegio.

Cuando abre la puerta, varias personas entran apresuradas al interior, sin embargo, tras la mirada acerada que les lanzo, cortan su avance. Es Dante, mi mano derecha, el que aparece de la nada para sacarlos del lugar.

—¡Fuera todo el mundo! —vocifera.

Le echa un rápido vistazo a Alina, que permanece de espaldas ajena a todo lo que ella misma ha provocado. Tras un simple asentimiento a mi hombre para tranquilizarlo y hacerle saber que está bien, se retira.

Una vez que nos quedamos solos, la señorita Pavlova no pierde el tiempo en tomar la palabra:

—Mi amiga Sheila desapareció la noche del sábado en Venecia, y el último lugar en el que sé que estuvo fue en la fiesta de la Sociedad de las Máscaras. —Su voz es firme, aunque hay un matiz

contenido, como si estuviera haciendo un esfuerzo por no echarse a llorar.

Trastea su teléfono móvil y lo deja frente a mi escritorio con un vídeo listo para reproducir.

Ahora sí tiene mi atención. No porque me importe una mierda su amiga, ni siquiera porque crea que está diciendo la verdad, ya que por lo que aparece en la imagen, de desaparecida nada, más bien es una fuga voluntaria, sino porque esas fiestas no son para cualquiera y tengo curiosidad de saber cómo acabaron allí. Por lo que me pareció al ver a Vladimir Pavlov, tampoco le hizo mucha gracia que la *principessa* estuviese allí.

—¿Y qué coño quieres de mí? —pregunto con desgana, lanzándole el móvil de vuelta. Me levanto de la silla y me ajusto los pantalones en la entrepierna.

A pesar de que me acabo de correr, aún permanezco duro.

—Necesito que me ayudes a conseguir las cámaras de seguridad del palacio —dice Alina con resolución. Sin perder de vista mis manos y el punto en el que se encuentran—. Eres italiano y estabas en la fiesta. —«Yo concretamente fui quien organizó la fiesta», pienso sin llegar a aclarárselo. Quiero ver a dónde quiere llegar—. Seguro que te resultará fácil tener acceso a ellas. Quiero ver las grabaciones de esa noche. Necesito saber qué pasó cuando Sheila regresó sola.

Su voz suena controlada, pero su mirada la delata. Hay desesperación en ella, algo que no había notado al principio. Aunque, la verdad, eso no cambia nada.

No pienso mover un dedo por ella.

Suelto una carcajada y me apoyo contra el escritorio, cruzando los brazos sobre el pecho.

—No.

—No es una petición —su respuesta es rápida y sus ojos más fríos que antes—. Si no me ayudas, acudiré a la Policía.

La risa se me corta en seco.

¿En serio me acaba de amenazar? ¿A mí? ¿Es que su hermano no le ha enseñado nada?

Me descruzo de brazos, y en dos zancadas, rodeo el escritorio y acorto la distancia entre nosotros.

—¿Vas a ir con la Policía? —repito con burla evidente—. ¿De verdad crees que esos catetos van a hacer algo? ¿Que no van a perderse entre papeleo y su incompetencia? No tienes ni puta idea de cómo funciona este mundo, *principessa*.

Ella no retrocede ni un milímetro. Mantiene el mentón alto y los ojos clavados en los míos.

—Tienes razón —dice con calma. Un par de cojones, ya lo he dicho, o puede que solo sea una niñita estúpida—. No sé cómo funciona este mundo, pero lo que sí sé es que, si alguien puede darme respuestas para encontrar a Sheila, eres tú.

Aprieto la mandíbula.

No me gusta la dirección que está tomando esta conversación. Porque, aunque quiera mandarla a la mierda, hay algo en ella que me dice que no se irá sin lo que ha venido a buscar.

—Sal de mi despacho, Pavlova, si no quieres verme cabreado. Y te aseguro que no es algo que deseas.

—Pero…

—¡Ahora! —bramo, estirando toda mi altura, que es mucho más superior con diferencia que la suya, y señalándole la salida.

Que dé gracias a que estoy siendo cortés y me estoy conteniendo. En otras circunstancias la hubiese sacado con una patada en su apretado culo.

Ella me sostiene la mirada un segundo de más, como si sopesara mi siguiente movimiento. En lugar de insistir, simplemente asiente.

—Me hospedo en el Hotel Rex, en via del Littorale. Tiene veinticuatro horas para decidirse, señor Moretti —dice antes de girarse y dirigirse a la puerta para abrirla—. Después de ese tiempo, haré lo que tenga que hacer.

Y sin más, cierra con suavidad y desaparece por el pasillo.

Me quedo un momento en silencio, mirando la puerta cerrada. Algo en mi interior me dice que esto no ha terminado. No con ella. No con la Sociedad de las Máscaras.

Y mucho menos con la desaparición de su amiga, que me remueve algo por dentro.

Pero es una Pavlov, y si hay una familia que más repudie en el mundo es la suya.

Pocos minutos después, un estruendo irrumpe la quietud del despacho.

Suenan como… Disparos.

¡¿Qué mierda?!

Me acerco a la ventana con el ceño fruncido y mi mirada se encuentra con el caos en la calle. Alina está agazapada detrás de un coche, su cuerpo está tenso de miedo mientras un hombre en moto dispara a destajo.

No pienso. Salgo corriendo del despacho, ignorando el ascensor y bajando las escaleras de tres en tres. Desenfundo mi arma por el camino mientras el sonido de los disparos resuena en mis oídos.

Dante, mi mano derecha, me intercepta al escuchar el jaleo. No hace falta que diga nada, cuando él ya está sacando su pistola y corriendo a mi lado.

Salimos a la calle y empezamos a disparar contra el motorista. Es rápido el muy cabrón. Se nota que es un conductor experto, ya que esquiva nuestras balas con habilidad, pero no lo suficiente, pues uno de mis tiros impacta en su clavícula y lo veo tambalearse hasta caer al suelo.

Alina sigue protegiéndose detrás del coche, tiene las rodillas encogidas hasta el pecho y los brazos protegiendo su cabeza mientras el resto de su cuerpo tiembla descontrolado.

Le hago un gesto a Dante y se acerca al hombre abatido mientras yo me dirijo hacia ella. Me inclino, la observo desde lo alto y con el enfado aún latiendo en mis venas, le espeto:

—Si esta es tu forma para llamar mi atención, enhorabuena, lo has conseguido.

Aún temblorosa, se incorpora un poco y me grita:

—¿Eres idiota? ¿Crees que esto tiene que ver conmigo? ¡Ha sido al salir de tus instalaciones, maldita sea!

Me empuja, apoyando sus manos en mi pecho.

—Jefe, el sicario está muerto —me informa Dante—. No lleva documentación, pero por sus rasgos no me cabe duda de que es ruso.

—¿Ruso? ¿Cómo que ruso? —pregunta Alina confusa, mirando de uno a otro.

—Encárgate de la limpieza —le ordeno.

Aún furioso como estoy, una vez que Dante junto a varios de mis hombres se encargan de hacer desaparecer cualquier tipo de pruebas junto al cadáver antes de que aparezca la Policía, acorralo a Alina contra el coche, apoyo mi pistola en su frente y le exijo respuestas:

—Explícame ahora mismo quién podría querer matarte y qué clase de problemas traes contigo si no quieres que sea yo el que te meta una bala en la cabeza.

Capítulo 8

Adriano

Disfruto apreciando el temor que se refleja en sus ojos. Los tiene vidriosos, sus pupilas titilan, ajustándose a los temblores que le sacuden el cuerpo.

En las situaciones más críticas es cuando sacamos a relucir nuestra verdadera naturaleza, y Alina Pavlova, a pesar del arrojo y la templanza que ha intentado aparentar, demuestra que no es tan inconsciente como pensaba y teme a la muerte cuando se encuentra con ella de bruces.

—No volveré a repetírtelo, ¿quién te quiere muerta?

Mi pistola se mueve con ella cuando hace un gesto sutil con la cabeza y niega.

—Y-yo… No lo sé. Que yo sepa, nadie sabía que vendría a verte —susurra confundida.

Observo cómo se tambalea. Me muevo de forma instintiva, bajo el arma y la sostengo pegándola a mi cuerpo, rodeándole la cintura.

—Te tengo —murmuro, sintiendo sus acelerados latidos contra mi pecho.

Por un momento nuestras miradas se encuentran y percibo el miedo genuino que la asola. Esa expresión es difícil de fingir, y eso hace que crea que no tiene ni puta idea de quién ha podido intentar matarla.

Cuando siento que su cuerpo recupera cierta estabilidad, me aparto con brusquedad, arrepintiéndome de la deferencia que le acabo de mostrar.

Es una Pavlov, maldita sea. La hermana de uno de los hombres que más odio en el mundo. Uno al que le brindé mi confianza de forma desinteresada y me la jugó sin tan siquiera pestañear.

—Vamos —ordeno, endureciendo la voz. La agarro del brazo y tiro de ella, caminando hacia mi edificio.

Entre que lleva tacones, que aún tiembla como un flan y que sus piernas son mucho más cortas en comparación a las mías, tiene que apresurar sus pasos para adaptarse a mis largas zancadas.

—¿Qué? ¿Adónde vamos?

No me molesto en responder y sigo tirando de ella dispuesto a descubrir qué cojones acaba de suceder.

Al entrar a la recepción, mis ojos van directos hasta Fabio. El chico se pone en pie nada más verme, está cagado de miedo. Le echa una ojeada a Alina y leo cierto resentimiento en su mirada.

—Localiza a Isabella y que se traiga sus juguetes —exijo sin pararme en ningún instante mientras me dirijo hacia los ascensores.

—Por supuesto, señor Moretti —obedece él ya con el teléfono descolgado.

—¿Isabella? ¿Juguetes? —pregunta Alina a mi espalda —. Mira, creo que me he equivocado al venir aquí. —«¿No me digas? A buenas horas…», pongo los ojos en blanco—. Lo mejor será que regrese al hotel y…

—Entra. —Tiro de ella para que pase al ascensor.

Se revuelve, intentando deshacerse de mi agarre, pero la tengo bien sujeta.

—¿Sabes formar oraciones o te has quedado en la era neandertal en la que solo hablaban con palabras sueltas?

Le dedico una mirada molesta, intentando amedrentarla para que deje de tocarme los cojones. Por desgracia, no surte efecto.

—Y deja de mirarme como un perro rabioso, joder.

—¿No te callas nunca?

—Pues mira, no. —Intenta cruzarse de brazos, pero le resulta imposible ya que sigo aferrado a su bíceps—. ¿Quieres hacer el favor de soltarme? No voy a ir a ningún lado, no soy Houdini. —Señala el reducido espacio.

Con la mano que tengo libre, pulso la tecla del tercer piso y miro al frente, endureciendo la mandíbula.

—No pienso arriesgarme.

—*Chertovski kontroliruyushchiy gangster.*

—Tienes la lengua demasiado larga para tu propio bien —le digo en su idioma cuando me llama «Maldito mafioso controlador».

Gira la cabeza en mi dirección y me observa con la boca abierta.

—Sabes ruso —susurra—. Claro, no sé por qué me extraña, mi hermano y tú fuisteis amigos.

En un momento estamos ambos de frente a las puertas del ascensor y al segundo la tengo con la espalda contra la pared de espejos mientras me pego a su cuerpo.

Suelta un grito que se difumina con mi gruñido:

—Nunca he sido amigo de una rata traidora.

Se queda con los ojos abiertos de par en par.

—No te creo. —«Hay que joderse. Maldita kamikaze»—. Lo viví, os vi. Erais amigos por mucho que lo niegues. —Me examina con atención, como si pudiese encontrar las respuestas grabadas en mi cara—. ¿Qué os pasó?

Se acabó.

Levanto la mano para rodear su cuello y estrangularla. No tengo por qué aguantar más gilipolleces. No es mi problema.

Por suerte para ella, parece que la *principessa* tiene una flor en el culo y en ese instante se abren las puertas del ascensor en mi planta. Me aparto y vuelvo a tirar de ella para que salga.

—¿Qué ha suced…?

Corto a Francesca con una orden:

—Cuando llegue Isabella, hazla pasar a mi despacho.

Una vez que entro a mi santuario, cierro la puerta dando un portazo y le señalo con un dedo la silla que se encuentra frente a mi escritorio.

—Prefiero permanecer de pie, gracias.

—No era una petición. Siéntate.

—No estoy bajo tus órdenes. —Levanta la barbilla, altanera.

Allá ella.

Me acerco hasta el minibar y sirvo un vaso con mi mejor coñac. Siento los ojos de Alina pegados a mi espalda sin perderse detalle de mis movimientos. Me giro y se lo ofrezco.

—Bebe.

—¿Ahora me quieres emborrachar?

Maldita mujer contestona.

—Bebe. Estás en *shock*. —Vuelvo a tenderle la bebida.

—¿Que estoy en *shock*? Por supuesto que no lo estoy.

Una sonrisa maliciosa cruza mis labios.

—¿En serio? —Le doy un trago al coñac, disfrutando de su sabor—. Por eso eres consciente de que te ha rozado una bala y no dejas de crear un reguero de sangre tras tu paso, ¿verdad? —Señalo su brazo izquierdo con un gesto de cabeza.

—¿De qué demonios habl…? —Mira hacia el lugar que le indico y su rostro se vuelve pálido de repente—. ¡Oh, Dios mío!

Las piernas le flaquean y vuelvo a sostenerla por la cintura cuando amenazan con ceder a su peso.

—Te dije que te sentases.

—Madre mía… Me-me voy a desangrar.

«Joder», bufo.

—Bebe —repito.

Esta vez, por fin, no replica ni se niega y me arrebata el vaso.

—Hazlo despacio —le sugiero, pero ella comienza a toser cuando se bebe de un golpe todo el contenido.

—Dios mío —tose. «Dos mil pavos a que vomita»—. ¿Cómo es posible que no me haya dado cuenta? —pregunta a nadie en particular, examinado la herida del brazo. Me dan ganas de volverle a repetir que es producto del *shock*, pero me callo—. Me duele —lloriquea.

Y no lo dudo.

Su vestido gris oscuro está rasgado a la altura del bíceps izquierdo. La sangre ha empapado la tela de tal manera que parece negra y le recorren riachuelos por toda la extensión de su extremidad creando un pequeño charco a sus pies.

Me ofrece el vaso y vuelvo a llenarlo hasta la mitad. Necesita entumecer el dolor hasta que llegue Isabella.

—Esta vez bébetelo despacio si no quieres acabar fuera de juego —le aconsejo.

En ese momento llaman a la puerta. La cara que trae Dante es inexpresiva, echa un vistazo a Alina y alza una ceja. Niego, señal de que no quiero preguntas, ya que no tengo ni puta idea de qué hacer con ella.

—¿Te encargaste de todo?

—Sí, jefe, pero el muerto no lo estaba tanto como pensábamos. Está en las bodegas.

«¿En serio? Pues habrá que ponerle remedio».

—¿Te vas? —me pregunta Alina cuando me dirijo a la salida.

Su tono angustiado hace que me gire y la mire, sin embargo, no es a ella a la que me dirijo, sino a Dante cuando comento:

—Vigílala. —La veo cerrar los ojos—. Y por el amor de Dios, intenta que no se desmaye.

Solo me falta que pierda el conocimiento.

Los ojos de Francesca me siguen mientras vuelvo a salir del despacho, sabe que por la cuenta que le trae es mejor permanecer callada.

En esta ocasión el ascensor me lleva hasta la planta subterránea, donde se encuentra la bodega. Avanzo por los amplios pasillos, llenos de barricas de roble tradicional donde se fermenta el vino, hasta que llego a la puerta que se encuentra al fondo. La abro y le hago un gesto con la cabeza a mis hombres para que esperen fuera.

Me quito la americana, la doblo y la dejo en un aparador que hay pegado a la pared. A continuación, me desabrocho los puños de las mangas y con tranquilidad enrollo la tela hasta mitad de los antebrazos.

—Parece que te cuesta morir, ¿eh? —comento al tipo, que permanece atado a una silla. Me fijo en su clavícula. Justo donde le he alcanzado. La tiene reventada, y me extraña que aún siga respirando—. Tranquilo, he venido a ayudarte con ese problemilla.

—Maldito saco de mierda —suelta en ruso a la par que escupe sangre, intentando alcanzarme.

—Me han llamado cosas peores, así que no te lo tendré en cuenta.

Acerco una mesa metálica con ruedas hasta situarla a un lado del motorista.

El tipo sigue gorgoteando palabras inteligibles. Puede que esté rezando o simplemente se esté cagando en todos mis ancestros. Me decantaría por esto último. Llegados a este punto, la mayoría pierde sus preciados instantes de vida mencionando a mi familia.

—¿Por qué querías muerta a la chica?

—¡Que te jodan!

—¿Quién te ha dado la orden de eliminarla?

—No pienso decir una mierda, cabrón, hijo de puta.

Hago una mueca y me sitúo frente a él.

—Ya, me lo temía. Aunque entenderás que tenía que intentarlo.

Lanza una dentada al aire. Tiene los dientes manchados de sangre y apostaría lo que fuese a que, si pudiese, le encantaría desgarrarme el cuello con ellos.

Suelto una de las correas que mantienen su brazo pegado a la silla. Al verse parcialmente liberado, intenta asestarme un puñetazo. Contaba con ello, por lo que antes de que lo consiga, hurgo con dos de mis dedos en la herida abierta de la clavícula.

Comienza a chillar y a zarandearse con brusquedad en la silla.

—¿Sabes dónde estás? —pregunto, sabiendo que no recibiré respuesta, por lo que prosigo—. Estás en Moretti Vini, como el nombre indica, es una empresa vitivinícola y esto de aquí —señalo, apoyándome en el objeto que le muestro— es una prensa.

—¡Muérete, cabrón!

—¿No habíamos quedado en que venía a ayudarte a ti precisamente a eso? —Chisto cuando en este punto comienza a gemir—. Bueno, como te iba comentando, esto es una prensa. Es una de las fases bastante delicadas en la elaboración del vino, ya que el más mínimo error puede ser decisivo en la calidad final —le explico, admirando el utensilio—. Sí, ya sé que es un poco pequeña, pero tranquilo, esta la mandé a fabricar así adrede. No es una prensa normal. ¿Ves este agujerito que tiene aquí? —le señalo el orificio—. Anda, si tiene la abertura perfecta para que quepa un brazo.

A pesar de su resistencia, consigo introducir el brazo que le he soltado con facilidad. Desengancho el cepo que va unido al cilindro y grita cuando los dientes se le clavan en el antebrazo. Por mucho que estire para intentar sacar el brazo, lo único que conseguirá con ello es amputárselo él mismo.

—Volvamos al principio, ¿quién te ha encargado eliminar a la chica?

Lo único que sale de sus labios es sangre y gritos.

No lo dudo y tiro de la palanca superior para que la prensa aplaste su mano.

¿Nunca habéis medido los decibelios que una persona puede alcanzar al gritar? Ya os digo yo que superaría el límite acústico permitido.

—¿Quién quiere muerta a la chica? —repito, volviendo a poner en marcha el mecanismo.

—*Mertvyye ne okhotyatsya za tenyami.*

De repente, me quedo totalmente quieto. Suelto la palanca y lo agarro con ambas manos de la pechera para encararlo.

—¿Qué mierdas has dicho?

—*Mertvyye ne okhotyatsya za tenyami.*

Como me temía, lo he entendido a la primera.

Lo suelto de un tirón y saco mi arma.

Alguna emoción debe de cruzarme la cara ya que el tipo comienza a reír como un lunático, sabiendo que no tiene nada que perder y que va a morir.

—Vais a caer. Uno, a uno, a uno…

No dejo que continúe cuando aprieto el gatillo y la bala le hace un feo boquete en el cráneo.

Vuelvo a guardarme la pistola en la parte de atrás de la cintura del pantalón, recojo la americana y salgo del zulo.

—Limpiad todo —le ordeno a los hombres que esperan apostados al otro lado de la puerta.

Camino de vuelta por donde he venido mientras en mi mente se repite la misma frase. Una que hacía demasiados años que no había vuelto a escuchar y que nunca pensé que volvería a hacer.

«Los muertos no cazan sombras».

Capítulo 9

Alina

Me acerco el vaso a los labios y le doy otro pequeño sorbo al coñac. Diría que está malo de narices, el caso es que tras haberme apretado la primera copa del trago y abrasarme la garganta, a esta segunda le estoy cogiendo el gustillo. O quizá Adriano lleve razón y aún sigo en *shock*.

¿Cómo no he podido ser consciente de que me había alcanzado un disparo si duele como si me estuviesen arrancando la piel? ¿Cómo se han podido torcer tanto las cosas?

Cuando he salido del despacho de Moretti, a pesar de que sentía que el corazón se me iba a escapar por la boca, lo he hecho sintiéndome una mujer empoderada. He podido plantarle cara, incluso me he atrevido a lanzarle un órdago y darle un ultimátum para que me ayudase, a un capo de la mafia. Para que luego diga Vladimir que es mejor mantenerme al margen de los temas de la familia.

La sonrisa que he llevado plasmada en los labios hasta salir a la calle se ha visto interrumpida cuando el vello de mis brazos se ha erizado.

Ha sido como si un sexto sentido se activase de repente y mi intuición me haya alertado de que algo no andaba bien. Lo primero que he hecho ha sido revisar el entorno, a simple vista no he notado nada fuera de lugar. La zona estaba igual de desértica y silenciosa como cuando llegué, excepto por el lejano ronroneo de un motor.

Mi corazón, ya de por sí excitado, se ha acelerado sin control cuando he distinguido que el motorista introducía la mano en su cazadora de cuero, sacaba una pistola y la apuntaba directa hacia mí.

Por una milésima de segundo he dudado si dar media vuelta y dirigirme de nuevo al edificio, pero si algo nunca se me ocurriría

hacer es dar la espalda a una amenaza. No podría con la incertidumbre de que un disparo me alcanzase por detrás. He preferido correr hasta los coches aparcados frente a mí e intentar resguardarme de las balas.

Los disparos se han sucedido sin remisión, colisionando contra la chapa de los vehículos. El olor a pólvora ha hecho que me picase la nariz mientras me tapaba los oídos y he rezado por que sucediese un milagro y me evaporase, ya que he dudado de que saliese viva de esta situación.

Dicen que cuando estás a punto de morir revives tus momentos más felices y memorables. Mentira. Lo único en lo que piensas es en que lo que estás viviendo no es real, como si de esa forma consiguieses teletransportarte por obra y gracia del Espíritu Santo.

Aunque mis opciones de salir ilesa eran mínimas, el milagro se ha materializado frente a mí con forma de hombre. O puede que más bien fuese un demonio.

A través de la neblina que cubría mis ojos, producto de las lágrimas que era incapaz de soltar, he distinguido a Adriano seguido de varios hombres. Parecía un ángel vengador con su traje hecho a medida y su rictus serio mientras su arma disparaba sin descanso a mi atacante.

Puede que todo haya sucedido en apenas unos segundos, pero a mí se me ha hecho una eternidad hasta que Moretti se ha plantado frente a mí y ha exigido respuestas.

Sin embargo, ¿qué respuestas ha querido que le dé si no tengo ni idea de lo que acababa de ocurrir? Vale que provengo de una familia que pertenece a una de las mayores mafias rusas, pero hasta ahora nadie se había fijado en mí. Quizá ni siquiera yo he sido el objetivo y solo la han tomado conmigo por relacionarme con los Moretti.

Sí, eso tiene más sentido. Seguro que es justo eso lo que ha ocurrido.

—¿Este es vuestro pan de cada día, salir a la calle en plan pistoleros? —cuestiono al guardián que me custodia.

El hombre de Adriano permanece apostado al lado de la ventana de brazos cruzados. Parecería una postura casual si no

dejase de observarme como si fuese la causante de todos los problemas que suceden en el mundo.

—Hasta el día de hoy, jamás hemos tenido que desenfundar el arma y abrir fuego en nuestras instalaciones, ¿por qué será? —cuestiona inquisitivo.

—¡Yo no he tenido nada que ver! —Lo señalo con un dedo y siseo al mover el brazo herido.

—Claro, lo que tú digas.

—Lo digo en serio.

—Por supuesto. Pero qué casualidad que se reúnan en la misma localización y a la misma hora dos personas de procedencia rusa.

«Vale. Ahí me ha pillado, aunque puede que sea simple casualidad, ¿verdad?». No, ni siquiera yo consigo creerme eso.

—¿Va a tardar mucho Adriano? Tengo que marcharme. —Cambio de tema al ver que no seré capaz de convencerlo de que no tengo ni idea de por qué han querido matarme.

«Dios mío, han intentado matarme».

La observación cae sobre mí como plomo pesado.

—El tiempo que sea necesario, y dudo que vayas a ninguna parte.

—¿Qué soy ahora, un rehén? —me envalentono.

Nunca hay que mostrar debilidad a pesar de que por dentro esté cada vez más cagada de miedo. No debo olvidar que hasta donde sé, en estos momentos, estoy en territorio enemigo.

«De verdad, Alina, hay veces que tienes ideas disparatadas», me dice mi yo más sensato. ¿Cómo se me ocurrió presentarme aquí sola? «Ah, sí, por Sheila. Ella bien lo merece», me recuerdo.

—Hasta que no obtengamos respuestas, considérate lo que te dé la real gana. —Sonríe ladino.

El hombre, secuaz o perro faldero de Adriano, como mejor queráis llamarlo, es alto, con el pelo castaño y ojos en el mismo tono. Es atractivo, para no variar. Es como si para formar parte de la mafia realizasen un *casting* y todos tuviesen esa pinta de modelos de pasarela con un rollo atormentado. Esos que nada más verlos exudan peligro por los cuatro costados, pero no puedes evitar

intentar descifrarlos hasta que sales escaldada. Rondará la treintena al igual que mi hermano y Moretti.

Mientras yo lo examino a conciencia, comenta:

—Me extraña que tu hermano no te haya puesto una correa.

¡¿Qué ha dicho?!

Me levanto como un resorte, decidida a sacarle los ojos. Total, si voy a morir que lo haga llevándome un trofeo.

—La correa se la van a poner a tu pu…

La puerta del despacho se abre con tanta fuerza que por un instante tiembla y temo que termine desenganchándose de los goznes.

La presencia de Adriano absorbe todo el espacio, pero lo que hace que mis ojos se abran de par en par son sus manos. Las trae manchadas de sangre.

—¿Q-qué…?

—Siéntate y cállate, maldita sea.

Estoy tentada a rebelarme, a soltar una de mis réplicas, sin embargo, no soy tan estúpida y sé cuáles batallas puedo ganar. Y por como aprieta la mandíbula y me observa con una mirada más furiosa de lo normal, sé que en esta ocasión no es una de ellas. No sé qué demonios ha pasado cuando ha ido a ver —o matar— cuestión de semántica, al atacante, el caso es que el encuentro lo ha devuelto desquiciado.

—No tengo ni puta idea de en qué andas metida, pero has traído la guerra a las puertas de mi casa. El problema ya no es solo tuyo, así que estás bajo mi vigilancia hasta que no se esclarezca lo sucedido.

—Creo que…

—¡Me suda la polla lo que tú creas, ¿me oyes?! —grita, cerniéndose sobre mí—. No es una sugerencia. Es como serán las cosas, te guste o no.

Trago el nudo que se me forma en la garganta.

«¿Dónde demonios me he metido?». ¿De verdad he sido tan ilusa y me he creído que saldría algo bueno de esta visita?

Mi descenso a los infiernos particular se ve interrumpido por la voz de una mujer.

—Estás muy mal acostumbrado a que llames y aparezca. Tengo una vida, ¿sabes?

Una mujer recién sacada de la mismísima portada de la revista Femme Fatale entra en el despacho. Tiene el pelo largo y castaño, con reflejos cobrizo, y unos ojos color miel que hipnotizan cuando posa su mirada en mí.

—¿Qué ha pasado?

Adriano y su hombre guardan silencio. No responde ni Dios, por lo que, por la cuenta que me trae, permanezco con el pico cerrado.

Mi autoadjudicado nuevo vigilante apoya el trasero en el escritorio de enfrente y se cruza de brazos.

—Dante, déjanos solos. —Se dirige a su hombre sin quitarme los ojos de encima a mí.

Sigo al tal Dante salir sin mediar palabra y cerrar la puerta, otorgándonos privacidad. No iba desencaminada en denominarlo «perro faldero», si hasta se llama como hubiese bautizado a mi mascota si la hubiera tenido.

—¿Me vas a decir qué ha pasado? —vuelve a cuestionar la chica a Adriano.

—Cúrala.

Y vuelta al idioma neandertal…

Casi, solo casi, pongo los ojos en blanco. Por suerte me controlo y observo a la nueva invitada, cómo se acerca hasta mí, se arrodilla a mi lado y examina la herida que ya ha dejado de sangrar.

—Esto tiene que doler —susurra con voz suave.

¡Hombre! Por fin alguien con un mínimo de empatía.

—Un poco, para qué negarlo.

Me dedica una media sonrisa y siento que podría caerme bien si nos hubiésemos conocido en otras circunstancias y no trabajase para cierto mafioso que controla cada uno de mis gestos.

—Espero que no le tengas aprecio al vestido. Tengo que cortar la manga para comprobar la herida.

—Tranquila, haz lo que creas conveniente.

La observo dejar el maletín que trae consigo y lo abre. Intento echar un vistazo desde mi posición sentada en la silla, pero hay demasiado instrumental que pierdo la cuenta.

Saca unas tijeras alargadas y me vuelve a sonreír cuando comienza a cortar la tela a la altura del hombro.

—¿Cómo te llamas? —me pregunta, concentrada en su tarea.

—Alina. Alina Pavlova.

De repente, algo cambia en el ambiente. La chica se queda totalmente quieta, como si el tiempo se hubiese congelado y le hubiese pillado con unas tijeras en la mano. Con lentitud, demasiado lento para mi propio gusto, gira la cabeza hacia Adriano, que nos observa imperturbable desde su posición. Otro que tampoco se ha movido, por cierto. Y mantienen una conversación silenciosa en la que por lo visto yo no estoy invitada, ya que no me entero de nada.

—¿Pavlova? —pregunta, pero no a mí, sino a él.

—Isabella… Cúrala —responde él simplemente.

Anda, entonces esta es la tal «Isabella y sus juguetes» que ha pedido a Fabio que avisase.

Se mantienen la mirada unos segundos que resultan un tanto descortés, ya que no están solos. Hasta que Isabella suspira y vuelve a prestarme atención.

En esta ocasión no hay sonrisas, sino más bien una mirada amenazante que temo que en cualquier momento se le resbale la tijera y termine rajándome la barriga de arriba abajo.

Sé de buena tinta que mi apellido levanta pasiones, nótese la ironía, pero ¿tanta? Por favor, no. Resulta abrumador.

—Está bien, quitemos esto —Su voz ya no es un suave susurro, sino que ahora tiene cierto toque endurecido.

—¡Auch!

Me quejo cuando tira de la manga sin ningún tipo de delicadeza.

—Lo siento, se ha debido de pegar a la sangre seca.

Sí, seguro.

Me creería su disculpa si le hubiese echado un poquito de ganas y la sintiese de verdad.

—Eh, eh, eh, ¿qué es eso? —Me aparto cuando pincha la aguja de una jeringuilla y extrae el líquido de un pequeño botecito.

Hasta ahora nadie puede juzgarme. He permanecido calladita y complaciente desde que Adriano apareció con las manos ensangrentadas, pero no pienso poner una sonrisa y dejar que me

droguen. O lo mismo me quieren suministrar eutanasia, vete tú a saber. De la mafia una nunca puede fiarse.

—Es solo un poco de anestesia local. Aunque por mí puedo coserte a pelo, si quieres. A mí me da igual.

«¿A pelo? ¿Coserme?».

Desciendo la mirada y me entra un hormigueo repentino por las piernas al verme un corte de unos cuatro centímetros de largo y un poco profundo en el bíceps izquierdo.

¿Confiar y que me inyecte la anestesia, o sufrir las dotes de corte y confección a pelo como dice Isabella? Lo siento, soy una cagada y prefiero tener una muerte en la que me quede dormida y no despierte a sentir dolor.

—Está bien.

Cruzo los dedos, no sé por qué, pero los cruzo a la par que cierro los ojos. Siento el aguijón del pinchazo, cómo una gasa húmeda me roza la piel y al cabo de un momento la zona se siente acolchada. Noto como me toca, me manipula, pero no hay dolor, y solo por eso vuelvo abrir los ojos y lo que me encuentro es a Adriano observándome, para variar.

Me centro en él igual que él no ha dejado de hacer conmigo. Me encantaría poder leerlo, saber qué está pensando. Aunque por el rictus serio que tiene nada bueno. Eso fijo.

Al fin es él quien aparta la mirada y se incorpora para rodear el escritorio y tomar asiento en su sillón mientras saca su teléfono móvil y, tras trastearlo, lo deja sobre la superficie.

Disfruto en silencio haber ganado este pequeño interludio.

Alina 1, Adriano 0.

Bueno, realmente él va ya por +10, pero en mi cabeza llevar algo de ventaja queda de lujo.

—Esto ya casi está —comenta Isabella. La miro y veo como está anudando el hilo en el extremo—. Al final solo han sido seis puntos de sutura.

«¿Solo?», me pica la lengua por soltar, en su lugar digo:

—Gracias.

—¿Dígame?

Se me para el corazón. Juro que el órgano deja de latir cuando la voz de mi hermano se escucha dentro de estas cuatro paredes. Mi cabeza se mueve por instinto y mis ojos se quedan fijos en el teléfono que Adriano acaba de dejar sobre el escritorio.

¿No puede ser? No. Puede. Ser.

—Sabía que eras una rata rastrera, pero jamás imaginé que caerías tan bajo de querer acabar con tu propia hermana. —Me muero—. ¿Qué pasa, Pavlov, que sentiste que la *principessa* podría hacerte sombra?

—¿Moretti? ¡¿De qué cojones hablas?! —brama mi hermano al otro lado de la línea.

Parece que no soy la única que ha entrado en modo estatua, pues Isabella a mi lado se ha quedado a medio camino guardando sus juguetes de Barbie enfermera.

—La verdad es que no te culpo. Tiene un par de huevos al presentarse en mis dominios.

—Mira, no sé de qué diablos hablas, así que puedes irte a tomar por culo. No tengo nada que hablar conti…

—Yo me voy —informa Isabella, entrando en velocidad por dos de repente y cortando la frase de mi hermano, dejando por unos segundos la línea en silencio.

—¿Bella? —cuestiona él tras carraspear.

¿Bella? ¿Quién es Bella? ¿Y desde cuándo tiene mi hermano esa voz cándida y asombrada?

Observo a Isabella, que se ha quedado más blanca que la pared y… ¡Coño, Isabella! Claro, ella es Bella.

Puta anestesia que me tiene atontada con efecto retardado.

—¿Qué clase de broma es esta, Moretti? —Ahí está de nuevo el tono duro que también conozco de Vladimir.

Isabella, Bella o como diantres quiera que se llame, sale del despacho sin tan siquiera despedirse. En un momento está y al segundo ya no. Qué suerte, ojalá yo pudiese volatizarme con la misma facilidad, pero me temo que aquí el capo de la Cosa Nostra no lo vería con buenos ojos.

—Eso mismo me he preguntado yo cuando has mandado a uno de tus chuchos a que cosiese a balazos a tu propia hermana a las

puertas de Moretti Vini.

—¡¿QUE MI HERMANA QUÉ?!

Creo que el grito que ha pegado Vladimir ha hecho que pierda un diez por ciento de audición y que los daños son irreparables.

A riesgo de que me estoy jugando el pellejo, porque mi hermano va a remover cielo y tierra para encontrarme pues mi muerte le pertenece, intervengo.

—Estoy bien, Vladimir. Y, por cierto, está puesto el manos libres —le informo para que lo tenga en cuenta a la hora de hablar.

—¡Me suda el nabo que esté puesto el puto manos libres! ¡¿Qué cojones haces ahí, Alina?!

—¿Qué esperabas? ¿Creías que me quedaría de brazos cruzados sin buscar a Sheila?

—Me cago en la hostia, Alina… Tendría que haberte traído conmigo a la casa.

—¡Pues no lo hiciste!

—Es para matarte. Te prometo que cuando te vea te encerraré y…

—Puedes estar tranquilo, parece que se te han adelantado y han querido borrarme del mapa.

La línea se queda en silencio y acerco el trasero al filo de la silla para echar un vistazo por si se ha cortado la llamada.

No, los segundos continúan corriendo.

—¿Eso es cierto? —pregunta al cabo de un rato.

—¿Has sido tú? —cuestiono de vuelta.

Según lo que responda dependerá el rumbo en la relación que existe mi hermano y yo.

—¡Ni siquiera sabía que te habías escapado, maldita sea!

—¿Pero lo harías? ¿Me matarías?

—Hicimos un trato.

Claro, el trato.

El corazón se me fractura por millonésima vez porque esa respuesta y que hubiese respondido «todavía no» es lo mismo. Todo depende de si cumplo mi parte.

Me vuelvo a acomodar en la silla. Por mi parte ya he acabado de dar explicaciones. Estoy atada a un destino que detesto, qué más da

que ahora esté bajo la vigilancia de un mafioso italiano. Se mire por donde se mire y haga lo que haga, mi vida nunca me pertenecerá.

Lo que ninguno de los dos tiene en cuenta es que mientras sigo respirando, seré yo la que tenga la última palabra.

Capítulo 10

Adriano

Me mantengo pendiente de la interacción entre los hermanos, parece que la reacción de Pavlov es genuina y no ha tenido nada que ver con el sicario que permanece muerto en mi bodega. Aunque puede que haya perfeccionado sus emociones y esté mintiendo. Hace demasiados años que dejé de conocerlo, o por como terminaron las cosas quizá nunca llegué a hacerlo.

Sin embargo, la preocupación que destila su voz en lo referente a su hermana suena real. Sé de lo que hablo, también tengo hermanas, y aunque en más de una ocasión han sido un jodido grano en el culo, si alguien las lastima, muere.

Observo a Alina, o realmente no he dejado de analizarla desde que entró en mi despacho y después todo saltase por los aires. Se repliega en el asiento, como si se diese por vencida, pero a mí no me engaña, puede que con su hermano le funcione esa actitud apaciguadora para que la otra persona crea que lleva las riendas, pero esa inocencia que quiere aparentar es el preludio de que algo está maquinando para salirse con la suya.

—Imaginemos que te creo y no has tenido nada que ver… —tomo la palabra.

—No he tenido nada que ver, maldita sea. Sabes tan bien como yo que si lo hubiese hecho no lo ocultaría. Es más, te aseguro que no me limito a ejecutar chapuzas y no hubiese errado —me corta con un gruñido Pavlov—. Recogeré a mi hermana y me encargaré de este asunto.

—Te equivocas. —Chasqueo la lengua—. La audacia de tu querida hermanita ha traído problemas en mi territorio, y en nuestro mundo sabes lo que eso significa. Ni siquiera tú puedes hacer algo al respecto.

Sé que mis palabras son como si un hierro candente le perforase la entrañas.

—Adriano…

Volver a escuchar mi nombre de pila en su voz hace que la furia que creía enterrada se reavive.

—Ojo por ojo y diente por diente, Pavlov —sentencio.

—Espera, no…

Ni me interesa qué más tenga que añadir, por lo que corto la llamada. Sé que Vladimir Pavlov no es de los que se quedan de brazos cruzados, y si su hermana le importa la mitad de lo que a mí las mías, antes de lo que creo ajustaremos cuentas presentes y pasadas. Sin embargo, él entiende las leyes no escritas en la mafia y sabe que, por mucho que se oponga, su hermana ha puesto en jaque mi ubicación y lo que ello conlleva. Hasta que esclarezca y ponga a salvo mi organización, me pertenece.

—¿A qué trato se refería Pavlov? —pregunto a Alina, que me observa aún con sus manos aferradas al vaso ya vacío.

—No tengo por qué darte explicaciones de los asuntos que tengamos mi hermano y yo.

Entrecierro la mirada y asiento en un movimiento seco.

Está bien. Lo dejaré pasar por ahora, creándole una falsa sensación de victoria.

La frase del sicario se me repite en bucle en la mente, como el tic tac de un reloj avisándote de una cuenta atrás.

Llevo un mes sin descanso, sin ningún tipo de pista que dé frutos en la desaparición de Valentina. He puesto a los mejores rastreadores en el asunto y cada vez que damos con algo es un maldito callejón sin salida. Por mucho que haya puesto el país patas arriba, nadie parece saber qué ha sido de ella. Es como si la tierra se la hubiese tragado y ahora compruebo que quizá las respuestas están mucho más allá de Italia.

Puede que Alina, sin saberlo y con su intento de liquidarla, me haya traído un hilo del cual tirar. No puede ser casualidad que alguien que pertenece a la organización de la Sombra, una jodida sociedad, la cual creía que se había disuelto hace unos veinte años y

que puso patas arriba a todas las mafias del mundo, vaya detrás de una mujer perteneciente a una de ellas.

Es algo en lo que tengo que meditar y descubrir si los dos sucesos están relacionados. Por lo pronto, me centro en la mujer que permanece expectante a lo que pueda salir de mi boca.

La pequeña de los Pavlov ha resultado ser todo un hallazgo. Cuando me relacionaba con su hermano recuerdo haberla visto en alguna que otra ocasión. No demasiadas, la verdad. Inexplicablemente, la tenían un tanto apartada de la familia. Era una niña callada, nada que ver con la mujer que está ahora aquí y no sabe mantener la boca cerrada. Por mi instinto de estar siempre alerta, la pillé en alguna ocasión espiándonos a hurtadillas. Reconozco que su curiosidad en aquellos momentos me hizo gracia, y esa es una cualidad que por lo visto perdura en ella.

Lo que parece que no entiende la *principessa* de la mafia rusa es que la curiosidad terminó matando al gato, y ella se ha librado esta vez de ese trágico destino de milagro.

—¿Crees que la huida de tu amiga tiene que ver con lo que ha sucedido hoy?

—¿Qué insinúas? —Parece que mi suposición no le hace demasiada gracia, ya que hace que se levante de la silla—. A Sheila jamás se le ocurriría involucrarse en algo así. —Suena escandalizada.

—¿Estás segura?

Entrecierra la mirada, convirtiendo sus ojos en dos delgadas filas.

—A lo mejor ha sido uno de tus hombres —lanza de vuelta.

—Quizá, podría ser —digo tranquilo, acomodándome en mi silla, cruzando una pierna y apoyando el pie encima de la rodilla. Uno mis manos y me las acerco a los labios hasta rozarlos—. A diferencia de ti, yo no pondría la mano en el fuego por nadie.

—Eso es porque eres un controlador desconfiado.

—Cuida lo que sueltes por esa boquita, Alina, podría meterte en más problemas de los que ya tienes encima.

Coloca el vaso sobre el escritorio y aprieta los puños a cada lado de sus caderas, deseosa de soltar una de sus perlas. Parece que se lo piensa mejor y retoma el tema en cuestión.

—Como te digo, Sheila no ha tenido nada que ver. Ni siquiera está vinculada a la mafia.

—Aparte de ti, claro —recalco.

Desvía la mirada hacia la ventana porque sabe que tengo razón.

Por muy joven que sea y que su hermano esté al cargo de la Bratva tras el fallecimiento del anterior *pakhan*, Alina también es mafia.

—¿Quién es su familia? —le pregunto, encendiendo el ordenador.

Algo me dice que la búsqueda de su amiga podrá abrir puertas que hasta ahora han permanecido cerradas.

—No tiene familia. Sheila se crio en un orfanato. —«Interesante», levanto una ceja, tecleando y centrado en la pantalla del monitor—. ¿Qué haces? —cuestiona Alina, inclinándose sobre la mesa para echar un vistazo.

Un olor dulzón, como a nata mezclado con algo que me cuesta descifrar, llega hasta mi nariz. Por un instante estoy tentado a sostenerla, atraerla hasta mí y pasar mi lengua por la base de su cuello para ver si sabe igual de bien a como huele. Por desgracia para ella, me controlo. No creo que pudiese resistirse a mi contacto. Vi cómo se le dilataron las pupilas y se le aceleró la respiración cuando me pilló follando a mi secretaria.

—Lo que viniste a buscar. Estoy revisando las grabaciones de la fiesta en el Palacio Racinne.

—¿En serio?

Con paso rápido rodea el escritorio y queda justo de pie a mi lado mientras se inclina para tener una mejor visualización de las imágenes.

«Puto olor», pienso cuando, sin quererlo, realizo una profunda inhalación, impregnándome de su aroma.

Abro varias pantallas con distintos ángulos de varias cámaras, las adelanto hasta que Alina y su amiga llegan a la fiesta.

—Es la del vestido rojo, ¿verdad?

—Sí —musita.

La miro mientras que corrobora su afirmación con un débil asentimiento.

La encuentro con los ojos un tanto humedecidos, sin despegarlos de la pantalla.

Durante bastante tiempo permanecemos en silencio. Solo me dedico a cambiar la imagen de las cámaras en las que salen ellas, intentando ver si se acercó o mantuvo contacto con alguien que me pueda resultar sospechoso.

Me fijo en Alina, la de la imagen, la que estuvo en la fiesta, no la que permanece a mi lado.

Reconozco que nada más verla me llamó la atención. En ese momento no la reconocí, simplemente me atrajo.

Es indudable que es una mujer hermosa que llama bastante la atención. Tiene el pelo dorado, los ojos azules y una piel blanca que parece igual de suave que la porcelana. Con una estatura promedio y esas curvas que se le insinúan a través del ceñido vestido, parte cuellos a su paso, pero no me dejo engañar por su extravagante aspecto, la mamba negra también es un animal exótico y no por ello lo conservaría como mascota por lo extremadamente peligroso y venenoso que resulta ser.

Alina puede resultar igual de peligrosa. Toda ella rezuma cierta inocencia, ya sea por su aspecto o por las decisiones poco acertadas que toma. Mira que plantarse aquí, frente a alguien como yo, sin ninguna protección, tiene cojones. Sin embargo, o es extremadamente estúpida y confiada, o juega muy bien sus cartas y con esa ingenuidad termina manipulando a la gente a su antojo.

Por lo pronto, a las pruebas me remito, ha terminado saliéndose con la suya y estoy buscando a esa amiga que se ha marchado por su propia voluntad. Por esa razón tengo que mantener la guardia en alto con ella y no dejar que se crea que puede enredar la telaraña a su antojo.

—Mira —señala con el dedo una zona de la pantalla—, esa es la cortina que nos llevó al mundo de lujuria y libertinaje.

—¿Lujuria y libertinaje? —le pregunto perplejo—. ¿De dónde mierda te has escapado, de mil setecientos ochenta y nueve en pleno asalto a la Bastilla?

—Oh, perdone usted. —Me lanza una mirada desdeñosa —. Quizá prefieres que lo llame la zona del putiferio.

—Realmente es lo que es. —Sonrío ladino mientras me encojo de hombros—. Aunque será mejor que utilices tus términos refinados, no queda bien soltar vulgaridades.

—Habló el que en cada frase que utiliza imprime mínimo una blasfemia.

—Eso entra en el *pack* de mafioso, *principessa*. —Le guiño un ojo y observo como toda ella se sonroja.

«¿Será posible?». No me imaginé que estar a su alrededor podía resultar incluso divertido después de todo.

—Para tu información, no solo los de tu condición dicen tacos, las chicas de internado, al habernos educado bajo un ambiente de lo más estricto, disfrutamos demasiado introduciendo palabrotas en nuestro vocabulario. —¿En serio? Porque incluso diciendo esto no evita ese aire educado—. Si no ya lo comprobarás…

¿Por qué la imagen de ella soltando palabras soeces por esos mullidos labios hace que me endurezca bajo la bragueta?

—Si puedo, espero evitarlo —mascullo, alejando esa visión de mi cabeza.

Me giro de nuevo al monitor y me centro en las grabaciones. Sin embargo, la escucho soltar un leve carraspeo a mi espalda antes de llamar mi atención.

—Necesito que accedas a las cámaras de esa zona —solicita u ordena, no me queda muy claro el tono imperativo que utiliza en la frase.

—Imposible. Esa zona está libre de cámaras. Como comprenderás, ocurren cosas comprometidas y ninguno nos arriesgaríamos a que haya imágenes nuestras en según qué situación —le hago saber—. Es algo que se firma bajo contrato cuando te asignan la organización de la fiesta de la Sociedad de las Máscaras. Nada de grabaciones en… —la miro de soslayo y añado— la zona de putiferio.

—Joder… —bufa.

Mierda. Pues sí, sí que le queda bien que suelte con esa melódica voz palabras vulgares, y eso que nos estamos comunicando en castellano. Si la escuchase soltar una ordinariez en italiano o en su idioma natal, el ruso, podría correrme del gusto.

—¿A qué hora dices que regresó tu amiga a la fiesta?

Adelanto la imagen hasta que sale ella acompañada de su hermano y la maldita Larisa de la zona privada.

—Supongo que a lo largo de la madrugada. Espera… —Se acerca hasta la silla en la que hasta hace un rato estaba sentada y rescata el bolso que permanece en el suelo. Saca su teléfono móvil y vuelve a mi lado mientras trastea en él—. Tengo el vídeo que Sheila me mandó. Aquí viene el horario, las tres y veinticinco. —Le da la vuelta para que lo vea.

Vuelvo a reproducirlo y esta vez le presto la atención que no hice la primera vez cuando me lo enseñó. Sí, no hay duda, el entorno es el Palacio Racinne.

Rebobino las grabaciones hasta esa hora. Ahí está la amiga, sigue llevando su antifaz puesto, pero comprobamos como se mueve por la zona y que efectivamente busca a alguien entre los asistentes. Parece que sin éxito. En un momento dado, se queda parada con la vista focalizada tras las cortinas de la zona privada.

Un camarero se le acerca y ella se bebe de golpe la copa de champán que le ofrece.

—Si entró allí no podremos saber si se reunió con alguien —le advierto para que se haga a la idea de que lo más seguro es que no encontremos respuestas.

—Puede que no, pero tuvo que salir por algún lado. ¿Hay cámaras en los todos los puntos de acceso y de salida?

—Buena idea.

Rescato las grabaciones del exterior y las comprobamos adelantándolas.

—Para —me alerta—. Creo que es Sheila. Amplia la imagen de la izquierda.

Se trata de la cámara de una puerta lateral del palacio, alejada de los canales.

A causa de los píxeles, la imagen no se ve nítida, pero no hay duda que se trata de la tal Sheila.

Tiene la cabeza recostada en el hombro de un hombre en traje oscuro.

—¡Es el camarero! —exclama Alina.

Él la rodea por la cintura, cualquiera que los viera en esa tesitura pensaría que se trata de dos amantes que abandonan la fiesta. Sin embargo, si se te fijas bien comprobarías que algo no anda bien.

—¿Ves eso? —cuestiono.

—¿El qué?

—Él es el que hace que vaya avanzando, está cargando todo el peso. Mira sus pies —señalo, congelando el vídeo.

—Los lleva arrastrando —murmura asombrada—. ¿Puedes hacer que lo veamos desde otro ángulo? No se les ven las caras.

Niego.

—En esa zona de la calle solo se encuentra esa cámara, pero puedo hacer algo mejor. —Lo vuelvo a reproducir y acciono el audio.

Por unos instantes solo se escucha el sonido ambiente, pero conforme ellos se alejan y cuando están a punto de desaparecer del campo visual, se oye la voz de una tercera persona que no se la ve.

—¿Es la chica?

Llegados a este punto, Alina se ha acercado tanto a mí desde su posición y al monitor, que no es consciente de que tiene medio cuerpo sobre el mío. Si estirase unos centímetros mi pierna, su trasero acabaría apoyado sobre mi muslo.

—Solo he encontrado a esta —responde el camarero.

—Necesitamos más. Llevamos solo seis lotes, siete si contamos a esta —informa la voz.

—Cada vez quedan menos asistentes, dudo que podamos conseguir otro más sin llamar la atención.

—Sheila…, en qué lio te metiste —susurra acongojada, viendo a su amiga en esa tesitura.

Por la poca reacción de su cuerpo, parece que permanece drogada.

—Quizá tu amiga regresó a la fiesta con alguna intención, pero dudo que esté ahí por propia voluntad.

—¿Qué quieres decir? —Gira la cabeza y nuestros rostros quedan a escasa distancia.

—Ojalá me equivoque. Aunque si la intuición no me falla, juraría que estamos presenciando el secuestro de Sheila.

Los segundos avanzan sin que Alina mueva un solo músculo, una vez que procesa mis palabras, estalla.

—¡Lo sabía! Sabía que algo no andaba bien. —Se le rasga la voz en esas últimas palabras—. Lo sentía aquí. —Se roza el esternón.

—Aun a falta de la Ballena Blanca, esta tendrá que servir —volvemos a escuchar que dice la voz.

Tras esa última frase, la pareja desaparece, supongo que siguiendo al dueño de la voz.

—¡No! ¡Sheila! —grita Alina, esperando que con eso su amiga pueda regresar.

La grabación vuelve a mostrar la calle desierta, le doy unos minutos para que tome conciencia de la realidad. Al ver que ella misma comienza a teclear sin sentido para captar alguna otra imagen mientras las lágrimas se derraman sin control por sus mejillas, muevo el ratón y cierro las ventanas, dejando el monitor con mi fondo de pantalla.

—No, no, no. —Me sostiene de los hombros y me zarandea. Podría alejarla con un simple empujón, pero reconozco a una persona cuando ha tocado fondo—. ¡Ponlas otra vez! Síguele el rastro. ¡Haz algo! —vocifera furiosa. Al verme con una actitud pasiva, se desliza hasta el suelo y queda de rodillas—. Por favor… —suplica, llorando con un profundo desconsuelo

Desde que apareció hace unas horas en mi despacho, ha ido improvisando e intentando mantenerse entera. Me asombra, y eso es raro en mí, que ni siquiera ser el blanco en un tiroteo ha conseguido derrumbarla. Vale que haya podido entrar en *shock*, pero no ha mostrado el grado de desquicie que se ha apoderado de ella al ver con sus propios ojos cómo se llevaban a su amiga.

No la juzgo. Incluso diría que empatizo con su estado. Si fuera Valentina la que hubiese aparecido en ese vídeo, yo también habría enloquecido.

—Tienes que serenarte. —Endurezco mi voz para captar su atención—. Si quieres descubrir qué le ocurrió y dónde tienen a tu amiga, así no me sirves.

—¿Me vas a ayudar a seguir buscándola?

—Sí.

Porque tras escuchar la conversación no me cabe duda de que quien quiera que se haya llevado a Sheila también tiene a Valentina.

—¿Lo prometes? —me exige esperanzada.

—Lo prometo. Y cuando dé con los culpables los mataré.

Una especie de llama le cruza la mirada al escuchar mi promesa. Se restriega las lágrimas que le humedecen el rostro, borrando así cualquier rasgo de debilidad y se pone en pie.

La imito y quedamos uno frente al otro.

—Dime en qué puedo servir de ayuda para encontrarla.

—Por ahora, con que no me toques los cojones me basta. —Esa llama que aún no se le ha apagado en la mirada se le aviva todavía más.

—Eso solo depende de si vuelves o no a comportarte como un capullo.

Pongo los ojos en blanco y me alejo en dirección a la puerta.

—Marchando —le digo con un gesto de cabeza.

—¿Por dónde empezamos? —me pregunta con una determinación envidiable.

Cualquiera diría que hace unos minutos estaba de rodillas frente a mí, hecha un mar de lágrimas.

—De primeras vamos a recoger tus cosas del hotel. Por ahora permanecerás en unas de mis propiedades.

—Conozco a mi hermano. No lo dejará estar y vendrá a buscarme.

Me giro con la mano en el pomo sin abrir aún la puerta y la encaro, mostrándole una sonrisa.

Eso la descuadra y la hace mantenerse precavida, ya que da un paso hacia atrás por instinto.

—Contaba con ello. De hecho, lo estoy deseando.

—No sé si debería advertirte que cuando se lo propone, Vladimir es un hombre despiadado.

—¿Estás preocupada por mí, *cara*?

—Desde luego que no me preocupo por ti. Y yo no soy tu cariño. —Se cruza de brazos—. Simplemente no quiero cargar con tu muerte sobre mis hombros.

Se me escapa una risa. Es graciosa la *principessa*.

—Puedes estar tranquila, Pavlov es despiadado —me acerco a ella y flexiono las rodillas para que nuestras miradas estén a la misma altura y declaro—, pero yo lo soy aún más.

Observo como su garganta se mueve al tragar y se aleja de mí dando otro par de pasos atrás.

—¿Qué es una Ballena Blanca?

El cambio de tema y sobre todo la pregunta me pilla tan de improviso que borro la diversión que estaba sintiendo con la idea de enfrentarme por fin a Vladimir Pavlov.

Me enderezo y vuelvo a dirigirme a la salida.

—¿No vas a responder?

Una vez que llega a mi altura, la miro a los ojos enfrentándola y, mientras abro la puerta, le resuelvo:

—Tú, Alina. Tú eres una jodida Ballena Blanca.

Capítulo 11

Sombra

Nadie sabe quién se encuentra tras la Sombra. Ni siquiera aquellos que creen haber trabajado para mí. Mi existencia es más un rumor que una certeza. Y así es como quiero que siga siendo. No dejo rastro, no dejo nombres, solo un sistema diseñado para funcionar en la penumbra, donde incluso los organismos de inteligencia más avanzados fracasan a la hora de seguirme.

Algunos piensan que soy un hombre de negocios con múltiples identidades; otros que soy un aristócrata demasiado aburrido, el cual se esconde tras una máscara de oro. Lo único que está claro es que mi organización ha perfeccionado el arte del secuestro selectivo y vendo experiencias con las víctimas a empresarios, políticos y figuras de poder por un cuantioso precio.

En la última fiesta de la Sociedad de las Máscaras, como tantas otras, desaparecí del evento ante los ojos de cualquiera, convirtiéndome en una persona que nunca existió.

La adrenalina se me disparó cuando la subasta estaba a punto de comenzar. No son unas pujas cualesquiera; aquí no se venden objetos, sino información. Secretos de gobiernos, estrategias corporativas, identidades encubiertas, tecnología militar… Todo lo que un hombre poderoso pueda desear, siempre que pueda pagarlo, por supuesto.

Sin embargo, lo que más estimula a mis clientes tras el subidón de conseguir la importante información que desean es la siguiente parte en la puja, en la que adquieren experiencias. Donde dejan sacar a flote su lado más indómito, pervertido y descarnado con los lotes que ofrezco.

Ni siquiera imaginan que las fiestas de la Sociedad de las Máscaras, donde nos reunimos mafiosos y allegados de las mafias

de todo el mundo, en la que predominan secretos y lujos, es mi patio de recreo particular y mi terreno de caza perfecto.

La mayoría no tiene ni idea de que, dentro de su organización, renace otra dispuesta a gobernar el mundo.

El evento de esa noche transcurrió en un yate en aguas internacionales, lejos de cualquier jurisdicción.

No solemos usar el mismo lugar dos veces. A veces es una mansión alquilada, otras un búnker subterráneo… En ese caso, en el momento que llegó el amanecer, el barco se convirtió en cenizas en el fondo del mar.

Desde la inhóspita habitación de hotel que reservé, controlé a través de la pantalla del portátil cómo iban llegando los invitados en helicópteros privados y lanchas rápidas. Políticos corruptos, líderes de empresas multinacionales, magnates tecnológicos sin escrúpulos. Cada uno fue verificado con meses de anticipación. Nadie entra en las subastas sin ser examinado y nadie se va sin dejar algo valioso a cambio.

Las reglas son simples: cada comprador recibe fichas codificadas que se transforman en pagos mediante criptomonedas previamente depositadas en cuentas fantasmas sin rastro financiero.

La información a subastar se presenta en dispositivos sin conexión a la red, protegidos por cifrados imposibles de romper. No se hacen preguntas, ya que gracias a la *dark web* tengo toda la información sobre los compradores que necesito. Y, por supuesto, no pueden llevarse y hacer nada sin antes haberse verificado el pago.

Me recoloqué la máscara azul turquesa que elegí para esa ocasión y activé la *webcam* para darle la bienvenida a mis invitados. Todos los reunidos también iban enmascarados, el anonimato es crucial en este tipo de eventos. Comprobé que varios miembros de mi organización se colocaban en sus puestos, controlando la situación.

Tras mi breve recibimiento, observé desde la seguridad de permanecer en la otra punta del mundo mientras el maestro de ceremonia daba comienzo a la primera oferta.

En cuestión de segundos vi como las apuestas subían a cifras estratosféricas por adquirir un archivo con los nombres de agentes

encubiertos en Medio Oriente.

Las pujas se sucedieron rápido. Seguí los movimientos, los gestos, las miradas. No solo vendo información, estudio a los compradores. Algunos solo estarían allí una vez. Otros, sin embargo, podrían serme útiles en el futuro.

Analicé a cada asistente con meticulosidad y me fijé en que uno de los postores se inclinaba hacia su asistente y le susurraba algo. «Lo reconozco», pensé. Es un exgeneral caído en desgracia tras un escándalo que nunca llegó a la prensa. Abusó de decenas de cadetes.

Sonreí con malicia.

Por lo que había investigado, alguien lo protegió y ese alguien ahora lo tiene chantajeado. Si nuestro exgeneral no conseguía la información que tienen en su contra, a él podría costarle la idílica vida que llevaba.

«Perfecto», me acomodé.

Me encanta cuando dispongo de tal poder que, con un solo clic, pueda joder la vida de cualquiera.

Cuando la última subasta terminó, los compradores celebraron con copas de champán. Para ellos esa noche fue una victoria en la que adquirieron lo que venían a buscar. Para mí fue solo una jugada más en una partida que lleva años en marcha. Años en los que me ha costado que todo volviese a coger forma, modernizar lo que un día tuvo en jaque a las mayores mafias del mundo y poder volver a sembrar el caos y competir contra ellas.

Miré mi reloj y, como si todo estuviese dispuesto, mi gente apareció en la proa del barco llevando a los lotes consigo.

Este tipo de subastas no son simples transacciones clandestinas, sino que son eventos exclusivos, diseñados para que los más poderosos del mundo se sientan intocables y disfruten del morbo que genera tener el poder absoluto sin restricciones. Aquí no hay límites durante las horas que pagan por su lote, pueden hacer lo que quieran sin consecuencias. La única regla es no matar al lote.

Cada víctima, o lote, como nos gusta denominarlos a nosotros, son seleccionadas con previsión quirúrgica: jóvenes, hombres y mujeres de forma indistinta, sanos y con una apariencia exquisita.

Una vez que la presa es marcada, se la atrapa con sutileza. Por norma general, miembros de mi organización son los que se encargan, pero hay ocasiones en las que se recurre y se usan cómplices, que son potenciales futuros miembros, disfrazados de personal de servicio. Le ofrecen bebidas alteradas con drogas sofisticadas que simulan una borrachera común. Otras veces, simplemente convence a sus víctimas de que lo acompañen a una habitación privada con promesas de exclusividad y riquezas.

En cuestión de minutos, la víctima es sacada del evento a través de pasadizos ocultos o vehículos de lujo que pasan desapercibidos. Para cuando alguien nota su ausencia, ya está camino a un destino desconocido, donde será preparada para la siguiente subasta.

En ese yate se encontraban ocho lotes. A algunos de ellos y de ellas aún se les podían apreciar los moratones que adquirieron en el anterior evento. Tenían la mirada vidriosa a causa de la droga de diseño que previamente se les suministró para excitarlos contra su voluntad.

Cuando comenzó la puja, no fue tan rápida y civilizada como la anterior. Los pujadores, al ver a los lotes, se transformaron, mostrando su verdadera cara: la de demonios rabiosos, sedientos de infringir todo el dolor que fuesen capaces de ejecutar.

Una vez que comprobé que todos los pagos se efectuaron sin inconvenientes y los compradores se lanzaron a por sus compras para disfrutar de ellas, decidí que era hora de desaparecer. En menos de unas seis horas, los sistemas de autodestrucción del yate se activarían. Todos saldrían a tiempo, pero cuando intentasen buscar culpables, no habría rastro alguno al que seguirle la pista.

La Sombra nunca deja huellas.

Envié una última señal codificada a mis operadores diciendo «El evento ha concluido», y desactivé el portátil, extrayéndole el disco duro y haciéndolo añicos. Antes de abandonar el lugar, caminé por la estancia pendiente de que no hubiera nada fuera de lugar e hice lo que mejor se me da hacer: desaparecí entre las sombras.

Salgo del recuerdo de la noche del sábado y miro uno de mis teléfonos móviles difícil de rastrear.

El listado en mis contactos es limitado y cada uno de ellos está guardado con las letras del alfabeto griego, que es como nos hacemos llamar entre nosotros por orden de jerarquía.

Deslizo el dedo por la pantalla y me paro en la letra Lambda, que es una V invertida.

—¿Qué número de lotes se consiguió en Venecia? —pregunto nada más se descuelga la línea. Ni saludos ni preguntas de cortesía. Ningún miembro que forme parte de la organización tiene una amistad, simplemente son negocios.

—Siete, Alpha —responde Lambda.

—¿Alguna Ballena Blanca?

—Me temo que no.

Chasqueo la lengua. Maldita sea, necesitamos más Ballenas Blancas.

Son los lotes que más apuestas reciben y a la par es darles un gran golpe a nuestros rivales. Hacerse con jóvenes bien relacionados con las mafias hará que empiecen a sospechar que algo raro está sucediendo. Y no tardarán en atar cabos y recordar lo que sucedió durante un tiempo hace ya veinticinco años.

—Hay que conseguirlos como sea —le hago saber—. Corre la voz. Durante estas semanas debemos estar pendientes de cuáles serán los asistentes y sus acompañantes. Quiero cuanto antes un informe detallado. No podemos permitir que las pujas pierdan interés y solo con Ballenas Blancas atraeremos más atención.

Nada es más excitante que doblegar a alguien poderoso.

—Entendido, Alpha. Me pondré a ello inmediatamente.

Cuelgo.

Me siento tras el escritorio. Mientras me llega la documentación, me centro en mis asuntos cotidianos. Camuflándome como un jodido camaleón a la vista de todo el mundo.

«El tablero por fin se ha movido», sonrío disfrutando de mi propio juego de palabras.

La Sombra vuelve a dar un golpe sobre la mesa, y antes de lo que se imaginan, todos los líderes de la mafia caerán postrados ante mí, cediéndome todo cuanto tienen.

Pronto entenderán que los muertos no cazan sombras.

Capítulo 12

Alina

«Soy una Ballena Blanca, soy una… ¿por qué demonios soy una Ballena Blanca?», me cuestiono. No me sirve de nada la explicación que me ha dado Adriano.

Me ha comentado que, al igual que le pasa al cetáceo, —que es una especie rara en avistar y capturar—, alguien de mi condición es deseada para ser apresada.

Por mucho que la sociedad en la que vivo me haya querido hacer creer a lo largo de mi vida algo distinto, no tengo nada de especial. Por no disponer, ni siquiera tengo el privilegio de decidir mi futuro.

¿Creen que si me llevan conseguirían algo a cambio? Vale, puede que mi hermano removiese cielo y tierra para encontrarme, pero solo lo haría por no dejar impune la afrenta que sería al sentirse desafiado. Sin embargo, si quienes quieran que estén detrás de los secuestros piensan que postrarían al nuevo *pakhan* y les cederían todo cuanto pidiesen, lo llevan claro.

La Bratva no se humilla por nada ni por nadie, menos cuando es ella misma la que no dudaría en acabar conmigo si saco los pies del tiesto y no cumplo con mi función. Que no es otra —que quede claro — que ser un absurdo recipiente para engendrar a la futura estirpe.

El motor del coche ruge bajo mis pies mientras el sol se desliza por las ventanillas, proyectando sombras danzantes sobre la piel de Adriano. Está concentrado en la carretera, su mandíbula tensa y su perfil, iluminado de forma intermitente por el reflejo, le hacen parecer más atractivo de lo que ya es. Qué injusticia que alguien tan guapo pueda ser tan despiadado. No sé qué le habrá ocurrido al hombre que intentó matarme, pero por como estaban las manos de Adriano, llenas de sangre, cuando ha regresado, dudo que le haya ofrecido caricias.

¿Siento remordimientos del destino que haya podido tener el motorista? Lo analizo, y no. Ni un poquito. ¿Qué dice eso de mí? Quizá estoy mal de la cabeza y tengo un lado oscuro oculto al igual que ellos. Sé que debería sentir lástima de lo que le haya ocurrido, sin embargo, lo único que me pesa es no haber estado presente.

Lo miro de soslayo; quitando la tirantez en su rictus, pues creo que viene de serie, se le ve tranquilo. A diferencia de él, mi mente es una auténtica centrifugadora y no deja de repasar todo lo ocurrido.

«Sheila no se fue, se la llevaron».

Esa certeza se aferra a mi pecho como un puño cerrado, oprimiéndome hasta el punto de que me cuesta respirar. Es mi culpa. Si no hubiese acudido a ella tras el fallecimiento de mi padre y la discusión con Vladimir y Larisa, no hubiésemos urdido el plan y no me hubiese acompañado a esa maldita fiesta de la Sociedad de las Máscaras, ahora no estaría en peligro.

Sigo mirando a Adriano de reojo. No me gusta la idea de depender de él, pero es el único con los recursos suficientes para ayudarme. No me engaño, no lo conozco, y dudo que sea una persona altruista. Si colabora conmigo en esto es porque en algo le beneficiará.

—Sigues mirándome —afirma sin despegar los ojos de la carretera. Su voz grave perfora el silencio del coche.

—No lo estoy haciendo —respondo de inmediato, demasiado rápido para que suene convincente.

Él sonríe de lado. No dice nada más. En estas pocas horas que he pasado con él siempre ha hecho eso, me observa y espera. Sabe que al final hablaré, pero esta vez no voy a darle el gusto.

Me cabrea que me haya calado tan rápido y que sepa que no soy paciente y comedida, a pesar de que es justo eso lo que se espera de mí.

Nos detenemos frente al hotel donde me alojo. Es un edificio elegante a la par de discreto. Justo lo que necesitaba cuando llegué aquí. Ni en un millón de años habría imaginado que mi día terminaría de esta manera.

Adriano apaga el motor y gira la cabeza hacia mí.

—¿En qué planta está tu habitación?

—No es necesario que me acompañes, solo recogeré mis cosas y bajaré para ir a tu dichosa «propiedad». —Entrecomillo para darle mayor énfasis y demostrar que no estoy contenta con el cambio de planes.

¿No entiende que no voy a ir a ningún sitio? Soy la más interesada en esta extraña asociación. Es más, es justo lo que vine a buscar.

Sus cejas se arquean con diversión. Odio que disfrute viéndome molesta. ¡Que le zurzan!

Lo ignoro y salgo del coche.

Como me temía, se pasa mi sugerencia por el forro de los cojones y me sigue.

Es casi mediodía, el vestíbulo a estas horas está casi vacío. Camino directa hacia el ascensor, sintiendo su presencia a mi espalda. No sé por qué insiste en venir. No es como si estuviese en peligro aquí. Al menos, eso quiero creer. De hecho, si de alguien tengo que estar precavida es justo de él.

Cuando abro la puerta de mi habitación, todo parece estar en su lugar, sin embargo, me tenso en cuanto doy un paso adentro.

—¿Qué ocurre? —pregunta Adriano detrás de mí. Ha debido de apreciar mi cambio.

No respondo de inmediato. Mis ojos recorren el espacio con una sensación extraña. La cama está hecha, la ropa doblada con una precisión que no recuerdo haber tenido antes de salir. Mi neceser está alineado a la perfección sobre la mesita. Todo está demasiado… ordenado.

—Alguien ha estado aquí.

—Habrá sido el personal de limpieza del hotel —sugiere con indiferencia.

Se acerca hasta una de las mesitas de noche, abre el cajón y de su índice cuelga uno de mis tangas de encaje, en concreto uno en color marfil.

—Deja de tocar lo que no esto tuyo. —Se lo arrebato, camuflando la vergüenza al ver que toquetea mi ropa interior.

Niego indignada mientras me giro, apoyo los puños en mis caderas, con el tanga a buen recaudo escondido en la palma de la mano, e inspecciono la habitación.

—Tengo un pálpito… —murmuro más para mí—. Esto no lo ha hecho un empleado, no creo que se tomen ese tipo de licencias.

Mis dedos rozan la maleta, la abro y un escalofrío me recorre la espalda al ver que está rajado el revestimiento interior. No puedo explicarlo, pero estoy segura de que alguien ha revisado mis cosas.

Se me cruza un pensamiento, saco el móvil y marco a Vladimir.

Tarda en responder.

—¿Has conseguido deshacerte de Moretti? —Su voz está cargada de tensión.

Iluso. Dudo que nadie pueda deshacerse de Adriano si él no lo desea.

—No —gruño—. Necesito un favor.

—¿Me tomas el pelo? ¿Después de la que has montado, del lío en el que me has involucrado, tienes las santas narices de pedirme un favor? —vocifera a través de la línea.

Me aparto todo lo que puedo de Adriano para intentar que no escuche la conversación, pero el espacio es tan reducido que sé de buena tinta que se empapará de todo cuanto digamos.

—Punto uno: no he montado nada. Te pedí ayuda, no me la ofreciste, pues me busqué la vida.

—Me cago en mi puta estampa, Alina…

—Punto número dos —continúo, desoyendo sus protestas—: para tu información, yo estaba en lo cierto y han secuestrado a Sheila.

Decirlo en voz alta hace que esta maldita pesadilla sea real.

Mi hermano al otro lado mantiene silencio, procesando mis palabras.

—¿Qué quieres decir, Ali? —Su tono ya no es tan beligerante y lo agradezco—. Yo vi el vídeo en el que te pedía que no la buscases.

—Así es. No sé los motivos que tuvo para tomar esa decisión, pero fuera lo que fuese buscando no lo encontró. He visto cómo se la llevaron, Vladimir. —Se me rompe la voz —. Necesito que vayas al piso de Sheila.

—¿Para qué?

—Solo hazlo, por favor —le suplico—. Luego te lo explicaré.

—¿Crees que la desaparición de Sheila tiene algo que ver con lo que te ha sucedido hoy?

Maldita mente colmena.

¿Por qué tanto Adriano como mi hermano es a la primera conclusión a la que llegan? No me extraña que fuesen amigos en el pasado.

—No lo creo, aunque Moretti me preguntó lo mismo —le confieso, mirando al susodicho por el rabillo del ojo.

Ahí sigue, cruzado de brazos, pendiente de cada uno de mis movimientos.

La línea se mantiene en silencio. Sé que Vladimir está molesto, que odia que haya acudido a Adriano Moretti en lugar de a él, pero no puede negarse a esto. Si ambos llevan razón y todo está relacionado, intuyo que mi hermano esta vez no me dará la espalda.

—Voy de camino al piso de Sheila con Misha. Tendré que romper la cerradura —dice al final, seco.

—Haz lo que creas necesario.

Cuelgo sin despedirme.

Adriano me observa con una expresión que no logro descifrar.

—¿Sigues creyendo que ha entrado alguien?

—No solo lo creo, lo sé. —Señalo el corte en la maleta.

Suspira y se acerca hasta mí para inspeccionar.

—Si alguien estuvo aquí, no dejó rastro más allá de esto. ¿No han robado nada?

Niego.

—No tenía nada de valor. Solo mis escasas pertenencias.

«Quizás buscaban algo y no lo encontraron». No digo eso en voz alta. En su lugar, comienzo a guardar mis cosas en la maleta.

Adriano me ayuda, lo cual solo aumenta mi frustración. No quiero su amabilidad. Puede que estemos en el mismo equipo por ahora, pero eso no nos hace amigos.

Tras recoger y hacer el *check-out*, salimos del hotel y nos dirigimos al coche.

Justo cuando Adriano enciende el motor, mi móvil suena con una llamada de Vladimir.

—Dime.

—Tenías razón —dice, y mi estómago se hunde.

—¿Qué has encontrado?

—Alina, el piso de Sheila está hecho un desastre. O sois unas cerdas desordenadas o alguien entró.

El aire me quema en los pulmones y aprieto el teléfono con más fuerza.

—¿Se llevaron algo?

—¿Cómo quieres que lo sepa? Está todo revuelto. Esto no es una coincidencia, *sestra*.

Lo sé. Lo supe desde el momento en que puse un pie en la habitación del hotel, al igual que presentí que Sheila estaba en peligro.

—Está bien, si todo está relacionado, lo averiguaré —le digo con la voz tensa.

¿De dónde sale esta falsa calma?

—¡Ni de coña! Antes tenemos que hablar tú y yo. Y te prometo algo, Alina, te sacaré de las manos de Moretti.

La llamada se corta.

Miro el móvil, sintiendo que mi mano tiembla.

Me recorren un cúmulo de sensaciones que me cuesta gestionar; por un lado, estoy asustada por cómo están sucediendo la cosas, y por otro, indignada. Estoy de los capos, *pakhans* y su puta madre hasta la coronilla, por no decir otra zona mucho más vulgar. Pero sí, que conste, también estoy hasta el mismísimo coño.

Adriano me observa desde el lado del conductor, paciente.

—No me digas, más problemas, ¿verdad?

Levanto la vista hacia él. Su expresión es serena, como si todo esto fuera solo un juego al que está acostumbrado.

Pero no lo es. Es mi vida, joder. ¿Quién haría algo así? Hasta ahora nunca he tenido problemas.

—Alguien ha estado en el piso de Sheila —digo en voz baja.

Adriano asiente con lentitud, como si ya lo supiera.

Y, de repente, tengo una terrible sospecha. ¿Y si él está detrás de todo esto?

«No puedo bajar la guardia, lo único que me consta es que él es igual de peligroso que el hombre que ha disparado contra mí».

—¿A dónde vamos? —pregunto al ver que dejamos atrás la ciudad de Livorno.

—A un lugar seguro. A uno de mis clubs.

De puta madre. Además de vitivinícola es empresario de ocio nocturno. ¿Por qué no me sorprende?

Me masajeo las sienes, agotada.

Son demasiadas emociones en muy pocas horas y, para colmo, estoy sin comer, lo que hace que mi agilidad mental merme.

*

El club se encuentra en el Oltrarno de Pisa, una de las zonas que divide el río Arno del centro histórico.

Una vez que aparcamos en un parquin privado, un hombre sale a nuestro encuentro.

—Lleva las pertenencias de la señorita Pavlova al ático.

El hombre, diligente, asiente sin cuestionar la orden.

—Por lo que veo, el gracias y el por favor no entran dentro de tu vocabulario —comento, siguiendo sus pasos.

—Trabajan para mí.

—Eso no es excusa para ser descortés.

—Soy quien paga sus sueldos —alega sin tan siquiera mirarme —. Y te aseguro que soy un jefe bastante generoso en ese aspecto.

Bufo. No vuelvo a replicar, sé que no llegaremos a nada. Él está convencido de que por soltar una buena cantidad de dinero puede ser un cerdo arrogante.

El ascensor nos lleva directamente a una de las salas del club, el cual es un torbellino de luces y música estridente.

Save your tears de The Weenknd suena por los altavoces. Qué apropiada canción para mi estado anímico. Eso es, mejor me guardaré mis lágrimas.

Dios, si solo son las…, miro mi reloj de pulsera, las tres menos cuarto y está abarrotado.

Conforme avanzamos, noto que el aire está cargado con el olor a alcohol, perfume caro y promesas vacías. No estoy de humor para esto ni para la gente que se mueve entre las sombras, riendo, negociando y jugando a ser intocables.

Caminamos directos a un reservado en la parte superior y más exclusiva del lugar. Adriano se mueve con naturalidad, como si este fuera su reino. Y qué coño, de alguna manera lo es.

—Quédate aquí, no tardo. Voy a buscar a mi hermana —dice antes de desaparecer entre la multitud.

No me pregunta si quiero hacerlo, solo asume que obedeceré y me quedaré donde ha ordenado. Cuando veo hacia dónde se dirige, la curiosidad me quema por dentro, y lo siento, pero a mí no me tiene en su nómina, y voy tras él.

Su destino es una zona más apartada, donde la música apenas llega y compruebo que allí lo espera Isabella, ¡¿ella es su hermana?! Ahora lo entiendo todo, los genes no mienten.

Ambos echan a andar, no debería seguirlos, pero evidentemente lo hago.

Me muevo entre la gente, manteniendo la distancia suficiente para no ser vista. Me escondo tras una columna, lo bastante cerca para oírlos. A pesar de que hablan en italiano, capto parte de la conversación.

—¿Te has vuelto loco? No sé qué pretendes con ella, Adriano —dice Isabella con una mezcla de exasperación y advertencia—, pero no deberías mantenerla cerca.

—Lo sé.

—Entonces, ¿por qué lo haces?

Adriano guarda silencio por un momento. Cuando habla, su voz es más baja, como si apenas se permitiera admitirlo.

—Quizá haya encontrado una pista para encontrar a Valentina a través de Alina.

«¿Valentina?».

Sabía que su desinteresada ayuda no era tal.

«¿Quién es Valentina? ¿Y qué tiene que ver conmigo?».

Estoy a punto de inclinarme un poco más cuando una voz grave, teñida de burla, me paraliza.

—¿Sabías que la curiosidad puede resultar peligrosa?

Me giro bruscamente y me encuentro de frente con Dante, el hombre de confianza de Adriano.

—Y-yo… —balbuceo.

—¿Desde cuándo escuchar conversaciones ajenas se ha vuelto tu pasatiempo favorito? —pregunta con fingida indiferencia y una sonrisa perezosa que le alcanza sus ojos.

Intento mantener la calma.

—Estaba buscando el baño.

Dante deja escapar una risa corta.

—Deberías saber que por cosas como esta han desaparecido personas.

Su tono es ligero, casi bromista. Pero el significado detrás de sus palabras me eriza el vello.

Antes de que pueda responder, escucho pasos acercándose y maldigo cuando Adriano e Isabella aparecen.

Los ojos de Adriano se oscurecen cuando me ve.

—¿Qué demonios estás haciendo aquí? Te dije que esperases.

No me molesto en volverme a inventar una excusa, ya que está visto que no la tengo. En su lugar, me planto delante de él y lo enfrento.

Adjudicado, he perdido cualquier atisbo de sensatez.

—¿Quién es Valentina?

La mandíbula de Adriano se tensa mientras su mirada se endurece.

—No vuelvas a pronunciar ese nombre —gruñe, acercándose peligrosamente a mí.

Es tan rápido que ni siquiera me preparo cuando su mano se cierra alrededor de mi garganta. No la aprieta lo suficiente para ahogarme, pero sí para dejar claro su punto.

Isabella observa la escena con una mezcla de sorpresa y advertencia, sin embargo, no interviene. Dante, en cambio, sonríe de lado y agradezco que interceda.

—Déjala, Adri, solo es un pajarito curioso.

A pesar de la presión en mi cuello, lo miro con fijeza a los ojos y vuelvo a preguntar con voz firme:

—¿Quién es Valentina?

—Dios, eres más estúpida de lo que pensaba —refuta Isabella, negando con la cabeza.

Desvío mis ojos para taladrarla con la mirada.

Los dedos de Adriano aprietan un poco más y siento como mi rostro se calienta al apenas llegarme oxígeno.

Vuelvo a centrarme en él para que nuestras miradas se encuentren y nos medimos el uno al otro.

Si quiere asustarme, tendrá que esforzarse más, ya que si tengo algo que ver con la tal Valentina merezco saberlo.

Capítulo 13

Adriano

Percibo los latidos acelerados de Alina contra las yemas de mis dedos. Con un simple juego de mi muñeca podría partirle el cuello. Debería hacerlo, sería la mejor venganza que podría tener frente a Vladimir Pavlov, ¿por qué no lo hago? Me ahorraría muchos quebraderos de cabeza.

No la conozco ni me interesa. La pequeña Pavlova no significa nada para mí.

—¿Quién es Valentina?

—Dios, eres más estúpida de lo que pensaba —escucho decir a mi hermana.

Aprieto el cuello de Alina cuando por un momento pierdo su atención. Mis demonios intentan tomar el control y pagar con ella la frustración que siento al llevar meses sin dar con el paradero de Valentina.

Cuando sus ojos se vuelven a encontrar con los míos, leo desafío en ellos.

Me cabrea que no tema por su vida.

—No dudes por un momento que, si sigues tocándome los cojones, te mataré.

—No te creo —rebate con la voz enronquecida—. Si me quisieses muerta has tenido varias oportunidades para hacerlo y…, por lo que parece, me necesitas vivita y coleando.

Maldita sea, la muy inconsciente sonríe. No sé si ese gesto hace que me den ganas de apretar más su cuello hasta sacarle su último halo de vida o comerle la boca hasta que pierda el sentido, pues con su gallardía se me ha puesto la polla dura.

Le miro los labios, tentado a callarla con mi boca. En el momento que ese pensamiento me cruza la mente, la suelto como si

me asquease. Sí, debe ser eso, o puede que de repente haya deseado con todas mis fuerzas llevar a cabo la acción.

Me giro hacia Dante y le hago un gesto de que nos marchamos. Antes de desaparecer, le digo a Isabella:

—Llévala hasta el ático y que se instale.

—Es tu problema. ¿Por qué tengo que hacerme yo cargo de ella? —se ofusca.

—Porque lo digo yo. —Veo a Alina poner los ojos en blanco tras mi contestación mientras se frota el cuello—. Y tú —esta vez me centro en ella—, esta noche vendré a por ti para entrenarte. Así que más vale que estés lista.

—¿Cómo que entrenar?

Por un instante, solo uno, siento ciertos remordimientos cuando su voz suena con cierta afonía.

Por suerte, ese extraño sentimiento se evapora rápido.

—Si piensas involucrarte en esto para encontrar a tu amiga, necesito que tu compañía no me resulte un lastre.

Observo su cara de indignación y sé que va a soltar una de sus perlas por esa boca del diablo que tiene. Giro sin esperar a escuchar lo que tenga que decir y desaparezco de la zona de reservados.

Dante me sigue, en silencio, por todo el local, guardando como siempre mi espalda.

Una vez que llegamos hasta el coche, por fin habla:

—¿Quieres que conduzca?

—No —niego sin añadir más.

Necesito soltar adrenalina, y ya que no puedo liarme a tiros como realmente me apetece, tendré que hacerlo a través de la velocidad.

Me monto en el lado del conductor y, una vez que Dante se acomoda en el asiento del copiloto, salgo disparado del parquin.

A estas horas, el tráfico por las calles de Pisa es denso, sorteo cada coche que encuentro y toco el claxon con insistencia a los que me obstaculizan el paso hasta salir de la ciudad.

Mi amigo a mi lado ríe por lo bajo.

—¿Qué? —cuestiono malhumorado.

—No he dicho nada. —Alza las manos con fingida inocencia, sin borrar la sonrisa de *comepollas* que tiene grabada en la cara.

—Mejor…

Su carcajada no se hace esperar y aprieto el volante con la misma fuerza que lo hacen mis dientes.

—Joder, Adriano, parece que te has encontrado con un dulce problema de tu altura.

—Alina Pavlova no tiene nada de dulce —replico.

«Porque de problemas va sobrada la *principessa*».

—Y tanto que sí… —Sigue carcajeándose el muy idiota—. ¿La has visto?

¡Maldita sea! Por supuesto que la he visto. Y ese es el jodido problema. Es la hermana del primer y único hombre que tuvo los santos huevos de traicionarme y que aún no ha pagado por ello.

—Necesito que canceles toda mi agenda para las próximas semanas.

A Dante se le corta toda la guasa al escuchar mi orden.

—¿Algo más que deba saber?

Medito mi respuesta.

—La amiga de Alina fue secuestrada la noche del sábado y creo que puede tener relación con la desaparición de Valentina.

—Mierda —exhala—. ¿Estás seguro?

—No, joder. —Golpeo el volante—. Pero en un mes no hemos averiguado una mierda de quién tiene a Tina y en las grabaciones del secuestro de esa chica hablan de Ballenas Blancas.

—Maldita sea…

«Exacto», pienso para mí.

No puede ser coincidencia que en los últimos tiempos hayan sucedido desapariciones aisladas, entre ellas la de una de mis hermanas. Necesito agarrarme a esa vía porque me niego a pensar que el destino de Valentina haya sido mucho peor y esté muerta.

Me guardo para mí lo que ha dicho el ruso antes de que acabase con él. Confío en Dante con mi propia vida, pero hay fantasmas que es mejor no mencionarlos.

—¿Dónde vamos? —pregunta él.

—A ver a mi padre.

Asiente sin añadir nada más.

Puede que lleve años siendo el jefe de la Cosa Nostra, sin embargo, en cuanto a temas que repercutan a mi familia me gusta contar con los consejos del anterior capo.

Tardamos poco más de una hora en llegar.

Al entrar a nuestra propiedad, los viñedos Moretti se extienden como un manto verde sobre las colinas de Artreci, al sur de Florencia. Enclavados en el corazón de la Toscana, abarcan cientos de hectáreas donde las hileras de vides, alineadas con precisión casi militar, descienden por suaves pendientes hasta perderse en la distancia.

Disfruto viniendo aquí en cualquier época del año, cuando necesito alejarme del ajetreo de mi vida es mi remanso de paz. En otoño, el sol poniente enciende las hojas con tonos ámbar y carmesí mientras que, en primavera, el verde brillante se mece con la brisa perfumada de la tierra fértil.

Las uvas que aquí crecen son de la más alta calidad, principalmente Sangiovese, la joya de los vinos toscanos. Los racimos robustos cuelgan de las vides antiguas, algunas con más de medio siglo de historia, sus troncos nudosos testigos de generaciones de trabajo y secretos familiares. El aroma a tierra húmeda, madera envejecida y frutos maduros impregna el aire, mezclándose con la sutil fragancia del ciprés y el olivo que bordean los terrenos.

En el corazón de la finca, una imponente villa de piedra domina el paisaje. Sus muros centenarios, cubiertos en parte por enredaderas, cuentan historias de negocios silenciosos y pactos sellados con copas de vino Moretti en mano. Aquí, entre el lujo y la tradición, se gestiona no solo la producción vinícola, sino también el legado de una familia cuyo poder se extiende mucho más allá de los viñedos.

Este es mi mundo, el legado que mantengo a flote en lo más alto con orgullo y reverencia y del cual me siento agradecido de poder gestionar.

Sin embargo, también controlo mi mayor negocio, el que fundé por mérito propio, del tráfico de armas.

Japón, Oriente Medio y el este africano son mis potenciales clientes. Mi idea es la de expandir el mercado en Sudamérica, pero existe una piedra en el camino que me estorba y entorpece mis avances. Tiene nombre propio y no es otro que Vladimir Pavlov.

Al aparcar y bajar del coche, Dante desaparece en el interior de la villa, con el teléfono ya listo para organizar lo que le he pedido y despejar mi agenda. Nada es más importante en estos momentos que encontrar de una buena vez a Valentina.

Voy directo a la cocina, sabiendo que justo allí encontraré a la *padrona di casa*, o lo que viene a ser a la dueña y señora de todo cuanto nos pertenece: mi madre.

Apenas doy dos pasos cuando escucho los suyos apresurados. Antes de que pueda reaccionar, mi madre me envuelve en un fuerte abrazo, plasmando la desesperación que la acompaña en él. Su perfume a orégano me golpea de inmediato, un aroma que siempre asocio con ella, ya que le encanta perderse entre los fogones preparando grandes cantidades de comida.

—Adriano… *mío figlio* —susurra contra mi hombro, y siento su respiración temblorosa.

—*Mamma* —le respondo con suavidad, apoyando una mano en su espalda.

Se separa lo justo para mirarme a los ojos. Su rostro está cansado, muestra ojeras marcadas debajo de sus ojos y la preocupación oscurece su mirada. Sujeta mis brazos con firmeza, como si necesitara asegurarse de que en realidad estoy aquí.

—¿Tienes noticias de Tina? —Su voz se quiebra al mencionar a Valentina—. Dime que tienes algo, que está bien.

Sus ojos buscan en los míos una verdad que aún no tengo. Aprieto los labios y tenso la mandíbula. No puedo mentirle, pero tampoco puedo generarle más angustia. Lleva un mes muerta en vida.

—Todavía no, *mamma*, pero estoy cerca.

—¿Cerca? —Sus cejas se fruncen y su agarre en mis brazos se endurece—. ¿Qué significa eso? ¿Sabes dónde está? ¿Quién se la llevó?

Exhala con brusquedad, apartándose un paso. Se lleva una mano al pecho, retorciéndose el vestido en el proceso, como si le faltara el aire.

—*Mamma*, escúchame —digo con firmeza, tomándola de las manos—. Tengo algo, una pista. No quiero adelantarte nada hasta estar seguro, pero estoy trabajando en ello. Te prometo que la voy a traer de vuelta.

Ella parpadea, su expresión es un torbellino de emociones: miedo, esperanza, desesperación.

—Estoy cansada de promesas que no se pueden cumplir, Adriano —su voz es apenas un murmullo.

Aprieto su mano con más fuerza y la acerco hasta mí para rodearla en un abrazo. Apoyo su cabeza en mi pecho y beso su coronilla.

Si hay alguien en el mundo realmente fuerte esa es mi madre, sin embargo, cada día que pasa sin noticias de Valentina sus esperanzas se diluyen.

—Voy a cumplirlo, *mamma*. Te lo juro.

Mi madre alza la cabeza y me mira un segundo más antes de asentir con la cabeza, aunque sus ojos siguen reflejando temor. No la culpo, pero yo no pienso fallarle.

—¿Dónde está papá? —le pregunto cuando sale de entre mis brazos.

—Hoy tiene un buen día, está en los viñedos —me informa—. ¿Has comido?

Sonrío y niego.

—Estoy famélico.

Y no miento cuando mi estómago protesta.

Antes de ir a ver a mi padre, aviso a Dante y ambos acompañamos a mi madre, que nos deleita con su *saltimbocca alla romana*, que es ternera con jamón y salvia, cocida con vino blanco, y la acompañamos con unas *bruschettas* de pan tostado con ajo, tomate, albahaca y aceite de oliva.

Tras declinar el postre y dejar a Dante y a mi madre charlando, salgo al exterior.

El sol baña las colinas en un resplandor dorado cuando llego hasta donde mi padre trabaja. Su figura, robusta y marcada por los años, se mueve con la precisión de alguien que ha hecho esto toda su vida. Con el corquete en mano, un pequeño utensilio con forma de hoz, corta los brotes secos con movimientos certeros, como si cada corte fuese una sentencia.

Cuando llego hasta donde se encuentra ni siquiera repara en mi presencia. Me cruzo de brazos, apoyándome en uno de los postes de madera que sostienen las vides.

—Si sigues a este ritmo, mañana no vas a poder moverte.

Mi padre ni siquiera levanta la vista.

—Eso díselo a la tierra —gruñe—. Si no la trabajas, se vuelve infértil. Como los hombres.

Sonrío de lado.

—Seguro que trabajar demasiado también puede matarte.

Esta vez se endereza. Se limpia las manos en los pantalones y alza el corquete, haciéndolo girar en su palma con la facilidad de quien conoce bien su filo.

—No tanto como esto —dice, mirándome con ojos astutos—. ¿Sabes cuántos bastardos han caído por una herramienta como esta? Limpia, silenciosa, eficaz… Cortas la garganta y la dejas sangrar sobre la tierra. Es casi poético.

Suelto una risa seca, pero hay algo en su tono que me recuerda quién fue antes de convertirse en el hombre que es ahora. Un hombre devorado por la esclerosis, una enfermedad que poco a poco va mermando su movilidad. De ahí que antes de lo que me esperaba delegase el título que le pertenecía en mí.

—Siempre tan gráfico, papá.

Guarda el corquete en el cinto y me observa en silencio por un instante. Su mirada tiene ese peso que siempre ha tenido, como si pudiera ver a través de mí.

—¿Qué pasa?

Descruzo los brazos, respiro hondo.

—Tuve un altercado con un ruso esta mañana.

Enarca una de sus cejas.

—¿Dejaste cabos sueltos?

—La duda ofende, viejo. —Sonrío, sin embargo, él no lo hace—. Acabé con él, tranquilo. El caso es que no fue un simple choque de negocios. Mencionó algo que no me gustó en absoluto.

Mi padre endurece la mandíbula.

—¿Qué dijo?

Trago saliva, molesto por tener que repetir la puta frase de los cojones.

—Dijo: «los muertos no cazan sombras».

Solo se escucha como el viento sacude las hojas. La expresión de mi padre no cambia, pero veo cómo se tensa su postura, como sus dedos se crispan ligeramente.

—Lleva años muerto —murmura.

—Sí, pero que alguien use esa frase ahora… No creo que sea coincidencia.

El silencio entre nosotros se vuelve pesado. Él desvía la mirada hacia las vides, sin embargo, sé que su mente está en otra parte. En el pasado. En el día en que todo cambió.

—¿Y Valentina? —pregunta al fin con tono grave.

—Creo que su desaparición está conectada. Si alguien está moviendo los hilos detrás de la nueva Sombra, tiene que ver con esto.

—¿Estás seguro que tiene que ver con Valentina? En un mes no hemos tenido pistas, ¿por qué ahora?

—El hombre que me dijo eso, antes quiso matar a una chica.

—¿A una chica? ¿La conoces?

Exhalo.

—No exactamente. Se trata de Alina Pavlova —le informo.

A mi padre le cambia el rictus.

—¿Tiene algo que ver con Vladimir?

—Es su hermana y ahora está bajo mi protección —le aviso.

Observo como respira hondo y pasa una mano por su rostro. Cuando vuelve a mirarme, sus ojos color caoba, iguales que los de mis hermanas, son puro acero.

—Si la mantienes cerca, quien vaya tras ella sabes que también vendrá a por ti, ¿no? —me advierte para que entienda las consecuencias de lo que ello conlleva.

—Lo sé.

—Entonces lo mejor es no esperar a que te encuentren primero.

Su voz no tiembla. Es la de un hombre que una vez ayudó a eliminar a un monstruo para salvarme. Y que, si es necesario y a pesar de su frágil salud, no dudará en hacerlo de nuevo.

Es causa y efecto. Si algo he aprendido en estos años en la mafia es que hay que anticiparse al golpe porque el primero en atacar será el último en caer.

Tras esa breve conversación, me despido de mi padre, esperando que la próxima vez que lo vea traiga buenas noticias.

Esta vez es Dante quien conduce de vuelta a Pisa. Esta noche entrenaré a Alina, el tiempo juega en nuestra contra y no podemos permitirnos perderlo.

Hay veces, en medio del silencio de la noche, que el pasado vuelve como un fantasma. No importa cuánto haya cambiado mi vida, cuánto haya crecido, hay cicatrices que nunca desaparecen.

Mi verdadero padre… No, ese hombre no merece ser llamado así. Ángelo De Lucca era su nombre, pero para el mundo de la mafia era conocido como «La Sombra». Un hombre que traficaba con secretos, vendiéndolos al mejor postor en sus subastas clandestinas y, lo que es peor de todo, con personas. No le importaba a quién beneficiaba o a quién condenaba, solo le interesaba el precio que ponían por la información. Y siempre había alguien dispuesto a pagar.

Para él, mi madre, Bianca, no era más que una posesión. Un trofeo que podía exhibir o destrozar según su estado de ánimo. Con el nacimiento de mis hermanas, Isabella y Valentina, dos años después de nacer yo, todo pareció descontrolarse. Crecí escuchando discusiones, viendo cómo la humillaba, la maltrataba y cómo la reducía a la sombra de lo que una vez fue. Yo no podía hacer nada, tan solo era un niño, un crío asustado que trataba de protegerla con su propio cuerpo cuando él perdía el control. Que era a menudo.

Los golpes de su cinturón de cuero eran las únicas caricias que recibía de su parte.

Hasta que llegó Giancarlo Moretti, el gran capo de la Cosa Nostra de la zona de la Toscana.

Ángelo ansiaba el poder del que disponían las mafias, quería hacerse con el control total de Italia. Como alto cargo Carabinieri tenía acceso a infinidad de información clasificada que vendía a altos cargos políticos para luego poder extorsionarlos y que le debiesen favores para así escalar hasta alcanzar una posición privilegiada. Era un maldito policía militar corrupto, como tantos otros quedan hoy en día.

Giancarlo odiaba a mi padre, era de las pocas personas que descubrió quién estaba en realidad detrás de la Sombra. Estaba decidido acabar con él. Más tarde descubrí que mi madre y él llevaban una relación en secreto desde hacía demasiados años. No por decisión de él, sino que mi madre temía lo que mi padre pudiese hacernos a mí y a mis hermanas. Pero Ángelo perdió la cabeza de manera literal cuando descubrió no solo que su mujer le era infiel, sino que aquellas dos niñas gemelas no eran hijas suyas, sino del cabrón que se beneficiaba a la puta de su mujer.

No voy a justificar las acciones de mi madre, pero no puedo juzgarla. La entiendo. Giancarlo la miraba diferente. No con desprecio, como hacía mi donante de esperma, sino con devoción. La trataba con una ternura que me costó entender al principio. Sin embargo, lo más importante es que nos dio una salida. Nos dio la oportunidad de ser libres.

Yo tenía ocho años cuando tomé la decisión y me convertí en algo que un niño nunca debería ser. Mi madre siempre ha creído que fue Giancarlo quien acabó con la Sombra, que él fue quien nos salvó…, pero en realidad fui yo quien puso fin a todo.

Fui yo quien sostuvo el arma, quien apretó el gatillo y nos dio a los tres la paz que tanto merecíamos.

Después de aquello, Giancarlo nos acogió. Me dio su apellido, su hogar y, con el tiempo, una verdadera familia. Crecimos entre los viñedos, rodeados de amor, de una vida que nunca creí posible. Me instruyó en el mundo de la mafia como si fuese mi verdadera herencia.

Sin embargo, ahora Valentina ha desaparecido, y con su ausencia la sombra de mi pasado vuelve a extenderse sobre

nosotros.

No duermo. Apenas respiro. No hasta que consiga encontrarla. Tina es mi familia, Giancarlo me enseñó que por salvar a los nuestros no hay límites.

Si hay algo que he aprendido en la vida es que el pasado nunca muere del todo, y si alguien está usando el nombre de «La Sombra» significa que la pesadilla no ha terminado y que quedan aún cuentas que saldar, y no pararé hasta enterrar a cualquiera que ponga en peligro a los míos.

Capítulo14

Alina

Dicen que la impaciencia nos hace tomar malas decisiones mientras que la paciencia nos da claridad. Pues bien, yo he sido paciente y claro, lo que se dice claro, no veo nada.

Una vez que Adriano le exigió a Isabella, la que ahora sé que es su hermana, que se hiciese cargo de mí —porque pedir ya tenemos claro que no va con él—, me sentí desubicada. Mucho más de lo que ya estaba.

Me llevó hasta un apartamento que ocupa toda la planta superior del club. Al entrar, divisé que ya se encontraban en el recibidor mis pocas pertenencias.

Comprobé que Isabella no es mujer de muchas palabras cuando hizo un rápido *tour* del lugar.

—Este es el comedor. A la derecha está el baño y las habitaciones. Hay tres, elige la que quieras menos la del fondo. Es la de Adriano y, dada tu cualidad para husmear, te recomiendo que ni se te pase por la cabeza entrar. Suele ser un tanto reacio en cuanto a su intimidad se refiere —apuntilló sin apenas mirarme—. Ahí tienes la cocina, la nevera llena por si quieres comer…

«Qué detalle, a lo mejor se piensan que me mantengo del aire».

—¿Por qué te caigo mal? —le pregunté a bocajarro, cortando sus explicaciones de asesora inmobiliaria.

—Creo que te estás sobrestimando, guapa. No me caes mal, solo me eres indiferente.

—Ya, claro… Lo que tú digas —murmuré, aún sintiendo la animadversión que emanaba de ella hacia mí.

—Si necesitas cualquier cosa, habrá un hombre custodiando la puerta, pídeselo a él y me lo hará llegar. O mira, mejor que llame a Adriano, al fin y al cabo, eres su problema —dijo, dirigiéndose hasta la puerta.

—Lo que estáis haciendo se podría considerar secuestro, ¿sabes?

Se giró y me obsequió con una sonrisa que de amigable tenía poco.

—¿Eso crees? —Abrió la puerta de par en par y, como dijo, al otro lado había un hombre de seguridad con pinta de matón—. ¿Quieres irte? Adelante. Eres libre de poder decidir. —Hizo un gesto hacia fuera—. Eso sí, conociendo a mi hermano, dudo que si decides salir por esa puerta vuelva a ofrecerte su ayuda.

—Eso en mi idioma se llama coacción. —Me crucé de brazos, permaneciendo en el sitio.

—Defínelo como mejor te plazca, solo constato la realidad.

Y así desapareció, dejándome sola en un lugar extraño para que las horas se volviesen interminables.

Son las diez de la noche, me ha dado tiempo a comer, ducharme y recorrerme el piso de arriba abajo. Porque, efectivamente y a pesar del consejo de Isabella, he husmeado todo cuanto he podido.

El apartamento en su totalidad tiene una decoración vanguardista, su diseño se basa en figuras geométricas en la que combina la sencillez con la modernidad, con espacios amplios y luminosos. Incluso con el poco mobiliario de que dispone me resulta acogedor.

Es curioso que apenas haya estado unas pocas horas junto a Adriano, pero sea cerca de él con quien me encuentro más cómoda, a pesar de que cada vez que abre la boca me dan ganas de estamparle el primer objeto que tenga a la vista contra la cabeza.

¿Se consideraría agresión si se lo está ganando a pulso? Quizá debería comprobarlo y ver qué ocurre la próxima vez que amenace con matarme. Se pensará que me voy a achantar, he vivido la mayor parte de mi vida recibiendo ese tipo de vacuas advertencias. Nada nuevo para mí.

Llega un momento en el que algo que se hace para atemorizar, si se convierte en una costumbre, deja de surtir efecto.

Suena triste decirlo, pero en realidad no tengo demasiado apego por mi propia vida, sobre todo, cuando a veces siento que no

tiene mucho sentido. Es una sensación extraña. Es evidente que no quiero morir, no soy tan estúpida, sin embargo, hay veces que he pensado que si faltase pocas personas sentirían mi ausencia.

Es lo que tiene pasar por la vida de puntillas, no tener la oportunidad de poder crear lazos afectivos, que cuando tienes un problema y piensas a quién puedes recurrir, solo una persona se te pase por la mente. Para mí esa ancla siempre ha sido Sheila. Al no estar ella en estos momentos, y ser justo a la que debo salvar, no me queda más remedio que acudir a un total y absoluto desconocido.

No quiero pensar demasiado en mi antisocial vida, quizá esto me ayude a conocerme y a valerme por mí misma mucho más. Siempre he sido la hija obediente, acatando las órdenes de un padre que nunca se comportó como tal; la hermana moldeable que se conformaba con las pocas migajas de afecto que mi hermano me ofrecía.

Quizá con la muerte de mi padre algo en mí hizo clic, algo que tenía en mi interior y arañaba con querer salir porque desde que recibí la noticia de su fallecimiento ni siquiera me reconozco. Nunca he sido rebelde ni intrépida, yo soy… Joder, soy un pelmazo de persona, pero se acabó, me gusta esta nueva Alina. Una mujer que no se calla, que lucha hasta el final por sus principios, sus ideas y por conseguir lo que ansía. Puede que no solo sea a Sheila a la que tengo que buscar, sino que a la par consiga encontrarme a mí misma en el proceso.

A lo mejor van a llevar razón y sí que soy una matrioska porque, al igual que las muñecas rusas, voy a descubrir capas de mi identidad que no sabía que tenía.

En el instante que escucho insertar las llaves en la cerradura, salto del taburete de la isla de la cocina en el que llevo horas sentada y me dirijo hasta la entrada.

Una vez que aparece por la puerta, mi estúpido corazón comienza a hacer saltos mortales en su presencia.

¿Qué me pasa? Vale que parece el típico hombre perfecto creado con la Inteligencia Artificial, pero en la realidad y dentro de ese estupendo envoltorio es malhablado, dictador y no olvidemos

que es un mafioso. Y ya sabemos que yo, con los de su especie, crucifijo en mano. Cuanto más lejos mejor, bastante dosis de mafia tengo con mi familia.

Lleva un traje negro a medida, la americana abierta, lo que deja apreciar cómo la camisa blanca se amolda a su torso. Los botones superiores los lleva desabrochados, dejando vislumbrar parte de sus tatuajes y una fina cadena de plata, perfecta para enchancharse a ella para atraerlo y…

—¿Qué mierda llevas puesto? —cuestiona indignado. Como si yo fuese la causante de todos los males del mundo.

Por suerte, cuando abre la boca mis divagaciones se cortan de cuajo y al fin mi corazón reacciona, hace un requiebro y vuelve a la normalidad.

Me miro porque no sé qué espera que le responda.

Llevo unas mallas deportivas de licra en tono verde aguamarina y una sudadera a juego junto a las zapatillas de deporte.

Quizá le moleste que lleve mi melena larga suelta.

—Tranquilo, si lo dices por esto —me señalo el pelo—, llevo un coletero para sostenerlo. —Le muestro la muñeca donde llevo una gomilla.

Con una mano se pinza el puente de la nariz y la otra se la lleva a la cintura, lo que hace que la chaqueta se le abra y me dé un primer plano de lo bien que se le ajustan los pantalones de pinza a su parte inferior y aprecie cómo se le marca el paquete.

«No, Alina. No vayas por ahí», me suelto una reprimenda, a ver si así dejo de comérmelo con los ojos de una buena vez.

Suspira hastiado y murmura un sinfín de palabras en italiano. Por la entonación, me da que me estará poniendo fina.

—No sé qué problema tienes, pero esto es lo que yo utilizo para entrenar —me justifico.

—Maldita sea, cuando te dije que te entrenaría no me refería a una forma física. —«¿Ha dicho "física"? Espera, que esa parte me interesa»—. Sino a cómo debes comportarte una vez nos mezclemos con el resto de mafias.

«Oh».

Siento el ardor de la vergüenza recorrerme entera.

—Perdona mi ignorancia. Si me dices que vamos a entrenar y no entras en detalles, lógico que piense que vamos a hacer deporte. —Me acerco hasta él, presionando el dedo índice contra su pecho, duro como una piedra, por cierto, y espeto—: La culpa es tuya por no expresarte como debes y dar por sentado que los demás tenemos que entenderte.

—No esperaba que necesitaras que se te diese todo mascado. Lo tendré en cuenta para la próxima vez.

¿Me acaba de llamar cortita?

Por la sonrisa victoriosa que muestra, es eso justo lo que ha pretendido decir.

—Serás…

Abro la palma de la mano para soltarle un manotazo, enojada, sin embargo, antes de que impacte contra su tórax, Adriano me sostiene de la muñeca y de un tirón me acerca hasta él, comiéndose el escaso espacio que nos separa.

—Cuidado con esa mano tan larga, fiera.

Nos medimos en silencio, observándonos directamente a los ojos, lo que hace que me percate de que, aunque los suyos también son azules como los míos, alrededor de su pupila tiene unas pequeñas motitas verdes. Algo tan inusual que consigue que me quede prendada y sea consciente de cómo desvía la mirada hacia abajo, en dirección a mi boca.

Por un instante veo como agacha la cabeza, como si no fuese dueño de sus propios movimientos y lo hiciese por puro instinto.

Su aliento calienta mis labios, y cuando siento que me comienzan a hormiguear, preparados para sentir el roce de los suyos, me quedo fría al apartarse de forma brusca.

—Cámbiate e intenta ponerte algo… —me revisa —, menos eso. Tendrás que acostumbrarte a destacar.

A diferencia de él, que vuelve a estar bajo control y se muestra como el cerdo arrogante al que estoy acostumbrada, a mí me cuesta retomar la compostura.

Esta vez evito comentar su tono de ordeno y mando. No obedezco porque él lo exija, sino porque ahora mismo necesito alejarme de él tanto como pueda.

Recorro el pasillo y entro al dormitorio que me he agenciado. Al cerrar la puerta apoyo la espalda en ella.

«¿Qué estoy haciendo?».

No son imaginaciones mías. Puede que sea joven, pero no tonta. Si Adriano no llega a apartarse nos habríamos besado.

¿Lo he deseado? Joder, sí. Y no es algo que me enorgullezca, ya que no sé gestionar este sentimiento de decepción que me quema en el pecho.

No puedo perder la cabeza por él, por muy «mi amor platónico» que haya sido. Ni siquiera lo recordaba, maldita sea.

Tengo que centrarme y tener en cuenta que mi prioridad es encontrar a Sheila.

Me llevo las manos al rostro cuando se me escapa un sollozo.

De repente me invaden los remordimientos. Por un instante me he olvidado de todo y solo quería sentir los labios de Adriano presionando los míos, preguntándome si besará suave o, por el contrario, será impetuoso. Mientras tanto, Sheila está desaparecida y a saber en qué condiciones.

No sé el tiempo que tardo mientras me calmo, me cambio y me maquillo. Me observo en el espejo a la par que me ajusto el vestido. Es un poco atrevido, demasiado corto y escotado, totalmente opuesto a un conjunto de mallas y sudadera. «Tienes que acostumbrarte a destacar», ha dicho antes de lanzarme esa mirada que hace que me hierva la sangre.

Cuando salgo, él me espera sentado en el sofá, sosteniendo un vaso de *whisky* en la mano. Vale que sea su apartamento, pero queda tan bien con el entorno que me da hasta rabia. Su mirada me recorre con lentitud, como si estuviera evaluándome.

Si nota mis ojos enrojecidos tras haber llorado no lo menciona.

—Mejor —murmura, dándole un trago a su copa—. Ahora sí pareces alguien que pertenece a este mundo.

No respondo. No me gusta la forma en la que lo dice, como si fuera un disfraz que me pusiera por conveniencia.

«Necesito encontrar a Sheila», me repito para no volver a perder el norte y caer en su influjo o en sus provocaciones.

No sé en realidad por cuál terminaría decantándome.

—Si te pregunto dónde vamos o en qué consiste el «entrenamiento» —entrecomillo— me responderás. No quiero volver a sacar conclusiones equivocadas.

—Volaremos a Venecia.

Parpadeo sorprendida. Eso sí que no me lo esperaba.

*

El vuelo, a pesar de lo que esperaba, es corto al ir en avión privado. Nos acompañan varios guardaespaldas de Adriano, entre ellos Dante. Por suerte, ambos se han enfrascado en una conversación que ni he entendido ni he prestado atención y he podido resetear mi estado anímico.

Cuando aterrizamos en Venecia, varios coches nos esperan a pie de pista. Adriano apoya su mano en la parte baja de mi espalda para que entre en la parte trasera de uno de ellos, se une a mí y nos ponemos en marcha.

Las luces de la ciudad pasan como un borrón a través de la ventanilla. Me parece increíble que solo hayan transcurrido unos días desde que estuve aquí.

Cuando por fin aparcamos, me fijo en que ante mí hay un edificio antiguo, de esos que parecen inofensivos por fuera, sin embargo, estoy segura de que ocultan todo tipo de secretos en su interior.

Hay varios hombres en la entrada; al ver a Adriano, asienten y abren la puerta sin soltar palabra.

Como bien intuyo, no estaba equivocada y el interior es una especie de casino clandestino.

Adriano me guía entre las mesas de póker, me fijo en los rostros de los jugadores serios, fríos, incluso añadiría calculadores. Siendo el lugar que es no es que me sorprenda. El aire tiene un ligero tufillo a dinero mezclado con desesperación.

El sonido de las fichas y las cartas mezclándose se funde con la música y las conversaciones.

Warriors de Imagine Dragons suena por toda la estancia.

—Observa todo —murmura Adriano en mi oído—. Cada detalle. Cada persona. Este es el tipo de sitio en el que nos vamos a mover. Si no eres capaz de soportarlo, mejor dímelo ahora.

Trago saliva y asiento, pero no puedo evitar sentirme fuera de lugar y también notar un escalofrío cuando su pulgar roza mi espalda a través de la tela del vestido.

Nos sentamos alrededor de la ruleta y yo me dedico, como bien me ha pedido, a observar. No sé qué quiere que aprenda, solo veo caras de felicidad en algunas personas cuando se alzan con el premio y otras de desilusión cuando pierden la mano.

Solo han pasado unos minutos cuando Adriano se levanta de repente. Lo sigo con la mirada. Un hombre se aleja de una de las mesas, su expresión es tensa. Se le ve joven.

Adriano se mueve tras él y yo, para variar y sin pensarlo, lo sigo.

Salimos a un callejón oscuro, y en cuanto el hombre se gira al escuchar nuestros pasos, Adriano lo empuja contra la pared y le lanza el primer golpe, que va a parar a su nariz. Creo que incluso desde aquí acabo de escuchar el crac.

—¿Qué haces? —exclamo alarmada, dando un paso hacia él e intentando apartarlo, sosteniéndolo del brazo.

De un tirón se suelta y continúa lanzando puñetazos.

El hombre gime de dolor, pero Adriano no se detiene. Lo golpea otra vez con fuerza, convirtiendo su cara en un mapa manchado de rojo a causa de la sangre que mana.

—¡Adriano, para! —grito, sintiendo como la ansiedad se me enreda en el pecho.

«¿Se ha vuelto loco?».

Él se vuelve hacia mí, sus ojos brillando de furia.

—¿De verdad eres tan ingenua? —espeta, agarrándome del brazo—. ¡No estás preparada para esto! —vocifera a un palmo de mi cara—. Si ni siquiera puedes soportar ver a este cabrón recibir su merecido, entonces lárgate.

Abro la boca para responder, pero el hombre en el suelo solloza.

—¿De qué hablas? ¿Lo conoces?

—Estúpida *principessa*… ¿Crees que voy soltando hostias a cualquiera

¿De verdad tengo que responder a eso?

—¡Y yo qué sé! No ha dicho ni una palabra. Te has levantado, lo has seguido y te has convertido en el Increíble Hulk.

—Te dije que observases, maldita sea. —Me arrastra con él para que me acerque hasta el hombre que permanece sentado en el suelo con la espalda en la fachada—. ¿No lo reconoces?

—Teniendo en cuenta que le has hecho una remodelación facial, no, no lo reconozco. ¿Debería?

—Es el camarero que drogó a Sheila.

«¡No puede ser!».

—¡Vale, vale! —interviene el hombre—. Yo no sabía nada. Solo me pagaron para poner algo en las bebidas.

Adriano se agacha y lo agarra del pelo.

—¿Quién te pagó?

—No lo sé, lo j-juro —solloza mientras le castañean los dientes. Me llega el olor a orín y compruebo que el muy cabrón se ha meado encima—. A-alguien con una máscara de cu-cu-cuervo me dio cinco mil euros.

El mundo se detiene por un instante. La rabia me golpea como un torrente.

«¿Por unos jodidos cinco mil euros se llevaron a Sheila?».

Sin pensarlo, me acerco, levanto la mano y le suelto una bofetada, impregnándome de su putrefacta sangre en el proceso.

—¡Hijo de puta!

El tipo me mira con los ojos llenos de miedo.

Sin embargo, Adriano me observa en silencio.

—Vámonos —ordena.

—¡No! —Me resisto cuando tira de mí.

—Tienes que saber qué batallas librar. Si supiese algo más ya lo habría cantado.

Sigue guiándome a la fuerza para salir de callejón. Me planto en mi tacones y forcejeo para que me suelte.

—¡Drogó a Sheila! ¡Y sepa Dios a cuanta más gente! —exclamo, y siento como los ojos se me llenan de humedad de las lágrimas que

intento controlar—. Lo has visto, es un maldito ludópata, volverá a hacerlo. Tenemos que avisar a la Polic…

No me da tiempo a acabar la frase cuando Adriano introduce su mano en su espalda, se gira y, apuntando al hombre con su arma, dispara.

El estruendo de la detonación hace que bote en el sitio de la impresión.

Todo ha ocurrido tan rápido y me ha impresionado tanto que ni siquiera he sido capaz de gritar.

—Problema resuelto —comenta Adriano con una templanza que asusta.

Esta vez, cuando me guía hasta la salida del callejón, ni rechisto.

Capítulo 15

Alina

El vuelo de regreso a Pisa es silencioso, o eso creo, ya que siento como si mi cuerpo permaneciese dentro del avión, pero mi cabeza está en un lugar oscuro y peligroso.

Me arropo hasta el cuello con la manta que le he pedido a la azafata y miro por la ventanilla, tratando de calmar la tormenta que hay dentro de mí mientras mi vista se centra en la luz roja e intermitente que posee el ala del *jet*.

Al tomar tierra, el trayecto hasta el club lo hago en piloto automático. No sé cuándo desaparecen los guardias, solo vuelvo un poco en mí en el momento que Adriano me lleva hasta un rincón apartado y me atrapa entre su cuerpo y la pared.

—Tienes que prepararte para cosas peores que las de hoy —dice con voz baja y peligrosa.

Lo miro a los ojos.

«Ha disparado a un hombre», es lo único que repite mi mente.

En lugar de verbalizarlo, trago intentando serenarme y comento:

—Solo me pilló de improviso. Soportaré lo que sea necesario para encontrar a Sheila.

—Dímelo de nuevo, pero esta vez intenta no temblar.

—¡Lo digo en serio!

Adriano entrecierra los ojos, analizándome. Desliza una mano por mi brazo, justo donde esta mañana me rozó la bala y en el cual llevo el apósito que cambié tras ducharme. Apenas es un roce, sin embargo, consigue que la piel se me erice.

—Eso espero —murmura.

Quizá estoy paranoica, pero percibo cierta sombra de amenaza en su voz.

Mi respiración se vuelve irregular, aunque me esfuerzo en mantener la mirada firme.

No puedo mostrar miedo. No después de lo que he visto.

El sonido del disparo sigue retumbando en mi cabeza.

Dios mío, un hombre muerto a nuestros pies y él… ¡Ni se ha inmutado! Se ha comportado como si hubiese soplado y apagado una vela. Como si la vida ajena no significara nada para él.

No debería de importarme. Ese bastardo drogó a Sheila, por su culpa la secuestraron. Seguro que ha habido muchas más personas que han corrido la misma suerte.

¡Provengo de una familia de mafiosos, por Dios!

La Bratva no es ninguna organización sin ánimo de lucro. Para quien se mueve en este mundo, la muerte está a la orden del día. No obstante, para mí es la primera vez que me encuentro de cara frente a ella.

«¿Tendría familia? ¿Habrán encontrado el cadáver? Y la Policía, ¿siquiera lo investigará?».

Un sudor frío me recorre la espalda, temerosa porque, tras lo sucedido, Adriano tenga repercusiones.

«¿Por qué me preocupo por él?», me cuestiono.

Ah, claro, porque si no lo hubiese involucrado en la desaparición de Sheila ese hombre aún seguiría vivo.

Vivo y drogando a quien le encargasen por unos puñeteros euros.

—¿Siempre eres así? —pregunto con más valentía de la que siento, intentando espantar mis propios pensamientos.

Él ladea la cabeza, su expresión es tan enigmática que no soy capaz de leerlo.

—¿Es que tu hermano no te enseñó nada?

Niego y él maldice.

—Vladimir tiene otros planes para mí. —Me encojo de hombros.

Por suerte no indaga y responde a la pregunta que le he hecho.

—Así es como se sobrevive, Alina. —Algo en su voz cambia. No sabría decir qué es. Suena más íntima, más confidente—. Si quieres moverte en este mundo, tendrás que aprender.

«¿Me está advirtiendo, preparando o tal vez ambas cosas?».

Estoy tan confusa…

Suena la canción *Born for this*, de Score, recordándome que nací para esto, que, a pesar de todo, somos guerreros que aprendemos a amar el dolor.

—Quizá debamos agradecer que no haya enloquecido. Eso dice algo a mi favor, ¿no? —cuestiono con una mueca.

Y en ese momento ocurre algo que hasta ahora no había sucedido.

Adriano se muerde el labio inferior, intentando controlarse. Al final pierde la batalla y me dedica, por primera vez en todo el día, una verdadera sonrisa.

Me ha mostrado las irónicas, las desdeñosas, las canallas. Incluso alguna que otra ha sido peligrosa, pero la que se le escapa ahora es la más asombrosa de todas, ya que consigue llegarle hasta la mirada y suavizársela.

Es increíble que un simple gesto consiga cambiar la dinámica, que mi cuerpo, hasta ahora en tensión por el día que llevo, poco a poco vaya relajándose.

—Si decides continuar con esto, no solo tendrás que enfrentarte a situaciones como las de hoy —repite.

Apoya el antebrazo por encima de mi cabeza y con su mano libre me acaricia la cintura con la yema de los dedos.

—Lo sé.

—¿Realmente lo sabes?

Sí. No. No lo sé.

Al final asiento.

Todo el murmullo del club, incluso la música, desaparece. O puede que para mí haya pasado todo a un segundo o tercer plano y lo único que importe sean esos dedos que ahora han tomado un camino descendente hasta rozarme la parte superior del muslo.

—¿Te refieres a lo que ocurre en las fiestas de la Sociedad de las Máscaras?

La pregunta cuelga en el aire y el brillo en sus ojos me dice que sabe con exactitud lo que estoy insinuando.

—Hay cosas que pasan en esas fiestas que no te puedes ni imaginar. ¿Quieres descubrirlas, Alina?

Su tono ha bajado una octava y consigue que el estómago se me encoja.

He visto lo suficiente para saber que lo que ocurre en esas reuniones es mucho más que un simple entretenimiento. Si me atrevo y acompaño a Adriano, sé que no podré evitarlas.

Se inclina un poco más hacia mí, su boca apenas a centímetros de la mía. Y vuelvo a temblar, pero en esta ocasión no tiene nada que ver con el miedo y mucho con la excitación.

—Si decides seguir con esto, si asistes a la próxima fiesta a mi lado, tendrás que acostumbrarte a mi toque. —«¡Sí!», grita mi mente—. ¿Estarás dispuesta? ¿Querrás que…? *Cazzo, Alina. Dovrei essere in grado di resisterti.*

Esconde su cara en el hueco de mi cuello, y al sentir el roce de sus labios un escalofrío me recorre la espalda.

Ni siquiera he entendido lo que ha querido decir, me encuentro tan perdida en la neblina del deseo que para mí en este instante todo es un sí. Hasta estaría dispuesta a ofrecerle a mi primogénito, ese que le pertenece a la Bratva, con tal de que siga tocándome como lo hace.

Abro los ojos, que ni me he dado cuenta de que había cerrado, al sentir que su pulgar permanece haciendo círculos sobre mi muslo, a la altura de la vastilla del vestido, pero sin avanzar a la zona donde en realidad anhelo que me toque.

Sus ojos se encuentran con los míos. En ellos leo que esperan una respuesta, un consentimiento por mi parte para continuar.

No dudo. No pienso en las consecuencias. Solo sé que es lo que quiero.

—Lo quiero.

Estamos tan cerca el uno del otro que aprecio como a Adriano se le dilatan las pupilas, abarcando casi todo su iris y convirtiendo sus ojos en una obsidiana negra al escuchar mi afirmación.

—¿Estás segura?

«Nunca he estado tan segura de algo en mi vida», pienso.

Puede ser que sea porque, por una vez en la vida, la que elige, la que decide si continuar o no soy yo.

No le respondo con palabras, prefiero que utilicemos nuestras bocas para otra función.

Lo agarro por las solapas de la chaqueta y lo atraigo hacia mí para capturar sus labios con los míos.

La electricidad que siento al primer contacto debe de asemejarse a recibir el impacto de un rayo, ya que el latigazo me recorre todo el cuerpo.

Su sabor es una mezcla embriagadora de menta y algo más oscuro, más intenso, como el *whisky* que ha bebido esta noche. Su lengua roza la mía con un dominio que me hace temblar de pura anticipación.

Sus manos, antes contenidas, se deslizan por mis muslos, subiendo con una lentitud tortuosa, como si quisiera darme tiempo para detenerlo.

Está loco si cree que lo haré. No podría, aunque quisiera.

Me aferro a él con fuerza, sintiendo cómo su cuerpo se tensa bajo mis manos. Su respiración se acelera, al igual que la mía, y disfruto de la sensación del calor abrasador de su cuerpo contra el mío.

Se separa apenas unos centímetros, lo justo para que nuestras frentes se rocen. Sus ojos, aún más oscuros que antes, me escanean con una intensidad que hace que mi estómago baile de emoción.

—Alina… —murmura mi nombre con un tono que es mitad advertencia, mitad súplica.

—No te detengas, por favor. —Yo sí ruego, con mi voz más ronca de lo que esperaba.

Una maldición en italiano escapa de sus labios antes de que vuelva a besarme, esta vez con menos control, con más hambre. Su mano asciende, recorriendo mi muslo hasta donde realmente lo deseo, y cuando al fin me toca, un gemido queda atrapado entre nuestros labios.

No hay vuelta atrás. No la quiero.

—Maldita sea, *principessa*, estás mojada —me informa, como si no fuese consciente.

«¿No me digas?».

Toda yo tirito cuando con la ayuda de sus dedos aparta mi ropa interior y me acaricia el sexo. Se los unta de la humedad que mana de mi cuerpo. Tantea y se abre paso hasta alcanzar mi clítoris.

Arqueo la espalda.

—Adriano… —El gemido que suelto muere en sus labios, y de esa forma obtengo que su beso se vuelva más exigente, demandante y castigador.

Me aprisiona de tal forma con su cuerpo que me parece extraño que aún no haya logrado estar dentro de mí.

Creo, no estoy muy segura, ya que ahora podría recitar el abecedario chino sin ser consciente de ello, que suelto un lamento cuando uno de sus gruesos dedos se introduce en mi interior.

—Tienes un coño tan estrecho —dice, y entierra su cara en mi cuello.

Su pecho retumba cuando suelta un gruñido mientras comienza hacer círculos con su dedo para intentar ensancharme y poderse acoplar. Mis caderas toman el control y comienzan a efectuar un vaivén lento, cadencioso.

—Por favor…

No sé qué imploro, ¿que siga, que no pare?, ¿que este momento se vuelva eterno? Cualquiera de esas peticiones me vale.

Adriano estudia mis gestos y luego su boca vuelve a atrapar la mía en un beso que no es dulce ni gentil. Es fuego, es posesión. Y sé que estoy perdida. Perdida en él.

Meto una mano en su cabello y tiro de él, aceptando todo lo que me ofrece. Algo en mi interior se retuerce, algo dulce que ansío por alcanzar.

Nuestros jadeos son la mejor melodía que podríamos componer.

—¿Cuántos hombres, *principessa*? —Me derrito. Juro que cuando esa palabra sale de su boca en un momento como este quedo totalmente expuesta a su merced—. No deben haber sido muchos por cómo te ajustas a mí. —Vuelve a hacer un movimiento de rotación a la par que me masajea el clítoris y estallo.

Mi boca se abre en un grito mudo, veo las estrellas, la galaxia o el jodido universo. A través de la niebla producto del orgasmo, escucho la voz exigente de Adriano.

—¿Cuántos, *cara*? Responde.

¿Que responda? ¿A qué? Ahora mismo no podría decir ni cómo me llamo. Aun así, intento hacer memoria de cuál fue la pregunta inicial.

Ah, vale, lo tengo. Es una respuesta fácil.

—Ninguno —declaro con la respiración aún acelerada.

Sigo apoyada contra la pared, con Adriano pegado a mí, su mano todavía bajo mi falda, sus dedos enterrados en mi piel como si no pudiera decidir si avanzar o retroceder.

Su mirada, oscura y penetrante, se clava en la mía. Veo incredulidad, pero también algo más profundo, algo que lo descoloca.

—¿Me estás jodiendo? —murmura con la voz áspera, sus labios tan cerca de los míos que siento su aliento caliente—. ¿Eres una *Madonna*?

Pienso: *madonna*, *madonna*… Yo como Madonna solo conozco a la cantante y… Claro, *Like a Virgin.*

Trago saliva, el pulso aún desbocado.

—No te mentiría con algo así —respondo, la voz ronca, entrecortada y una tranquilidad absoluta.

—¡Me cago en la puta!

Adriano endurece el gesto y retira la mano de mi interior con un movimiento brusco. De repente, el frío me golpea, no por la temperatura, sino por la ausencia de su contacto.

Se pasa las manos de forma compulsiva por el pelo.

—Deberías haberlo dicho.

Ya, claro… «Hola, soy Alina y soy virgen». ¡Ni que estuviera asistiendo a un grupo de apoyo, no te jode!

—¿Qué más da? No es una gran cosa.

—¡Que no es una…! ¡Esto cambia las cosas, joder! —dice, pasándose la lengua por los dientes, como si intentara digerir la información.

Bufo.

—¿Por qué? —pregunto, enderezándome, tratando de recuperar el aliento.

Suelta una risa seca y carente humor. Por Dios, si parece que va a sufrir una arritmia.

—No eres la clase de chica que debería estar metida en esto.

Su tono es cortante, casi como si estuviera enfadado. Y eso me molesta.

—Que solo soy virgen, no es el fin del mundo.

Se mueve tan rápido que de repente vuelvo a estar aprisionada contra la pared mientras su cuerpo me aplasta.

—¿Sabes lo que tendrías que hacer en esas fiestas? ¡¿Sabes acaso lo que deseo hacerte ahora?! —Golpea con la palma de su mano la pared por encima de mi cabeza.

«¡Que lo haga!».

—No me importa lo que creas que debería o no debería ser —espeto, mirándolo con determinación—. No cambia nada.

Adriano me estudia durante unos segundos. Luego suelta una maldición en italiano y se inclina hacia mí otra vez, apoyando la frente contra la mía.

—Joder, Alina… —susurra, su mano rozando mi mandíbula, su pulgar trazando círculos perezosos en mi piel.

—Quiero seguir —declaro convencida.

—¿Por qué?

—Porque para mí encontrar a mi amiga es importante.

Sí, Sheila en estos momentos es mi prioridad, pero yo decido con quién, cómo y cuándo me acuesto con alguien.

—Tu virginidad también ha debido serlo cuando la has mantenido tanto tiempo.

Dios… ¿Por qué le da él tanto valor cuando a mí ni siquiera me importa?

—¡No ha surgido! —suelto desesperada.

Y es la verdad.

He estado siempre tan protegida, sin apenas gente con la que relacionarme que mi vida social ha sido más bien nula.

Pero no es que sea de las que quiera llegar casta y pura al matrimonio, sobre todo teniendo en cuenta que lo que más quiero evitar es eso, casarme.

Solo que nunca he encontrado a alguien a quien haya deseado en realidad como para lanzarme al placer carnal. Y para una vez que lo encuentro, resulta que el señor mafioso tiene principios después de todo.

Menuda suerte la mía…

—Fíjate que me extraña.

Frunzo el ceño sin entender qué quiere decir.

—Esto lo cambia todo —repite de nuevo.

—Maldita sea, Adriano. —Lo empujo porque me está cabreando —. Esto no es contagioso, ¿sabes? No es que te vaya a crecer una tela en el prepucio por acostarte con una virgen.

Sus ojos oscuros brillan con algo que no alcanzo a descifrar. Lucha contra sí mismo. Lo noto en la tensión de su mandíbula, en la forma en que sus dedos se aferran a mi piel, como si quisiera marcarme.

De repente, su expresión cambia. Algo en él se endurece y sé que ha tomado una decisión en cuestión de segundos.

—No. No puedo —dice con voz baja y letal.

Tras su firme negación, mi corazón se aprieta. Es como si un puño invisible lo apretujase.

Observo como se gira y se marcha, sin mirar ni una vez hacia atrás, dejándome en este oscuro rincón, sola.

Capítulo 16

Adriano

El silencio del despacho es como una prisión. Fuera, Livorno bulle con su caos habitual, pero aquí dentro solo resuenan mis pensamientos, afilados como navajas.

Hace dos días que dejé a Alina en el club, dos días en los que el recuerdo de su cuerpo temblando bajo mis manos me persigue como un maldito fantasma.

Maldita sea, golpeo el escritorio por millonésima vez. En estas cuarenta y ocho horas lo he hecho bastante. Creo que me faltan unos golpes más para abrirme la mano.

«¿Cómo es posible que siga siendo virgen? ¿Es que en su país los hombres están ciegos?».

Debería haberme controlado. Yo, Adriano Moretti, el que me vanaglorio de que nunca cedo, el que no me dejo llevar por nada ni nadie. ¿Y qué hago? Caigo en la tentación en menos de veinticuatro horas por una mujer a la que le saco casi doce años.

Otro golpe más con el puño sobre el escritorio para liberar la frustración. Y vuelvo a maldecirme en silencio.

Alina no es para mí. No debería ni siquiera haberla tocado, sin embargo, lo hice. Lo peor de todo es que me gustó más de lo que debería y ahora soy incapaz de sacármela de la cabeza.

¿Cuántas veces me la he cascado pensando en ella en estos días? No hace falta que echéis cuentas, ya os adelanto que demasiadas.

Francesca ha percibido mi tensión y lo cierto que ha sido bastante creativa para que me la termine follando, pero ni después de taladrarle el coño a mi secretaria he podido dejar de pensar en Alina.

«Jodida *principessa*».

Tomé una decisión. Una que sé que no es justa ni correcta, pero sí que es necesaria. Si ella sigue cerca de mí, va a destruir lo que soy. A las pruebas me remito, que un único día le ha bastado para joder con mi cabeza.

Un toque en la puerta interrumpe mis pensamientos.

—Señor Moretti —la voz de Francesca suena melosa. «Quizá venga a por un nuevo asalto que haga que deje de darle vueltas a todo por un rato»—, su cita ha llegado.

Joder, pues no. Lo que me espera a continuación es indudablemente peor.

—Hazlo pasar.

Me enderezo en el sillón, ajusto el nudo de la corbata y dejo de lado cualquier rastro de debilidad. Ya no soy el hombre que piensa en una mujer que no debería tocar. Soy el líder de esta familia, el capo de la Cosa Nostra, el hombre que mantiene todo bajo control.

La puerta se abre y entonces lo veo.

Vladimir Pavlov.

Mi cuerpo se tensa. A pesar de que han pasado más de quince años, no ha cambiado mucho. Somos de la misma edad, rondaremos la misma estatura y, por lo que veo, también se mantiene en forma. Su pelo sigue siendo rubio, aunque es un rubio más oscuro que el de Alina.

«*Maldizione*, que esa mujer salga de una puta vez de mi cabeza».

Los ojos de Vladimir, astutos, no se apartan de mí.

El hijo de perra entra con esa arrogancia característica en él, como si nada hubiera pasado entre nosotros, como si no me hubiera traicionado años atrás y no hubiera destrozado demasiadas cosas tras lo que hizo.

Mi mandíbula se endurece. Solo me apetece sacar la pistola, apretar el gatillo y descargar el cargador contra su pecho.

Eso sí que me proporcionaría satisfacción.

—Moretti —saluda con una sonrisa ladina, como si esta fuera una reunión entre viejos amigos.

«Viejos amigos… Qué ironía, ¿no?».

Cruzo los dedos, apoyo mis manos sobre la madera pulida del escritorio antes de que vayan a otro lugar —ya se sabe que soy de gatillo fácil—, y lo miro con frialdad. No me engaña, toda su actitud condescendiente es pura fachada, incluso desde mi asiento percibo su tensión.

—Pavlov. —Mi voz es baja y peligrosa.

Él no parece intimidado, se sienta frente a mí con toda la confianza del mundo, como si esta fuera su oficina y no la mía.

—¿Dónde está?

Directo al grano.

—Todo a su debido tiempo. Antes tenemos que hablar, ¿no crees?

—No esperaba que fueses tú quien se pusiese en contacto conmigo —dice, con ese acento ruso que siempre le ha dado un aire de superioridad—. A decir verdad, antes de que llamases ya tenía preparado un equipo para echar abajo los cimientos de este lugar y llevarme a mi hermana.

—No esperaba menos de ti.

Su sonrisa a pesar de que es tensa se ensancha, evaluando si intento burlarme de él o soy sincero.

—Eso es lo que siempre me gustó de ti, Moretti, que no olvidas ni tampoco perdonas.

Me inclino ligeramente hacia adelante, apoyando los codos sobre el escritorio.

—Entenderás que, dada nuestras circunstancias, no haga ninguna de las dos cosas. —Espero que capte la amenaza implícita en mi voz.

Vladimir se relaja en la silla y su mirada calculadora, tan distinta a la de Alina, brilla con algo que no me gusta.

—No me has hecho venir aquí para ponernos al día. Según dijiste, querías que tratásemos negocios, aunque yo sobre todo vengo a hablar de familia.

Mis dedos se tensan sobre la madera.

—Ten cuidado con lo que dices, Pavlov… En esta oficina, la familia y los negocios pueden ser la misma cosa. Tus siguientes palabras pueden ser tu sentencia de muerte.

Él suelta una carcajada baja.

—Lo sé mejor que nadie, pero quiero que entiendas que no hay nada más importante para mí que Alina. Ni el negocio de las armas ni la Bratva, solo mi hermana.

Por primera vez en años, tengo la sensación de que esta reunión cambiará muchas cosas. Todavía es pronto para averiguar si para bien o en su lugar pondremos fin a esta guerra fría que existe entre nosotros y pasaremos al ataque.

Vladimir mantiene la seriedad. Atrás quedó la sonrisa de idiota. Lo que perdura es esa mirada que analiza cada uno de mis movimientos. Sabe que no voy a ceder a sus exigencias con facilidad. Si lo he hecho llamar es por una importante razón.

—Dices que quieres hablar de familia, ¿no? —murmuro, recostándome en la silla con aparente calma—. Muy bien. Dejaré que te lleves a Alina.

Aunque la oculta bien, veo la ligera sorpresa en su expresión. No esperaba que lo dejara ganar tan rápido, pero esto no es una victoria. Va a tener un alto coste por su parte.

—¿Dejarás? ¿Quién te crees que eres, su dueño?

—Sí. —Me enseña los dientes, furioso. Y si la situación fuese distinta hasta disfrutaría de verlo así—. Como te dije, al presentarse aquí, indirectamente, me ha involucrado de alguna forma. Hasta que compruebe que lo sucedido no me traerá repercusiones, sabes que estoy en mi derecho de retenerla. A no ser que seas tan estúpido de que quieras iniciar una guerra. —Sé que está luchando en su interior para tratar de controlarse—. Sabes tan bien como yo que es algo que no nos conviene. Nuestro negocio de tráfico de armas en el mercado ilegal se vería afectado. Ningún comprador se arriesgaría a verse involucrado en el fuego cruzado y acabarían buscando otro proveedor, haciéndonos sufrir pérdidas millonarias.

Sin apartar su mirada afilada de la mía, medita mis palabras. Por mucho que deseemos dar el paso y llevar nuestra enemistad a otro nivel, no nos beneficia en el ámbito empresarial, y menos a él, que tras el fallecimiento de su padre acaba de tomar el mando de la Bratva.

—Entonces, Moretti, ¿así de fácil? ¿Cojo a mi hermana y lo olvidamos? —pregunta con desconfianza —. Quien no te conozca podría tragárselo, pero apuesto a que esta especie de generosidad tuya trae condiciones.

Ahora es a mí a quien le toca mostrarle una sonrisa ladina.

—Por supuesto que tengo condiciones.

—Ya sabía que las habría.

—A lo mejor te sorprende dado nuestro historial, pero quiero una tregua temporal —declaro. Mi tono no deja espacio a negociación—. Exclusivamente para este asunto, claro está.

Vladimir se inclina hacia adelante, ahora interesado.

—¿Y este asunto es…?

Bien sabe Dios que lo que le plantearé a continuación se asemeja a pillarte los huevos con una cremallera, sin embargo, en estas semanas me he dejado la piel en buscar a Valentina sin resultado.

Y ya se sabe lo que dicen: ante situaciones desesperadas, las medidas deben serlas aún más.

—Estás al tanto de lo que sucedió el día que acudió tu hermana buscando mi ayuda.

Observo como late un músculo en su mandíbula. Sé que está molesto. De hecho, he elegido mis palabras a conciencia para que sea así.

No debe resultarle agradable que alguien de la familia Pavlov recurra a un Moretti.

—Ya estoy investigando esa cuestión. Más pronto que tarde averiguaré quién se atrevió a atentar contra mi familia.

Asiento.

No es algo que me extrañe. Al igual que le ocurre a la Cosa Nostra, la Bratva no descansará hasta descubrir qué ha ocurrido.

Abro una carpeta que preparé antes de la reunión.

—¿Lo conoces? —cuestiono, depositando una fotografía sobre el escritorio delante de él.

Vladimir la recoge y la observa de forma minuciosa.

Sé lo que está mirando sin necesidad de verlo. En la imagen aparece el hombre que disparó a Alina.

Dante le hizo una foto antes de que me encargase de él. Aparece maniatado a una silla y ensangrentado de cuello para abajo a causa del disparo que le alcanzó en la clavícula.

—No. ¿Es quien quiso matar a mi hermana?

Asiento.

—He pasado la imagen por un programa de reconocimiento facial —me desabrocho el botón de la chaqueta para estar más cómodo y me recuesto en el asiento—, pero no se han encontrado coincidencias en nuestra base de datos. Por sus rasgos y acento creemos que es ruso, o por lo menos proviene de la zona este de Europa.

—Lo cotejaré con nuestros servidores —comenta, guardándose la fotografía en el bolsillo interior de su chaqueta—. ¿Algo más o puedo llevarme a mi hermana de una puta vez antes de que se le impregne el olor a orégano?

«Será cabrón».

Parece que las cosas no cambian y sigue tan impaciente como siempre… Estoy hasta tentado de poner los ojos en blanco.

—Antes de matarlo dijo algo que llevaba demasiados años sin escuchar —continúo con lo que me interesa, pasando por alto sus exigencias—. Dijo: «los muertos no cazan sombras».

Mis dientes rechinan.

Odio tener que rebajarme y tratar este tema justo con él, pero aparte de mi familia, él es al único al que le confié la verdad hace demasiado tiempo.

Estoy dispuesto a hacer cualquier cosa si con ello descubro el paradero de Valentina. Ni siquiera mi orgullo es más importante que encontrarla.

—¿Crees que es...?

—La Sombra —respondo, acabando por él y midiendo su reacción—. Algo se me escapa. Sabes tan bien como yo que eso es imposible. No es casualidad que ese hombre suelte eso, justo cuando llevan meses sucediendo desapariciones.

—¿Sheila no es la primera?

Niego.

—Llevo un mes sin saber nada de Valentina. La última vez que supe de ella es que viajó a Nápoles para asistir a una fiesta de la Sociedad de las Máscaras —le revelo.

—¡Maldita sea, Adriano! —Se levanta como un resorte. Incluso creo que no es consciente de que me ha tuteado—. ¿Dejaste que tu hermana se involucrase en algo así? —increpa.

Lo imito porque no voy a permitir que justo él me juzgue. Nos mantenemos en pie, uno frente al otro. Lo único que nos separa es el escritorio.

—A diferencia de ti, yo siempre he permitido que mis hermanas decidan si quieren o no involucrarse en la mafia.

—No te permito que cuestiones lo que creo que es lo mejor para Alina —musita con los dientes apretados.

—Lo mismo te digo, Vladimir —menciono su nombre de pila con todo el rencor que aún siento hacia él.

Veo la chispa de reconocimiento en su mirada. Vladimir no es estúpido y sabe cuándo debe recular.

—¿Tienes alguna pista? ¿La has buscado?

—¿Por quién me tomas, joder? Por supuesto que la he buscado. Llevo semanas sin parar de hacerlo. Hasta ahora todo han sido callejones sin salida. Es como si se le ha hubiese tragado la tierra. Hasta que apareció tu hermana pidiéndome ayuda para saber qué le ocurrió a su amiga y comprobamos en las grabaciones de seguridad que la secuestraron, no he visto algo de luz en la desaparición de Valentina. —Dudo si revelarle más información. Lo pienso y, total, ya puestos qué más da—. Quieren Ballenas Blancas.

—Joder…

Observo como se frota el rostro, intentando procesar y poner en orden la información recibida.

Por unos instantes, he olvidado quién es él ahora para mí y me he dejado llevar, comportándome como lo hacía con mi antiguo amigo, como si nada hubiera pasado entre nosotros.

Confundido y alterado por esa sensación, vuelvo a sentarme. Necesito mantener la mente fría en estos momentos. He podido recurrir a él para encontrar a Tina, pero no significa que confíe en Vladimir.

—¿Piensas que puede ser un imitador? —pregunta mientras él también toma asiento.

—No lo sé. Quizá. Lo que tengo claro es que, quien quiera que sea que esté detrás de esto, quiero encontrarlo —aduzco—. De esa forma daré con Valentina y Sheila.

El silencio se instala entre nosotros. Vladimir se acomoda en el respaldo de la silla, tamborileando los dedos en el reposabrazos.

—¿Qué quieres que haga?

Noto una punzada en el estómago, sorprendido de que acepte involucrarse sin poner pegas.

—Acepta la tregua que te ofrezco, Vladimir. Trabajemos juntos y atrapemos de una puta vez a quien esté tras esto.

Él sopesa mis palabras y, por un instante, veo en su expresión un destello de algo que no puedo descifrar.

Al final asiente.

—De acuerdo. Una tregua temporal, pero quiero a Alina fuera de esto.

—Imposible.

—Entonces no hay trato. —Hace el amago de levantarse.

—¿Así es como la proteges? ¿Escondiéndola en una urna de cristal blindado?

—Por lo menos yo no he perdido a mi hermana —rebate.

Qué hijo de puta, menudo golpe bajo me acaba de arrojar.

—Te recuerdo que, si no llega a ser por mí, ahora mismo lo que estarías recogiendo sería su cadáver. —A Vladimir se le dilatan las narinas a causa de reprimir sus resoplidos—. Está claro que van a por ella, Pavlov. —Vuelvo a marcar distancias. Es lo mejor, no olvidar qué lugar ocupa cada uno—. Necesita que la instruyas en este mundo para que esté preparada. Si quieres que sobreviva, no puedes mantenerla eternamente en la ignorancia.

—La mandaré lejos. La esconderé y haré que la escolten hasta que se solucione todo esto.

Doy una fuerte palmada contra la madera.

—¿Así crees que es como debe comportase un *pakhan*? ¿Ocultando los problemas? —Alzo la voz—. Se me olvidaba que

cuando las cosas se complican huyes de los problemas. Siempre has sido un cobarde.

Esta vez soy yo el que toco hueso. Lo noto, el peso del pasado y los remordimientos se apoderan de él.

—Es mi hermana. No puedo dejar que se convierta en un puto cebo —justifica.

—Pregúntale. ¡No es ninguna niña! —«Bien lo sé yo, maldita sea»—. Déjala tomar a ella la decisión de exponerse y poder encontrar a su amiga.

—Ambos sabemos cuál sería su respuesta. —Niega reacio.

—Quizá sea porque tiene más cojones que su propio hermano.

Nos estudiamos durante un largo segundo. Esto no borra nuestra historia ni las traiciones, pero en este momento necesito de su colaboración.

—Acepto, pero te quiero lejos de ella —murmura, levantándose del asiento.

—Trato —asumo sin dudar.

Me levanto también y, sin apartar la mirada, extiendo la mano.

Por un instante duda. Sé lo que esto significa. Sé que estoy permitiendo que mi enemigo se acerque demasiado. Sin embargo, si esta es la única forma de encontrar a Valentina y a Sheila, entonces es un riesgo que estoy dispuesto a tomar.

Aprieto su mano con firmeza sellando la tregua.

La mano de Vladimir es firme, pero fría. Nos sostenemos la mirada un segundo más del necesario. No hay confianza entre nosotros, solo necesidad, pero en este mundo eso es suficiente.

—La cacería comienza —murmuro, retirando mi mano.

—Vamos a cazar sombras.

Vladimir asiente con una leve sonrisa, satisfecho.

Justo cuando decido exponerle el plan que tengo en mente, la puerta del despacho se abre de golpe.

Mi cuerpo se tensa automáticamente, ya que nadie entra sin mi permiso.

Cuando veo quién es, me quedo helado.

—Isabella. —Intento que mi tono suene normal, aunque por dentro me esté cagando en todo lo *cagable*.

¿Qué hace aquí? Le pedí que se quedase en Pisa pendiente de Alina.

Ella es la última persona que quería que me viese reunido con Vladimir Pavlov.

Mi hermana está ahí, en el umbral de la puerta, con el ceño fruncido y los labios apretados. Su mirada, llena de confusión y furia, no está puesta en mí, sino en él.

En Vladimir.

El aire entre estas cuatro paredes se espesa.

Percibo cómo la seguridad de Vladimir, hasta ahora firme, se desmorona por un segundo. Su expresión se endurece, pero no puede ocultar el impacto.

—Isabella… —su voz es apenas un susurro, como si no creyera que en realidad está ahí.

Mi hermana da un paso adelante, la mandíbula tensa, los ojos ardiendo con una mezcla de emociones que ni siquiera intento descifrar. Lo único que puedo asegurar es que está muy cabreada.

—¿Qué demonios haces aquí? —su voz suena cortante, como una navaja bien afilada.

Vladimir parece recuperar la compostura, me da que no esperaba verla y no estaba listo para ello.

—Vengo por Alina —responde con esa maldita calma que siempre ha fingido tan bien.

Isabella suelta una risa sarcástica, sin una pizca de humor.

—Vaya… ¿Al ruso le han dado donde más le duele? —suelta con desprecio—. Pensé que todo en tu vida giraba alrededor de los negocios.

Los nudillos de Vladimir adquieren un tono blanquecino de lo apretados que tiene los puños. Él pocas veces ha sido un hombre que pierda el control con facilidad. Sin embargo, Isabella siempre fue su talón de Aquiles.

Isabella me lanza una mirada rápida y acusadora.

—¿Por qué está aquí?

Cruzo los brazos y le sostengo la mirada.

—Porque tenemos un enemigo en común —suelto sin inmutarme.

—¿Te has vuelto loco? ¿Por qué la involucras? —se altera Vladimir.

Vaya, vaya. Parece que tras todos estos años nada ha cambiado y no es solo a Alina a quien quiere mantener al margen.

—Ya te lo he dicho, yo no mantengo a mis hermanas en la inopia —le recuerdo—. De hecho, apostaría a que si quisiesen participar de este mundo —por suerte para mí, no ha sido el caso y mis hermanas no se han involucrado demasiado en temas de la mafia—, serían mucho más sanguinarias que cualquiera de nosotros.

—Por supuesto. —Levanta Bella la barbilla orgullosa—. Pero ¿qué es eso de un enemigo en común? —su voz se endurece aún más, sus ojos vuelven a Vladimir—. Pensé que ya lo habíamos dejado claro hace años. Él es el enemigo.

El aire en la habitación es denso, como si una chispa pudiera hacer estallar todo en llamas.

Retengo la risa que amenaza con escapárseme al ver la cara que pone Pavlov.

—Isabella… —la voz de Vladimir baja un tono. Hay algo en ella, algo que nunca le he escuchado a este cabrón antes. Algo que se parece demasiado al arrepentimiento.

Ella levanta la barbilla, desafiante. Puedo ver cómo sus manos permanecen quietas a sus costados. Porque, según ella, Isabella no tiembla nunca por nadie.

Excepto que yo sé que hace años sí lo hizo por él.

Mi hermana me lanza una mirada dolida antes de girarse y marcharse.

Aprieto la mandíbula.

Sabía que la tregua con Vladimir era una apuesta peligrosa, pero lo peor es que temo que por salvar a una hermana pierda a otra en el proceso, ya que juntar a Isabella y Vladimir es estar jugando con fuego.

Capítulo 17

Alina

Me arde la rabia en el pecho y por más que intento apaciguarme no lo consigo. Dos días sin saber de Adriano, dos malditos días desde que descubrió que aún soy virgen y decidió esfumarse como si la noticia le hubiera repugnado. ¿Qué demonios le pasa? ¿Por qué huir en lugar de hablar conmigo?

No sabía que mi nula e inexistente vida sexual acobardase tanto a un hombre, hasta el extremo de que hiciese bomba de humo.

¡Hablamos de que es un mafioso! Elimina a gente sin parpadear. Que me lo digan a mí, que lo he visto en primicia.

Golpeo los cojines, frustrada.

Estoy sentada en el sofá del apartamento que, en teoría, es suyo, pero que no ha pisado, como si le fuese a contagiar la lepra. Y mientras tanto aquí estoy yo, como si fuera una intrusa.

Sé que podría irme cuando quisiera. Bueno, si fuese capaz de atravesar el muro humano que custodia la puerta, claro está. Si no lo hago es porque llegamos a un acuerdo. Me hizo creer que me ayudaría a encontrar a Sheila, y mientras él se esconde asustado, mi amiga sigue desaparecida y yo sin opción a hacer nada.

El sonido de la puerta me saca de mis pensamientos. Me levanto con el corazón acelerado, esperando que sea Adriano. Que al fin haya encontrado el valor de presentarse ante mí como un adulto. Sin embargo, la desilusión vuelve a hacerse patente cuando al llegar a la puerta veo que es Isabella, su hermana, que me mira con una mezcla entre la seriedad y el enojo.

—Vine a ver cómo están tus puntos —masculla, entrando sin esperar invitación.

Tampoco la necesita. No olvidemos que es la casa de su hermano; al fin y al cabo, la que sobra aquí soy yo.

Asiento y la sigo al interior cuando pasa por mi lado. Me siento en la mesa del comedor mientras ella saca vendas y desinfectante. Me quito la camisa con cuidado, dejando al descubierto la herida en mi brazo.

—¿Estás bien? —le pregunto al fijarme en que tiene los ojos enrojecidos, como si hubiese llorado.

Me dedica una mirada de «métete en tus malditos asuntos» que me hace desviar los ojos, captando el mensaje.

—Sigue un poco inflamado, pero parece estar sanando bien —comenta mientras empieza a limpiar la zona.

El escozor que siento me hace apretar los labios, pero el dolor no se compara con la punzada que siento en el pecho por la ausencia de Adriano.

«¿De dónde ha venido ese pensamiento?», me asusto.

A lo mejor, aparte de rozarme una bala en el brazo, se me quedó instalada una en el cerebro y no me di cuenta, porque no es normal que me afecte tanto un hombre que ni siquiera conozco.

En fin… Mejor cambiar de tema, ya que no voy a llegar a una explicación coherente en ese aspecto.

—Isabella… —dudo, pero al final suelto la pregunta que lleva rondándome la cabeza desde hace días—. ¿Quién es Valentina? ¿Qué tiene que ver conmigo?

Ella deja de mover las manos por un segundo.

—Tú no te cansas, ¿verdad?

Le aguanto la mirada para que entienda que no. No lo voy a dejar pasar.

Suspira y me mira con una intensidad extraña.

—Valentina es mi hermana. Quiero decir, nuestra hermana —aclara. Abro la boca, sorprendida por la revelación. Sobre todo, porque no esperaba que respondiese—. Para ser más concisa es mi gemela.

Parpadeo varias veces, intentando procesar lo que acaba de decir.

—¿Vuestra hermana? ¿Y qué pinto yo con ella?

—Porque, al igual que tu amiga Sheila, Valentina fue secuestrada.

El aire se me atora en la garganta.

—No. No puede ser… —susurro, sintiéndome miserable por indagar.

De pronto, la ira que siento contra Adriano se mezcla con una pena profunda. No puedo imaginar el dolor de perder a una hermana… Sé lo que es temer por la vida de alguien a quien amas.

—Lo siento mucho, Isabella… —murmuro, tocando su mano con suavidad.

Ella me mira con los ojos brillantes, pero antes de que pueda decir algo más, la puerta se abre de golpe. Nos giramos al mismo tiempo que Adriano entra en el apartamento.

Mi traicionero corazón aletea descontrolado con su simple presencia, como si olvidase que estamos furiosos por habernos ignorado durante dos días. Sin embargo, la sensación de anhelo que se apodera de mí se evapora al ver que no está solo. Y en esta ocasión mi corazón se detiene al ver a la persona que lo sigue.

—¿Vladimir? —mi voz es apenas un hilo de incredulidad.

Mi hermano avanza con su expresión de siempre, fría, imponente, pero es Adriano quien me hace volver a la realidad cuando suelta sin rodeos:

—Recoge tus cosas, te vas con él.

Mi boca se abre, pero ningún sonido sale. Lo que siento ahora es muchísimo peor que su silencio de cuarenta y ocho horas.

—¿Qué? —mi pregunta sale temblorosa, como si temiera la respuesta.

«¿Me está echando?».

Adriano me mira con dureza, sin rastro de la cercanía que creí que existía entre nosotros.

Si es que soy idiota… ¿Qué cercanía puede suceder entre dos personas en un solo día?

—No pienso seguir ocupándome de ti. No tengo tiempo para una niña que no está preparada para esto y tenga que rescatarla a cada momento.

Directo a matar.

Sus palabras me golpean más fuerte que cualquier herida física. Siento que el aire me falta y pongo todo de mi parte para que no se

note lo decepcionada y dolida que me siento.

—Pero… Teníamos un trato. Dijiste que me ayudarías a encontrar a Sheila…

—Cambio de planes —responde cortante—. Será con tu hermano con quien me encargaré ahora de ese asunto.

—Yo me largo… —suelta Isabella, guardando sus cachivaches y abandonando el apartamento tan rápido que podría crear una estela tras de sí.

No me fijo en la expresión de mi hermano, en como la sigue con la mirada e incluso del amago que hace de ir tras ella, ya que mi atención está centrada en Adriano.

Me pongo de pie furiosa, más herida de lo que creía posible.

—Eres un mentiroso. Y-y un imbécil.

Adriano ni se inmuta. Su frialdad es como una pared contra la que me estrello sin remedio.

Me giro hacia Vladimir, que nos observa con su típica impasibilidad.

—No me voy a ir contigo —digo con terquedad, aunque sé que con toda probabilidad no me dará opción.

—Deja de comportarte como una niña caprichosa, Alina.

—¿Perdona? Rescatar a Sheila no es ningún capricho, ¡joder! —le grito a la par que me desespero.

—¡Exacto! —exclama mi hermano, cerniéndose sobre mí—. Por eso nos encargaremos nosotros, que sabemos lo tenemos que hacer.

—¿De verdad crees que voy a dejar la vida de mi mejor amiga en manos de dos personas que, hasta donde sé, se odian? No. Ni hablar.

Adriano se cruza de brazos y suelta una última burla antes de darme la espalda.

—Haz lo que quieras, Alina. A mí ya no me importa, no eres mi problema.

Con esas palabras, siento que algo dentro de mí se rompe. Y ya se sabe que cuando alguien está herido, va a la yugular.

—Por supuesto… —Sonrío asqueada—. ¡Eres un cobarde! No me extraña que, con esta actitud, no hayas encontrado a tu propia hermana, Valentina.

Un instante me encuentro frente a él encarándolo y al siguiente estoy de rodillas con su arma apuntado mi frente.

A pesar de que tengo el corazón instalado en la garganta y soy incapaz de tragar, no me achanto. Lo miro a los ojos, intentando insuflar en mi mirada todo lo que siento: ira, traición, decepción… La lista puede ser interminable y ninguna sería favorable.

—¡Maldita sea, Moretti! ¡Baja la pistola! —exige mi hermano, que al ver la escena ha desenfundado la suya propia, apuntando a Adriano con ella.

—Te dije que no volvieses a mencionar ese nombre —habla con los dientes apretados—. No tienes ni puta idea de nada.

El frío del metal contra mi frente me eriza la piel, aun así, sigo sin desviar la mirada. No voy a darle esa satisfacción. La furia en los ojos de Adriano es una tormenta que amenaza con arrasar todo a su paso.

Sé que debería importarme. ¿Lo hace? Para nada.

Que dispare, que apriete el gatillo si tanto le cuesta escuchar la verdad.

—Hazlo —desafío en un susurro.

Los músculos de su brazo se tensan, su dedo rozando el gatillo con la misma candencia que lo hizo conmigo en el club.

Mi cuerpo tiembla por el recuerdo. Rememorando cómo se sentían sus labios contra los míos. La forma en que su dedo se introdujo en mí, conquistando una zona jamás tomada.

Lo veo debatirse, su mandíbula marcada por la ira contenida, pero no dispara. Y algo me dice que no lo hará porque, por mucho que quiera aparentar ser una piedra sin emociones, hay algo en mis palabras que lo ha tocado donde más duele.

—Baja el arma, Moretti. No pienso repetirlo —insiste Vladimir, su voz firme y cargada de amenaza.

Siento su presencia a nuestro lado, su respiración controlada y su postura alerta.

Esto podría terminar mal en cuestión de segundos. Dos hombres con armas apuntando por culpa de mi bocaza.

Adriano resopla, entrecerrando los ojos, y al final baja la pistola, guardándola en la cinturilla de los pantalones en su espalda.

—Llévatela de aquí —gruñe, y se gira hacia mi hermano sin siquiera mirarme, ignorando que aún sigo arrodillada frente a él—. Tenéis diez minutos. Si transcurrido ese tiempo no estáis listos, os sacarán mis hombres.

No sé por qué esas palabras duelen más que el arma en mi piel.

Me pongo de pie, limpiándome las palmas de las manos contra los muslos. Me obligo a mantener la compostura.

—No me quedaré aquí, pero tampoco me voy a ir con él —digo con la voz más firme de lo que me siento.

Adriano se gira hacia mí con lentitud, como si mi insistencia lo agotara o le incomodara.

—No entiendes nada, ¿verdad, *principessa*? —Me dan ganas de soltarle un bofetón por el desprecio que suelta al decir esta vez ese sustantivo—. No eres más que una carga. Una distracción. Y en este mundo, las distracciones mueren.

—No puede ser cierto porque mírame —abro los brazos de par en par—, aquí estoy, aún respirando.

Veo el destello asesino en sus ojos y sé que estoy cruzando una línea peligrosa. Aunque ya no me importa. No después de su desprecio, de sus palabras frías como el hielo.

—Alina, ya es suficiente —advierte mi hermano.

¿Suficiente? Oh, no. Yo no he terminado.

Adriano se da la vuelta y se dirige a la salida, así que no me queda otra que alzar la voz a su espalda.

—A mí no me engañas. Tienes miedo —le digo a Adriano casi con sorna—. No de mí ni de Vladimir. Ni siquiera de quienes estén detrás de los secuestros —recito—. Tienes miedo de ti mismo. Porque quizá llegue un momento en el que te des cuenta de que no eres el monstruo que tanto te esfuerzas en aparentar.

Su respiración se agita por un segundo. Es apenas perceptible, pero lo noto por cómo se le mueven los omoplatos.

—Vámonos, Ali —ordena Vladimir, tomándome del brazo.

Lo aparto con un tirón brusco.

—Si piensas que voy a dejar a Sheila en manos de alguien que no es capaz de enfrentarse a sus propios demonios, estás equivocado.

Adriano se queda en silencio. Ladea su cuerpo y así puedo ver su expresión, que es una máscara de indiferencia. Sin embargo, sus ojos cuentan otra historia. Una que aún no estoy segura de poder comprender.

—Acepta que no es aquí donde perteneces. No tienes elección —dice al final.

Lo miro con todo el desprecio que soy capaz de reunir.

—Siempre hay una elección. Tú simplemente has decidido ser un cobarde.

Y con esas palabras, me giro y camino hacia la habitación que he ocupado estos días.

No soy estúpida, no puede ser casualidad que Adriano haya tomado la decisión de alejarse justo cuando las cosas pasaron a un nivel más intenso entre nosotros.

No vi que tuviese problema en seducirme. En advertirme lo que podría pasar entre nosotros si lo acompañaba a las fiestas. Su reticencia vino en el instante que descubrió que soy virgen.

Sí, lo soy, ¿y qué pasa?

Podría haberle mentido, haberle hecho creer que tenía poca experiencia, pero que él no sería el primero. Ya que, por lo visto, ese es el hándicap en esta cuestión.

Lo que más me enfurece es que no cumpla con su palabra. No necesitamos follar para que trabajemos juntos en salvar a Sheila. «Y a Valentina», me recuerdo.

Dios…, su hermana.

Ni siquiera he tenido la oportunidad de descubrir cómo se siente al respecto. Fijo que tiene que ser una tortura.

Justo cuando cierro la maleta, ya que ni siquiera saqué mis pertenencias al no saber el tiempo que me iba a quedar, escucho murmurar:

—Con el tiempo se lo agradecerás, Alina.

—Déjame en paz —le suelto a mi hermano—. ¿Y de qué va esto? —le pregunto, levantado el equipaje y apoyándome en el asa —. Se supone que os odiáis, ¿a qué viene esta especie de alianza?

Vladimir se frota la mandíbula, inspeccionando el dormitorio que hasta ahora he ocupado.

—Ambos tenemos el mismo interés.
—¿Y ese es…? —Arqueo una ceja.
—Proteger a la familia.

Capítulo 18

Alina

El rugido del motor del *jet* privado de Vladimir se apaga cuando aterrizamos en San Petersburgo. A pesar de la calidez dentro de la aeronave, un escalofrío me recorre la espalda. No sé si es el clima gélido o la incertidumbre de lo que me espera aquí.

Pensé que regresaríamos a España, que me llevaría al piso de Sheila en Málaga, pero por lo visto mi arrebato ha hecho que pierda el único hilito de independencia que había conseguido.

Ni siquiera me he quejado, ¿de qué sirve hacerlo cuando sé que no valdrá de nada? Sería un desperdicio de energía cuando las tengo que guardar para lo que de verdad importa.

Puede que haya cambiado de compañero, sin embargo, la meta es la misma.

El trayecto hasta la mansión de mi familia transcurre en un silencio tenso, solo es cortado por las pocas directrices que le lanza mi hermano a Misha. Parece que será el encargado de pegarse a mí como una lapa.

Sé que Vladimir está molesto con la situación, me lo hace saber con las miradas de perdonavidas que me echa, pero no me importa porque yo también lo estoy. Si me hubiese hecho caso desde el principio no estaríamos en esta situación. En lo que a mí respecta, ninguno estamos exentos de culpa. Cada uno debe ser consecuente con sus propios actos y asumir las consecuencias que ellos acarreen.

—¿Vas a seguir con esa cara de funeral? —espeto al fin, cansada de su mutismo.

Vladimir entrecierra los ojos antes de soltar un resoplido. Parece que es lo que mejor se le da hacer desde que me ha recogido.

«Recogido…», repito la palabra en mi mente. Como si fuese una niña desobediente a la que necesitan dar un escarmiento.

Tengo veinticuatro años, soy una adulta, maldita sea. Aunque, la verdad, nadie es más responsable que yo de encontrarme en esta situación. He dejado durante demasiado tiempo que gobernasen mi vida. Con mi pasividad he consentido que se crean con ese derecho. Debí de haberme plantado hace tiempo. Hacerles entender que no pueden decidir por mí. Pero ¿cómo se hace eso cuando tu vida siempre ha sido manejada incluso en la distancia?

—Explícame por qué, de todas las personas, fuiste a buscar ayuda en Moretti.

Cruzo los brazos y miro por la ventana la claridad, ya que el sol —el poco que hay— va desapareciendo con el atardecer.

—Ya lo sabes. No me tomaste en serio y necesitaba ayuda. Recordé haber visto a Adriano en Venecia y deduje que era mi única opción.

—¿Tienes idea de lo que has hecho? —Su tono es cortante—. Lo has puesto en medio de esto.

—Por lo visto, eso no es del todo cierto —digo, sintiendo la frustración quemarme la garganta—. También secuestraron a Valentina, su hermana. Él no va a quedarse al margen. Puede que fuese una suerte que el destino hiciese que acudiese a él. ¿Quién no dice que por mi afán de buscar a Sheila no descubramos qué está ocurriendo en realidad?

Los nudillos de Vladimir se tensan alrededor del apoyabrazos de la puerta en su lado del coche.

—Por eso hemos firmado una tregua temporal —admite tras un largo silencio—. Moretti y yo vamos a descubrir qué está ocurriendo con estas desapariciones. Esta vez, yo me encargaré de encontrar a Sheila.

Su promesa me sorprende. Lo miro con fijeza, tratando de descifrar si de verdad puedo confiar en él.

—Y yo contigo, Vlad. No voy a permitir que me apartes —susurro.

No dice nada. Mira a través de su ventanilla, ¿y qué hace? En efecto, resopla.

Minutos después llegamos a la mansión. Es un edificio imponente con paredes de piedra y un aire que despierta respeto.

Lo detesto.

Las veces que he permanecido aquí me he sentido que no valía nada. Que por lo único que mi padre me mantenía cerca era para que no olvidase qué se espera de mí.

Convertirme en matrioska siempre ha sido una condena.

Al bajar del coche, me dirijo a mi habitación en el ala oeste de la planta superior, y justo antes de entrar, alguien habla a mi espalda.

—Qué pena que no murieses en Livorno.

Reconozco la voz de Larisa de inmediato.

Un escalofrío me sube por la columna y la rabia se apodera de mí. Me giro con brusquedad y la enfrento.

—¿Qué has dicho?

Su sonrisa es venenosa, igual que ella. He estado tan con la cabeza en mil sitios estos días que no había caído que regresar a mi vida es tener que aguantar a mi cuñada.

Prefiero cien mil Isabellas, con su personalidad arisca y distante, antes que a una sola Larisa.

—Cuando tu hermano comentó la noticia —habla como si le hubiesen comentado el tiempo, no que alguien haya estado a punto de matarme—, me sorprendió. Una pena que te salvases. Reconozcamos que tu existencia es un estorbo. —Hace un puchero lastimero.

Será hija de puta… ¡Fue ella!

No tengo pruebas, pero tampoco dudas.

—Tú… —Mis manos se cierran en puños. Sería tan fácil envolverlas en su garganta y apretar… «¡No!», me digo, yo no soy como ella—. A lo mejor es hora de que Vladimir sepa esto. No quiero ser la causante de que a su querida esposa le salga una úlcera por culpa de mi presencia. Supongo que no quedaría bonito que una zorra tenga problemas estomacales.

Ella suelta una carcajada baja y cruel.

—Mírate, solo unos días con esos bastardos italianos y ya te has vuelto igual de vulgar que ellos. —Da un paso mientras se acerca a mí—. Aun así, ¿crees que tu hermano te tomaría en serio? Sé interpretar mi papel de la esposa ideal a la perfección. Y si se diese

el caso… —Se inclina hacia mí, susurrando—. Recuerda que duerme a mi lado cada noche, no me costaría nada matarlo antes de que puedas siquiera abrir la boca. Más te vale mantenerla cerrada si no quieres quedarte huérfana en todos los sentidos.

El horror se instala en mi pecho.

Mi propio hermano comparte la cama con una serpiente viperina.

Cuando Larisa se aleja, mi primer instinto es buscar la forma de alertar a Adriano y revelarle la verdad. Mi cuñada no ha confesado que fuese ella quien ordenó acabar conmigo, pero algo me dice que tiene todas las papeletas. Nadie sabía que viajé a Italia, a no ser…

Saco mi teléfono móvil del bolso. ¿Y si Larisa siempre me ha tenido controlada?

Cuanta más forma toma ese presentimiento en mi mente, más me quema el cuerpo de querer ponerme en contacto con Adriano, aunque con rapidez recuerdo que no tengo cómo hacerlo. Además, él mismo me desechó sin miramientos.

Soy más consciente que nunca de que estoy sola en esto y que incluso bajo este techo tengo que vigilar mi espalda. Quizá no sea tan mala idea que Misha me siga a todos lados. Puestos a elegir, él por lo menos me cae bien.

Esa noche, la cena es una absoluta farsa. Vladimir, Larisa y yo compartimos la mesa como si fuésemos una familia que, aunque poco, se tolera. Y la cosa mejora, véase la ironía, en el instante que alguien más se une a nosotros.

—¡Viktor…! Qué sorprendente visita —exclama la potencial asesina de mi cuñada.

Al ver a Viktor, la aversión me revuelve el estómago.

No tenía bastante con tener que lidiar con una Ramminov, que me toca soportar a dos.

El primo de Larisa es tan despreciable como ella. Su sonrisa es afilada cuando me observa. Sus ojos negros me repasan con una mirada estudiada.

Viktor tiene unos treinta años, tampoco estoy muy segura, ya que lo único que he intentado cada vez que nos encontrarnos es mantenerme lo más alejada posible. A simple vista es un hombre de

buen ver. Alto, con un cuerpo definido y, al igual que Larisa, un encantador de serpientes. Sin embargo, a mí nunca me ha engañado y sé que está podrido por dentro.

Hay personas que son malas por naturaleza, que para convivir necesitan un poder absoluto. Implantar su ley autoritaria. que controle ese impulso agresivo que surge de su motivación egoísta.

¿Y es con este espécimen con quien planea casarme Vladimir? Por encima de mi cadáver.

—Escuché que habíais regresado a San Petersburgo y quise ver con mis propios ojos que Alina se encuentra bien.

—Estoy bien, gracias. —«Solo con ganas de vomitar al verte la cara», añado en mi mente mientras me sirvo un poco de *solyanka* en mi plato, una sopa típica rusa.

—Malenka, prepara un cubierto más —solicita Larisa a la chica del servicio con su peculiar sonrisa de dueña de la casa—. Mi primo nos acompañará a cenar, ¿verdad, Viktor?

—Si insistes, será un placer, prima —dice él con un deje insinuante.

Por Dios… ¿Soy yo la única que se da cuenta de cómo se comen con la mirada?

Miro a mi hermano, que ha permanecido en silencio todo el rato. Es como si tuviese la cabeza en otro lugar y le importase bien poco lo que sucede frente a sus narices.

—Vladimir, dado todo lo que ha pasado, pienso que Alina necesita protección —comenta él con su tono petulante—. Debería adelantarse su enlace y opino que yo soy el candidato perfecto para ser su esposo.

Mi corazón se detiene.

—¿Qué?

Me atraganto.

Una cosa es que supiese lo que ambos primos se traen entre manos, pero esto es una propuesta en ciernes.

—Exacto. La Matrioska necesita a su otro rostro —explica Larisa con falsa dulzura—. Serás la esposa perfecta de Viktor, ¿verdad, cariño?

—No —digo de inmediato, sintiendo el pánico subir por mi garganta.

No, no, no… Me niego.

—Alina, no seas —como diga cría me la cargo— insensata. Viktor, en estos momentos, es tu mejor alternativa.

Claro, porque según ella yo no soy suficiente para buscarme mi propio marido.

¿Y si lo que quiero es quedarme soltera el resto de mi vida? Maldita sea, es una opción igual de respetable.

Vladimir por fin parece salir de su letargo y alza una mano, deteniendo cualquier discusión.

—Ya habrá tiempo para hablar de eso —declara—. Por ahora, quiero que Alina se involucre más en los asuntos de la Bratva y, por lo pronto, nos acompañará el sábado a la fiesta que organizaré de la Sociedad de las Máscaras.

«¿En serio?».

¿Quedaría raro, dada nuestra relación, si me acerco y abrazo a mi hermano en este momento?

—¡¿Te has vuelto loco?! —Se levanta Viktor alterado—. Ese no es lugar para que asista Alina.

—Larisa suele asistir y no veo que nadie se oponga —comenta mi hermano con una mirada acerada—. Y siéntate, Viktor. No voy a tolerar esa actitud en mi mesa. Recuerda que ahora estás frente al *pakhan*.

Viktor aprieta la mandíbula, aun así, por la cuenta que le trae, obedece y se acomoda de nuevo en su asiento.

—Vladi, yo voy porque soy tu mujer… —intenta convencerle, y yo cruzo los dedos por que la arpía no tenga ese poder.

—No seas hipócrita, Larisa. Tú vas porque disfrutas demasiado de lo que ocurre en esas fiestas, al igual que yo, con o sin nuestra compañía.

Mis labios se entreabren. ¿Quiere decir que participan en las actividades que allí se ofrecen por separado?

Observo como a mi cuñada se le enrojecen las mejillas, supongo que de la furia que siente en estos instantes. Vladimir

nunca le ha hablado así estando yo presente. Por norma general tiende a ignorarla.

Su matrimonio es… Bueno, diría que el afecto brilla por su ausencia.

Al ver como Larisa aprieta los cubiertos entre sus manos, me tenso. No sé cómo lo haré, pero tengo que advertir a mi hermano de que se ande con cuidado alrededor de su mujer. Dudo que sus amenazas sean veladas.

—Cuando acabemos de cenar quiero hablar contigo en mi despacho. —Giro la cabeza al ver que Vladimir en esta ocasión se dirige a mí—. A solas.

Asiento.

Tengo una imperiosa necesidad de aplaudir al ver las caras que se le han quedado a los primos; por suerte, me controlo y me concentro en mi cena.

Pero hay algo que no deja de rondarme por la mente. La Sociedad de las Máscaras, eso solo significa una cosa, que voy a volver a ver a Adriano.

No sé si sentirme ansiosa o furiosa. Lo que es seguro es que espero ese encuentro con ganas.

Capítulo 19

Alina

Entro en el despacho de Vladimir con paso firme, aunque por dentro mi estómago es un nudo de tensión. Mi hermano está sentado tras su escritorio, con los dedos entrelazados y la mirada fija en mí, como si ya supiera lo que voy a decirle.

—¿Estás segura de que quieres involucrarte en esto? —pregunta sin rodeos.

—Sí —respondo sin dudar—. Si no ayudo a salvar a Sheila y dejo este asunto en manos de otros, nunca me lo perdonaré.

Vladimir me observa en silencio por un momento, calibrando mis palabras. Luego asiente y se reclina en su silla.

—No me gusta, Alina. Siempre he evitado que te inmiscuyas en los asuntos de la mafia.

—Bueno, pues al final me ha salpicado. Así que, ¿por qué no dejas de tratarme como una pieza de museo a la que hay que conservar apartada?

—Hablas como él. —Frunce el ceño disgustado.

—¿Qué?

—Adriano —aclara—. Esta mañana dijo algo similar respecto a cómo te trato.

Vaya por Dios, si hasta vamos a coincidir en algo y todo el arrogante italiano y yo.

—Quizá porque es el único que ve claro que me trates así sea insano.

—Solo quiero protegerte, Alina. Tu papel en el legado de esta familia es importante.

«Ya estamos…».

—Eso no es protección, Vladimir, es sobrepasar los límites —confieso. Hace mucho tiempo que deberíamos haber tenido esta conversación, por lo que me siento frente a él y le explico mi punto

—. Siento que me asfixio. Puedo entender tu postura, lo que se espera de ti como nuevo *pakhan*, pero es mi vida, Vlad —le digo, tocándome el pecho—. Déjame decidir qué es lo que quiero en ella. No te conviertas en nuestro padre.

Observo como se le endurece el semblante con la comparativa.

—Lo siento, Alina, en cuanto a tu futuro es algo en lo que no puedo ceder. Hiciste un trato de sangre conmigo, voluntariamente, *sestra*. No puedes retractarte. De ti depende que haya un próximo heredero.

Me desespero.

Tratar este tema con Vladimir es como chocarse, constantemente, contra un muro. Por más que lo intente, no entrará en razón.

—¿Por qué? ¿Por qué recae en mí esa responsabilidad? —me altero, haciendo aspavientos—. ¿Por qué no tenéis tú y la loca de tu mujer un hijo?

—¡Porque no puede ser, joder! —exclama, alzando la voz.

—Ah, claro. Tú no puedes, pero yo sí, ¿no?

—No lo entiendes, Alina. No puedo tener hijos biológicamente —declara—. Hace años que me realicé una vasectomía irreversible.

«¡¿Perdonaaaa?!».

No puedo creer lo que acaba de soltar.

—Eres un hipócrita —le increpo, levantándome y señalándolo con un dedo de forma acusadora.

—Controla lo que dices, Alina.

—¡¿Que me controle?! —Esto es el colmo—. O sea, tú decides cortarte la coleta, ¿con qué fin, Vladimir? Para poder follar a diestro y siniestro con quien te salga de los cojones —«Nunca mejor dicho»— y no tener que lamentar embarazos indeseados. Mientras tanto, en mí recae las consecuencias de tus actos. Bravo, hermano. —Le aplaudo con sarcasmo—. Si hay un acto que defina mejor el egoísmo, es este.

—No lo hice por placer, tuve mis razones —se defiende—. De todas formas, no es eso lo que quería tratar contigo, sino para informarte de que, en la próxima fiesta de la Sociedad de las Máscaras, serás el señuelo.

La cabeza me da vueltas al saltar de un tema a otro tan de repente, por lo que su afirmación me pilla desprevenida, aunque no dejo que se me note.

—¿Y eso por qué? —Me cruzo de brazos.

Joder, mi hermano es un sacarino. Endulza, pero no engorda, y a la que le tocará esa responsabilidad es a mí.

Nunca me he planteado si en realidad quiero ser madre, sobre todo porque es algo que me han recalcado durante demasiados años. Lo que tengo claro es que, si al final decidiese tener un hijo, me gustaría que fuese porque es lo que realmente yo quiero, no que me lo impongan.

—Según Adriano, ya llamaste la atención en la última fiesta y creemos que, si vuelven a verte, serás una tentación demasiado grande para quienes buscan una Ballena Blanca.

Puede que esté en lo cierto, sin embargo, el simple hecho de que Adriano haya estado involucrado en esta decisión hace que un fuego de indignación se encienda en mi interior. Aprieto los puños, tratando de contener mi molestia. Así que él, además de relegarme, ni siquiera ha tenido la decencia de contarme esto en persona.

—Está bien —digo, manteniendo la compostura—. Haré lo que sea necesario para atrapar a los que se llevaron a Sheila.

Vladimir me sostiene la mirada y asiente. Hay algo parecido al orgullo en su expresión, aunque también preocupación.

—Bien. Debes saber que esto no es un juego, Alina.

—Lo sé —afirmo con firmeza.

El silencio se instala entre nosotros. Ahora que esta parte está aclarada, aprovecho para hacerle la pregunta que lleva tiempo rondándome la cabeza; ya retomaré el que se realizase una vasectomía.

—Vladimir, dime la verdad. ¿Qué ocurrió entre Adriano y tú? Pasasteis de ser amigos a enemigos.

Veo la tensión dibujarse en su mandíbula antes de que resople —como no— claramente incómodo.

—Eso no es importante ahora —se muestra evasivo.

—Claro que la tiene. —Cruzo los brazos, decidida—. En algún momento tienes que confiar en mí. Y dadas las circunstancias,

parece que este es el mejor momento para empezar a hacerlo, ¿no crees?

Vladimir baja la mirada un instante, como si luchara consigo mismo. Al final, suspira y empieza a hablar.

—Adriano y yo nos conocimos a los dieciséis años más o menos en una fiesta de la Sociedad de las Máscaras.

—¿Tan jóvenes? —pregunto perpleja—. Pero antes… Quiero decir, ¿esos encuentros eran igual que ahora?

—¿Qué llegaste a ver en Venecia, Alina? —cuestiona suspicaz con una ceja alzada.

—Ya sabes lo que vi. Tú me sacaste de allí, así que no te hagas el tonto.

A Vladimir le sale una sonrisa canalla y ahí está el hermano mujeriego al que tan mala fama le precede.

—Sí, *sestra*, las reuniones de hace veinte años ya eran igual que hoy en día.

Oh, por Dios… Con razón Adriano se sorprendió de que yo siga siendo virgen con veinticuatro años, si él seguro que la perdió siendo un adolescente.

—El caso es que éramos los únicos hijos de jefes de la mafia de nuestra edad —continúa relatando—. Por lo que, fuera de todo pronóstico, ya que no era lo habitual, nos hicimos amigos. —Sí, no se me hace raro visualizar al chico ruso y al italiano forjando una amistad.

»Mientras que Giancarlo, el padre de Adriano, no tenía inconveniente, cabe decir que a nuestro padre esa alianza no le hacía demasiada gracia. —Tampoco me sorprende. A Mikail Pavlov, todo lo que saliese fuera de su control no le agradaba—. Pasaron los años y de tanto asistir a esas reuniones a Moretti y a mí se nos comenzó a despertar la ambición. Queríamos crear algo desde cero, que solo fuese nuestro, al margen de los negocios de nuestros padres y Adriano me propuso adentrarnos en un sector que no tenían demasiado explotado, el tráfico de armas. Él conocía a…

—¡No te creo! —lo corto, tapándome la boca asombrada—. ¿Le robaste la idea, Vladimir?

—¡Yo no le robé la idea a nadie! —exclama con vehemencia.

—Ya, claro… Con razón Moretti está tan cabreado.

—Era mi negocio tanto como el suyo. Por eso se dividió cuando todo entre nosotros se truncó.

¿Todavía hay más? «Vaya con mi hermano, es toda una cajita de sorpresas».

Y mientras todo esto pasó, ¿dónde estaba yo que no me enteré? Ah, claro, jugando a las muñecas e implorando el cariño de un padre que me rechazó.

—Con dieciocho años, Moretti y yo éramos casi hermanos. Y ya que en Rusia él no era muy bien recibido, comencé a pasar más tiempo en Italia y entonces conocí a Isabella.

«¿Qué? ¿Perdona? ¿Isabella, la Barbie enfermera?», pienso sin querer apenas interrumpir, ahora que el relato ha dado un giro que no esperaba.

Su tono cambia al pronunciar su nombre y algo en mi pecho se encoge.

—La hermana de Adriano —murmuro.

Él asiente.

—Estuvimos saliendo juntos durante un año e Isabella… —No sé por qué, pero tengo el corazón en un puño— …quedó embarazada.

Un escalofrío me recorre la espalda, ya que puedo intuir que la historia no termina bien.

—Cuando nuestro padre se enteró… —No, no—. Ordenó un ataque contra Isabella y perdió al bebé.

Contengo la respiración, sintiendo una punzada de horror.

Nunca he tenido una estrecha relación con mi progenitor. Es más, su reciente fallecimiento ni siquiera me ha afectado, ya que tenía con él un gran desapego, pero enterarme de esto lo convierte a mis ojos en un miserable.

—Fui a enfrentarlo —continúa con voz grave—. Me dio dos opciones: alejarme de Isabella y casarme con Larisa, o asegurarme de que lo siguiente que le pasara a Isabella no fuera solo un aviso.

¡Hijo de puta!

Me arrepiento de no haber asistido a su entierro y no haber podido escupir en su tumba.

Su confesión me deja sin palabras. El peso de su historia cae sobre mí con una intensidad inesperada.

Ahora lo entiendo todo. Entiendo el odio de Adriano hacia los Pavlov. Un desprecio totalmente justificado. No me quiero imaginar el dolor de Isabella. Y, sobre todo, y por primera vez, comprendo la culpa que se refleja en los ojos de mi hermano.

—Aceptaste alejarte de ella. —Mi voz tiembla un poco al llegar a esa conclusión.

—Preferí alejarme de ella y saber que estaba segura.

—Le obedeciste. Dejaste que ganara.

La rabia me hierve en la sangre.

—No había otra opción.

—Siempre hay opción. ¿No te das cuenta? Eligiendo esa opción también la perdiste, Vladimir —susurro.

—Pero sigue viva, Alina. Ya le quité demasiado, no podía arrebatarle también la vida.

Lo miro con fijeza, intentando imaginar el infierno por el que pasó, la impotencia, el sacrificio, pero eso no hace que duela menos.

Joder… Esto es muy fuerte. Isabella pudo ser mi cuñada. Mi hermano pudo ser feliz a su lado y, en cambio, está con Larisa. Pudo haber sido padre y yo haber tenido un sobrino o sobrina y mi propio padre fue el causante de que esa vida no prosperase.

—Es horrible —susurro—. Lo que nuestro padre hizo… lo que tú hiciste… todo.

Vladimir no dice nada. Solo me observa con esa mirada que ahora reconozco como tristeza disfrazada de frialdad.

—No me quiero imaginar cómo se lo tomó Isabella cuando se lo contaste. Cuando le dijiste que tenías que alejarte de ella… —comento con una pena que me parte en dos.

—Eso nunca sucedió. —Me quedo lívida—. Tras lo ocurrido, corté todo el contacto con la familia Moretti.

—¿Me tomas el pelo?

—Era la única forma que tenía de protegerlos —se excusa, pero noto que ni siquiera a sus oídos suena convincente.

—Perdona que sea yo la que te lo diga, pero tu forma de proteger a los demás es… —Pienso—. Una puta mierda. Eso es lo

que es.

Vladimir guarda silencio, sin nada que añadir en este aspecto. Sabe que llevo razón. ¿Cuántas veces no se habrá flagelado él mismo a lo largo de estos años?

Por primera vez lo veo de verdad. No solo como el hermano que siempre ha estado un paso adelante, sino como alguien roto por dentro.

Esta confesión cambia algo entre nosotros. Siento que nos une de una forma en la que nunca imaginé. Sin embargo, también me hace comprender que, en este juego, todos tenemos cicatrices que ocultar.

—No te lo he contado para que remuevas el pasado, Alina. Si lo he hecho es para que entiendas en qué situación estamos —carraspea, intentando colocarse la máscara que tan bien sabe usar —. Puede que Moretti y yo hayamos pactado una tregua, pero sigo sin confiar en él. Lleva demasiados años esperando vengarse por lo que pasó.

—¡Tú también fuiste una víctima! Si le explicases lo que sucedió…

—¡No! —me corta de inmediato—. Nadie va a contar nada de lo que te he contado. —Guardo silencio—. ¿Me entiendes?

Asiento sin estar conforme a lo que me pide. Siempre he pensado que los malos entendidos, cuanto antes se solucionen, mejor. Pero no seré yo la que revele algo que solo le pertenece a él hacer.

—No te quiero cerca de Moretti, ¿me oyes?

—¿A qué viene eso? —cuestiono a la defensiva.

No es que entre mis prioridades esté el acercarme a él después de cómo me ha tratado, aun así, no entiendo por qué no podría hacerlo.

—Si la situación hubiese ocurrido a la inversa y llevase más de quince años alimentando mi venganza, la mejor forma de ejecutarla sería pagando al otro con la misma moneda.

Y tras las palabras de mi hermano, algo hace que me venga un recuerdo. A justo otras palabras que el mismo Adriano le dijo a Vladimir por teléfono.

«Diente por diente».

Capítulo 20

Adriano

El frío de San Petersburgo se cuela bajo mi abrigo cuando bajo del coche, pero no es eso lo único que me incomoda. Es como si el ambiente estuviese cargado de un aire denso, electrificado, por la misma anticipación que se puede sentir justo antes de que estalle una tormenta.

Esta noche no nos podemos permitir ningún margen de error, pues cada día que pasa es una cuenta atrás para un trágico desenlace.

Como intuía, Vladimir no ha escatimado en gastos. Si mal no recuerdo, la opulencia es un rasgo que al ruso siempre le ha caracterizado.

Llevo años sin acudir a las fiestas que su Bratva organiza, al igual que él no ha asistido nunca cuando me ha tocado a mí. De ahí que me sorprendiese verlo en Venecia.

En el instante que mis hombres me avisaron de que Vladimir Pavlov se encontraba en el palacio, me preparé para cualquier cosa. Era consciente de la noticia del reciente fallecimiento de su padre y eso significaba que a él le tocaba asumir el cargo de *pakhan*. Pensé que había llegado el momento de saldar deudas. Que era lo suficiente estúpido para presentarse en mi fiesta e intentar desafiarme. Sin embargo, mi sorpresa en realidad fue descubrir que Vladimir acudió exclusivamente para sacar de allí a su hermana.

Qué paradójico y cabrón es el destino. De todas las fiestas que se organizan al cabo del mes alrededor del mundo, justo tuvo que ser la mía en la que se terminase colando la pequeña de los Pavlov.

El muy vanidoso de Vladimir ha cerrado, exclusivamente para nosotros, el Museo Fabergé, ubicado en el Palacio Shuválov. Al traspasar las puertas, descubro que la fiesta ya ha comenzado. Se

nota que el ambiente está cargado de secretos, ambición y peligro. Justo lo que a mí me gusta.

Isabella camina a mi lado, envuelta en un vestido negro que grita desafío. Su expresión me dice que está lista para soltarme una de sus perlas y, como intuyo, no tarda.

—Recuérdame por qué demonios estoy aquí, Adriano —habla con todo el desdén que es capaz de mostrar. Y aseguro que Isabella tiene mucho.

De los tres hermanos, ella siempre ha sido la más tajante e incisiva. Su sinceridad es aplastante. Gracias a Dios nunca ha querido inmiscuirse demasiado en los asuntos de la familia, si no hubiese cosechado más enemigos que yo, que ya es decir.

—Si hubiese otra opción sabes que no te traería, pero se trata de Tina, Bella.

Noto que esconde sus garras y por ahora mis ojos siguen a salvo. Por mucho que le disguste estar aquí, haría lo que fuese por su gemela. Eso es algo que le honra, pues no me cabe duda de que esta noche no va a ser fácil para ella.

—¿Y esta? ¿Qué hace ella aquí? —Baja la voz y cabecea hacia Francesca, enganchada a mi otro brazo como una presa de contención—. ¿Quieres que sirva de escudo entre Alina y tú? —Alzo las cejas y la observo con detenimiento—. Oh, venga ya, Adri… ¿Crees que no me di cuenta del espectáculo que os montasteis en el club?

—Ocúpate de tus propios problemas, Isabella —respondo, endureciendo el tono para que sepa que es mejor que no vaya por ahí.

—Eso es justo lo que quiero evitar, Adriano. Problemas. Detesto este lugar —bufa, estirando la tela de su vestido para mantener las manos ocupadas—. Y, además… —corta lo que fuese a decir.

No hace falta que continúe ni verbalice su nombre. Sé a la perfección quién le ronda por la mente en estos momentos, Vladimir Pavlov. Su pasado con él es un campo de minas que a la mínima oportunidad puede hacer saltar todo por los aires.

Me cabreo conmigo mismo, ya que yo la metí en esta guerra, pero en estos momentos esa no es mi prioridad. Tengo que

centrarme en descubrir si mis sospechas son ciertas y la organización de la Sombra ha vuelto a renacer.

Mientras avanzamos, la multitud nos engulle y saludo a varios hombres que reconozco. Dante se mantiene cerca, atento a cualquier peligro, ya que no somos los únicos peces grandes que hay en esta pecera.

Y entonces la veo.

Alina.

Un resplandor oscuro se enciende en mi interior, arañando por apoderarse de mi control.

A través de mi máscara plateada, le echo un breve vistazo. Su vestido dorado se ciñe a su cuerpo con una elegancia que desafía toda lógica, pero es el antifaz de encaje negro el que atrapa mi atención. Enmarca su mirada azul, volviéndola aún más hipnótica, más letal de lo que es, y lo peor de todo es que ella es consciente del efecto que despierta en los demás.

No hay nada más peligroso que una mujer que sabe utilizar su cuerpo como si de un arma se tratase.

Maldita sea, no debería resultarme tan sexi. Puede que sea virgen y que no tenga experiencia, pero de ingenua la *principessa* tiene lo que yo de santo. O sea, nada. Bien lo sabré yo, que no paro de empalmarme al mínimo recuerdo de mi cuerpo aprisionado contra el suyo.

Endurezco la mandíbula al notar cómo me ignora deliberadamente, como si no existiera. Perfecto, evitarnos nos acarreará menos problemas. Sin embargo, su expresión se oscurece cuando su mirada se centra en Francesca y cómo va enganchada a mi brazo.

«Vaya, vaya… ¿Acaso está molesta por eso? Interesante».

Vladimir y yo nos saludamos con un apretón de manos breve y seco. A ojos de los demás, somos solo líderes de mafias rivales manteniendo la cortesía mínima. La realidad es muy distinta. Es el hombre que abandonó a mi hermana cuando más lo necesitaba, el padre de un niño que no llegó a nacer. Quien se casó con una zorra que noto como no deja de lanzarme miradas insinuantes y el socio

que se apoderó de mi idea de negocio y construyó el suyo propio, convirtiéndose en mi rival.

—Moretti —dice Vladimir con tono neutro.

—Pavlov —respondo con la misma modulación.

Alina ni siquiera me dirige una mirada, sino que sonríe con una ternura inexplicable a mi hermana.

Miro a Isabella, que ladea la cabeza y la observa con el ceño fruncido cuando la pequeña de los Pavlov se acerca, la envuelve entre sus brazos y deposita dos besos en sus mejillas.

—¡Isabella! Encantada de volverte a ver.

—Eh… ¿en serio? —cuestiona mi hermana, descolocada.

No me extraña, Bella no se caracteriza por ser agradable precisamente. Si tuviese que elegir un animal que se parezca a ella sería el puercoespín.

—¡Claro! —exclama Alina, soltando una sonrisa cantarina que hace que mis huevos se encojan—. He echado de menos nuestras curas. —Se señala el brazo izquierdo, donde tiene una tirita en color carne.

—¿Qué tal va esa herida? ¿Algún signo de infección? —cuestiona mi hermana menos a la defensiva.

Debe ser defecto profesional, nada como hablar de trabajo para relajarte cuando la situación es en extremo incómoda.

—Todo bien.

«Ufff… Esa sonrisa otra vez».

—Recuerda que deberás ir a que te quiten los puntos la semana que viene.

—Lo haré, gracias —Asiente—. Hola, Dante —saluda a mi hombre y estoy a punto de soltar un gruñido al ver que este le guiña un ojo—. Francesca, ¿verdad? —se dirige a mi secretaría, que sonríe como si fuese la ganadora de un trofeo—. Bienvenida a San Petersburgo.

Maldita sea, ¿ni siquiera me va a saludar? Parece que la *principessa* es un poco rencorosa.

—Buenas noches, Alina —la saludo socarrón.

—Señor Moretti. —Alza la barbilla con el porte de una auténtica princesa frente a un burdo plebeyo que debe arrodillarse en su

presencia.

Y, joder… De buena gana me postraba a sus pies. Pero no como muestra de respeto, sino para levantarle la falda larga del vestido y enterrar mi cara en su dulce coño.

Debe de ver lo cachondo que me ha puesto con su actitud distante, ya que aprecio cómo sus pupilas se dilatan y se humedece los labios resecos con la punta de su lengua.

Es la voz de la zorra de Larisa lo que me saca de mi lascivo estado.

—¿No nos vas a presentar, cariño? —le pregunta a su marido.

Voy a soltarle cualquier bordería cuando mi hermana se adelanta.

—¡Corta el rollo y deja de fingir, puta!

Todos los presentes nos quedamos tan impactados tras la gran verdad que acaba de soltar mi hermana que no nos da tiempo a reaccionar hasta que Larisa suelta un gritito indignada.

—¿No le vas a decir nada, Vladi? ¿Vas a dejar que una donnadie me insulte en mi propia fiesta?

Vladimir hace como que no ha escuchado ni a una ni a otra y se centra en mí.

Una jugada inteligente por su parte no interceder.

—El resto de familias nos esperan, si me acompañas…

Larisa, al sentirse vilipendiada, se marcha mientras Alina mira a su hermano con una expresión de orgullo reflejada en su mirada.

—Joder, qué a gusto me he quedado —me susurra Isabella con una sonrisa que hacía tiempo que no mostraba—. Me voy a buscar una copa, ¿me acompañas, Dante? —añade, dándole un toquecito en el brazo antes de darse media vuelta y mezclarse entre los invitados.

Asiento a mi hombre para que la siga. Mejor no dejar a Bella sola, no tengo todas conmigo de que no vaya a liarla.

—Ve con ellos —le digo a Francesca.

Cuando desaparece mi secretaria, paso por el lado de Alina.

—Bonito vestido —le susurro al oído y con mis dedos acaricio la raja que le llega por encima de uno de sus sedosos muslos.

La escucho contener la respiración, sin embargo, continúo mi camino sin volverme a girar hasta llegar a otra sala, donde esperan los jefes del resto de mafias que han asistido esta noche.

La reunión transcurre con la tensión habitual. Problemas de negocios, amenazas externas, un jeque árabe que está metiendo las narices donde no debe.

Takana Haruto, el jefe de la Yakuza, deja claro que no tienen intención de tolerar más competencia. Decidimos unir fuerzas contra esa amenaza, aunque todos sabemos que, en cuanto se presente la oportunidad, cada uno irá a lo suyo.

Cuando todo termina, Vladimir y yo somos los últimos en levantarnos de la mesa. Sin apenas mirarlo le pregunto:

—¿Ha habido algún movimiento extraño?

—Hasta ahora mis hombres no me han alertado de nada.

—¿Y qué me dices del servicio? —No hay que olvidar que la última vez fue gracias al camarero que drogó a Sheila y pudieron sacarla.

—He pedido que se vigilen cada uno de sus movimientos, al igual que todas las salidas.

—Un poco ostentosa la ubicación, ¿no crees? —suelto, dirigiéndome a la puerta.

—Este es uno de los lugares mejor vigilados de San Petersburgo, si se les ocurre actuar aquí todo quedará registrado —reconoce.

—Esperemos que lo hagan. Esa será nuestra única baza para descubrir qué está sucediendo —finalizo, saliendo ya a la sala principal y descubro que el verdadero propósito de la noche ya ha comenzado.

Música. Luces tenues. Cuerpos acercándose demasiado. Susurros que prometen cosas que nunca se cumplirán. El aire se impregna de deseo y lujuria.

Vladimir, a mi lado, se queda parado en el sitio, sigo su mirada y descubro que es Isabella quien ha despertado su interés. Lo veo dar un paso en su dirección y estoy a punto de retenerlo para advertirle que ni se le ocurra acercarse a ella, cuando algo, o más bien alguien, capta mi atención.

Ahí está ella, bailando con una sensualidad que me atrae como si se tratase del canto de una sirena.

Se mueve al ritmo de los acordes de *Who do you want*, de Ex Habit.

Los demonios me consumen al verla moverse, rodeada de hombres que la observan como si fuera su siguiente conquista. Un idiota intenta acercarse demasiado, le aprieta su cintura y, cuando ella le sonríe, siento que ya tuve suficiente.

Cruzo el salón sin pensarlo. La multitud se aparta como si fuese el maldito Moisés y partiese los mares.

Al fin mi mano atrapa la suya y tiro de ella con firmeza para apartarla de ese idiota.

—Ya basta —mascullo, casi pegando mi cara a la suya.

Alina me mira a los ojos con una mezcla entre la sorpresa y el fastidio.

—Suéltame, Adriano.

No lo hago, sino más bien rodeo su cintura y comienzo a balancearnos con la insinuante canción.

Dolor y placer
Amor y daño
Lujuria y fantasmas

Entre las cosas que no importaban
Nuestro fuego cuando estamos juntos
Mezclado con modales paranoicos
Creó una tormenta perfecta y estábamos destinados a caer
Pero aún queremos más

No es suficiente estar encerrado en estos sentimientos
Supongo que no es suficiente estar rodeado de demonios
Supongo que no es suficiente ahogarnos en nuestras lágrimas
¿A quién quieres si no es a mí?
¿A quién quieres?

—¿Disfrutando de la velada? —le espeto con la mandíbula tensa y sin dejar de acariciarle con mi pulgar la porción de piel desnuda que tiene en la espalda.

—¿Te molesta? —Su voz gotea veneno, pero hay algo más ahí, algo que me alimenta.

—No juegues conmigo, Alina.

Mentí
Estoy equivocado
Estoy drogado
¿A quién quieres, nena?

Tú luchas
Tú esperas
Te escondes
¿A quién quieres, nena?

—¿Jugar contigo? Te recuerdo que eres tú quien se ha acercado a mí. Si por mí fuera seguiría ignorándote.

—Eres una *principessa* descarada… Apuesto a que deseas jugar conmigo —murmullo casi rozando sus labios con los míos.

—Oh, no, eso lo haces con tu secretaria, ¿no? Para eso la has traído. Ya me buscaré un mejor compañero de juegos.

La rabia me golpea como un puñetazo.

—Cuidado con lo que dices.

—¿Cuidado? —Alina se ríe, pero es un sonido frío, dolido—. No me vengas con eso, Moretti. Tú me apartaste, ¿recuerdas? Quizá otro sí sepa apreciar lo que le ofrezco… De todas formas, no tiene por qué importarte, ¿verdad? Me entregaste a mi hermano como si fuera un maldito paquete de Amazon. —Se encoge de hombros mientras su cadera se roza con la mía.

Tengo la polla a punto de reventar los pantalones. Este pique dialéctico es mucho más eficaz que cualquier otro preliminar.

Sin embargo, aprieto la mandíbula, ya que no puedo negar que es cierto lo que dice. Yo la alejé. Pero verla así, bailando entre mis

brazos con una sensualidad arrolladora, me enciende de una manera que no puedo controlar.

Una furia desconocida me recorre al imaginarla con otro que no sea yo.

«Joder, pero… ¿qué me pasa?», me cabreo.

—¿Eso es lo que buscas, Alina? ¿Quieres que te follen? ¿Qué te rompan el coño? —pregunto con dureza.

—¿Quién sabe? Lo que tengo claro es que ese no serás tú. —Se aparta de mí de golpe, como si hasta hace unos segundos no se hubiese estado deshaciendo entre mis brazos.

Justo eso pienso espetarle, pero antes de que pueda nos interrumpen.

—¡Aquí estás! Te estaba buscando.

A pesar de no tenerla pegada a mi cuerpo, siento como Alina se tensa de inmediato.

Su reacción me extraña. Hasta hace un segundo intentaba alejarse de mí, y ahora se acerca, casi pegándose a mi costado.

—Viktor —dice ella con voz baja.

Él la observa con una sonrisa torcida, una que conozco demasiado bien, ya que la utilizo cuando me comporto como un cabrón. Que, dicho sea de paso, es la mayoría de las veces.

—Deberíamos de marcharnos —dice el idiota repeinado.

Las manos de Alina se cierran en puños pegadas a su cuerpo. La observo, notando su incomodidad, su… No, no es miedo, pero sí algo cercano. Y no me gusta nada.

Miro al tal Viktor y sonrío de lado, al igual que hace él.

—Me temo que Alina no quiere tu compañía.

El tipo me sostiene la mirada y, por un momento, la tensión amenaza con explotar. Reconozco el instinto asesino que desprende su mirada, o puede que sea el propio reflejo del mío.

Avanzo un paso, decidido a explicarle con mis puños si es necesario que se largue, pero entonces ocurre algo que hace que me mantenga en el sitio. Alina entrelaza sus dedos con los míos en un gesto instintivo, natural. Y nuestras manos se acoplan tan condenadamente bien que me doy cuenta de que estoy perdido.

Joder…

Viktor lo nota. Su sonrisa se amplía antes de dar un paso atrás.

—Entonces disfruta de la noche. Ya nos veremos, Alina —se despide, resonando sus últimas palabras a amenaza.

Ella no responde. Solo espera a que se aleje antes de soltar un suspiro.

—¿Quieres explicarme qué diablos fue eso? ¿Quién es ese idiota? —pregunto sin soltar su mano.

Alina me mira. El tono de su mirada azul contra la mía, que la siento como un fuego helado.

—Nada que te importe. Así que no te metas.

Con esa última frase, se suelta de mi mano, se da la vuelta y se aleja.

Mientras mis ojos resiguen sus pasos, no puedo evitar mostrar una sonrisa.

—Demasiado tarde, *principessa*… —murmuro para mí mismo—. Demasiado tarde.

Capítulo 21

Alina

El mosqueo me quema la garganta mientras atravieso la pista de baile. Mi corazón sigue latiendo con furia, alimentado por la discusión con Adriano y la rabia que me carcome el pecho. La música suena demasiado alta, las risas son estridentes y el olor a licor y perfume caro me asfixia. No lo soporto, necesito respirar y, sobre todo, necesito calmarme.

—¿Adónde vas con tantas prisas?

Misha, el guardia de Vladimir, camina unos pasos detrás de mí, siempre presente y vigilante como le han ordenado.

Justo cuando llego a la puerta del pasillo que conduce a los baños, su teléfono suena.

—Es Vladimir. Espera un momento —ordena con la seriedad que lo caracteriza.

—¡Que solo voy al baño, joder! —exclamo sin mirarlo y cruzándome de brazos.

Él duda, pero al ver que no hay nadie sospechoso cerca, contesta la llamada.

—Sí, está aquí conmigo. —Pongo los ojos en blanco—. De acuerdo, jefe, en un minuto estoy ahí. —Y cuelga—. Tu hermano necesita que revise un asunto. No te muevas de aquí, ¿entendido?

—Sí, papá…

—Menos cachondeo, Alina —intenta amonestarme. Sin embargo, veo como se marcha con una sonrisa en los labios.

No pierdo el tiempo y entro al aseo.

Me inclino sobre el lavabo, dejando que el agua fría me recorra las muñecas. Cierro los ojos e inhalo, intentando controlar el temblor que Adriano siempre despierta en mi cuerpo.

«Soy débil». Reconocerlo es el primer paso.

He estado a punto de volver a caer rendida en sus brazos. Hay algo mal en mí, en serio. Algo que me empuja a acercarme a él de manera irrefrenable. Estar a su lado hace que me sienta más viva que nunca. Es como si con su presencia mi sangre se revolucionase, mis sentidos se agudizasen y toda yo brillase.

Es una sensación extraña y a la vez adictiva.

Un sonido me alerta. La puerta se abre con lentitud, y al levantar la vista observo el reflejo en el espejo de un hombre, al cual le cubre el rostro una máscara blanca.

Frunzo el ceño y me enderezo.

—Disculpa, te has equivocado de baño —digo con un tono de advertencia—. El baño de caballeros está al otro lado.

No responde. Ni siquiera se mueve. Por lo que su presencia y su silencio hacen que se me hiele la piel.

«Algo no va bien», pienso mientras me asaltan todas mis alarmas internas.

El hombre da un paso hacia el interior del baño, luego otro y otro, acercándose a mí.

Mi cuerpo reacciona incluso antes que mi mente y retrocedo, chocando contra la encimera de mármol.

Miro a mi alrededor con el corazón desbocado y compruebo que la única salida que hay es la puerta que él bloquea con su cuerpo.

—Oye, si estás buscando a alguien, no es aquí —lo intento otra vez, manteniendo la voz firme.

Nada. Ninguna reacción por su parte, y entonces, de repente, se lanza sobre mí.

Grito y levanto los brazos para placarlo, pero es imposible, ya que su fuerza me supera. Forcejeo, mis uñas arañan la máscara intentando arrancársela. Al notar que la tiene bien anclada al rostro, me aferro a su chaqueta y lo zarandeo para ver si así, de alguna forma, puedo desestabilizarlo, pero mis intenciones caen en saco roto. Logro golpearlo en la costilla, solo que es como si no lo sintiera. Me empuja con violencia y salgo disparada. El impacto contra el suelo me roba el aire de mis pulmones.

Su peso aplastante me inmoviliza cuando se sube encima de mí y sus rodillas, a cada lado de mi cuerpo, se clavan en mis muslos.

Mi respiración se convierte en jadeos entrecortados cuando lo veo sacar una jeringa de su chaqueta.

No. No. Niego con la cabeza presa del pánico.

Ni siquiera sé si lo verbalizo, grito o lo vocalizo, pues solo escucho un zumbido en mis oídos.

Comienzo a patalear, me sacudo con desesperación para sacármelo de encima.

«Si consigue inyectarme lo que tiene en las manos, estoy perdida», pienso, poniendo toda la resistencia de la que soy capaz.

Sus dedos se aferran a mi brazo con fuerza, buscando exponer la piel. Me aprieta justo en la herida que tengo y grito de dolor, lo que hace que mis fuerzas fallen y me retenga con más facilidad.

—¡No!

Mi grito queda ahogado cuando un sonido de un gorgoteo irrumpe en el baño. El hombre se congela de repente mientras sus manos van directas a su cuello. Siento algo húmedo y pegajoso en la barbilla, me toco y al mirar mis dedos descubro que es sangre.

Me remuevo y su cuerpo se tambalea para al final caer de lado en el suelo.

Me quedo paralizada, con la respiración jadeante y con el corazón desbocado, mirando la silueta que se alza de pie ante mí.

Isabella.

En su mano, un pequeño bisturí brilla con la luz artificial del baño.

—¿Estás bien? —pregunta con voz firme, aunque con un deje preocupado.

«¿Que si estoy bien? Está bromeando. Por supuesto que no lo estoy».

Claro está, todo eso sucede en mi mente, ya que no puedo ni hablar, solo niego con la cabeza.

Observo como Isabella se inclina y revisa el cuerpo inmóvil a mi lado. Al ver la sangre oscura empapando el cuello del hombre, se endereza.

—Voy a avisar a Adriano.

Me asusto y al fin las palabras vienen a mí de forma atropellada.

—No, por favor. No me dejes sola —susurro, aún temblando tirada en el suelo.

Su mirada se suaviza y asiente, ofreciéndome su mano para ayudarme a incorporarme.

Una vez en posición vertical, me sostiene de la cintura y me acerca para apoyarme contra la encimera del lavabo, ya que siento tal flojedad en las piernas que apenas me sostienen.

—Está bien, lo llamaré entonces —dice, sacando su teléfono del pequeño bolso que cuelga de un asa en su muñeca.

Se lo agradezco en silencio. En estos momentos no soportaría quedarme aquí sola junto al cuerpo de quien ha intentado… «Qué intenciones traería: ¿drogarme, secuestrarme?, ¿matarme?». Qué más da, ninguna de las opciones es buena.

—Necesito que vengas al baño de mujeres que hay detrás de la galería. —Silencio—. ¡Porque lo digo yo! Y trae contigo a Vladimir. —Algo le debe preguntar su hermano al otro lado de la línea, ya que a Isabella se le acaba la paciencia—. ¡Que vengáis cagando leches, joder! Se trata de Alina.

Cuando cuelga, me mira analizando mi estado.

—¿Crees que te podrás aguantar por ti misma?

—Oh… Sí, creo que sí.

Hasta que no lo ha dicho, no he sido consciente de que si me mantengo derecha es gracias a que Isabella sostiene mi cuerpo con su propia cadera.

Cuando se asegura de que no acabaré desparramada en el suelo, abre el grifo y veo como limpia el bisturí, o lo que es lo mismo, el arma del delito.

La observo boquiabierta. Impresionada por la templanza que demuestra.

—Mi querido Simone nunca me defrauda —dice, besando el instrumental quirúrgico una vez que lo tiene bien limpio.

«Loca. Esta loca me ha salvado la vida», pienso al ver cómo seca el bisturí con su vestido y se lo guarda en la liga que lleva y veo cuando se abre la abertura del muslo.

—A ver qué tenemos aquí —dice.

Se gira y, acercándose al cuerpo inerte, se agacha a su lado rebuscando en sus bolsillos.

Solo puedo parpadear mientras observo sus movimientos.

En esas ando en el instante que la puerta se vuelve a abrir y Adriano y Vladimir entran al baño. La furia en sus rostros es tangible cuando sus miradas se clavan en el cuerpo en el suelo y luego en mí.

—Ocupaos de que nadie entre —ordena mi hermano a quienes están fuera antes de cerrar la puerta.

En tan solo dos zancadas Adriano llega hasta mí y me sostiene el rostro entre sus manos.

—¿Estás bien? —pregunta con tono contenido.

Veo como un músculo se le mueve en la mandíbula.

—Sí… Creo que sí.

—Alina, *sestra*, ¿qué ha pasado? —cuestiona Vladimir, preocupado, retirando a Adriano.

De repente, siento que me destiemplo al no sentir su contacto.

—Joder con el lumbreras —escucho la voz de Isabella. Vladimir se gira a ella, que permanece en cuclillas —. ¿Tú qué crees que ha pasado? —Señala el cadáver.

—Le estoy preguntando a mi hermana si no te importa —gruñe, con los puños cerrados sin apartar sus ojos de ella.

—De nada, ¿eh? Por salvarle la vida y todo eso —dice ella, poniéndose de pie y entregándole el móvil a Adriano, el cual se lo guarda en su chaqueta

—¿Tú hiciste eso? —le pregunta Vladimir con cierta admiración a Isabella.

—Fue Simone —me escucho decir en voz alta, como ida.

—¿Quién cojones es Simone? ¿Y dónde demonios está? —cuestiona mi hermano malhumorado.

Isabella suelta una risita que no intenta ni siquiera disimular.

—Tranquilo, Pavlov, que tienes todas las papeletas para que te lo presente.

—¿Te hace gracia todo esto?

Vladimir se aleja de mí y se acerca con actitud colérica hacia ella.

Mientras los veo discutir, me viene de repente un mareo. Me tambaleo, y antes de caerme unos brazos se aferran a mi cintura.

—Te tengo…

Ni siquiera en los brazos de Adriano consigo que mi cabeza deje de dar vueltas.

—Vamos, *principessa*, mírame.

Me centro en sus ojos, pero mi mirada se torna nublosa.

Alzo los brazos, los cuales siento que me pesan como plomos y me llevo las manos detrás de mi cabeza, intentando desatarme el antifaz.

Comienzo a ponerme nerviosa al no ser capaz de soltarlo. A mis manos se unen unas más fuertes, más firmes, que sí logran que el encaje negro se despegue de mi rostro poco a poco y me sienta menos aprisionada.

—Ya está, ya está —murmura, quitándomelo por completo.

Al sentirme liberada del todo, se me escapa un sollozo en muestra de agradecimiento.

Adriano cierra los ojos un segundo e inhala. Cuando los vuelve a abrir, tiene la determinación grabada en la mirada.

—Isabella, llévala al hotel. Dante irá con vosotras mientras nosotros nos encargamos de esto.

—No, ni hablar. Alina se va a casa —espeta Vladimir.

Mi estómago se revuelve al pensar en la mansión y tener que lidiar con Larisa.

¿Y si fue ella de nuevo? No es algo que me extrañe, la verdad.

—Me voy con Isabella —digo con la voz tan firme como puedo.

Vladimir resopla.

—Alina…

—No quiero regresar a casa, Vlad —reconozco.

—¿Por qué dices eso? —Se adelanta un paso, frunciendo el ceño.

—Solo no quiero, ¿vale? —Lo miro de forma suplicante.

No es momento para exponer mis especulaciones y contarle lo que creo respecto a su mujer.

Por una vez, mi hermano acepta mi petición.

—De acuerdo, pero Misha también irá con vosotras, y eso no es negociable.

Suspiro.

—Gracias…

Apenas me da tiempo a terminar las palabras cuando el baño gira a mi alrededor y todo ante mí se vuelve en un fundido en negro. Lo que sí escucho antes de caer desmayada es una maldición en italiano que proviene del hombre que me sostiene entre sus brazos.

Capítulo 22

Sombra

La oscuridad es mi aliada, mi refugio y, sobre todo, mi arma. Todo lo prohibido, lo pecaminoso, ocurre siempre entre sombras.

Esta noche, en las profundidades de la costa de Tallin, capital de Estonia, mi nombre volverá a resonar en los pasillos del infierno.

Casi no me da tiempo a llegar, por suerte, el helicóptero desciende con suavidad sobre la arena, justo a la entrada de una vieja mansión medieval, aunque por dentro está equipada con los mejores sistemas de seguridad.

Los invitados, fanáticos del sufrimiento ajeno, ya han llegado. Todos han pagado sumas descomunales solo para presenciar lo que esta noche he preparado para ellos.

Esta subasta es especial, ya que he querido estar de forma presencial, pues lo que acontece hoy no es lo habitual.

Ayer, en la fiesta de la Sociedad de Las Máscaras, no tuvimos suerte y no pudimos conseguir nuevos lotes. Sin embargo, esta noche no serán necesarios.

Camino por los pasillos de la mansión mientras el sistema de sellado se activa tras de mí. No hay salida, no hay escapatoria. Este lugar está diseñado para que, cuando la subasta termine, no quede ni una sola fibra de prueba, ni una huella de lo que aquí ha ocurrido.

El suelo, cubierto de acero reforzado, espera con paciencia su momento para ser bañado en ácido y varias cargas de C4 sean detonadas.

Las luces parpadean, creando un ambiente tétrico. Me acomodo mi máscara de arlequín y esa es la señal. La subasta está a punto de comenzar.

Me dirijo al salón principal, una cúpula inmensa, iluminada por lámparas de cristal negro alumbra el lugar. Contemplo con regocijo, creciéndome ante la visión, cómo en el centro el espectáculo

macabro aguarda. Se trata de diversos relojes de arena gigantes, hechos a mano por los mejores artesanos del mundo, pero lo que los hacen únicos no es su diseño, sino su contenido.

Dentro, la arena espera ser esparcida. Ha sido mezclada con finos fragmentos de vidrio y polvo metálico. Cada grano que cae se convierte en una tortura que rasga la piel, abre heridas microscópicas y cubre el cuerpo de un ardor insoportable.

Esta noche trato de dar un mensaje que espero recale en todos los presentes.

Las víctimas que hay en el interior, encerradas en la parte inferior de los relojes, no son los habituales lotes, sino traidores.

Los castigos que merecen aquellos que intentan traicionarme no son solo brutales, sino también psicológicos. Tanto para los que lo sufren como para los que disfrutan de la puja.

Esto tiene un claro objetivo: avisar al resto de la organización y a los compradores de lo que les ocurrirá si me la juegan.

Todas las ratas están encadenadas a la base de un reloj para que les sea imposible moverse de su destino.

Me fijo, explícitamente, en un hombre de mediana edad con el rostro desencajado por el terror. Intentó gritar cuando lo trajeron, pero ahora apenas logra comportarse como un puto cobarde y emitir sollozos. Está demasiado débil para luchar. Ya no es el sádico CEO que disfrutaba cuando saciaba su deseo de placer contra los lotes, cuando intentó arrebatarme y quedarse para sí mismo lo que me pertenece.

Un par de hombres y mujeres más, vestidos solo con ropa interior de color carne, aguardan temblando el mismo destino.

Son cuatro en total. Cuatro personas que creyeron que podían robarme o chantajearme. Cada uno ha infringido el contrato de alguna forma.

A todos les hemos inyectado escopolamina, comúnmente conocida como la droga burundanga.

Observo a mi público. Sus rostros muestran una mezcla de expectación, confusión y morbo. Algunos ya han apostado antes, otros han comprado carne humana en mis mercados. No obstante,

esta subasta les sorprende al ser diferente y reconocer a las víctimas.

Quiero que sepan que no se trata de una mera transacción para alimentar a su monstruo interior. Es un juego de poder, una prueba de quién está dispuesto a pagar el precio más alto por el placer de salvar o condenar la vida de un igual; un magnate, una aristócrata, un político… Alguien que podrían ser ellos mismos si no saben cumplir la reglas que impongo y que ellos firman.

Levanto la mano y la sala queda en completo silencio. Mi voz resuena en la penumbra, distorsionada por la máscara que cubre mi rostro y el modulador que llevo adaptado en el cuello de mi camisa.

—Bienvenidos a la Subasta del Reloj de la Muerte. Si están aquí es porque conocen las reglas —les recuerdo—. Yo alimento sus deseos más primitivos y ustedes, además de que olvidan que este tipo de subastas existen, cumplen lo pactado. —Varios murmullos de conformidad inundan la sala—. Quienes permanecen en el interior de estos relojes parece que esa parte del trato de confidencialidad la olvidaron. Sin embargo, quiero recalcar que quien lo incumple nunca escapa, solo se le deja correr hasta que llega el momento de ser cazado.

En este punto dispongo de la atención de cada uno de los asistentes.

—Tienen hasta que la última partícula de arena caiga para hacer su oferta. Si el precio es justo, la vida de quien permanezca en el interior puede que se salve. Si no… —pauso por un momento, disfrutando de la tensión— la arena continuará cayendo hasta cubrirlos por completo. A no ser —añado sibilino— que pujen desde el inicio por que caiga hasta el último grano y disfruten del espectáculo.

Veo la más pura crueldad reflejada en los ojos de los clientes a través de sus máscaras. Eso me da una ligera idea y no hace falta que pregunte qué opción elegirán en la subasta.

Varios clics metálicos resuenan en la sala cuando las compuertas de los relojes se abren y las primeras partículas comienzan a caer con lentitud.

El hombre que ha llamado antes mi atención, el que ha cometido el mayor agravio, se estremece al sentir el primer contacto.

Sé que no sentirá un dolor inmediato, más bien será un tormento progresivo. El vidrio se incrusta en su piel, el polvo metálico se adhiere a sus heridas, generando un ardor insoportable mientras su respiración se agita. Sus ojos buscan compasión entre los presentes, en los compañeros con los que tantas veces ha practicado sus juegos sádicos, sin embargo, aquí no hay salvadores. Son todos depredadores o verdugos, como yo.

La primera oferta se escucha en el aire, mezclándose con los gritos amortiguados de los desleales.

—¡Un millón de euros! —grita alguien que posee una máscara de tigre—. A favor de que continúe cayendo la arena.

«Lo sabía», sonrío.

Un precio modesto, aunque sé que esto apenas acaba de comenzar.

—Tres millones —dice una mujer vestida de terciopelo rojo, sus labios curvados en una sonrisa impía.

El hombre subastado grita cuando un fragmento de vidrio se le clava en la mejilla. La arena empieza a acumularse en su pecho, cortando su piel. La desesperación en sus ojos es tan palpable que parece una presencia más entre el cristal templado y él.

—¡Cinco millones!

Las cifras aumentan mientras la puja se vuelve más feroz de lo que esperaba, ya que en esta ocasión no podrán disfrutar después de su premio, sino que solo serán testigos del fatal destino de los traidores.

No es algo que me sorprenda. Para ellos, todo esto es solo un juego mientras que para los que se encuentran dentro de los recipientes ha cambiado a la más absoluta agonía. Una que por ahora no parece tener fin.

Los minutos pasan, los relojes avanzan y la sangre se mezcla con la arena en una danza perversa.

Compruebo que la mayoría de víctimas hace unos instantes que ya están sepultadas. Una vez que los compradores se percatan de

eso, llega el silencio.

Nadie más lanza una oferta. Solo intentan empaparse de la visión de cómo a otros se les escapa la vida de la forma más perturbadora.

Las últimas partículas de arena están a punto de caer sobre el único hombre que permanece con vida, el que llamó mi atención al inicio.

Jadea, su piel enrojecida, su cuerpo tembloroso y en tensión mientras alza la cabeza para boquear y rescatar algo de oxígeno.

Un instante, una apuesta más y su sufrimiento habrá terminado, corriendo la misma suerte que el resto.

—¡Veinte millones! —dice una voz en la penumbra.

Todos los asistentes se giran cuando un hombre de cabello plateado, con un cigarro entre los labios, sonríe con superioridad. Es una suma demasiado elevada por simplemente ver morir a alguien.

Entrecierro la mirada para intentar descubrir parte de sus rasgos a través de la máscara de lobo que lleva, pero en la penumbra apenas distingo nada.

Me concentro en mi misión y cuento hasta tres, sabiendo que nadie aumentará la cifra.

—¡Adjudicado! —grito.

La pantalla led a mi espalda confirma la transacción en directo y se ve cómo las criptomonedas son recibidas en una de las cuentas de la organización en paraísos fiscales.

Una vez que se ha pagado el precio, el reloj expulsa los últimos granos de arena y se detiene, ocultado la nariz y la boca del hombre que aún permanece respirando.

En su mirada se aprecia la desesperación del que siente que comienza a asfixiarse. La esclera de sus ojos se llena de pequeñas venas rojizas. Sus globos oculares se hinchan de una forma imposible, como si fuesen a estallar en las cuencas. Hasta que, en pocos segundos, sus iris se vuelven vidriosos y sé que ya no queda un resquicio de vida dentro de su cuerpo.

Me dirijo a los asistentes y, con un golpe de mazo, anuncio:

—La subasta ha terminado. Gracias por asistir, nos veremos en unos días y les compensaré pudiendo pujar por lotes que satisfagan

sus instintos —les aseguro.

Los asistentes se marchan marcando un orden a través de la mansión. Fuera les esperan varios todoterrenos con las lunas tintadas para guiarlos hasta el aeropuerto más cercano y que puedan regresar a sus países.

Mientras tanto, varios guardias sacan a las víctimas de los relojes. Al último hombre, a pesar de que ha muerto, le suceden en el cuerpo espasmos temblorosos.

No lo volveré a ver, tampoco me interesa su destino. Lo único que importa es que el espectáculo ha cumplido su propósito. Se ha demostrado una vez más que, en este mundo, todo tiene un precio, incluso la traición.

Antes de retirarme, mi intercomunicador vibra en mi bolsillo y descubro que se trata de Beta. Presiono el auricular que llevo en el oído y contesto con un tono pausado.

—¿Qué quieres?

—Necesito que consigas dos nuevos lotes específicos para la próxima subasta. —Su voz es un susurro lleno de veneno—. Son Ballenas Blancas y no importa lo costoso que sea.

Avanzo por los pasillos de la mansión sin cruzarme a nadie y una notificación entra en mi dispositivo. Hay dos imágenes que hacen que me pare en el sitio.

Sonrío con malicia al distinguir de quiénes se tratan. El destino está de mi parte, ya que nos son otras que Alina Pavlova e Isabella Moretti.

—Haré lo posible por conseguirlas.

—Lo posible, no. ¡Consíguelas!

En otras circunstancias le hubiese recordado que yo no recibo órdenes, en todo caso, es al contrario. Ella puede que no sepa quién se esconde tras el Alpha, tras la Sombra, sin embargo, la desesperación mezclada con la ira ha hecho que olvide que yo sí sé su identidad. Es uno de los miembros más influyentes de nuestra organización, sí, y también podría eliminarla cuando me placiese, pero al sentir ese despliegue de desesperación me ha quedado claro que, para Beta, la infame y despiadada princesa del clan Ramminov,

o como mejor se la conoce ahora, Larisa Pavlova, se trata de algo personal. Le puede más su sed de venganza que su sentido común.

Debería saber que para pertenecer a esta organización hay que tener bajo control las emociones, pero lo dejaré pasar por esta vez únicamente porque la entiendo. Esta organización no hubiese renacido si mi deseo de revancha no hubiese aflorado hace unos años cuando descubrí la verdad.

Apago la comunicación y camino hacia la zona de las celdas. El pasillo es estrecho, iluminado por luces mortecinas. Me detengo frente a una de ellas y observo a quien se encuentra detrás de los barrotes.

Una joven yace en el suelo, su rostro hinchado por los golpes, su piel marcada por el abuso. Es la viva imagen de una de mis próximas Ballenas Blancas, la réplica de Isabella Moretti.

Me inclino y susurro:

—Buenas noches, mi querida Valentina. —No da signos de que esté consciente y ni siquiera me importa cuando añado—: El que creyó que podía alejarte de mí ha recibido su merecido, pero no sufras, mi amor, pronto recibirás compañía conocida. No soy tan monstruo para dejarte sola.

Un grito me saca de mi placentera confesión. Giro la cabeza y descubro que otra de las prisioneras se aferra a los barrotes de su propia celda mientras su rostro está marcado por la ira.

—¡Maldito bastardo! ¡Déjanos salir! —escupe con furia—. ¡Eres un hijo de puta enfermo!

La observo con interés. Tiene el pelo de un rubio tan platino que parece blanco. No es natural, evidentemente, pues las raíces de su cuero cabelludo se ven oscuras. Lo tiene tan enmarañado que parece una auténtica salvaje. Su cuerpo se aprecia menudo a través de los moratones con los que ha sido obsequiada, pero lo que más llama la atención en ella son sus ojos azul claro y rasgados. Reconozco su rostro, es Sheila. La famosa amiga que tanto busca Alina Pavlova y la pieza que necesito para hacerme con esas Ballenas Blancas que tan escurridizas y a la par deseadas son por diferentes motivos.

Me retroalimento de su furia.

La fiera ha resultado ser todo un descubrimiento. Por muchos castigos que reciba a manos de los pujadores, no han sido capaces de romperla. Una pena que esté en el lado opuesto de la balanza y su destino tarde o temprano sea la muerte. Hubiese sido un gran efectivo para reclutarlo en la organización, ya que tiene un alma oscura.

Sin tan siquiera dignarme a responder, me doy la vuelta, decidido a salir del área de celdas, cuando Kappa aparece enmascarado.

—Ha habido movimientos, Alfa.

Le hago un gesto para salir de la zona y que pueda entrar en detalles. Odio los contratiempos.

—¡Te mataré, maldito cabrón! —grita a mi espalda—. Te aseguro que conseguiré escapar. Te sacaré esa careta de bufón que llevas para arrancarte los ojos con mis propias manos.

Nunca me equivoco y, como digo, la mestiza tiene el alma podrida.

Mientras las puertas se sellan tras de mí, sonrío. Todo está saliendo como lo planeé y en este juego yo soy quien tiene la mejor baza.

Capítulo 23

Alina

Mi cuerpo convulsiona cuando vuelvo de golpe en mí, es como como si emergiera desde lo más profundo del agua. Mi respiración está totalmente irregular y mis sentidos desorientados. Parpadeo varias veces, tratando de enfocar la vista en el techo desconocido que veo. El olor a madera y cuero me invade antes de que mi cerebro conecte del todo.

«¿Dónde estoy?».

Intento aclarar mi mente, pero hay una especie de niebla densa en ella que me impide poner en orden mis pensamientos, mis recuerdos.

Un leve crujido me alerta, giro la cabeza y entonces lo veo.

Adriano está sentado en una butaca frente a mí, en silencio, con los codos apoyados en los reposabrazos del sillón mientras que con los dedos se acaricia sus labios de manera distraída sin despegar sus ojos de mí.

De repente, todo vuelve como si de un fotograma se tratase. La fiesta, los invitados ataviados con sus máscaras, el baile con Adriano, el baño y… Dios, Isabella degollando a un hombre para salvarme.

Mi respiración, de por sí superficial al despertar de golpe, se acelera. Cierro unos segundos los ojos e inhalo y exhalo un par de veces para que mi corazón tome su ritmo normal y no sienta que va a salir volando de mi caja torácica.

Ya más relajada, me vuelvo a concentrar en Adriano. Su expresión es seria, diría que casi impenetrable, pero en sus ojos azules puedo ver algo más. Es como si se estuviese librando una batalla entre la ira y algo que se parece demasiado a la…. ¿Preocupación, quizá? No, definitivamente me he vuelto loca. Dudo que él sienta algo semejante hacia mí. Sin embargo, mi mente evoca

un recuerdo de él y de la delicadeza que empleó al ayudarme a deshacerme del antifaz.

Me pongo nerviosa al sentir cómo me observa, como si estuviera analizando cada pequeño movimiento, cada gesto. Es como si se lo propusiese y al final lograra entrar en mi mente y hacerse dueño y señor de cada uno de mis pensamientos.

Me asusto. Demasiado peligroso resulta de por sí como para que tuviese esa clase de poder. No necesito que ande revoloteando en mi mente.

Trago saliva y me aclaro la garganta, ya que él parece que no va a romper el silencio.

—H-hola… —mi voz suena pastosa.

Adriano parpadea una única vez, como si mi saludo lo sacara de un trance en el que estaba sumido, aunque no se mueve. Sigue ahí, inmóvil, así que vuelvo a hablar, ya que este mutismo resulta asfixiante.

—¿Cuánto tiempo he estado inconsciente? —pregunto, sintiendo el peso en mi cuerpo al mover mis extremidades.

Al fin noto que reacciona. Se pone en pie, mete las manos en los bolsillos de su pantalón de pinza y camina hasta quedar junto a la cama, mirándome desde su altura.

—Unas dieciocho horas —responde con voz grave.

¡¿Qué?!

Abro los ojos, sorprendida, y me incorporo de golpe en la cama. Mala idea. Eso hace que me sobrevenga una arcada y mi estómago se revuelva. Me llevo una mano a la frente y cierro los ojos mientras espero que esta sensación de mareo disminuya.

Una vez que creo que la habitación deja de dar vueltas, pregunto:

—¿Cómo que dieciocho horas?

Eso no es propio de mí. No soy una persona dormilona. Si incluso por norma general no cumplo ni con las ocho horas estipuladas.

—Isabella tuvo que administrarte un calmante. Te encontrabas muy agitada —admite, sin sentirse lo más mínimo arrepentido—. Entrabas y salías de la inconsciencia alterada.

Arqueo una ceja y aprieto los labios molesta.

Vale, por una parte, puedo llegar incluso a entenderlo. Algo dentro de mí me dice que mi cuerpo lo necesitaba, que necesitaba resetear y descansar, sin embargo, la idea de que me hayan sedado sin mi consentimiento me desagrada.

—Que no vuelva a hacerlo —digo con firmeza, mirándolo con fijeza—. No sin mi permiso, ¿entendido?

Sus labios se tensan, molesto por recibir cualquier tipo de orden. Supongo que el gran capo no estará acostumbrado a ello.

—Si tu vida está en peligro, haré lo que crea conveniente.

Claro, cómo no. Para qué va a tener en cuenta mi opinión, qué tontería.

Nos sostenemos la mirada. La tensión se cuela entre nosotros como una corriente eléctrica y el aire se espesa. Hay algo en la forma en que me observa, en cómo sus pupilas se dilatan apenas un poco, y la maldita chispa está ahí. Siempre presente entre nosotros, como si fuese una intrusa que no ha sido invitada.

—Eso ya lo veremos —alego para romper ese odioso hechizo y dejar claro mi punto—. ¿Qué ha pasado con el hombre que me atacó? ¿Habéis descubierto algo? —Cambio de tema.

Las aletas de su nariz se dilatan antes de responder.

—Tu hermano, Vladimir, está en ello.

Asiento.

Adriano, de repente, da un paso más y, con un tono más bajo, añade:

—Me equivoqué. —Lo miro confusa por el cambio de tema—. Te expusimos. Eras parte del plan y no pudimos protegerte.

Su voz suena dura, afilada. Como si no se perdonase el haber fallado.

—Sí, salió mal y quien me atacó fue más astuto que nosotros. De todas formas, era una apuesta arriesgada, había mucha gente. —Intento restarle peso—. Nadie podía prever lo que ocurrió. Fueron unos segundos, Adriano, eso es lo que tardé en entrar al baño y que apareciese.

—Los suficientes para que pases de estar viva a muerta —declara sin cambiar de opinión.

—Pero no he muerto —susurro—, lo que quiere decir que el plan no fue un desastre después de todo.

No le convencen mis palabras, lo noto en como alza los brazos e introduce sus dedos a través de sus mechones. Sus manos terminan en su nuca y se quedan ahí con los dedos entrelazados.

—Vladimir tiene razón. Lo mejor es mantenerte al margen. Esto es peligroso y estamos como antes, sin nuevas pistas. No tenemos nada, joder.

Me aparto las sábanas y compruebo que llevo un camisón corto de raso negro que no me pertenece. Espero que sea de Isabella y haya sido ella quien me ha cambiado. Saco los pies de la cama y, alejando cualquier pensamiento de mi cambio de vestuario, me pongo de pie hasta quedar frente a él.

—No pienso repetirme. Y de verdad espero que esta sea la última vez que lo diga, ya que se me está haciendo el temita monótono. No voy a quedarme al margen. —Alzo la barbilla—. No voy a apartarme. Seguiré dentro de la investigación, con o sin vuestro apoyo, ¿entiendes?

Lo reto a que me contradiga porque no pienso ceder. Ya no seré la chica sumisa, la cual esperan que haga todo cuanto se le ordene.

Adriano exhala con frustración y noto como su autocontrol está a punto de resquebrajarse. Antes de que pueda reaccionar, una de sus manos atrapa mi cintura y la otra se enreda en mi pelo a la altura de mi nuca, y en un solo movimiento me atrae hacia él.

Mi aliento se entrecorta. Siento como su pecho sube y baja con rapidez al aprisionarse contra el mío.

—Eres un maldito dolor de cabeza, *principessa*… —declara con voz ronca mientras sus labios casi rozan los míos—. Vas a acabar convirtiéndote en mi perdición.

—¿Y Francesca? —pregunto a riesgo de fastidiar el momento, pero no puedo olvidar que anoche se presentó con su secretaria. Esa con la cual lo pillé la primera vez follando.

—De vuelta a Livorno.

No me da tiempo a preguntar por qué cuando su boca atrapa la mía con hambre.

Me besa con una urgencia que imito. Sus labios encajan con los míos en una danza ardiente y su lengua me conquista de manera dominante mientras sus manos me sujetan con fuerza, como si temiese que me fuese a escapar.

¿Está loco? No voy a ir a ninguna parte. La atracción que siento hacia él me consume de tal forma que siento que esto que estamos haciendo es mi sustento. Me carga de una energía que ni siquiera sabía que necesitase.

Un gemido se escapa de mi garganta cuando presiona más nuestros cuerpos, dejándome sentir su dureza contra mi estómago, el cual se encoge por las sensaciones que su beso despierta en mí.

Mis manos buscan su nuca, hundiéndose en su cabello mientras me dejo llevar por el calor que me consume. La fricción, sus labios, la forma en que me devora… Todo me enciende.

Su boca se desliza por mi mandíbula, luego por mi cuello. Un escalofrío me recorre entera cuando su lengua deja un rastro húmedo en mi piel.

Descubro que estoy dispuesta a recibir todo lo que tenga para darme.

Pero claro, todo entre nosotros no puede ser fácil ni bonito y una voz irrumpe en la habitación, haciendo que nos separemos de forma abrupta.

—¡Apártate de ella, cabrón! —Vladimir avanza colérico y se lanza a por Adriano, que termina golpeando su espalda contra el armario empotrado de la habitación—. Solo pedí una cosa. ¡Una! —grita a un palmo de su cara—. ¡Que no te acercases a ella!

Todo se descontrola tan deprisa que veo la secuencia como a cámara rápida. Mi hermano mueve el brazo y le asesta un puñetazo que va directo al estómago a Adriano. Este, que como me temía no es de lo que se mantienen pasivo, lo empuja para sacárselo de encima y le atiza en la mandíbula. La cara de Vladimir se gira a causa del golpe, pero veloz vuelve al contraataque.

—¡Parad! —exclamo en voz alta, pretendiendo hacerme oír, sin embargo, están tan concentrados en zurrarse a base de bien que ambos me ignoran.

Gruñidos, insultos y jadeos son los únicos sonidos que invaden el dormitorio mientras continúan con la pelea. Chocan contra una de las mesitas de noche, descolgando la lamparilla que hay anclada a la pared.

Intento agarrar a mi hermano de la camisa para apartarlos, pero al ver que no cesan, y antes de verme arrastrada a la maraña de brazos, puños y patadas a causa de los zarandeos, me aparto.

—¡¿Estáis locos o qué os pasa?!

Intento mediar con el diálogo. No obstante, estos dos descerebrados no saben lo que significa eso.

—Déjalos. Esto es algo que deberían haber hecho hace mucho tiempo. Se tenían ganas.

Me giro a la persona que se acaba de unir. Ahí está Isabella, de brazos cruzados, en el umbral de la puerta.

—¡Ayúdame a separarlos! —le pido, sintiéndome impotente.

Dios, ya voy viendo como sus caras empiezan a enrojecer allá donde cada uno recibe una tunda de palos.

—¿Quién?, ¿yo? —Me lanza una mirada escéptica—. Ni hablar. Que den gracias a que no me uno con Simone —bufa, refiriéndose a su bisturí.

—Estás disfrutando con esto, ¿verdad? —cuestiono con mala cara.

Ladea la cabeza.

¡Maldita sea! ¿Es que esta mujer es un témpano de hielo? ¿Cómo puede estar tan relajada frente a esos dos que se están regalando una somanta de palos?

—Pues, para ser sincera, sí, estoy disfrutando. —Y lo dice así, sin despeinarse—. Sobre todo, porque tu hermano es el que está comiendo moqueta y el que está en clara desventaja.

Aprieto los labios con frustración mientras observo la escena. Vladimir está con su espalda contra el suelo y Adriano encima de él, golpeándolo sin piedad en las costillas. Cada golpe suena sordo y seco, y aunque mi hermano gruñe y trata de resistirse y defenderse, sí, es evidente que le están cayendo hostias como panes.

—¿No me vas a ayudar entonces? —pregunto a Isabella, lanzándole una mirada incrédula.

—Oh, *principessa*, me temo que no —responde Isabella con una sonrisa ladeada, completamente impasible ante la pelea.

Pues nada, me tocará a mí ser la más sensata…

Harta de tanta brutalidad sin sentido, decido intervenir de nuevo. Esta vez, sin pensarlo demasiado, me engancho a los hombros de Adriano, tratando de tirar de él para que suelte a Vladimir.

Dios mío, ¿este hombre de qué está hecho, de hormigón armado? Está duro como una piedra allá donde toque.

En el forcejeo, mi pie resbala y, soltando un pequeño grito, caigo de culo al suelo.

—¡Mierda! —exclamo, frotándome la cadera adolorida.

Es entonces cuando Isabella, con una calma irritante, se lleva dos dedos a la boca y suelta un silbido agudo y molesto que hace que Mike Tyson y Mohamed Alí se detengan de golpe.

—¡Ya está bien con el primer asalto! —anuncia, dando una palmada al aire con cierta guasa—. Por ahora, gana Adriano.

La miro con incredulidad, preguntándome de qué centro psiquiátrico se ha escapado esta mujer, pero al mismo tiempo suspiro aliviada al ver que por lo menos ha cesado la pelea.

—¿Estáis mal de la cabeza o qué? —cuestiono mientras me pongo en pie.

Ambos hombres se separan e imitan mi gesto. Al verlos en posición vertical, me meto entre ellos a modo de escudo por si acaso piensan que no han tenido bastante y les da de nuevo por volver a enzarzarse.

Sus respiraciones forzosas llenan la habitación. Parecen dos toros de Miura directos a embestir.

Sus miradas se cruzan con puro odio, prometiendo en silencio que esto no quedará así. Vladimir se limpia la sangre del labio con el dorso de la mano mientras Adriano se pasa los dedos por la mandíbula, tensando la línea de su cuello.

Isabella retoma la palabra y ahora su tono es más serio, parece incluso una persona cabal, no esa espectadora sedienta de sangre.

—Bien, ahora que hemos terminado con la demostración de testosterona, pasemos a lo importante. —Me mira y me dedica una

leve inclinación de cabeza—. Me alegra ver que has despertado, ya era hora.

—Si no me hubieses sedado como a un caballo habría despertado mucho antes —me quejo.

Todavía no he olvidado que me suministrasen a saber Dios qué sin yo consentirlo.

—Lo que tú digas… —murmura, y hace un gesto como si apartase una mosca. «¡Será posible!», pienso. No me cabe duda de que la mosca sería yo—. Pero ahora vayamos a lo que importa y la razón por la que he venido —continúa Isabella, dirigiendo su mirada a Vladimir y Adriano—. Mi contacto ha conseguido desencriptar el teléfono del tipo que atacó a Alina.

El aire en la habitación cambia de inmediato. Atrás quedaron las rencillas del pasado, mi propio fastidio y el recuerdo de un momento pasional que no ha durado demasiado y me ha dejado con la miel en los labios, nunca mejor dicho.

—¿Qué ha encontrado? —pregunta Vladimir, su tono endurecido.

—¿Te ha comentado algo? —pregunta a la vez Adriano.

Isabella respira hondo antes de soltar lo que me temo que va a ser la bomba.

—No ha querido decirme mucho por teléfono, viene de camino. Sin embargo, sí me ha avisado de que el cabrón era un auténtico sádico. Y, por lo que parece…, no trabajaba solo.

Me recorre un escalofrío al escuchar sus palabras. Sé que era lo que estábamos esperando, pero el simple hecho de que estuvo a punto de conseguir lo que tuviese planeado hacer conmigo me hace temblar.

Mi mente se va directa a Sheila, a Valentina y a todas las personas que no hayan corrido la misma suerte que yo. A ellas sí se las llevaron. ¿Dónde estarán? ¿Qué habrán hecho con ellas? ¿Se encontrarán bien?

Un «NO» rotundo resuena en mi cabeza, respondiéndome a la última pregunta.

¿Cómo va a estar bien alguien a la que se han llevado en contra de su voluntad?

La pena, la rabia y la impotencia luchan entre ellas por tomar el control en mi interior y apoderarse de mis emociones.

Respiro por la nariz, llenando en su total capacidad mis pulmones, para serenarme y así centrarme en cualquier movimiento que tengamos que hacer.

—Espero que lo que nos enseñe nos ayude. —Tomo la palabra —. No podemos perder más el tiempo.

El silencio que se instala en la habitación es denso, cargado de tensión. Todos me miran y después se miran entre sí, dispuestos a dejar a un lado sus diferencias. Me alegro. Ahora tenemos asuntos mucho más importantes en los que centrarnos.

—Ya ha llegado —nos informa Isabella, ojeando la pantalla de su móvil—. Está en recepción.

Adriano mira a mi hermano y este a él. Tienen el rostro un tanto magullado, pero no lo suficiente para lo que se merecen por idiotas. Supongo que hasta los mafiosos se preocupan por su aspecto y los peores golpes se lo han llevado otras partes.

Vladimir hace un gesto apenas imperceptible hacia el italiano. Es curioso que dos personas que tan mal se llevan se entiendan con una simple mirada, ya que Adriano se dirige a su hermana y le dice:

—Acabemos con esto de una puta vez. Que suba.

Capítulo 24

Adriano

El dolor en mi mandíbula está ahí, palpitante. Sus golpes aún resuenan en mi cráneo, pero no le daré el gusto de que me vea quejarme.

Jodido Vladimir… Sigue pegando duro el muy cabrón.

Lo ignoro, como he ignorado tantas otras cosas antes. Me apoyo contra la pared y me cruzo de brazos. Lo que más me preocupa ahora es lo que tenga que contarnos y que ha averiguado el contacto de mi hermana, no la tensión que se respira en la habitación, tan densa que casi podría cortarse con un cuchillo.

Alina está en el baño, cambiándose con la ropa que ayer trajo Isabella para ella una vez que despertara mientras nosotros nos hemos encontramos en la especie de comedor que dispone la suite en la que me hospedo.

Vladimir está sentado en el sofá, tiene los codos apoyados en las rodillas y la mirada clavada en el suelo. Observo que su respiración es lenta. Lo hace de manera profunda y trabajosa. Sé que en su cabeza sigue repitiéndose la pelea que acabamos de tener hace un rato, ya que a mí me ocurre lo mismo.

No es la primera vez que nos partimos la cara. A pesar de que en el pasado nos unió una amistad, ambos somos hombres temperamentales y con un carácter explosivo. Cuando surgía alguna disputa entre nosotros, siempre lo solucionábamos a través de los puños.

Sí, lo sé, muy inmaduro por nuestra parte, pero al criarte en el mundo del que procedemos, el diálogo no es una opción.

La diferencia por aquel entonces es que cuando estábamos agotados y comprobábamos que ninguno se rendiría y daría su brazo a torcer, parábamos sin alcanzar una solución y adormecíamos la

frustración y el dolor en nuestros cuerpos magullados, yéndonos juntos a emborracharnos.

Pensarás que éramos unos idiotas y que cargar nuestro cuerpo con más alcohol que sangre en las venas no era lo más acertado, y estás en lo cierto. En mi defensa diré que éramos unos jodidos críos con un ego descomunal y nos creíamos los más chulos del lugar.

«Por lo visto, nada ha cambiado en estos años y caemos en los mismos patrones», pienso al moverme inconscientemente y acercarme al minibar que hay en un rincón de la habitación.

—¿Tienes vodka o alguna mierda de las que suelas beber? Necesito una copa, joder —rebufa Vladimir al ver mis mismas intenciones.

Paso por el lado de Isabella, de camino a por el preciado alcohol, está de pie junto a la ventana, con los brazos cruzados. Su expresión es dura, impasible, sin embargo, sus ojos la delatan y sé que está incómoda con la presencia del ruso.

Me encantaría que mi hermana no estuviese involucrada en este asunto, si por mí fuese la mandaría a Italia de vuelta y así alejarla del cabrón que le destrozó el corazón, pero ambos sabemos que Bella no va a dejar de ayudar a buscar a Valentina por lo que ella misma pueda sentir o tenga que soportar en el proceso.

Eso es algo que hace que la admire y me sienta orgulloso de ella.

—Si quieres una copa, levántate y sírvete tú mismo, no soy tu puñetera criada —escupo en dirección a Pavlov, sirviéndome mi propia bebida.

Tras darle un sorbo al *whisky*, me vuelvo a apoyar contra la pared y jugueteo con el vaso que sostengo entre mis manos casi por inercia.

Se escuchan unos toques en la puerta y me incorporo de inmediato.

—¿Es él? —pregunto a mi hermana sin levantar la vista de donde procede el sonido.

Isabella asiente, guardándose el móvil en el bolsillo trasero del pantalón vaquero y se acerca sin dudarlo hasta la puerta. Observo como Vladimir se adelanta, cortándole el paso, y es él mismo quien

la abre, interponiéndose entre quien se encuentra en el pasillo e Isabella.

—Aparta, idiota —expresa ella, impaciente.

Se adelanta a Pavlov, el cual le lanza una mirada molesta, y tira del hombre que hay al otro lado metiéndolo en el interior.

—Gracias por venir tan rápido —le dice Isabella a Marco, envolviéndolo en un cariñoso abrazo.

—¿Quién se negaría a un viaje exprés a la Venecia del norte, preciosa? —Le guiña un ojo, pícaro—. Killer —me saluda con un gesto de cabeza.

Alzo una de mis cejas al ver como Vladimir da un paso adelante, acercándose a ellos con una cara que reclama sangre, sobre todo, si proviene del recién llegado.

Sin embargo, dejo de prestar atención a la escena que acontece ante mí. Mis ojos se desvían a la puerta del dormitorio por el que hace acto de presencia Alina.

«Me cago en la puta. Voy a matar a mi hermana», pienso al ver el modelito que lleva la *principessa*.

—Gracias por la ropa, Isabella, pero ¿no había algo menos… —se queda callada mientras tira de la escasa tela—, o mejor dicho, que tapase más?

¡Eso digo yo, joder!

Me centro en mi hermana, ya que como continúe mirando a Alina, no sé lo que seré capaz de hacer. Puede ser que saltarle encima y arrancarle ese vestido del demonio con mis dientes. Coloco mis manos en mi cintura, esperando yo también una respuesta por parte de Bella.

—Lo siento, es lo único que tenía que podría valerte —se excusa con fingida ingenuidad. Sé que finge por la mirada que me lanza a mí, que viene a decir: «jódete, si sufrimos con esta asociación, lo hacemos los dos».

Si lo que quería era vengarse y torturarme por hacerle pasar tiempo al lado de Pavlov, tengo que felicitarla, ya que es justo lo que ha conseguido.

Ha quedado claro que Alina me atrae como la miel a las abejas. La prueba está en que, por mucho que me resista, cada vez que

paso un rato con ella termino haciéndole una exploración de garganta con mi lengua.

No hace falta que se vista dispuesta a matar a cualquier simple mortal que la mire de un puto infarto.

Lleva un vestido negro de tirantes anchos, que por lo corto que es, dudo que apenas le cubra el trasero. Con un escote que le llega al ombligo y que cubre esa porción de piel con una tela transparente, insinuando parte de sus pechos y su estómago. Pero ahí no queda la cosa, no. En los laterales se muestra la misma tela translúcida, lo que te hace saber que debajo de esa prenda del demonio no lleva ropa interior, ya que no se ve ni la más mínima franja de sus bragas, del sujetador o de nada, solo sus curvas delineadas.

¿Que me gusta lo que veo? ¡Joder, pues claro! Que se lo pregunten a mi polla, que se iza tiesa y dura en mis pantalones.

Lo que no me gusta es tenerla a mi lado de esa guisa. Lo único en lo que puedo pensar, al verla así, es en empotrarla contra la pared y follármela con una brutalidad que, ella siendo virgen como es, dudo que incluso imagine que es posible.

—Ponte esto si quieres —mascullo, quitándome la americana del traje y ofreciéndosela.

Al estirar el brazo intento que nuestras manos no se rocen. Como la toque, estoy perdido.

—Gracias. —Se muestra cohibida, aceptando mi chaqueta.

«Hostia puta…».

Cuando se la pone, maldigo en silencio, pues no ha hecho más que empeorar la situación.

Mi americana le llega a mitad de los muslos, se enrolla las mangas a la altura de los codos y se la abrocha, ocultando el dichoso vestido.

—Así mucho mejor… —murmura.

Mucho mejor, mis cojones.

Se me instala en la mente en bucle la imagen de ella saliendo a hurtadillas de la habitación después de que hayamos follado todo el día, descalza y con únicamente mi chaqueta que le cubra el cuerpo.

«Maldita Isabella…».

Con una mano me froto los ojos y la cara al completo para alejar esos pensamientos intrusivos.

—Vaya… —escucho a Marco. Sus ojos interesados en Alina—. No me lo digas, eres un ángel que se ha perdido y no encuentra el camino de regreso al cielo.

Al cielo es donde va a ir él de la paliza que le voy a dar si continúa mirándola así.

—Es mi hermana, así que, por la cuenta que te trae, yo que tú mediría las palabras —interviene Vladimir.

Me cuesta reconocerlo, aun así, me alegro de que sea él quien lo diga, ya que yo estoy tan al límite que no confío en que fuese tan diplomático.

—¿Qué información has encontrado? —cuestiono cuando creo que vuelvo a tener el control de mis instintos.

Nos acomodamos en los sillones. Mi hermana lo hace lo más lejos de Vladimir, al lado de Marco. Los hermanos se sientan juntos y yo me quedo de pie al lado de la licorera para tenerla a mano.

—Ese teléfono es una mina de mierda. El tío estaba metido en asuntos demasiados macabros que me han sorprendido hasta a mí.

—¿Y tú eres? Porque hasta ahora nadie te ha presentado.

Vladimir mira a mi hermana con reprobación.

—Es mi chulo —contesta ella, sosteniendo la mirada desafiante al ruso.

—No mientas, Bella —se adelanta Marco, escandalizado—. Si dices esas cosas, perderé cualquier oportunidad de conocer a este precioso ángel.

Al final, el compañero de mi hermana se va a ir calentito, lo veo venir.

«¿Qué cojones…?», pienso al ver que Alina le sonríe coqueta, haciéndole gracia la actitud del *hacker*.

—Es compañero de trabajo de Isabella —declaro, desvelando el misterio.

—¿También eres enfermero? —le pregunta Alina.

No sé por qué me molesta tanto que se interese por Marco.

—¿Qué te hace pensar que yo soy enfermera? —Suelta una carcajada Isabella al ver que la *principessa* haya llegado a esa

conclusión.

—Me curaste —asume ella, como si con eso fuese suficiente.

—También te he traído ropa y no me dedico a la moda.

«No, ni que lo jure…».

—Pero tienes un botiquín de primeros auxilios y… ¡Tienes un bisturí, por el amor de Dios!

Isabella sonríe. Supongo que al recordar a Simone.

—Oh, simples accesorios para mis pasatiempos… —descarta como si no fuese una gran cosa.

—Bella es analista de sistemas. Trabaja junto a Marco, que es uno de los mejores informáticos…

—Y *hacker* —apostilla él, vanidoso.

—¿Desde cuándo eres analista? —cuestiona Vladimir, contemplándola perplejo.

—Desde cuando a ti no te importa —zanja Bella.

—Rara es la información que se le resista a Marco —continúo para no dar la oportunidad de que se enzarcen.

—Exacto —afirma vanidoso—. Por mucho que un individuo haga un barrido de datos, siempre se pueden rescatar, sabiendo buscar en el basurero adecuado, por supuesto, todo lo que intenta ocultar.

—Me extraña que no tuviese *firewalls* —comenta mi hermana.

—Los tenía, preciosa. Y de los jodidos —reconoce Marco—. Tuve que conectarme a una VPN, creé un túnel cifrado para enmascarar mi IP y así eludir los datos censurados.

—Muy bien, Bill Gates, ¿vas a decir de una puta vez qué has encontrado? —Parece que a Pavlov no le ha caído muy bien Marco.

—Por favor —añade Alina, como si a su hermano se le hubiese olvidado añadir esa parte.

—Solo porque me lo pides tú. —Le guiña un ojo.

Me acerco hasta Marco y apoyo una mano en su hombro. Noto cómo tiembla a mi contacto.

—Habla.

No subo el tono, no lo necesito para que sepa que es mejor no hacerme perder el tiempo.

—Está bien, Killer —dice mientras saca un pequeño ordenador portátil y lo coloca encima de la mesa baja—. El dueño de ese

teléfono escondía demasiadas cosas para alguien que no quería ser descubierto —empieza sin rodeos—. Encontré una nube en la *dark web* vinculada a él. Registros de movimientos, cuentas en paraísos fiscales…, pero eso no es lo peor.

Algo en su tono me pone en alerta.

—Continúa —digo, viendo cómo enciende el ordenador.

—Hay vídeos.

Esa sola palabra cambia el ambiente. Isabella se tensa. Vladimir se pone de pie sin decir nada, con el ceño fruncido y Alina entrelaza los dedos de las manos como si se debatiese en si rezar o no.

—¿Los has visto? —pregunta, acercándose a Marco.

No responde porque en la pantalla del ordenador las imágenes comienzan a aparecer. La calidad no es la mejor, pero lo suficiente para ver lo que hay ahí.

—¿Eso que es? —murmura Isabella acongojada, aunque es más que evidente.

Son las subastas ilegales.

Se ve a hombres trajeados y mujeres luciendo sus mejores galas, enmascarados, levantando paletas. En otro vídeo se aprecia que ofrecen cifras como si estuvieran comprando una obra de arte, pero lo que se muestra a lo lejos desenfocado no son cuadros ni esculturas. Son personas.

—Mierda —murmura Vladimir.

Teníamos nuestras sospechas, pero verlo en directo es… Joder, la sangre me hierve.

—No puede ser… —Alina se lleva una mano a la boca.

Estoy tan concentrado viendo las imágenes que ni siquiera he sido consciente de que también se ha acercado.

—Hay más —dice el *hacker*, y entonces muestra el peor de los vídeos.

Puede que esté grabado a una larga distancia. Quizá se hizo con una cámara espía de esas que caben en un botón, un pendiente o cualquier objeto por diminuto que sea, pero soy capaz de reconocer en la imagen a Valentina, ya que tengo una réplica a mi lado. Incluso distingo a Sheila, la amiga de Alina, pero hay muchas otras chicas y chicos más.

Están allí, en una de esas subastas, con expresiones que me revuelven el estómago. Se les ve frágiles, aterradas.

—No… —susurra Isabella, negando con la cabeza.

Cierro la mano en un puño, me giro y lo estampo contra la licorera hasta hacerla pedazos. Por unos segundos los cristales vuelan hasta que caen al suelo.

No puedo permitir que esto siga así.

—¡Adriano! —exclama Alina, su tono entre la sorpresa y el pánico.

—Estoy bien.

—¿Bien? ¡Estás sangrando!

Me sostiene la mano, comprobando los daños.

—Son solo unos rasguños.

Y es cierto.

Mis nudillos están enrojecidos, ya no sé si a causa de que he partido el cristal o lo estaban antes por pelear contra Vladimir, el cual, en cambio, se mantiene inmóvil.

Su rostro está tenso, con la vista centrada en las jaulas donde se encuentran mi hermana, Sheila y un par de decenas de personas más.

Dejando claro que para esos hijos de puta son simples presas.

La mandíbula se le marca cuando habla:

—¿Cómo demonios alguien tiene toda esta información? Si se arriesga a guardarla es porque tiene un plan y vender la información, ¿no?

Concentrado en la pantalla, el *hacker* suelta una risa breve.

—Te sorprenderías de los fetiches que hay por ahí. Como he dicho, no creas que fue fácil. La seguridad estaba jodidamente bien montada. Cualquiera sin mis habilidades jamás habría encontrado esto.

Nadie dice nada por un momento. Todos estamos asimilando la magnitud de lo que acabamos de ver.

Hasta que Alina rompe el silencio.

—Tenemos que hacer algo. ¿Hay alguna forma de encontrar la ubicación a través de las grabaciones? —Su voz está un poco nasal debido a las lágrimas que está reteniendo en sus ojos húmedos.

—No se ve mucho más de lo que hay en la imagen —reconoce Marco con una mueca—. Aunque encontré algo más. —Sale del reproductor y teclea algo hasta que se abre una especie de tabla de Excel—. No podría asegurarlo, pero me apostaría que esto son las localizaciones. Por lo visto, se mueven a un sitio distinto en cada subasta.

—Hay cientos —se lamenta mi hermana.

Maldita sea, eso es como estar detrás de una puta quimera.

Nos miramos entre nosotros, sabiendo lo que implica meternos en esto y que, nos guste o no la compañía, no tenemos opción.

Vladimir se pasa una mano por la barbilla, pensativo, y luego nos mira con una determinación fría.

—Si se están organizando subastas clandestinas del tipo que sea en cualquier parte del mundo, solo hay un hombre que puede saberlo: Yuri Novikov.

Siento cómo se me revuelve el estómago al escuchar ese nombre.

—¿El dueño del Mystral? —pregunta Isabella con el ceño fruncido.

Vladimir asiente.

—¿Qué es el Mystral? —cuestiona Alina.

Joder…

—Sí —me apresuro a intervenir con tal de que no le expliquen a la *principessa* qué tipo de club es el Mystral. ¿Las fiestas de la Sociedad de las Máscaras? Un juego de niños para lo que sucede en ese lugar—. Si hay algo en marcha, ese cabrón es el único que lo sabrá. Tiene contactos en cada rincón del mercado negro, pero también tiene la maldita costumbre de hacer desaparecer a la gente que le molesta —añado, mirando a Vladimir con fijeza.

—¿Tienes otra idea?

No la tengo. Y eso es lo peor.

—Entonces vamos a buscarlo —dice Isabella.

—No veo conveniente que vengáis vosotras —sugiere Pavlov, que me observa esperando que esta vez me ponga de su lado.

Ambos conocemos cómo se las gasta Yuri. No es alguien que se rija por las leyes de ninguna mafia, él crea las suyas propias.

Miro a Alina, que asiente con los labios apretados. Miro a Isabella, que exhala con lentitud antes de responder:

—Si él nos lleva a ellas, iré. Y ni tú ni nadie podrá detenerme.

—¿Puedo ir yo también? —Levanta Marco la mano—. Habéis creado tanta expectación que me ha picado la curiosidad.

Pongo los ojos en blanco cuando Alina, a pesar de la preocupación que se le refleja en la cara, sonríe al *hacker* y asiente.

«De puta madre».

—Haced lo que os salga de los cojones, pero si alguno acaba con un tiro en la nuca, no digáis que no lo avisé —expresa Vladimir, visiblemente molesto.

Y tras esas palabras, sin más que añadir, sé que estamos dentro.

Capítulo 25

Alina

—Digamos que a los clientes que vienen aquí les gusta…

Isabella me dedica una sonrisa que no logro interpretar.

—Les gusta ¿el qué? —cuestiono, ávida de información.

Por más que he preguntado en el trayecto qué es el Mystral, no he recibido respuesta.

—¿De verdad eres tan ingenua o te lo haces para parecer sexi?

—¿Cómo dices? —Frunzo el ceño, molesta, en su dirección.

—¿Tú qué crees que ocurre aquí, Alina? —me formula.

—Tengo mis teorías, pero no sé si…

Al ver como la sonrisa se le ensancha y levanta las cejas de forma rítmica, llego a la conclusión de que mi idea no es infundada.

—Oh…

—Eso es, *principessa*, «oh». —Me guiña el ojo—. Quizá con la visita aprendas algunas cositas que te sirvan… —murmura.

Al decir esto último, cabecea en dirección a su hermano.

Me sonrojo y ella suelta una carcajada

La vergüenza se arrastra por mi rostro. ¿Tan evidente es que babeo por Adriano para que hasta Isabella se haya percatado?

Aparto la mirada y me adelanto.

El Mystral es un lugar opulento, diseñado para el exceso. Desde el momento en que entramos todo cambia. La luz tenue y el aroma a sexo y cuero lo envuelven todo. La música es baja, apenas es un sonido sensual, pero lo que de verdad domina el ambiente es el sonido de los murmullos y el roce de cuerpos moviéndose en rincones oscuros. Y de vez en cuando se escucha el flagelo de un látigo.

Me empapo de todo cuanto veo a simple vista. No es solo un club, sino que todo es un espectáculo en sí mismo.

Vladimir va al frente, me coloco a su lado mientras que Adriano y Marco caminan detrás de Isabella, cerrando el grupo, pues ambos jefes de la mafia no han querido alertar a sus guardias. Prefieren mantener esta visita en el más estricto secreto.

Sé que, aunque parezcamos seguros de cada paso que damos, todos estamos en alerta. Nadie baja la guardia en un sitio como este.

Un hombre de seguridad nos guía hasta una sala privada donde el tal Yuri Novikov nos espera con una sonrisa que no transmite calidez, sino diversión retorcida. A pesar de estar postrado en una silla de ruedas, su presencia llena el lugar. Su ropa es impecable, su cabello rubio está peinado hacia atrás con precisión y sus ojos… Dios, sus ojos son fríos y calculadores, como los de un depredador aburrido buscando algo con qué entretenerse.

No es por ser aguafiestas, pero por el brillo que le ilumina la mirada me da que nosotros somos los candidatos perfectos para amenizar su noche.

—Cuando recibí tu llamada —habla a modo de saludo, dirigiéndose a mi hermano— no podía creerlo. Qué honor recibiros en mi humilde club. No esperaba que el nuevo *pakhan* quisiese relacionarse con la gente de los suburbios —dice con fingida cortesía mientras un asistente le sirve un vodka en un vaso de cristal tallado.

Nadie responde. No estamos aquí para cortesías y grandilocuencias, algo que a Yuri Novikov parece que le divierte.

Vladimir da un paso al frente y los guardias de Yuri nos rodean.

—Venimos a por información.

Yuri sonríe y apoya un codo en el brazo de la silla.

—Buenas noches a ti también, Pavlov. —Sonríe taimado.

—No estamos aquí para perder el tiempo, Novikov. Así que permite que me pase las cordialidades por el forro de los cojones.

«Joder con mi hermano… ¿Con estos modales intenta hacer tratos?».

—Una pena. Ya sabes lo mucho que me gustaría pasar por ese forro.

Yuri me guiña un ojo al ver que me muerdo los labios para ocultar la risa que intenta escapárseme al observar como la cara de

mi hermano enrojece de furia.

—Lo que Vladimir quiere decir es si sería posible obtener información —intervengo para que el asunto no se desvíe antes siquiera de exponerlo.

Yuri me estudia con especial interés.

—Vaya, qué interesante… ¿Y qué información podría tener yo que la poderosa mafia no haya encontrado aún por sí misma?

—Queremos saber si tienes información de la existencia de subastas clandestinas —responde Adriano sin rodeos, adelantándose.

Yuri ladea la cabeza, como un gato entretenido con un ratón.

—El gran Adriano Moretti, cuánto tiempo —suelta, fijándose en él—. Pensé que vuestra relación estaba hecha añicos. —Señala entre él y mi hermano—. Parece ser que las cosas han cambiado.

—Las subastas, Yuri —apremia Adriano, apretando los dientes.

Juro que lo de este hombre es un arte. Apenas abre la boca y tiene a dos líderes de la mafia a punto de perder los nervios.

—Ah, sí… Esas prácticas tan despreciables a la par de lucrativas. ¿Qué os hace pensar que yo debería estar al tanto?

—Déjate de gilipolleces, Novikov. Sabemos que eres el único hombre en Rusia con contactos suficientes para enterarse de algo así —dice Isabella—. Se trata de unas subastas poco comunes.

—Oh… La preciosa Bella Moretti. —Sonríe ladino—. Tan directa como siempre. He de reconocer que me halagan tus palabras.

Se humedece los labios con el vodka y nos observa.

—¿Y bien?

—Digamos que tengo oídos en todas partes —admite—. Pero sabéis cómo va esto, la información no es gratis.

Vladimir frunce el ceño mientras aprieta los labios.

Me siento una mera espectadora en un duelo de serpientes. Todavía no me decido por cuál se atreverá a lanzar el primer mordisco.

—Pon un precio.

—No juegues con nosotros —añade Adriano, su voz tensa—. Sabes perfectamente quiénes somos.

Yuri se ríe, una carcajada breve, pero afilada que consigue ponerme los pelos de punta. De repente, me siento muy expuesta con el dichoso vestido que me ha prestado Isabella y la chaqueta de Adriano encima.

—Oh, creedme, sé perfectamente quiénes son. Y por eso mismo… —Su mirada se desliza por todos nosotros, evaluándonos—. Si creen que lo que quiero es dinero, entonces son más ególatras de lo que pensaba.

—¿Qué quieres, entonces? —pregunta Marco, cruzándose de brazos e intentando parecer un tipo duro.

Joder, casi me había olvidado de él.

Su aspecto desentona con el de los demás hombres que lo rodean. Marco tiene un aire de chico *nerd* que lo hace muy interesante. Sin embargo, si llegase la oportunidad de medirse en un cuerpo a cuerpo, tendría las de perder. Supongo que su fuerza procede de su intelecto.

Yuri deja su vaso sobre la mesa con un golpeteo suave y nos observa con un destello de placer retorcido en los ojos.

—A ti no te tengo controlado. —Y me dedica una rápida mirada a mí antes de volverse a centrar en él. «¿Eso significa que sí sabe quién soy yo?»—. ¿Quién eres?

—Nadie que te interese —se adelanta Isabella—. Si no es dinero, Yuri, ¿qué esperas a cambio de la información?

Tiemblo al ver cómo se le oscurecen los ojos.

—Quiero lo que cualquiera pediría si estuviese en mi situación, doblegaros —declara contundente.

«¿Doblegarnos? Eso suena turbio», medito antes de que Adriano interrumpa mis pensamientos.

—Estás de coña, ¿no?

—Dudo que vuelva a suceder y tenga a dos jefes de la mafia a mi merced. Quiero verlos jugar en mi club, que participen en las… actividades que les proponga.

Siento como un escalofrío me recorre la espalda. Hasta yo sé a qué se refiere.

Por lo que estoy descubriendo, mis suposiciones no eran erradas, el Mystral no es un simple club de élite. Es un sitio donde

los límites se desdibujan, donde la gente se entrega a sus deseos más oscuros sin miedo al juicio. BDSM, juegos de dominación, sumisión… todo está permitido aquí, siempre y cuando se tenga el poder suficiente para permitírselo.

Yuri nos observa con una media sonrisa.

—Entiendan que, debido a mi… Cómo decirlo, ¿condición? —Se señala la parte inferior de su cuerpo inmóvil sobre la silla—. Yo no puedo involucrarme al cien por cien, por eso he aprendido a satisfacer mis deseos de otra forma.

—¿Ahora te has vuelto un *voyeur* y por eso quieres «doblegarnos»? —cuestiona Isabella, cruzándose de brazos.

Menos mal que habla ella porque yo tengo la lengua pegada al paladar de lo seca que se me ha quedado la boca.

—Todo ser humano es *voyeur* al menos una vez a lo largo de su vida, querida Moretti —le responde—. No importa en el ámbito que sea. El morbo de observar sin ser visto, algo que en otras circunstancias no nos está permitido, hace que nuestra adrenalina se dispare, nuestra sangre recorra a gran velocidad nuestro organismo y te sientas más vivo que nunca.

Un escalofrío me recorre el cuerpo. No por el frío ni por el club ni su ambiente opresivo, sino por lo que acabo de escuchar.

Las palabras de Yuri Novikov resuenan en mi cabeza, haciendo que mi piel se erice. No necesito que explique más para saber a qué se refiere. Sé qué tipo de actividades se practican en su club. Todo es un escenario donde los límites se exceden y las reglas las impone quien tiene el poder.

Y, por lo que parece, Yuri tiene el dominio aquí.

Miro a Adriano de reojo, su mandíbula está tensa y sus puños cerrados. Vladimir tiene la misma expresión fría de siempre, pero su mirada oscura me dice que está conteniendo su furia. Mis ojos se dirigen hacia Isabella, que mantiene la compostura, aunque sus labios están apretados con fuerza. Marco, por su parte, parece el único que se lo está tomando con cierto grado de humor.

Y yo… Yo no sé si estoy asustada o, por el contrario, ansiosa de participar en lo que Yuri propone.

Cuando el ruso vuelve a centrarse en mí y sonríe, me decanto. Sí, estoy absoluta y totalmente acojonada.

No porque tema al dolor o a la sumisión, no porque no sepa en lo que me meto, sino porque hay algo en todo esto que me enfrenta a una parte de mí misma que no sé si estoy lista para descubrir. Lo que tengo claro es que tampoco pienso echarme atrás cuando Sheila está en algún lugar, aterrorizada. No cuando Valentina podría estar en la misma situación. Y por supuesto que no cuando esto es lo único que tenemos.

Si jugar en este maldito club significa encontrar a mi amiga, entonces lo haré.

—Bien —dice Yuri, observándonos con diversión—. No me apresuraré a cerrar el trato. Quiero que lo mediten. Tómense una copa, la casa invita.

Vladimir es el primero en responder.

—No bebemos.

«Será él porque yo me muero por refrescarme la garganta».

Adriano asiente con la misma dureza en su voz:

—No estamos aquí para beber, y mucho menos para jugar.

«Otro que habla en nombre de todos…», pongo los ojos en blanco.

Yuri suspira, como si la conversación lo aburriera.

—Qué predecibles. Siempre tan serios, tan rígidos… Pero ¿acaso ellas no tienen voz?

Nos mira a Isabella y a mí con una ceja arqueada, cruza los brazos y me adelanto antes de que ella hable.

—Ellos no hablan por nosotras.

«¿Qué haces?», me dice una voz interior, pero ya es demasiado tarde para recular.

Siento la mirada de Adriano clavarse en mí y la ignoro. Me obligo a mantener la postura firme para parecer más segura de lo que en realidad me siento.

—En esas subastas comercializan con personas —comunica Isabella con su particular seriedad y franqueza—. Creemos que tienen a un par de los nuestros, solo queremos encontrarles. Si esto es lo que hace falta para que averigües cualquier cosa, lo haremos.

—Bien dicho. —Yuri aplaude una vez de manera lenta y burlona —. Me encanta tu determinación. Recuerdo que hizo que ciertas personas perdiesen la cabeza por ti, preciosa Bella. Siempre fuiste la que mejor me caíste —murmura a modo de confidencia.

Vladimir aprieta los dientes, pero al final dice lo inevitable:

—Aceptamos.

No soy la única que se tensa al escuchar esa palabra. Por mucho que yo haya propiciado la decisión, ¿me siento preparada?

—Eso creí… —Yuri sonríe, inclinándose un poco hacia adelante —. Pero hagámoslo más interesante…

—Ellas se quedan al margen —ordena mi hermano.

«Ya estamos…».

—¿Qué os hace pensar que pueden imponer sus propias reglas? —pregunta Yuri.

El aire parece congelarse.

—¿Qué quieres decir? —interviene Marco con el ceño fruncido.

Yuri recoge su copa y juega con el vaso en su mano, observándonos con una calma que me da escalofríos.

—Quiero decir que las reglas las pongo yo.

Mis latidos se aceleran.

—Tú no decides con quién jugamos —espeta Adriano con un tono gélido.

—Oh, pero el caso es que sí que lo hago. —La sonrisa de Yuri se ensancha—. Y desde que entrastéis por la puerta ya los he emparejado.

«¿Cómo dice?».

Maldita sea, debo estar mal de la cabeza ¿Es normal que me caiga bien este tipo? Es tan manipulador y astuto… Lo tenía todo planeado desde el principio y solo ha estado mareándonos.

La tensión en la habitación es casi insoportable y yo me veo analizando cada gesto, cada mirada de nuestro interlocutor para ver si se me pega algo.

—Alina, tú estarás con Adriano.

Mi estómago se revuelve, o puede que se haya desatado un enjambre de mariposas. ¿Por qué me emociona la situación cuando ha quedado claro que para él estoy más que vetada?

Siento como Adriano se pone rígido a mi lado.

—No.

«¡Será idiota! ¡Que le jodan!», grito en mi cabeza para acallar la mala sensación que me ha dejado su rechazo.

—Y tú, Vladimir —continúa Yuri, desoyendo la negativa de Adriano—, formarás un trío con Isabella y nuestro nuevo amigo.

Miro a Isabella, que apenas parpadea, a Vladimir, cuya expresión es ilegible y a Marco, que alza una ceja, sorprendido, aunque sin protestar.

No puede ser casualidad.

Es más que evidente que sabe quiénes somos, sabe lo que somos y lo más importante… Sabe cómo manipularnos.

Mierda… Yuri Novikov podría convertirse en mi nuevo ídolo.

¡Es un genio! Ha ido a tocar hueso.

—Si alguien puede averiguar dónde se celebran las subastas es él —susurro.

Porque sí, reconozco que estoy demasiado emocionada por lo que pueda suceder.

He dejado claro que siento algo por Adriano, y por cómo me ha besado él, tampoco le soy indiferente. La cuestión radica en que yo soy sincera mientras que él pone todo de su parte para evitarme.

Todos me escuchan, otra cosa es que estén conformes con la decisión.

Yuri sonríe, satisfecho al notar como los demás guardan silencio.

—Entonces, qué, ¿jugamos?

Capítulo 26

Alina

—¿Ni siquiera vas a mirarme? —lanzo la pregunta a la espalda de Adriano.

Va caminando con vigor a través del pasillo poco iluminado, intentando ignorarme todo el rato.

Un ruido llama mi atención y me quedo parada frente a un espejo semiopaco, el cual permite cierta privacidad a lo que sucede en el interior de la sala.

Entrecierro los ojos y descubro a varios hombres y mujeres en distintos estados de desnudez. Incluso al otro lado del cristal soy capaz de oír, de manera amortiguada, el golpeteo rítmico, los gemidos y los sollozos placenteros que se escapan de los asistentes mientras practican sexo.

Porque sí, en esta zona del club nadie está degustando una copa o manteniendo una charla entretenida. Están, como bien ha dicho Yuri, participando en las actividades que el Mystral ofrece. Y por lo que observo, son de los más ingeniosas.

Un hombre con el trasero desnudo casi golpea el vidrio mientras entra y sale del cuerpo de una mujer que está anclada al techo a través de unas cadenas unidas a un par de esposas que lleva aferradas a las muñecas. No son los únicos. Hay varias personas colgando, suspendidas, o incluso alguna que otra vuelta del revés.

Ladeo la cabeza, curiosa, apreciando que, a pesar de la incómoda postura, sus rasgos son de puro deleite.

—No te quedes atrás —gruñe Adriano sin girarse.

Su voz está tensa, como si se estuviera conteniendo para no liarse a tiros con cada paso que da.

Ruedo los ojos para mí misma y acelero el paso. No hace falta que puntualice que le molesta la situación. No porque no esté acostumbrado a ella, sino porque yo estoy aquí. Se supone que no

encajo en este mundo porque soy inexperta, no sabe qué hacer conmigo y eso le frustra.

¡Que le den!

A mí no me incomoda, más bien estoy intrigada. Lo que sí tengo claro es que, si pudiese elegir, desde luego quizá tampoco lo elegiría a él. A pesar de que mi corazón se revoluciona con mirarlo, ha sobrepasado mi umbral de rechazo y ahora no es de mis personas favoritas.

«Eso no te lo crees tú ni loca. Una parte de ti está disfrutando con todo esto», me sermonea mi parte racional.

La acallo apartando esos pensamientos. Me niego a reconocer que en el fondo estoy agradecida de vivir esta experiencia junto a Adriano porque es la mayor verdad que existe.

Una vez que cruzamos una puerta de madera oscura con un número dorado en relieve, me entran las dudas. Dentro nos espera un salón iluminado con una luz cálida y suave. Todo a nuestro alrededor está diseñado para una sola cosa, el placer.

En las paredes cuelgan objetos de cuero, madera y metal. Fustas, esposas, cuerdas, mordazas… En el centro de la habitación hay un diván acolchado y, frente a él, una estructura con grilletes.

De pronto, mi piel se eriza. No de miedo, sino de algo más profundo, más oscuro y mucho más eléctrico.

—Esto es una locura, joder —masculla Adriano, pasando una mano por su cabello.

Parece una fiera enjaulada, atrapada entre la rabia y la necesidad.

Yo, por mi parte, no retrocedo y camino con lentitud hasta un perchero que hay en la pared y analizo cada objeto con curiosidad.

Me quito su chaqueta y la dejo sobre un diván.

Puede que sea virgen y no tenga experiencia, pero soy una ávida lectora de novelas románticas. Y aseguro que muchas veces llegan a ser muy, pero que muy instructivas.

Tomo una fusta de cuero negro. Me maravillo al apreciar lo elegante y liviana que se siente en mi mano. Me gusta la sensación cuando la acaricio con mis dedos. Me giro y encuentro a Adriano

observándome con los labios apretados. Sus ojos están encendidos de algo que no quiere permitirse admitir.

El deseo que exuda su cuerpo es casi palpable entre nosotros. Una persona que besa como él lo ha hecho en el hotel no puede sentir indiferencia ante esta situación.

—No tengo claro qué es lo que hay que hacer —digo con un deje de inocencia para intentar provocarlo—, pero… ¿la utilizo yo o serás tú quién haga los honores?

Sé que estoy jugando con fuego. Que no debería incitar a un hombre como él, peligroso, impredecible y que en más de una ocasión ha amenazado con matarme. Sin embargo, no puedo evitarlo. En este tiempo algo se ha despertado en mi interior, una sensación de no querer nunca más ser callada, de tomar las riendas de mi propia vida, de equivocarme, caer y ser capaz de aprender de mis errores y levantarme.

El silencio se extiende entre nosotros. Adriano respira hondo mientras con su mirada me devora. No dice nada, pero el aire entre los dos vibra con una tensión insoportable.

Me muerdo el labio inferior cuando al fin camina hacia mí de forma lenta, firme y decidida. Su calor me envuelve antes incluso de que nuestros cuerpos se toquen. Se detiene a escasos centímetros de mí, con su pecho rozándome apenas. Su aroma, mezcla de cuero y especias, me envuelve y hace que me estremezca.

—¿Estás segura de esto? —su voz es un gruñido bajo, amenazante, tan pecaminoso al mismo tiempo que las manos me hormiguean por tocarlo.

Lo cierto es que no confío en mi propia voz, así que simplemente asiento.

Al ver el gesto, sus pupilas se dilatan y me doy cuenta de que es todo lo que necesita para entrar en el juego.

Con un movimiento pausado, levanto la fusta y la deslizo por su pecho en un trazo descendente. Su camisa está entreabierta, así que cuelo la vara flexible por los huecos de los botones para conseguir que el cuero roce su piel.

Su respiración se vuelve más pesada en consonancia con la mía.

Es un momento tan erótico y sensual que espero que esta vez no rehúse mi contacto.

Adriano cierra los ojos un instante, luchando contra algo dentro de él. Cuando los vuelve a abrir, ya no queda rastro de contención. Solo está el deseo tan feroz e indomable que hace que mi cuerpo tiemble de anticipación.

—Muy bien —susurra, arrebatándome la fusta con un movimiento tan rápido que me pilla desprevenida—. Si quieres jugar, vas a hacerlo bajo mis reglas.

«Dios, sí…».

—Demuéstramelo —le desafío, y vuelvo a atrapar mi labio inferior con los dientes.

No sabría explicarlo, pero veo que una chispa de peligro ilumina su mirada.

—Eso es lo que temo, *principessa,* que, si te lo demuestro, te guste demasiado.

Es tal la candencia que adquiere su voz que me tiene totalmente turbada.

Intento aclarar mi mente antes de que se me ocurra cualquier respuesta, sin embargo, me vuelve a sorprender y sus labios caen sobre los míos con una ferocidad que me roba el aliento.

Su beso es exigente, dominante, mucho más de los que antes nos hayamos dado, y hace que no tenga más opción que la de entregarme a él sin reservas.

Sus manos exploran mi cuerpo con una urgencia incontrolable.

Me acaricia las costillas, la parte inferior de mis pechos y creo que enloquezco. Introduzco mis manos entre su cabello, atrapo los mechones y lo acerco más a mi cuerpo.

—Me cago en la puta, Alina, llevo toda la noche torturado al verte en este trapo que llevas.

Cierra sus puños en torno a la tela de mi vestido, que incluso escucho cómo se rasga.

El corazón me late veloz y desacompasado, como si no tuviese claro cómo seguir el ritmo.

Adriano corta el beso de forma abrupta y me quejo. Su respiración es jadeante cuando con sus manos atrapa mis muslos y,

conmigo en vilo, avanza hasta la pared que tengo a mi espalda.

Una vez que me suelta, tras colocarme en una especie de peldaño, alzo la vista y me fijo en la estructura de la que salen unos grilletes.

«¿Me va a encadenar?», me cuestiono, midiendo si me satisface la idea.

No lo tengo claro, la verdad. Nunca antes he sido inmovilizada y no sé cómo voy a reaccionar.

He escuchado hablar de la merintofobia, es el miedo persistente e irracional a ser atado o encadenado. La clave de esa fobia es el pánico que una persona siente al perder el control, sentirse limitado y no poder moverse a voluntad.

Cierro los ojos y tomo un par de respiraciones profundas al sentir como la ansiedad quiere ser partícipe de lo que acontece.

—Ahora quiero que le muestres a Yuri lo que está esperando —murmura en mi oído. Su voz es un mandato envuelto en deseo oscuro.

Maldita sea, Yuri.

Cómo es posible que en cuestión de minutos haya olvidado por lo que en realidad nos encontramos en esta situación. Estoy tan perdida en lo que Adriano despierta en mí que todo a mi alrededor se desdibuja hasta el punto de desaparecer.

—Eh, mírame —exige al notar que mi cuerpo se tensa y que mi cabeza está lejos de aquí.

Me encuentro con sus ojos, algo debe ver él en los míos, ya que su mirada se suaviza.

—No voy a hacer nada que te incomode. —Me sostiene la barbilla entre sus dedos para que no aparte la cara—. Tú tienes el control de lo que pase, ¿entiendes? —Asiento—. Dilo, Alina.

Me aclaro la garganta seca.

—Yo tengo el control.

Ahora es él quien asiente conforme.

—Necesito que me digas una palabra de seguridad. Una que cuando la menciones todo acabe.

Parpadeo y pienso. Espero que no sea necesaria, pues significaría que las cosas se vuelven intensas de más. Cuando creo

que la tengo, se la hago saber:

—Virgen. Mi palabra de seguridad quiero que sea «virgen».

Adriano me estudia en silencio con una ceja alzada. Si no estuviese en este momento tan nerviosa, juraría que en sus ojos se refleja cierta diversión por mi elección.

Con una delicadeza que me sorprende, me levanta los brazos, mis muñecas son atrapadas en los fríos grilletes y mi cuerpo queda expuesto a su merced.

Adriano se toma su tiempo, deslizando la fusta con delicadeza por mis muslos, subiendo hasta mi vientre y rozando mis senos.

Se me eriza la piel cuando intercala las caricias con sus dedos. El contraste entre la dureza del cuero y la suavidad de su tacto hace que no pare de temblar y los grilletes choquen contra la estructura.

El primer golpe, en mi escote, es suave, apenas una caricia ardiente en mi piel. Aun así, mis pezones se endurecen bajo la tela del vestido. Luego vienen otros más firmes sobre la parte superior de mis muslos, dejando una estela de calor placentero. Mi respiración se vuelve errática y mi cuerpo se arquea hacia el contacto al sentir una mezcla de dolor y placer que me consume con lentitud.

—Mírate, joder… —ronronea, observando mi expresión perdida —. Estás preciosa así, temblando por mí.

Sigo la línea de su mirada hasta el espejo frente a nosotros y me veo reflejada. Mi piel esta encendida, mis labios se mantienen entreabiertos, mis ojos oscurecidos por el deseo.

«¿Quién es esa mujer entregada sin reservas?».

Ni siquiera me reconozco, pero he de decir que me gusta lo que veo. Estoy al descubierto, sin máscaras que escondan quién soy en realidad, lo que de verdad anhelo.

Mi corazón se me estruja dentro del pecho. Es como si aquí, sometida y encadenada, estuviese viviendo una catarsis. Como si me liberase de alguna forma y este instante fuese el punto álgido de una transformación interior que está siendo suscitada por una experiencia de vital importancia.

—Adriano… —jadeo o sollozo su nombre, no lo tengo claro, incapaz de resistirme más—. Te necesito.

—No voy a follarte ahora, Alina. No aquí y mucho menos delante de Yuri.

—Pero…

Coloca sus manos en mis caderas y se inclina hacia delante. Siento su aliento en mi cuello y después como sus dientes atrapan el lóbulo de mi oreja.

Una descarga me recorre entera a causa de la punzada de placer y se desplaza al vértice entre mis piernas.

—Deseo follarte, que no te quepa duda. Quiero introducirme en ese dulce coño que tienes, pero cuando llegue el momento de que lo haga —me pellizca uno de los pezones a través de la tela y estoy al límite—, pienso tomarme mi tiempo.

Me debato entre la decepción y el agradecimiento. ¿Me estará volviendo bipolar este súbito arrebato del despertar de las emociones? Porque ahora mismo siento indignación por que no ceda, a la par que gratitud por percibir su consideración hacia mí.

—Vamos, *principessa*, démosle a Yuri su espectáculo —susurra, activando de nuevo las sensaciones—. Esto aún no ha terminado.

Siento como la fusta se desliza en esta ocasión por mi entrepierna. Al no llevar ropa interior noto como se desliza con facilidad a causa de lo húmeda que estoy. Con un último golpe de lo más preciso sobre mi clítoris, mi cuerpo se tensa y el placer explota dentro de mí en un clímax arrebatador.

El grito queda atrapado en mi garganta mientras me dejo ir por completo.

Adriano me observa, su expresión una mezcla de fascinación y triunfo mientras sus labios se curvan en una sonrisa pecaminosa.

Y sí, no me cabe duda de que Adriano Moretti es el mismísimo diablo y que esto no ha hecho más que empezar para consumirme en su infierno.

Me siento como si estuviera narcotizada, pero es debido al placer que me acaba de proporcionar. Bueno, en realidad él solo ha manejado la fusta, ni siquiera me ha tocado para que haya tenido un orgasmo.

—Eres deliciosamente receptiva.

¿Eso es un cumplido o una apreciación? Porque ahora mismo no sabría discernir.

Veo como se desabrocha uno a uno a uno los botones de su camisa, a cada porción de piel que deja expuesta compruebo que Adriano es una auténtica obra de arte hecha de carne y hueso. Oscuros tatuajes se esparcen por su torso. Una vez que se saca del todo la camisa, me fijo que sus bíceps y antebrazos también están marcados con tinta.

Desearía que la iluminación fuese más fuerte y no tan tenue para tomarme mi tiempo y estudiar los dibujos y las frases que visten su piel.

Apenas soy consciente cuando libera mis muñecas y nos traslada hasta otra zona de la sala, donde hay dispuesto un potro acolchado.

Pasa su mano por mi columna vertebral y, pegando su cuerpo a mi espalda, susurra:

—Inclínate, *principessa*. —Me ayuda a que la parte superior de mi cuerpo quede apoyada en el potro—. Quiero que, haga lo que te haga, no apartes tus ojos del espejo. Que Yuri aprecie cada resquicio de placer que voy a sacarte.

Mis piernas tiemblan al contacto de sus manos. Noto como las mueve de manera ascendente. Desliza hacia arriba el bajo del vestido y lo deja arremolinado en mi cintura. La piel se me eriza al sentir mi trasero expuesto ante él y la sensación se incrementa en el instante que sus palmas amasan mis glúteos.

—¿Confías en mí? —me pregunta, su voz se ha vuelto gutural.

A riesgo de meterme yo solita en la boca del lobo, respondo:

—Sí.

Adriano tras de mí permanece inmóvil.

—No deberías —reconoce.

—Lo sé —musito, y alzo la mirada para que nuestros ojos se encuentren a través del reflejo del espejo.

—Entonces, ¿por qué lo haces?

—Porque algo me dice en mi interior que no me harás daño.

Y lo que digo, lo hago en serio. No sé explicarlo. Adriano no es un hombre dócil, he visto cómo mataba a un hombre sin temblarle el

pulso. Sé que nos conocemos desde hace poco tiempo, pero nunca me he sentido más segura alrededor de alguien. Ni siquiera Vladimir o sus guardias me han dado esa confianza.

Por un instante, ambos guardamos silencio. Temo que mi sincera confesión haga que se repliegue y se aparte de mí. No sería la primera vez y no sé por qué me dolería que lo volviese a hacer.

Esto ya no solo se trata de averiguar el paradero de Sheila, Valentina y esas tantas otras personas que han desaparecido, esto también se trata de nosotros. De poner las cartas sobre la mesa y aceptar lo inevitable.

Puede que esté siendo irracional, pero desde el momento en que traspasé las puertas de su despacho, y a pesar de que lo pillé en una situación comprometida, sentí la química que existe entre nosotros. Por mucho que se resista, sé que él también la percibe.

—Recuerda no despegar la mirada —retoma la palabra al cabo de un rato—. Quiero que cuentes, serán veinte. Si ves que no puedes soportarlo, di tu palabra de seguridad.

—¿Cómo que veinte? —Me giro para mirarlo por encima del hombro con el ceño fruncido —. ¿No crees que es una iniciación un poco fuerte?

En los libros que he leído cuando se practica el *spanking* suelen ser máximo quince. Y él, así de la nada, piensa nalguearme veinte veces ni más ni menos.

«Estará de cachondeo, ¿no?».

—¿Qué pasa, *principessa*, crees que tu precioso culo no lo podrá soportar?

Me está vacilando, y no hay nada que a un Pavlov le guste más que un buen reto.

Le muestro una sonrisa ladina y vuelvo a colocarme en posición.

—Dale, italiano, a ver quién se cansa antes.

Me agarro a los extremos del potro y aguardo.

Como ha ordenado, mis ojos se mantienen pegados a nuestro reflejo, y menudas vistas.

Yo medio desmadejada, con la ropa a medio quitar. Mi mirada está vidriosa y mis labios hinchados a causa de sus besos mientras Adriano permanece de pie, con un aspecto imponente, la parte

superior de su cuerpo desnuda y en la inferior unos pantalones de pinza que se le acoplan de una forma deliciosa a las caderas, marcando sus definidos oblicuos.

A pesar de estar prevenida por estar viéndolo, el primer azote pica y me remuevo por instinto.

—¡No te muevas!

—Sí, amo —suelto con recochineo. Eso hace que me dé una palmada mucho más fuerte que la primera.

«Auch».

—Eso por no tomártelo en serio. Ahora cuenta.

—Dos.

Zas, zas.

—Empieza desde el principio. Hasta que no lo hagas no las contabilizaré.

Me cago en todo lo que se menea… Es un sádico. Me he llevado cuatro azotes por la cara.

El culo me arde, y eso que acabamos de empezar.

Aprieto los dientes, y cuando vuelve a impactar su mano en mis glúteos, cuento:

—¡Uno!

Esta vez no hay interrupciones y noto que tiene un patrón. Va alternando de un carrillo al otro. Sus azotes no son suaves, pero podrían ser mucho peor. Los da con la mano ahuecada, lo que hace que el sonido al contacto con mi carne resuene en toda la habitación.

—Cinco, seis… —continúo la cuenta.

No puedo negar que siento dolor, sin embargo, lo compensa con suaves caricias que alivian la zona golpeada.

Todo mi cuerpo está hipersensibilizado. Reacciono a su toque de una forma tan extraña que me sorprendo a mí misma uniendo mis muslos para sentir algún tipo de fricción.

—Once…, doce. —Mi voz cada vez más trémula.

Maldita sea, aún quedan ocho y no sé si lograré soportarlo. No porque mi umbral del dolor haya llegado a su pico, sino porque me encuentro tan excitada que necesito algún tipo de alivio.

Mis ojos continúan anclados al espejo y compruebo cómo me recorren lágrimas a través de mis mejillas.

Zas, caricia. Zas, roce.

—T-trece, ca-ca-catorce. P-por favor, Adriano…

No sé qué ando suplicando, solo sé que es lo único que me nace.

—Vamos, *principessa*, lo estás haciendo genial —me anima. Miro su reflejo y me veo a mí misma formando un puchero—. Seis más, Alina. —Aprieta la mandíbula, como si él fuese quien está soportando el castigo y no el verdugo—. Solo seis y te daré lo que necesitas.

«¿Y qué mierdas necesito? Porque yo ni siquiera lo sé».

Plof, plof.

«Solo cuatro», pienso jadeando.

En este punto me cuesta incluso articular palabra, sin embargo, no sé si será el orgullo, el no rendirme, que, aunque de forma débil, sigo contando.

Debería sentir vergüenza al notar como mis propios fluidos me mojan el interior de los muslos, pero llegados a este punto el decoro ha dejado de formar parte de la ecuación.

—Diecisiete…, dieciocho…

Por Dios, me está poniendo el trasero en carne viva.

—¡Vamos, *cara*, dos más!

No sé si es por el consuelo de saber que se acaba, por sentirme extenuada, o por escucharlo llamarme cariño en su lengua materna, pero los dos últimos números los grito desgañitándome la garganta en el proceso.

—¡Diecinueve y… Veinte!

Sin verlo venir, sin sospecharlo, Adriano introduce dos de sus dedos en mi interior y me corro de manera fulminante.

Es un orgasmo tan demoledor que chillo y clavo mis uñas en la piel del asiento en el que estoy recostada.

—Eso es preciosa, libérate. Lo has hecho genial —me susurra Adriano al oído, tras apoyar el peso de su cuerpo en mi espalda —. Diablos, Alina… Estás tan estrecha que no veo el momento de que sea mi polla la que sustituya mis dedos.

Sus cochinadas no ayudan a que baje el clímax, aún sigo sintiendo como mis paredes vaginales laten y apresan sus falanges.

Cuando poco a poco las réplicas del orgasmo se quedan en un simple eco placentero, apoyo mi frente en el potro y arranco a llorar con un desgarrador desconsuelo.

Adriano deposita pequeños besos en mi nuca, lo que hace que llore con mayor intensidad.

No sé qué me pasa, no soy capaz de parar. Tengo las emociones a flor de piel. Lo más raro de todo es que no siento tristeza, más bien me siento como él ha dicho, liberada.

—Gracias. Me habéis ofrecido un espectáculo inolvidable —se escucha una voz en *off* inundando la estancia.

«Yuri».

—Jodido bastardo —masculla entre dientes Adriano, apoyando su frente en mi nuca.

Y sí, no negaré que Yuri Novikov es un bastardo de tomo y lomo, pero a mí me ha ofrecido la oportunidad de algo que jamás antes he sentido.

Por primera vez en mi vida he volado. Y ahora más que nunca sé que me gusta esta Alina desinhibida, libre, sin restricciones y dueña de sus elecciones. Me prometo que, por mucho que los demás lo intenten, no pienso volver a tomar tierra.

Capítulo 27

Adriano

Salgo de la habitación privada del Mystral con una calma demasiado forzada. Cierro la puerta detrás de mí, pero no puedo cerrar lo que ha pasado ahí dentro.

Alina va delante de mí, su respiración aún irregular, la piel de su precioso trasero, aunque no la pueda ver, sé que está marcada por mis manos. Y yo…, joder. Yo soy un maldito idiota.

Debería haberme negado a los estúpidos juegos psicológicos de Yuri, y mucho menos hacerlo con ella.

Ahora sé que era inevitable que algo así sucediese entre nosotros. Desde el momento en que he aceptado, desde el momento en que mis manos han trazado los límites de su piel, he sabido que no habría marcha atrás. Porque lo que hemos hecho no es solo un juego de dominación y sumisión; es algo más profundo, más visceral.

Lo he sabido desde el primer latigazo de la fusta, desde el primer gemido ahogado que se ha escapado de sus labios, que no habría vuelta atrás.

En las prácticas BDSM, las emociones quedan al descubierto tanto para el que recibe como para el que impone el castigo. Y yo he quedado expuesto. Es como si estuvieses frente a un brutal espejo, no solo de forma literal, que te obliga a enfrentar lo que tienes en tu interior. Ella se ha abierto en canal para mí, sí, pero yo también lo he hecho por mucho que me haya querido reprimir. Porque cada azote, cada orden y cada susurro de dominación me ha revelado una verdad que ya no puedo ignorar.

Quiero hacerla mía.

No solo en el juego, no solo aquí, sino a todas horas. Y eso… siendo quien es, perteneciendo a la familia de la que proviene, eso es un gran problema, joder.

Fíjate que mi padre biológico fue un grandísimo hijo de puta, pero el de Vladimir, el de ella, también lo fue.

Sé que no es justo que los errores de los padres lo carguen los hijos. Soy consciente de ello, sin embargo, hace muchos años me prometí no volver a involucrarme con un Pavlov, y mucho menos confiar en cualquier miembro de esa familia. ¿Y qué hago yo? No solo formo equipo con dos de ellos, sino que mi instinto animal me exige que la reclame.

No debería sentir esa imperiosa necesidad.

En mis treinta y seis años nunca he tenido problemas en conseguir a cualquier mujer que quisiese. La veía, me atraía y no paraba hasta conseguirla. Siempre ha sido así, y a pesar de que suene prepotente, jamás he tenido que trabajar demasiado para lograrlo. Quizá por eso me canso demasiado rápido y no mantenga el interés más allá de unos cuantos encuentros esporádicos.

Es sabido que el ser humano proviene del reino animal y, como tal, somos los mayores depredadores que hoy en día habita en la Tierra. A diferencia de otros grandes depredadores, que cazan casi exclusivamente para alimentarse, el depredador humano lo hace por otros motivos. Sobre todo, nos domina el placer. Nos estimula, nos excita el proceso de cazar. Una vez que hemos alcanzado nuestro objetivo, nos cansamos con facilidad y necesitamos nuevos alicientes.

Y ahí radica el problema con Alina, al haber sido yo mismo quien me he prohibido acercarme a ella, hace que la necesidad de tenerla sea aún más fuerte.

«Me cago en la puta…».

Respiro hondo y ajusto los puños de mi camisa antes de que me lance a por ella, la gire e incumpla mi palabra de no follarla en este condenado lugar. Así que lo mejor es continuar por el pasillo mientras trato de ahogar el fuego que me quema por dentro.

Como le dije, ahora no es el momento, tengo una hermana que rescatar, una venganza que cumplir y a gente que matar. Porque eso es lo único que a día de hoy tengo más claro que nada. Cualquiera que esté involucrado, por mínimo que sea, en la desaparición de Valentina, no vivirá para contarlo. No obstante, eso no quita que sea

consciente y reconozca que Alina se está convirtiendo en una obsesión de la que me es difícil alejarme.

Le dejo su espacio.

Si yo sé lo que estoy sintiendo tras la sesión que hemos practicado, me puedo hacer una idea lo que supondrá para ella que nunca antes ha pasado por algo así. Debe tener la cabeza llena de enredos en estos instantes.

Cuando salimos de la zona privada, los otros tres ya se encuentran en el reservado esperando a Yuri.

La mirada de Vladimir se encuentra con la mía y me fijo en que su expresión es pétrea, como la de un hombre que ha soportado más de lo que debería. Isabella, por su parte, se mantiene a su lado, con los brazos cruzados, la boca tensa en una línea que apenas oculta el conflicto en su interior. Y, por último, Marco, nuestro *hacker*, está encorvado contra la pared, frotándose las sienes con impaciencia. Lo que me hace llegar a la conclusión de que, si a mí me ha dejado tocado la sesión, para ninguno de ellos ha debido ser fácil, sobre todo, porque tanto Vladimir como mi hermana tienen su historia.

El sonido de pasos alerta nuestra atención. Yuri Novikov reaparece arrastrando su silla, seguido de varios de sus fieles gorilas, con su sonrisa ladina. Es la sonrisa de un hombre que ha disfrutado de un espectáculo exclusivo.

Se detiene frente a nosotros y con un tono calculador dice:

—Muy bien, un trato es un trato.

Me tenso, igual que Vladimir a mi lado.

Yuri desliza un papel entre sus dedos con la teatralidad de alguien que sabe el valor de la información.

—Ha llegado a mis oídos que esta misma noche se está celebrando una subasta, por decirlo de alguna forma, un tanto ortodoxa, por supuesto —añade con su usual arrogancia—. No sé si será la que estáis buscando, de todas formas, ahí tenéis la dirección.

«Maldito manipulador hijo de puta», pienso cuando siento como la sangre me hierve.

Vladimir reacciona antes que yo y su furia enciende la chispa de la mía, que no es poca.

—¿Nos has hecho perder el tiempo cuando ya tenías esto? —gruñe, avanzando un paso hacia él.

Los hombres de Yuri reaccionan de inmediato y se interponen en el camino de Vladimir, protegiendo a su jefe mientras nos apuntan con sus armas.

Por instinto, hago lo propio y alzo mi pistola. Isabella se coloca a mi lado y sostiene a su fiel Simone en una de sus manos.

«¿Qué piensa hacer, rebanarles el gaznate?». Aunque no me sorprendería, la verdad. Mi hermana tiene predilección por cortar cabezas.

Miro de reojo, intentando ubicar a Alina, y la encuentro junto a Marco. No sabría diferenciar cuál de los dos protege a quién. Aprieto mi arma al sentir como los celos, tan jodidamente inoportunos, hacen acto de presencia.

—Se masca un ligero aroma a violencia… Relajaos, amigos —comenta Yuri mientras le hace una señal a uno de sus hombres para que dé un paso atrás.

Este, junto al resto, obedece, guarda su arma y se vuelve a colocar a su lado, aunque se mantiene alerta.

—¡Sabías desde el principio de qué hablábamos! —escupe Vladimir—. ¡Sabes lo que hay en juego!

—Así son los negocios. Deberías empezar a aprenderlo, *pakhan* —responde Yuri, alzando una ceja y mostrándose serio por primera vez desde que llegamos—. Primero el pago, después la información. No he sido yo el que ha ido en vuestra busca, sino al contrario. Considerad la deuda saldada.

—No te conviene convertirnos en tus enemigos —le amenazo.

—¿Y qué vas a hacer, Moretti? —Yuri abre los brazos, retándome.

Aprieto los dientes, conteniendo la ira, pero hasta yo sé que no debo liarme a tiros en terreno de Yuri. El muy cabrón tiene línea directa con personas que es mejor no cabrear.

Vladimir no pierde más tiempo y saca el teléfono, marcando con rapidez. En cuestión de minutos, ya está organizando un vuelo con destino a Tallin, Estonia. Ahí es donde se supone que se está celebrando la subasta y donde podrían estar Valentina y Sheila.

—Ha sido todo un placer vuestra visita —se regocija Novikov, sintiéndose ganador—. Volved cuando querais.

Antes de marcharnos, veo como se acerca a Alina y le pide que se agache para decirle algo al oído.

«Qué cojones…».

Avanzo hasta ellos, pero justo cuando llego a su lado, Yuri se aparta, depositando un beso en el dorso de sus manos.

—¿Qué te ha dicho? —gruño a Alina para hacerme oír a través de la música al alejarnos del reservado.

No veo el momento de salir de este sitio e ir a la ubicación. Me pican las manos por sentirlas llenas de sangre.

Alina me observa de reojo.

—Lo que ya me temía. Lo que me extraña es que él lo sepa.

La sostengo del codo para que se gire.

Ahí está, la electricidad entre nosotros. Es tocarla y mi cuerpo reacciona de inmediato.

—¿De qué hablas?

Ella niega.

—Ahora no es el momento, Adriano. Los fuegos mejor apagarlos de uno en uno.

Se suelta de mi agarre y sale del local. Siento que vivo en un perpetuo estado de cabreo. No me gusta que me oculte cosas, y menos si vienen de parte de Yuri.

Nos dirigimos a nuestros coches, que aparcamos cerca del club, pero Marco se detiene de repente. Suelta un suspiro pesado y se pasa una mano por la cabeza antes de decir:

—Lo siento, chicos. Hasta aquí llego yo.

Lo miro con el ceño fruncido y él se encoge de hombros.

—¿Qué dices, Marco? —le cuestiona mi hermana.

—Esto es demasiado incluso para mí, preciosa. Si necesitáis algo a nivel informático, llamadme, pero… Joder, se me han puesto los huevos de corbata cuando nos han apuntado con las armas.

Entiendo lo que dice. Este es mi mundo. El mundo tanto de los Moretti como de los Pavlov, sin embargo, cualquier persona ajena a la mafia es incapaz de soportarlo.

—¿Regresas a Pisa? —cuestiono.

—Sí. Jugar al agente 007 os lo dejo a los expertos —intenta bromear, aunque su sonrisa es nerviosa.

Asiento en silencio. Es lo mejor, no quiero que nadie se inmiscuya más allá de los implicados.

Mi hermana se despide con un beso rápido e informal en los labios de Marco.

Mi atención no se queda solo en ellos, sino en cómo la mirada del *hacker* se desliza entre Isabella y Vladimir antes de irse. Algo ha pasado entre ellos en el Mystral, algo que no tengo tiempo de desentrañar, aunque, desde luego, más tarde no pienso ignorar.

Por ahora, mi objetivo está claro: llegar a Tallin, encontrar quién está detrás de la Sombra y liberar a Valentina y Sheila.

Porque esta guerra, que cada vez tengo más claro que es personal, apenas acaba de comenzar.

*

Me ajusto el arnés y compruebo que el par de armas que he colocado en él estén bien enfundadas.

Llevo otra más de reserva enganchada al tobillo porque no sabemos qué nos vamos a encontrar.

Puede que estemos siendo demasiado confiados, aun así, no hemos querido alertar y solicitar el respaldo de nuestros hombres.

—Pilotas de pena —le echa en cara Isabella a Vladimir, quien nos trajo hasta aquí en su helicóptero.

—Pero se me da mucho mejor hacer otras cosas.

Mi hermana se queda inmóvil cuando Vladimir le rebate con una sonrisa de soslayo, aunque parece que sale rápido del trance.

—Sí, como tocarme los ovarios.

—Pues cuando te he tocado el coño no te has quejado.

«Me cago en la hostia, no tengo el cuerpo para esto», pienso cuando veo a Isabella sacar su bisturí e ir decidida a clavárselo al ruso.

—¡¿Qué haces?! Estamos en el mismo equipo. —Alina se interpone entre los dos e intenta detener a la chiflada de mi

hermana.

—Jamás estaré en el equipo de este miserable. Apártate, Alina —masculla Bella. En su mirada solo se ve derramando la sangre de Vladimir—. Te voy a rajar, cabrón.

—No te quedes ahí parado ¡Ayúdame! —exclama la *principessa* en mi dirección para que intervenga.

Sería un idiota si malgastase mi energía en este tipo de rencillas.

—Sé decidir qué batalla librar, y esta no es una de ellas —comento impasible, comprobando que la munición esté en su sitio.

—Claro, tú nunca te involucras. Menuda pérdida de tiempo para el capo, ¿verdad? —espeta mi hermana con una mirada entre rabiosa y herida.

Entrecierro los ojos.

No me gusta por dónde van los tiros, nunca mejor dicho. Sé que se refiere al hecho de que por mucho que siempre haya promulgado mi odio hacia Vladimir Pavlov, nunca he llegado a ejecutar mi venganza contra él. Lo que ella no entiende es que tengo mis razones.

¿Que odio al nuevo *pakhan*? Eso es un hecho.

¿Que no comparto ni ahora ni antes la toma de sus decisiones? Por supuesto que no, joder.

Tras lo que le sucedió a Isabella, Vladimir se comportó como un puto cobarde, pero si no he tomado nunca represalias es porque, gracias a su decisión de alejarse, mi hermana sigue viva.

—No estamos aquí para mantener una puta cháchara. —Aprieto los dientes y echo a andar.

El frío de Tallin se clava en mis huesos, aunque la ira que siento por toda esta mierda me caliente por dentro.

La dirección que nos ha dado Yuri nos ha traído hasta las afueras de la ciudad. Hemos dejado el helicóptero a un par de kilómetros para no levantar sospechas y el resto del camino lo hacemos a pie.

—Deberíamos haber traído refuerzos —considera Isabella por enésima vez.

—No.

Vladimir y yo nos miramos al negar a la vez.

—Sois unos zoquetes —se queja ella—. No sabemos qué nos vamos a encontrar, o de cuántos efectivos disponen. ¡Vamos a ciegas, joder! Esto es un puto suicidio.

—Estoy con la Barbie enfermera —se inmiscuye Alina.

Por suerte, antes de ir al aeródromo hemos pasado por uno de los pisos franco que utiliza Vladimir para abastecernos de armas. No sé de quién es o de dónde coño ha salido la ropa, pero ahora Alina lleva unos vaqueros y un suéter negro y no el trapo del demonio. Aun así, por desgracia para mí, sigue igual de sexi.

—Cuanta menos gente esté al tanto de nuestros planes, menos llamaremos la atención —responde Pavlov—. Necesitamos el factor sorpresa. Da gracias que permito que estés aquí.

—Deberías dejar de creer que tu palabra es la ley, Vlad —dice Alina, poniendo los ojos en blanco.

Espero que no comiencen a discutir de nuevo. Ha quedado claro que a Vladimir no le hace gracia que su hermanita se exponga y que a la *principessa* esa sobreprotección la saca de quicio.

—Donde más seguras están en estos momentos es a nuestro lado —añado sin mirar a nadie en especial mientras llegamos a la cima de una colina—. ¿Estás seguro de que es esta la ubicación? No se ve nada. —Me giro a Vladimir, que lleva un pequeño dispositivo de coordenadas.

—Justo aquí es donde señala la dirección que nos dio Yuri.

—¡Mirad allí! —exclama Alina, señalando con el brazo a una zona de la costa.

A pesar de la negrura de la noche, al pie de playa y escondida por la vegetación se divisa una vieja mansión en ruinas. Lo que queda de la fachada de piedra está llena de musgo a causa de la humedad. Tiene fragmentos de piedra y cristales rotos esparcidos por la arena.

Bajamos con rapidez y al acércanos compruebo que no hay luces ni se aprecian sonidos.

Camino con paso firme hacia la entrada, apretando los puños hasta que los nudillos me duelen. Alina y Vladimir se miran, llegando a la misma conclusión que yo, aunque ninguno se atreve a hablar.

Isabella, en cambio, se mantiene a mi lado con el ceño fruncido, evaluando la situación con sus ojos fríos y calculadores.

Sé que la preocupación por Valentina es su condena. El vínculo de gemelas es demasiado fuerte.

—Creo que no hay nadie —murmura Alina, como si no fuera una puta evidencia.

Me detengo en seco. Mi corazón bombeando mi sangre hirviendo.

—¡Lo sé, hostias! —grito, girándome hacia ellos. No me importa que mi voz retumbe en la noche, ya que no hay ni una jodida alma alrededor que me pueda escuchar—. ¿Aquí es donde debería haber una maldita subasta, una red de tráfico, algo? ¡Está vacío, maldita sea!

No me gusta sentirme así. No me gusta la sensación de haber sido engañado, de haber seguido una pista falsa como un perro tras un señuelo. Esto no es un error cualquiera, esto es una burla.

Camino con furia hasta la puerta de metal oxidado y la pateo con todas mis fuerzas.

El estruendo resuena en el interior vacío. Sigo golpeándola, desquitando mi rabia contra el hierro frío hasta que el metal cede. Antes de entrar, siento la mano de Vladimir en mi hombro.

—Tranquilízate —dice con esa voz grave y serena que me enerva aún más—. No resolveremos nada perdiendo la cabeza.

Lo aparto de un manotazo y cierro mis puños en torno a su camisa para acercarlo hasta mí.

—No me pidas que me calme cuando es mi hermana la que sigue desaparecida. Nos ha engañado, joder. O Yuri nos ha pasado una información falsa o, peor aún, llegamos tarde —digo entre dientes y lo zarandeo, intentado pagar mi frustración con él—. Si nos la ha jugado, lo mato. Si hemos llegado tarde por su culpa, lo mato. El caso es que alguien va a pagar por esto y el jodido lisiado tiene todas las papeletas.

Vladimir me pega un empujón para deshacerse de mi agarre.

—Sabes tan bien como yo que no te conviene estar a malas con Yuri Novikov.

—¡Me suda la polla! Pienso cortarle esas piernas inservibles que tiene y dejar que se desangre.

—No te digo que me encantaría ser testigo de ese gráfico final para el dueño del Mystral, pero sería añadir un problema extra y ahora vamos sobrados de ellos, ¿no crees?

Me toca los huevos que justo sea él quien esté intentando hacerme entrar en razón. Es como si hubiese retrocedido al pasado, cuando yo me movía por impulso y Vladimir era el más paciente y calculador de los dos. Me tengo que recordar que ya no somos esas personas ni existe esa camarería entre nosotros.

—¿Por qué maneja tanta información ese hombre? Ni que fuera Putin —bufa Alina.

—Pariente suyo es. —Se encoge de hombros mi hermana.

—Es familia de…

Vladimir asiente en dirección a Alina.

Y sí, esa es la única puta razón por la que Novikov sigue vivo.

—Qué… Mal rollo, ¿no?

—Exacto —concuerda Pavlov a las palabras de su hermana.

Hasta la mafia reconoce sus límites y con quién debe mezclarse.

—No sé vosotros, pero yo voy a echar un vistazo ya que estoy aquí —declara Bella.

Avanza y con su linterna ilumina el interior de la ruinosa mansión. Se adentra en la penumbra sin miedo, lo que nos obliga a seguirla. Dentro, el olor a humedad y a ácido podrido es insoportable. Hay muebles elegantes destrozados y ni rastro de actividad.

—¿Veis esto? —murmura, tocando el suelo con los dedos—. Alguien ha estado aquí recientemente. Esto no es polvo viejo, es ceniza.

Me acerco y veo lo mismo. Hay un círculo oscuro en el suelo, como si la detonación hubiese empezado justo ahí.

—Limpiaron la escena —concluye Isabella, levantando la vista hacia mí—. Puede que supieran que veníamos.

—Si eso es cierto, significaría que alguien nos ha delatado o que nos están vigilando.

—¿Y si Yuri nos tendió una trampa? —dice Alina con la voz temblorosa.

Supongo que descubrir que Novikov tiene enlace directo con el gobierno ruso le ha hecho darse cuenta del peligro de la situación.

—No. Por mucho que me cueste reconocerlo dudo que sea posible —responde Vladimir, cerrando los ojos un segundo, reprimiendo la furia que amenaza con desbordarse—. Yuri es muchas cosas, pero no es idiota. Sabe que tenerme a las malas controlando ahora a la Bratva no le es beneficioso. —Y centrándose en mí, cuestiona—: Era así como él trabajaba, ¿no?

—¿Trabajaba quién? —cuestiona mi hermana, levantándose.

Mis ojos se cruzan con los de Vladimir y resoplo.

Estoy cansado de ocultar información y menos mantener a mi hermana en la ignorancia. Por ahora ha desaparecido una, no quiero que por culpa de guardar secretos perder a la otra. Al pensar justo en eso, me decido a ser sincero.

—Tengo la sospecha de que quién está detrás de los secuestros es la Sombra.

A Isabella se le demuda el rostro y se lleva una mano al pecho, como si de repente sintiese un profundo dolor.

—N-no puede ser…

—¿Quién? ¿Quién no puede ser? —cuestiona Alina—. Si sabéis quién puede tener a Sheila y me lo habéis ocultado todo este tiempo….

—Él está muerto, ¿verdad? —continúa Isabella sin apartar su mirada de la mía.

Odio ver el pánico reflejado en su mirada. Yo justo me encargué de que no lo volviese a experimentar.

—Puede que sea un imitador —añade Vladimir al ver que no tengo una respuesta clara que dar. Y me odio por eso.

—¿Él lo sabía? —me pregunta Bella herida, ignorando a Pavlov.

—¿Se puede saber de qué narices habláis? —vuelve a preguntar Alina—. ¿Y tú por qué estás al tanto? ¿Quién cojones es la Sombra esa? Porque a mí me suena a personaje de Marvel. Y aviso que detesto las pelis de superhéroes.

—Fue un monstruo —declara mi hermana, observándome furiosa—. Y el padre de Adriano.

Siento como si me hubiesen dado un puñetazo en el pecho y me hubiesen arrancado todo el aire de los pulmones. En más de veinte años, tanto Isabella como Valentina jamás han puesto en entredicho que yo no sea hijo biológico de Giancarlo. Por esa razón, que ahora recuerde que Ángelo de Lucca fue mi padre escuece.

Me hace sentir sucio. Recordándome que por mis venas corre la misma sangre que la de ese bastardo.

—¿Tu padre? —Nos mira Alina confusa.

—Sabes tan bien como yo que eso es imposible —mascullo, centrándome en Isabella.

Ella me sostiene la mirada y guarda silencio sin creer en mi palabra. Es Alina quien se atreve a cortar la tensión que se ha creado.

—¿Por qué? ¿Alguien me puede explicar qué ocurre?

Esta vez mis ojos se desvían hasta los de Alina. ¿Quiere la verdad? ¿Quiere saber la clase de hombre que soy? Estupendo. Quizá así me ponga las cosas fáciles y se aleje de mí.

—Porque yo acabé con la Sombra. Yo maté a mi padre.

Capítulo 28

Alina

«Mató a su padre».

Esa frase martillea mi cabeza mientras el silencio se vuelve demasiado denso entre nosotros.

Percibo que Adriano no me quita los ojos de encima, pendiente de cada uno de mis gestos. Y yo ni siquiera sé qué decir ante esa confesión.

—Sí, *principessa*. Con esto debería quedarte claro que no soy un buen hombre.

¿Intenta alejarme? Porque va a tener que esforzarse más para conseguirlo.

—Supongo que tendrías tus razones. —Me encojo de hombros y observo que mi contestación le descuadra.

Si espera que lo juzgue, no pienso hacerlo.

En este tiempo he descubierto que Adriano no hace las cosas porque sí. Todo tiene una razón. Disparó a aquel hombre en el callejón en Venecia tras descubrir que se encargaba de drogar a personas inocentes para que fuesen secuestradas por una red de tráfico humano y las subastasen como si fuesen ganado. Si fue capaz de matar a su propio padre, seguro que se lo merecía.

Bien lo sabré yo, que mi padre toda su vida fue un egoísta cabrón. Consintió que su mujer no parase de engendrar hasta el punto de costarle la vida, mandó a que atacasen a la pareja de su propio hijo embarazada porque no cuadraba en sus planes y a mí… A mí me apartó como un juguete inservible, y para más inri condicionó mi destino, haciendo que pendiese la espada de Damocles sobre mi cabeza.

¿Qué clase de padre mueve los hilos a su antojo sin importarle el bienestar o la felicidad de sus hijos? Ya contesto yo: uno no demasiado bueno.

Por esa razón no puedo sentir su pérdida. No es suficiente compartir consanguineidad para tener un vínculo afectivo con alguien.

—Deberíamos marcharnos —interviene Vladimir, rompiendo el duelo de miradas que se ha creado entre Adriano y yo—. Está visto que poco más podemos hacer en este lugar.

Estoy de acuerdo. Quienes estuviesen aquí se encargaron de no dejar ningún rastro tras su marcha.

El camino de vuelta hasta donde dejamos el helicóptero lo hacemos sumidos en un silencio incómodo. La sensación de fracaso hace que el aire que respiramos se torne amargo.

No sé por qué empiezo a hablar. Lo que sí sé es que las palabras me arden en la lengua y el nudo en la garganta se aferra como si fuera una soga. Vladimir me observa con esos ojos que siempre fueron más grandes que su rostro, como si pudiera ver más allá de lo evidente. Isabella avanza a la cabeza del grupo. Su postura es recta, tanto que parece una cuerda tan tensada que no me extrañaría que se partiese en cualquier momento, y Adriano… él simplemente camina con decisión. Incluso desde la distancia puedo apreciar como su mente va a mil por hora.

—Fue Larisa —digo al fin, y el silencio se rompe como un vidrio bajo mis pies—. Ella fue la que mandó a alguien para matarme.

El impacto es inmediato. Vladimir da un paso hacia mí con la furia brotándole por debajo de la piel.

—¿Qué quieres decir?

Continúo andando, pero él hace que deje de avanzar apoyando una mano sobre mi hombro. Es al pararme cuando siento como las piernas apenas me sostienen. Mis emociones han sido una auténtica montaña rusa y ahora estoy sufriendo los estragos.

—Cuando regresamos a San Petersburgo, tuve mis sospechas y Yuri me lo confirmó.

—¿Eso fue lo que te dijo antes de dejar el Mystral? —cuestiona Adriano, dando un paso hacia nosotros.

Asiento.

—Fue bastante directo. —Niego, intentando ordenar mi mente —. Me dijo que mantuviese los ojos abiertos porque las serpientes

atacaban cuando se sienten amenazadas o sorprendidas. Y que, a personas de mi alrededor, especialmente a Larisa, no le está gustando que «despierte». —Entrecomillo con los dedos.

No me dijo nada nuevo. Ella es la única persona que a día de hoy ha intentado amedrentarme y ha deseado que siguiese siendo la chica dócil que he sido hasta ahora.

—Maldita perra —escupe Vladimir.

—Las eliges a conciencia, ¿eh? —Ríe Isabella con cierta inquina, unos metros alejada de nosotros.

Mi hermano ni se molesta en responderle. Se pasa las manos por los pelos y hace lo que mejor se le da, resoplar.

—¿Qué gana ella con tu muerte?

—¿Todo? —planteo—. Piénsalo bien, Vlad. Siempre he sido un estorbo para ella, un recordatorio de lo que nunca pudo ser. A diferencia de mí, idolatraba a nuestro padre y él confiaba en ella.

Supongo que entre víboras se entienden.

—Nunca será la Matrioska —declara rotundo.

—¿Estás seguro? —pregunto, escéptica, sin querer ser cruel. A la definitiva, es su esposa—. Si yo no existo, ella será la única mujer con alguna línea directa que quede de los Pavlov —le explico para que entienda el punto al que yo he llegado—. Todo su afán ha sido que me case con Viktor para así, de alguna forma, tenerme controlada.

—¿Vas a casarte con ese relamido? —pregunta Adriano. Sus ojos deslumbran en la noche furiosos.

—No si puedo evitarlo. —Cuadro mis hombros.

—Alina es la futura Matrioska, tiene un deber con la familia —añade Vladimir, desoyendo mi negativa.

¿En serio, después de todo lo que está sucediendo, sigue pensando lo mismo?

—¡Yo no le debo nada! —exclamo con vehemencia.

Mi hermano niega y endurece la mandíbula.

—Hiciste un pacto conmigo, *sestra* —me recuerda. Lo observo dolida—. Mi parte la estoy cumpliendo. Te he dado espacio, te estoy permitiendo que busques a tu amiga. Espero que cuando llegue el momento formalices la tuya, si no atente a las consecuencias.

Algo dentro de mí se quiebra. Esa sensación de esperanza que he estado experimentando estos días la acaba de arrancar de raíz.

Mi hermano se gira, dando el tema por zanjado.

—Eres un egoísta —reprocho a su espalda.

Los ojos me escuecen a causa de las lágrimas que me niego a derramar. No pienso darle esa satisfacción.

—¡Soy el *pakhan*! —grita en mi cara cuando se vuelve—. No voy a permitir que nadie cuestione mi autoridad.

Doy un paso atrás, temerosa. Por un instante he visto más que nunca reflejado a mi padre en él.

Estos días junto a Vladimir han sido un espejismo, una maldita ilusión engañosa. Pensé que al fin me había visto, que comenzaba a tratarme como lo que de verdad soy, su hermana, y no una posesión más de la Bratva, sin embargo, nada ha cambiado. Él nunca cederá, y al igual que le pasó a nuestro padre, siempre interpondrá los deseos de la mafia por encima de cualquier otra cosa, incluso de mi felicidad.

—Gracias por recordarme que estoy sola. Por un momento pensé que las cosas podrían cambiar.

A pesar de que quiero parecer dura o serena, mi voz suena tan rota como me siento yo.

Desvío la mirada al horizonte, sin querer cruzarla con la de nadie.

No quiero ver el dolor en los ojos de Vladimir. Tampoco la compasión en la de los Moretti. Eso haría que me derrumbase por completo y no estoy dispuesta.

—Entonces qué, ¿matamos a Larisa? —dice Isabella sin pestañear—. Porque nada me haría más feliz que presentarle a Simone.

No puedo evitar centrar mis ojos en ella. Veo que me guiña un ojo y a mí se me instala un nudo en la garganta por esa muestra de complicidad.

—No —respondo—. Aún no. Primero quiero que sepa que lo sé. Quiero mirarla a los ojos y ver el miedo reflejado en ellos. Después… que arda.

—Esa es la actitud, *principessa* —aplaude la italiana—. Al final voy a acabar tolerándote y todo.

Cabeceo y, sorprendentemente, se me escapa una sonrisa.

—No vais a matarla —aduce Vladimir.

¿Cuántas puñaladas puede recibir alguien por la espalda hasta que deje de doler? Porque el simple hecho de que mi hermano ni se lo plantee, cuando su mujer ha sido la primera que me ha querido matar a mí, escuece como si me echase sal en una herida abierta.

—Tú a mí no me das órdenes. Si quiero remodelar su cara, atrévete a impedirlo —manifiesta Isabella, sosteniendo el bisturí y mostrándoselo a Vladimir.

—No vas a hacerlo. Ninguno lo hará, de hecho.

—¿Por qué? ¿Tan enamorado estás? —Pese a que Isabella intenta cuestionarlo en un tono de burla, puedo ver como el simple hecho de soltarlo le duele.

Mi hermano parece que tiene la cabeza metida en el culo y no se da cuenta, cuando dice:

—No vais a hacerlo porque quien la va a matar voy a ser yo.

Parpadeo una, dos e incluso tres veces tras su declaración. Algo se calienta en mi interior, pero no compensa la decepción que sigo sintiendo hacia Vladimir.

Isabella sonríe y se le estrechan los ojos con malicia.

—Si me dejas mirar, prometo amenazarte menos veces con clavarte a Simone.

Joder… Esta mujer está fatal. No ha dicho que dejará de amenazarlo, sino que lo hará menos.

Somos tan distintas a pesar de que nos hemos criado en el mismo mundo. Isabella es dueña de sus propias decisiones, nadie la coacciona, nadie la gobierna mientras que yo… En fin, mejor no centrarme en las comparaciones. Está claro que tengo las de perder.

No se me pasa por alto que Adriano se ha mantenido en silencio todo este tiempo. Como si se hubiese disociado de lo que ha ocurrido en estos últimos minutos.

Retomamos la marcha y lo hago lo más alejada posible de mi hermano, al igual que Isabella mantiene las distancias con Adriano. Está claro que cada una tenemos problemas con nuestros hermanos.

Por suerte, el trayecto en helicóptero hasta San Petersburgo no es más de dos horas, las cuales las pasamos cada uno sumido en nuestros pensamientos.

Una vez que aterrizamos en el aeródromo, está amaneciendo, la noche dando paso a un nuevo día, uno en el que seguimos sin encontrar a Sheila y Valentina.

—Deberíamos descansar un poco. En unas horas me acercaré al hotel para que ideemos un plan por dónde seguir a partir de ahora —comenta Vladimir mientras nos dirigimos a los vehículos—. Vamos, Alina.

—Ella se viene conmigo —declara Adriano, saliendo por fin de su mutismo.

—¿Cómo dices? —cuestiona mi hermano, envarándose.

—Me has escuchado perfectamente.

—Si crees que voy a consentir que se vaya contigo es que eres idiota —masculla—. Te pedí que no la tocases.

—En cuanto a eso, no tengo por qué darte explicaciones, Alina es una mujer adulta. Y respecto a lo otro, yo no permitiré que se vaya a una casa donde la quieren muerta.

—¡Sé proteger a mi propia hermana!

—Sí, ya lo veo…

Estoy tan cansada de que hablen de mí como si no estuviese presente que los dejo en su particular pelea de gallos y echo a andar.

—¿Dónde crees que vas? —gruñe Adriano al ver que me alejo de ellos.

—Mientras vosotros debatís dónde debo quedarme, yo he decidido que lo haré con Isabella.

—Ah, ¿sí? —formula la mencionada, sorprendida.

—Si a ti no te importa, por supuesto —dudo.

Ladea la cabeza y me observa con su fría mirada.

—La primera regla para que te tomen en serio es que jamás pidas permiso. ¿Tú quieres quedarte conmigo? Lo haces y punto.

Estoy tan agradecida por sus palabras que siento lástima de mí misma. Y lo odio. Así es mi vida. Siempre he sido una marioneta en

manos del *pakhan* de la mafia y acatando todo cuanto me ordenasen.

—Me quedo con ella.

Esta vez mi voz suena más segura cuando enfrento a Vladimir, al cual no le hace gracia mi decisión. Lo sé porque el que me quede con Isabella, de alguna forma, hace ganador a Adriano.

—Ali…

Me meto en la parte trasera del coche sin querer seguir escuchándolo. Él ha dejado claras cuáles siguen siendo sus intenciones conmigo. Si nos vamos para regir por el pacto de sangre que hicimos en Venecia, está bien. Aún me quedan unos meses de libertad y pienso aprovecharlos hasta el último segundo.

Una vez que llegamos al hotel, me cuestiono mi decisión. La *suite* en la que se alojan los hermanos Moretti parece un pequeño apartamento. Dispone de dos habitaciones, una para cada uno de ellos, con baño privado y un comedor central.

—Espero que no seas de las que roncas.

—No te preocupes, dormiré en el sofá.

—Déjanos solos, Bella —nos interrumpe Adriano, centrado en mí.

Ella lo observa con una ceja alzada y yo me pongo rígida. Al fin, Isabella suspira, se da la vuelta y se dirige a su dormitorio.

Antes de cerrar la puerta, grita:

—Si os vais a poner a gemir, hacedlo en silencio. Tengo el sueño ligero.

La cara me arde a causa del sonrojo y me concentro en cualquier parte de la estancia menos en el hombre que permanece delante de mí.

—¿Y bien?

—¿Y bien qué?

Adriano tiene los puños apoyados en su cintura. A estas alturas, tras la noche que hemos pasado, lleva la camisa remangada hasta la altura de los codos, dejando al descubierto sus antebrazos tatuados.

—¿Cuándo me ibas a decir que estás prometida?

—Yo no estoy prometida. —Me cruzo de brazos.

—Tú hermano no piensa lo mismo —gruñe.

—Me dan absolutamente igual los pensamientos de Vladimir. Aún tengo tiempo, por lo tanto, no estoy prometida. —Si hay alguien con el que menos me apetezca hablar de este tema es con él—. De todas formas, ¿a ti qué más te da?

—Me gusta estar preparado y saber a qué me enfrento.

Frunzo el ceño.

—¿De qué hablas?

Su mirada está fija en mí, como si sus pensamientos fueran un murmullo que solo yo pudiera oír.

—Antes has dicho que estás sola —dice con voz baja y ronca—. Mientras yo respire no volverás a estarlo. Te he dado la opción de que te alejases y aquí estás. Si te hago mía, no hay vuelta atrás.

—Eso suena un poco posesivo y tóxico, ¿no crees?

—Este soy yo. Sin dobleces ni aristas. —Avanza un paso—. Has visto la clase de hombre que soy. No me tiembla la mano si tengo que arrebatar una vida. Tú decides si lo aceptas o no.

Lo miro.

La rabia, el dolor, el miedo… todo se arremolina dentro de mí. También algo más crudo, más salvaje. El deseo.

He deseado a Adriano desde el primer día, pero ahora es diferente. No es solo deseo, es necesidad. Es hambre. Es un grito que me nace desde los huesos porque me deja elegir, algo que jamás he podido hacer. Y tengo clara mi decisión: lo elijo a él.

Me acerco a Adriano sin añadir una palabra. Sus manos me reciben acoplándose a mi cintura, como si ya supieran lo que iba a pasar.

Nuestros labios se encuentran con una violencia contenida, como si cada beso pudiera curar heridas.

No es un buen hombre, lo sé, sin embargo, hasta ahora conmigo sí lo ha sido, y eso es lo único que me importa.

Mis dedos se enredan entre los mechones de su pelo y él me alza con una facilidad que me hace estremecer.

Camina hasta el dormitorio, me lleva hasta la cama y me deja como si fuera de porcelana, pero cuando deja caer su peso sobre mí

no hay delicadeza, solo hay fuego.

Mis piernas se abren para recibirlo y él me recorre con las manos, como si buscara un mapa antiguo en mi piel. Mi suéter vuela por el aire. Su camisa lo sigue. Su torso, duro y cálido, se presiona contra el mío y jadeo mientras sus labios se deslizan por mi cuello, bajan por mi clavícula y se detienen en la cima de mis pechos. Con su lengua delinea la carne que sobresale por el borde del sujetador y mi voz sale entre gemidos entrecortados.

—Adriano…

—Shhh… —susurra con una sonrisa que roza lo peligroso que es —. Te tengo.

Y vaya si me tiene.

Creo que me tuvo en el primer instante que nuestros ojos conectaron. Y ahora lo hace con cada caricia, con cada mordisco me arranca el aliento.

—Eres tan suave, tan perfecta… —murmura sobre mi estómago.

Sus dedos se cuelan por la cinturilla de mis vaqueros hasta alcanzar el botón, el cual desabrocha.

Miro hacia abajo y me encuentro con sus ojos. Su mirada es tan intensa que me recorre un escalofrío justo en el instante que baja la cremallera.

—¿Estás segura?

¿Cree que llegados a este punto tengo dudas?

—Sí —confieso, esperando que vea la sinceridad reflejada en mis ojos.

—¿Por qué yo? ¿Por qué conmigo?

—¿Acaso piensas que no lo mereces? —pregunto de vuelta.

Comienza a deslizar los pantalones por mis piernas y juro que me cuesta muchísimo mantener una conversación en estos momentos.

—Sé que no lo merezco —afirma, rozando con sus labios el interior de uno de mis muslos—, pero soy tan codicioso que me da absolutamente igual.

Quizá por una vez esté de acuerdo con que sea egoísta.

Me quita los zapatos y termina de sacarme los pantalones.

Me encuentro ante él en tan solo ropa interior, una que por cierto no me pertenece y de la que no me cuestiono a santo de qué mi hermano tenía lencería a estrenar en su piso franco. Supongo que también lo utilizará de picadero.

—Aún no me creo que seas una Madonna…

—No empecemos —le advierto.

He intentado controlar el nerviosismo para que ahora venga a sacar el tema.

—Es que… Joder, mírate. Eres preciosa —me halaga, trazando mis curvas con sus manos.

Cierro los ojos a la vez que alzo mis brazos, engancho mis manos a los barrotes del cabecero y arqueo la espalda, disfrutando de sus caricias, sin embargo, los abro de repente cuando coloca mis piernas sobre sus hombros y siento cómo su aliento calienta mi entrepierna.

—Esto no lo vas a necesitar —comenta antes de que cierre sus manos en torno a las bragas y las rasgue por la mitad.

Todo es tan primitivo que mis piernas tiemblan. Coopero y me quito el sujetador, quedando completamente desnuda ante él.

Sus manos vuelan a mi trasero y siseo al sentir el roce. Aún lo tengo un tanto magullado de los azotes.

—Por favor, Adriano…

Lo de suplicar ante él parece que se está volviendo una costumbre.

—¿Qué quieres, *cara*?

—A ti. Te quiero a ti —confieso sin reparos ni ambages.

—Me tienes. Y eso es lo más peligroso.

Tras esa declaración, su boca cae directa donde tanto la necesito. Suelto un gemido prolongado al notar cómo me lame sin remisión, sin darme tregua.

No tiene piedad. Es un demonio dispuesto a llevarme al infierno del placer. Le tiro del pelo a tal extremo que no me sorprendería si le arranco mechones.

Estoy tan cerca de correrme que, cuando creo que comienza el orgasmo, chillo de frustración al sentir que se retira.

El grito se prolonga cuando su miembro se abre paso por mi estrecho canal.

Estaba tan concentrada en recibir sus atenciones que ni siquiera sé cuándo se ha deshecho de sus pantalones.

Envuelve mis piernas en torno a sus caderas y apoya los antebrazos a cada lado de mi cabeza.

Suelto un quejido.

—Ya pasó —intenta consolarme.

—Mentiroso…

Se le escapa una risa y siento que este malestar merece la pena solo por haber escuchado ese sonido.

Tiene un tamaño considerable, y conforme su erección avanza, la sensación punzante se acentúa.

Se introduce con delicadeza. Cuando se mete hasta la empuñadura, permanece quieto para que mis paredes vaginales se adapten a él.

—Tan estrecha que me correría ahora mismo —murmura en mi oído. Y mi vagina sufre un espasmo—. Joder…

Esconde su cara en el hueco de mi cuello y suelta un resuello.

—Muévete o me muero —le pido cuando el dolor va remitiendo.

—Muy bien, *principessa*, agárrate fuerte.

Y eso hago, mis uñas se clavan en su espalda y nos movemos como si el mundo se estuviera acabando, como si el dolor fuera algo que pudiéramos ahogar entre las sábanas. Él dentro de mí es un clamor, un refugio, una guerra ganada en el campo más íntimo. Cada vez que sus caderas chocan con las mías, siento que algo en mí vuelve a nacer.

Nuestros cuerpos sudan, se buscan, se pierden y se vuelven a encontrar. Mi espalda se arquea y él me toma con fuerza, con una voracidad que me contagia.

Su boca pronuncia mi nombre como si fuera un secreto. Yo le araño la espalda con furia, con necesidad. No solo le acabo de regalar mi virginidad, sino que me he entregado a él en totalidad.

Gimo su nombre como una plegaria y él responde con la entrega más absoluta.

—Eres mía, Alina —dice contra mi oído—. Mía.

Asiento porque lo soy. En este instante no hay traición, no hay muerte, no hay mafia… Solo nosotros dos y nuestros jadeos, que bailan alrededor.

No aguanto más, se lo hago saber y él embiste con ímpetu. Le muerdo el hombro cuando el clímax nos arrasa. Es como si el universo explotara entre nuestros cuerpos. Un jadeo, otro y nos fundimos, nos destrozamos y nos reconstruimos en unos pocos movimientos.

Quedamos enredados, jadeando, sin palabras.

Minutos después, con el pecho aún agitado, sale de mi cuerpo, se quita el preservativo que ni siquiera me he preocupado que llevase puesto, se coloca a mi espalda y me envuelve entre sus brazos. Su respiración cálida contra mi nuca es la única música que quiero oír.

—Dios… —digo, apenas en un susurro.

—Deja al Todopoderoso fuera de esto —comenta, depositando un beso detrás de mi oreja—. ¿Estás bien?

Se alza sobre su codo y me gira para que quede de cara a él. Con una mano me aparta un mechón de la frente.

—Tanto que quiero repetir. —Sonrío como hacía tiempo que no lo hacía, con el corazón.

A él le brillan los ojos, se le dilatan las pupilas, el negro comiéndose casi todo el azul, y me besa, aceptando mi propuesta.

Cierro los ojos.

Por primera vez en días, el miedo y la desesperación se alejan unos pasos. Mañana será otra batalla, pero este momento, al menos, es solo nuestro.

Capítulo 29

Alina

Me despierto con el sol colándose con timidez entre las cortinas gruesas del hotel. Por un instante no sé dónde estoy. Luego la memoria me golpea con la fuerza de un huracán: la mansión derruida; la conversación con Vladimir; la decepción que sentí y después él, Adriano. Su boca, sus manos, su cuerpo entero reclamando el mío como si fuera suyo desde siempre.

Estiro el brazo hacia el otro lado de la cama y solo encuentro las sábanas frías y sin nadie a mi lado.

Frunzo el ceño.

Me incorporo, dejando que la sábana resbale por mi cuerpo desnudo. Me abrazo, más por el desconcierto que por el frío.

«¿Dónde está? ¿Por qué se ha ido sin decir nada? ¿Se arrepiente? ¿Fue solo una descarga, una forma de aliviar la tensión que siempre ha existido entre nosotros?».

Todas las preguntas se arremolinan en mi cabeza, saboteándome.

Ojalá pudiera decir que no ha sido importante para mí, pero sí que lo ha sido.

Muerdo mi labio inferior, saboreando aún el rastro de él en mí, deseando volver a tenerlo encima, de lado, de todas las formas posible y odiándome un poco por ello.

Unos golpes suaves en la puerta me hacen levantarme de la cama. Me pongo una camisa que encuentro en el respaldo del sillón y camino descalza por la alfombra para abrir.

Isabella está del otro lado, impecable como siempre, con unas gafas de sol oscuras, aunque estamos bajo techo, y varias bolsas en sus manos.

—Buenos días, dormilona —dice, entrando sin esperar invitación —. Te traigo ropa nueva. Necesitas algo más presentable que —me

señala— la camisa de mi hermano.

Me cruzo de brazos, como si así pudiese desaparecer.

—Gracias… Supongo —murmuro, cerrando la puerta detrás de ella.

—Adriano y la rata de tu hermano están en el piso franco. Nos esperan allí, así que date prisa —añade, dejando las bolsas sobre la cama sin prestarme demasiada atención.

¿Adriano se fue directamente con mi hermano? ¿Sin una nota ni un mensaje? Puf…

Me limito a asentir. No estoy lista para analizar qué significa eso y menos delante de Isabella no vaya ser que me lea con facilidad.

Me ducho rápido, intentando ignorar las preguntas que me taladran la cabeza, y me cambio con lo que Isabella me ha traído. Me decanto por unos pantalones ajustados de cuero negro, una blusa blanca de seda y lo combino con un *blazer* y botas con tacón bajo. Me veo peligrosa, pero a la vez elegante. Lista para enfrentar lo que venga, aunque por dentro siga hecha un lío y mis emociones parezcan un torbellino.

—He pedido el desayuno —comenta Isabella cuando me reúno con ella en el comedor.

—Son las seis de la tarde —puntualizo.

Le da un bocado a un croissant y se encoge de hombros.

—Pero nos acabamos de levantar.

Parpadeo por que para ella sea todo tan sencillo.

«En fin…».

Tomo asiento y me sirvo café. Al primer sorbo cierro los ojos, saboreando y sintiendo cómo la cafeína me reactiva.

Al final tengo que reconocer que lleva razón y era justo lo que mi cuerpo necesitaba.

Cuando acabamos, bajamos y me sorprende que Dante y Misha nos estén esperando en la entrada del hotel. Dante, con su chaqueta de cuero y ese aire de tipo al que no le tiembla el pulso ni siquiera cuando mata y Misha, serio, mucho más discreto que el italiano, con una mano en el bolsillo y la otra sosteniendo su teléfono.

Ambos nos saludan con un leve gesto.

—Van a escoltarnos juntos —me informa Isabella cuando subimos al asiento trasero del coche.

—Es una orden directa —responde Dante con una media sonrisa mientras arranca—. Al parecer, Moretti y Pavlov tienen un nuevo plan maestro para dar con el paradero de las chicas y nos toca a nosotros llevaros hasta ellos.

Misha asiente desde el asiento del copiloto sin dejar de mirar la calle, que pasa como un borrón a causa de la velocidad.

—Lo que sea que estén planeando requiere lo mejor de los dos bandos. —Y tras guiñarnos un ojo, añade—: Y lo mejor somos nosotros.

Isabella suelta una risa breve.

—Como ves, son dos gallitos jugando a ver quién es el favorito del jefe.

—No jugamos —dice Dante—. Solo hacemos nuestro trabajo, dulzura. —Le sonríe socarrón a través del retrovisor.

Me inclino hacia Isabella.

—¿Qué tan al tanto están de lo que ocurre? —murmuro en su oído.

—No creo que mucho —responde ella en el mismo tono—. Mi hermano suele ser muy reservado. Seguro que no le ha contado nada más allá de las desapariciones.

Asiento y vuelvo a colocarme en mi asiento.

Observo en silencio cómo los dos interactúan juntos sin fricción. Me sorprende lo fácil que parece todo entre ellos, cuando hace apenas unas semanas habría sido impensable. La Bratva Pavlov y la Cosa Nostra Moretti. El hielo y el fuego. Sin embargo, aquí estamos, coordinados, eficientes y por primera vez desde que empezó esta pesadilla siento que puede ser posible. Que dejando a un lado las diferencias podemos hacer frente a cualquier cosa que se nos presente.

El piso franco es sobrio y funcional, con la decoración mínima para mantener la discreción. Subimos Isabella y yo sin hablar mucho. Los guardias se han quedado abajo, controlando las inmediaciones.

Al entrar, comienza a latirme el corazón como loco cuando veo a Adriano.

Está apoyado contra una especie de mesa de operaciones, revisando algo con Vladimir. Luce tranquilo, enfocado, como si la noche anterior no hubiera ocurrido, como si no me hubiera susurrado que era suya mientras me hacía perder el control una y otra vez.

Nuestros ojos se cruzan por un segundo y nada. Ni una maldita señal. La verdad es que esperaba algo diferente, no que proclamase su amor por mí a los cuatro vientos, no soy tan ingenua y piense que se ha enamorado, pero no sé, quizá un poco más de complicidad.

Tomo aire y me obligo a no mostrar nada.

Camino hasta ellos con paso firme y expresión neutra. Si él puede fingir que no pasó nada, yo también puedo hacerlo, aunque el cabreo me esté quemando por dentro.

—Bien, ya estamos todos —dice Vladimir sin rodeos—. Escuchad con atención. Volví a ponerme en contacto con Novikov.

—¿Con Yuri?

Frunzo el ceño.

—Tenía que reclamarle que no encontrásemos nada en la ubicación que nos facilitó.

Me extrañaba que mi hermano lo dejase estar por mucha línea directa que tenga el otro con Putin.

—¿Y…? —le alienta Isabella, cruzada de brazos.

—A él le sorprendió tanto como a nosotros que el lugar estuviese vacío —interviene Adriano.

Ni lo miro. No me fio de mí misma en este momento. Lo único que me apetece es soltarle una infinidad de reproches por hacer como si nada hubiese ocurrido entre nosotros.

Maldita sea, debería aprender un poco más de ellos y dejar de ser tan emocional.

—Vamos a organizar otra fiesta de la Sociedad de las Máscaras. Esta vez con un doble propósito. Atraer a la Sombra. —Activa la pantalla del portátil y aparece un plano detallado de un viejo teatro en Moscú—. Crearemos las condiciones perfectas para que vuelva a

actuar y Yuri pueda seguirle el rastro. Y eso no es todo —sus ojos se vuelven fríos—, mataremos dos pájaros de un tiro, nunca mejor dicho, y le prepararemos una encerrona a Larisa. Esta vez, esa perra no tendrá tiempo de verlo venir.

—¿Estás seguro de que asistirá? —pregunta Isabella.

—Mi mujer no puede resistirse a una oportunidad como esta —responde Vladimir con convicción—. Ella cree que Alina es vulnerable, y por cómo se comportó esta mañana, no sospecha que sabemos lo que hizo. Querrá terminar lo que empezó y ahí la vamos a cazar.

—¿Te dijo algo?

—Se mostró en plan victimismo tras la confrontación que tuvo en la fiesta.

Miro a Isabella, que sonríe victoriosa.

—Oh, cómo disfruté de ponerla en su lugar.

—¿No enloqueció? —cuestiono dudosa.

—Es Larisa, Alina, ¿tú que crees? Para ella todo es un drama. —Pone los ojos en blanco—. Tuve que aplacarla y hacerle creer que estoy de su parte.

—Vamos, que te la follaste —asume Isabella.

Aunque su tono suene casual, sus ojos están incendiados.

Cruzo los brazos y mis manos se cierran en puños a los costados. Lo siento, pero el nombre de Larisa me sigue sabiendo a veneno.

—¿Y qué haremos con la Sombra? —pregunto sin mirar aún a Adriano—. Seguimos sin saber quién está detrás de las subastas.

—Ahí es donde entra Yuri. Para él es muy importante que se ponga en entredicho que la información que pasa es una puta mierda —responde Vladimir—. Esta vez no nos cogerá desprevenidos porque no trabajaremos solos. Todo estará controlado, desde el personal hasta las salidas. Habrá ojos en todas partes. Si vuelve a atacar, lo sabremos y esta vez llegaremos hasta Sheila y Valentina.

La adrenalina empieza a correrme por las venas. Una fiesta, otra maldita máscara sobre mi rostro y otra trampa. No obstante, esta vez no seré la presa, sino quien esté preparada con el arma cargada.

Es lo que tiene cometer errores, que aprendes de ellos.

Adriano pasa a mi lado cuando se aleja de la mesa. Por un segundo, su mano roza la mía, es apenas un roce casi imperceptible, pero el calor que deja detrás es tan real que me roba el aliento.

Lo miro de reojo.

Sigue sin decir nada, ni siquiera me mira. Por eso yo a él tampoco, aunque no puedo negar que me muero por hacerlo.

—Hemos decidido que estos dos días que quedan hasta la fiesta no mantengamos el contacto para no levantar sospechas. —Sus palabras caen en mi estómago como plomo—. Hasta entonces, Vladimir y yo estaremos en contacto mediante vía telefónica. —Se acerca a su hermana y la agarra del codo para que lo acompañe a la salida. Antes de que desaparezcan por la puerta, se gira y, centrando por primera vez desde que he llegado su mirada en mí, comenta—: Nos vemos en Moscú.

Y a pesar de que lo haya dicho en general, sé que sus palabras iban dirigidas en especial a mí.

Capítulo 30

Adriano

La noche que pasé con Alina sigue grabada en mi cabeza como si hubiera sucedido hace unos segundos. El sabor de su piel, el sonido de su voz entrecortada cuando se corría entre mis brazos, las uñas clavadas en mi espalda… Joder, la *principessa*.

Cuando la tuve bajo mi cuerpo temblando, entregada por completo…, algo en mí cambió. No me gusta admitirlo. No me gusta pensar que una mujer —y menos una como ella— pueda colarse en mi interior como una bala bien dirigida, sin que lo note hasta que es demasiado tarde.

Sin embargo, ahí está. En cada maldito pensamiento, en cada uno de mis latidos.

Después de lo que compartimos, después de haber sido yo el que le quitó la virginidad… Ya no hay vuelta atrás. Es mía. Mía y de nadie más. Que Dios se apiade del cabrón que intente tocarla porque juro que lo mataré.

Este par de días alejado de ella me han servido para aceptarlo. Sé que me he comportado como un cabrón aplicando la ley del silencio con ella, pero nadie dijo que fuese un santo.

Vladimir, con el plan que ideó, me dio la excusa perfecta para tomar distancias. En el momento que apareció en el piso franco estuve a punto de lanzarme contra ella y apoderarme de su boca. Necesité todo el control del que dispongo para no hacerlo. No porque no quisiese, sino porque antes tenía que aclararme.

Dicen que solo echas en falta a alguien cuando experimentas su ausencia. Y a mí eso me ha servido para convencerme de que lo que empiezo a sentir por Alina va más allá de un simple calentón.

Me la suda que le saque más de una década, que sea hermana del hombre que traicionó nuestra amistad y dañó a mi propia hermana, pero lo que de verdad me importa una mierda es que

Alina tenga escrito su destino y se tenga que convertir en la Matrioska porque eso solo sucederá por encima de mi cadáver.

Si ella me acepta —y no las tengo yo todas conmigo tras haber hecho bomba de humo— será solo mía y de ningún otro cabrón.

El salón del teatro de Moscú se ilumina con el típico lujo frío, dorado y lleno de secretos. Puede que las máscaras cubran los rostros, pero las intenciones están al desnudo.

Ya sabemos que nadie aquí ha venido solo a bailar ni a socializar. La Sociedad de las Máscaras es la mezcla perfecta de poder, de pecado y de muerte envuelta en terciopelo.

Isabella está parada a mi lado, tan hermosa y tan afilada como un puñal. Ella sí está acostumbrada a estos lugares. A fingir que no ve lo que hay detrás de cada cortina. Desde que nos liberamos y acabé con la vida de Ángelo de Lucca, quise que mis hermanas pudiesen decidir en su vida. Puede que mi confianza haya sido un arma de doble filo. Quizá, si hubiese puesto más restricciones, Valentina seguiría a nuestro lado, aun así, no puedo pensar en ello. Por nada del mundo hubiese coartado la vida de mis hermanas. No cuando vi de primera mano el sufrimiento de mi madre al sentirse ninguneada y anulada.

Sí, soy un controlador de tomo y lomo, lo que no soy es un dictador. Y en esa comparación radica la diferencia.

—¿Quieres dejar de sobarte el traje? Me estás poniendo de los nervios —comenta Isabella, sorbiendo un trago de su copa de champán.

Estoy tenso, lo reconozco. Esta noche no podemos fallar, tampoco sé cuándo va a aparecer ella. No sé cómo habrán sido estos días al lado de la arpía de Larisa.

Aprieto los puños al pensar en esa maldita zorra. Y entonces la veo.

Alina.

Camina entre la multitud con su hermano al lado y esa víbora de Larisa pegada como una sombra. La *principessa* lleva un vestido para deslumbrar. Es de cuentas brillantes en tono azul oscuro, ajustado, con transparencias que dejan poco a la imaginación y ese antifaz de encaje que le cubre apenas los ojos.

Tiene una apariencia misteriosa, letal… Es jodidamente arrebatadora.

Las manos me pican. Me dan ganas de llevármela al instante de este maldito lugar al ver como cada invitado la observa con depravación.

Sus ojos conectan con los míos como si tuviese un imán y fuese inevitable que no se entrelacen entre sí.

Se adelanta a su hermano y viene hacia mí con la elegancia de una princesa.

Es lo que es, la *principessa* de la mafia rusa. No obstante, lo que yo deseo es convertirla en mi reina.

Una vez que llegan a donde nos encontramos no dice nada, yo tampoco lo hago. Solo nos miramos. Hay más palabras en nuestras pupilas que en todos los discursos que se puedan dar esta noche.

Ni siquiera presto atención a sus acompañantes ni me preocupo por el bienestar de mi hermana cuando le tiendo la mano a Alina, y ella, para mi asombro, la acepta.

Nos movemos al centro del salón. La giro hacia mí, apoyo la mano que tengo suelta en su cintura y con la otra enlazo nuestros dedos mientras bailamos lento, pegados.

Suenan los acordes de una versión acústica de la canción *When you fall in love* de Andrew Ripp.

Ha pasado un tiempo, nena
Ahora sé que es lo correcto
Ni siquiera un corazón roto podría quitarnos el amor a ti y a mí
Aquí estoy, estoy listo
Solo di cuándo

Cuando te enamora
Pierdes el control
No puedes aguantar, no lo puedes soltar
Cuando lo encuentres
Agárrate fuerte a él
En cada tormenta
Hasta que brille el sol

Su cuerpo encaja en el mío como si hubiese sido diseñado para mí, como si el universo hubiera decidido que sí, que esto tenía que pasar. Nuestras respiraciones se acompasan. Lo que tenemos es demasiado eléctrico para explicarlo con palabras.

—Estás hermosa —murmuro solo para ella.

—No has hablado en estos días —me reprocha con una suavidad que me desarma.

Alina es pura luz. Yo la más absoluta oscuridad.

Trago y hago un gesto con mi cabeza, intentando ser capaz de explicarme.

—Era lo mejor —digo al fin.

—¿Lo mejor para quién?

—Para ti, por supuesto.

Bufa.

—Deja de decidir qué crees que es lo mejor para mí.

Se me forma una sonrisa torcida.

Esa es una de las cosas que más me atrajo de ella. A pesar de la dulzura que irradia, la verdadera Alina, la que noto que quiere llegar a ser, no es de las que se callan.

—Ahora estoy aquí.

—A lo mejor ya es tarde —se adelanta a responder.

La atraigo más a mi cuerpo y busco sus ojos para que se encuentren con los míos.

—¿Lo es?

Me observa con semblante serio y me fijo en como su mirada se desvía a mi boca, por lo que ensancho mi sonrisa.

—¡No te rías! —me amonesta, intentando parecer molesta.

—No lo hago. —Por supuesto, es mentira.

Ella continúa bailando y lo veo. Es apenas débil, pero también sonríe.

Incluso cuando duele, no hay remordimientos
Cada aliento que das es uno que recibes
Cuando te enamoras

Incluso llueve en verano, dulzura

Pero te mantendré seca
Bajo el montón de espacio de mi paraguas
Para que mires todo con tus ojos
Porque yo lo único que veo
Somos tú y yo, esta noche.

—No voy a ir a ningún lado, *principessa*, así que acostúmbrate.

Alza la cabeza y en su mirada leo algo que en otras circunstancias me hubiese hecho salir corriendo. Hay tanta esperanza en esos ojos azules que, sin poder evitarlo, levanto la mano y acaricio su mejilla con el pulgar.

No dice nada, solo apoya su cabeza en mi pecho y se deja guiar.

Una sensación extraña se cuela en mi pecho, una que nunca antes he sentido. Así es como debe sentirse alguien que está completo, y digo que debe porque yo aún no lo estoy del todo. No hasta que encuentre a Valentina y acabe con el que ha cogido el testigo de la original Sombra.

Después del tercer baile, la llevo de la mano hacia la zona privada. Hoy no me he involucrado en la reunión de las mafias. No quiero dejar a Alina desprotegida.

En esta zona no hay máscaras que valgan. Aquí los cuerpos hablan por encima de todo. Hay gente desnuda y otros están a medio vestir.

Besos, caricias, gemidos… Es un templo pagano del deseo.

Y esta vez Alina y yo estamos en medio.

—¿Estás bien con esto, *cara*?

Mientras hemos continuado bailando la he puesto al tanto del plan.

Vladimir representará su papel del perfecto marido. Ignorará a Isabella, la cual permanecerá al lado de Marco, al que hemos hecho venir por si necesitamos de sus conocimientos informáticos.

Al tener a mi hermana fuera del alcance de Vladimir, todo marchará según lo previsto. Por mucho que ellos lo intenten, son unos pésimos actores y cada vez que se juntan el ambiente se espesa entre ellos. Del amor al odio hay un paso, y si eso es cierto, quién no dice que suceda lo mismo a la inversa. Por eso deben

mantenerse lo más alejados posible, para que así Larisa sienta que ha ganado. Darle esa falsa sensación de seguridad y pillarla desprevenida.

En cambio, nosotros intentaremos llamar la atención. Ha quedado claro que Alina es preciada para quien esté detrás de los secuestros. La quieren. Por lo que nos dejaremos ver juntos todo cuanto podamos, así atraeremos a la gente que trabaja para la Sombra. No es solo una Ballena Blanca al pertenecer a la familia Pavlov, sino que ahora ha adquirido más valor al estar junto a un Moretti.

La respuesta de Alina a mi pregunta es la de subirse a mi regazo mientras nos hundimos en un sofá apartado.

Mis manos suben por sus muslos, apartan la tela de su vestido para perderme en el tacto de su piel.

—Me jode que otros puedan ver cómo te hago disfrutar —le confieso, apretando la mandíbula al ver como más de uno no deja de observarnos.

—Pues yo creo que tiene su morbo.

Entrecierro los ojos y le pellizco el trasero.

—Eres una *principessa* descarada… —gruño, cabreado y cachondo a partes iguales

Su boca busca la mía con sensualidad y nos besamos como si estuviéramos solos. Como si el mundo se desmoronase a nuestro alrededor y lo único que importara fueran sus caderas frotándose contra mí.

Me bajo la cremallera del pantalón lo justo para liberar mi polla. Alcanzo un condón de la cesta que reposa en una mesa auxiliar y me enfundo. La tengo tan dura que resulta agónico. Ella al ver mis intenciones coopera, se alza sobre sus rodillas y se aparta el tanga para que no perdamos el tiempo.

Cuando comienzo a penetrarla, jadea contra mi cuello.

Es una puta delicia lo estrecha que está.

—Despacio, fiera —le pido al escucharla soltar un quejido.

Su cuerpo se resiste a mi intromisión, por lo que cuelo una de mis manos entre nuestros cuerpos y mis dedos encuentran su clítoris hinchado. Lo masajeo trazando círculos. A pesar del látex que separa

nuestra piel, noto como se humedece y mi polla se inserta centímetro a centímetro en el jodido paraíso.

Me cabalga, con suavidad al principio, con un baile que me mantiene al borde. Una vez que se adapta a mi tamaño y entro y salgo con más facilidad, sus movimientos se vuelven más seguros, firmes y fuertes.

La sostengo de la cintura, guiándola mientras su cuerpo se sacude encima del mío. Estamos rodeados de suspiros ajenos, de manos extrañas que tocan otros cuerpos y, aun así, no tienen lugar aquí. No entre nosotros. Porque cuando estoy dentro de Alina el resto del mundo no existe, solo somos ella, yo y esta jodida y maravillosa sensación.

«Dudo que me canse alguna vez de esto, de ella», pienso, anclando mis pies al suelo e impulsando mis piernas flexionadas hacia arriba. La follo como su cuerpo me exige: con brío, con hambre y con una pasión que es difícil controlar.

Sus tetas bambolean frente a mi rostro, atrapadas en su vestido. Lamo con mi lengua su escote y clavo mis dientes en la cumbre de uno de sus pechos.

Sé que le quedará marca y quizá, inconscientemente, es lo que pretendo. Quiero que cada puta persona sepa que me pertenece y que les prenderé fuego si se atreven a tocarla.

Porque sí, Alina Pavlova es propiedad de Adriano Moretti.

—Eres mía, *principessa*. Mía —recalco para que ella sea consciente de su nueva situación.

Sus ojos brillan tras la máscara al escuchar mis palabras y lo que ello implica.

—Y tú mío, italiano. Y tú mío…

Joder. Pues claro que sí.

El orgasmo nos alcanza juntos, como una descarga eléctrica. Me aferro a ella como si se fuera a desvanecer. No lo hace, desde luego, se queda pegada a mí, sabiendo que esto ya no tiene marcha atrás, que esta es nuestra realidad y aceptándola.

Daría lo que fuese por estar en otro lugar, que tuviésemos más intimidad para desnudarla y memorizar cada poro de su cuerpo.

Por desgracia, eso no es posible, y una vez que nuestras respiraciones adquieren un ritmo normal, nos recolocamos la ropa en silencio.

Capítulo 31

Adriano

Volvemos a los pasillos más discretos del teatro y ahí nos encontramos con Vladimir.

—Tenemos un problema —dice seco. Tiene esa mirada de hielo que solo saca cuando algo va mal—. Larisa ha escapado.

—¿Cómo que ha escapado? —pregunta Alina mientras mantengo silencio y taladro al ruso con la mirada.

Lo que menos necesito es alertar al resto de mafias de que ocurre algo y no los estamos involucrando.

—Tu hermana y ella tuvieron un altercado y…

—¡Me cago en mi puta vida! —me descontrolo y alzo la voz—. Dime que la zorra de tu mujer no se ha ido por vuestras gilipolleces.

—Eso díselo a Isabella.

—Ahórrate esa mierda, Pavlov. Me da igual de quién haya sido la culpa, joder. —Me meso el pelo, a tal punto que estoy a punto de arrancarme mechones.

—He hablado con los hombres que tenemos en las salidas y nadie la ha visto salir. Por lo que aún debe estar aquí dentro.

—¿Y eso debería consolarnos? —Me adelanto un paso amenazante en su dirección.

Él, como esperaba, permanece estoico, esperando que arremeta contra él.

Es su hermana, joder. La que corre peligro en estos momentos, con esa puta desaparecida, es Alina.

—Deberíamos tranquilizarnos —comenta Alina, interponiéndose entre los dos. Ya ha visto cómo nos las gastamos—. ¿Qué ha pasado? —cuestiona a su hermano.

Me obligo a respirar hondo, pero el temblor en las manos me delata. Estoy al límite. Pavlov sigue ahí, firme como un maldito bloque de hielo, sin embargo, sus ojos me rehúyen.

«Puto cobarde». Sabe que esto se nos está yendo de las manos.

Saco el teléfono y marco, intentando enmendar los errores del idiota de Vladimir.

—Dante, ¿dónde estás? —digo, sin apartar los ojos del ruso.

—Estoy controlando el exterior, ala este del teatro.

—Bien. Quiero que te encargues de poner este puto teatro patas arriba y encuentres a la mujer de Pavlov.

La línea se mantiene en silencio.

—¿Alguna instrucción más, jefe?

—La quiero viva. —Esta vez no delegaré en nadie la muerte de esa zorra—. Si hay una grieta por donde Larisa se ha metido, quiero saberlo. Si alguien la ha ayudado, quiero su nombre y su piel colgada en la pared, ¿entendido?

Mi mano derecha asiente al otro lado de la línea, sin añadir nada más, obedeciendo mis órdenes de manera eficaz.

—Saca a toda esta maldita gente de aquí, organiza a los miembros de seguridad. —Observo que Vladimir le da directrices a Misha, su mano derecha—. Invéntate lo que quieras, una fuga de gas, un posible riesgo de derrumbe, lo que sea, pero los quiero fuera ya.

Los pasos secos de Isabella retumban en el suelo de mármol antes de que aparezca en escena como una tormenta. Lleva los labios apretados y el cuello alto del vestido sin abotonar, como si no hubiera tenido tiempo ni para eso. Y, cómo no, Marco va detrás.

«¿Qué cojones lleva entre los brazos?». Entrecierro la mirada y compruebo que sostiene una *tablet* pegada al pecho, como si le ofreciera protección.

«No me jodas, que hasta para follar la lleva encima».

El muy idiota se ve más nervioso que de costumbre cuando sus ojos se cruzan con los de Vladimir.

—¿Qué pasa? ¿A qué vienen esas caras? —espeta Isabella sin molestarse en saludar.

«Tendrá valor…».

La tensión se vuelve tan espesa que podría cortarla con una navaja. Me lanzo hacia ella, no físicamente —aunque ganas no me

faltan—, sino con la mirada. Debe ser lo bastante afilada para hacer que mi hermana retroceda un paso.

—¿Qué has hecho? —escupo sin filtros—. ¿Qué le dijiste a Larisa para que se largara?

—¡¿Yo?! —replica ella, arqueando una ceja, arrogante como siempre—. Tal vez deberías preguntar qué hizo ella para provocar lo que le dije.

—¡Basta! —bramo.

Y esta vez sí que todos callan. Incluso Alina, que suele tener una lengua más rápida que un disparo, permanece en silencio a mi lado.

Los invitados a nuestro alrededor se dispersan. Cada vez queda menos gente en este condenado lugar. Y gracias a lo vacío que se está quedando puedo escuchar el chirrido leve de ruedas sobre el mármol.

«El que faltaba…».

Yuri Novikov llega arrastrando su silla como si se presentara a un puto espectáculo de ópera. Viste con su típico abrigo largo, el bastón apoyado entre las piernas, aunque no lo necesite, y esa sonrisa de zorro viejo pegada a la cara.

—Menudo espectáculo habéis dado —musita, teatral, deteniéndose justo en el centro del círculo de tensión.

«¿Se está burlando de mí? Porque mi control está bajo mínimos».

Quizá nos vio a Alina y a mí en la sala oscura. Aunque me doy cuenta de que su mirada serpentea, y cuando se detiene no lo hace en nosotros, sino en Isabella y en Vladimir.

—¿Qué miras? —gruñe Pavlov, alzando apenas el mentón. La mandíbula le tiembla casi imperceptible.

—Oh, solo me preguntaba cuál de los dos es más tonto y no se da cuenta de lo que de verdad sentís el uno por el otro —responde Yuri con una sonrisa ladeada—. Aunque supongo que eso ya no importa, ¿no?

Frunzo el ceño, impaciente. No estoy para acertijos, y menos que involucren a mi hermana.

—Larisa ha escapado —le informo, cruzándome de brazos—. Así que, si tienes algo que decir, será mejor que empieces a hablar. No estoy para cachondeos.

Yuri hace un gesto con la mano muy típico de él, como si espantara una mosca imaginaria.

—No me sorprende. Hace un rato descubrí algo que puede interesaros a todos —dice, y sus ojos brillan con una chispa que me inquieta.

—¿Qué descubriste? —pregunta Alina, dando un paso al frente.

—Eso... —responde Yuri, señalando con un dedo huesudo hacia el fondo del pasillo—. Mejor en privado.

Sé lo que eso significa, lo conozco. Cuando Yuri pide privacidad, lo que viene no es cualquier cosa. Espero que no pida un pago a cambio porque puede que mi paciencia se agote y le corte las piernas; total, no las utiliza.

Seguimos a Yuri hacia la sala privada, siento el pulso golpeándome en las sienes.

Si Larisa ha escapado, no ha sido solo para huir.

No. Esa víbora no se esconde, solo se repliega para volver a atacar. Estoy seguro de que planea algo y nosotros parece que apenas estamos viendo el inicio del puñetero primer acto.

La sala privada del teatro está insonorizada, decorada con terciopelo rojo y lámparas de cristal. Luce decadente, como un cabaret que se resiste a morir de sus noches de gloria.

Me apoyo contra una columna mientras Yuri se acomoda en un rincón, donde un monitor integrado se alza como un altar. Marco se queda cerca de la puerta, incómodo, probablemente sintiendo la tensión clavada en su nuca, y los ojos le brillan cuando ve los dispositivos que posee el ruso.

Yuri activa la pantalla con un gesto elegante y dice, con esa voz arrastrada que siempre parece guardar un secreto:

—Como veis, yo sí soy eficiente —dice sin dejar de mirarnos—. Tengo a mi propio equipo informático rastreando cualquier pista que pueda aportarnos algo sobre las subastas. A pesar de que no es un tema que me concierne.

«Qué cabrón. Aunque razón no le falta», pienso y me cabreo, solo estamos dando palos de ciego.

Justo al pronunciar «equipo informático», su mirada se detiene en Marco. Y no es cualquier mirada. Parece una caricia mal disimulada, una amenaza velada. Un interés que me revuelve el estómago. Nadie está a salvo si despierta el interés del ruso. Marco lo nota también porque baja la vista y aprieta la *tablet* contra su pecho, como si eso lo protegiera del deseo enfermizo de Yuri, aunque sus mejillas están sonrojadas.

«¿Qué me estoy perdiendo entre estos dos?».

—Al grano, Yuri —gruñe Vladimir, cruzando los brazos.

Estoy de acuerdo. No tengo tiempo para sus juegos ahora mismo.

—Sí —añado—. Basta de teatro. ¿Qué tienes?

El ruso suelta un suspiro dramático, como si le quitáramos la diversión, y pulsa reproducir.

—Una lástima estando en un lugar tan apropiado.

La imagen aparece borrosa al principio, pero al estabilizarse, reconozco el lugar de inmediato. Es la mansión de Tallin. Y en las imágenes todavía en pie y no reducida a escombros.

La cámara, probablemente espía, al igual que los vídeos que mostraba el atacante de Alina, muestra una sala gigantesca con techos abovedados y columnas doradas. La escena que se desarrolla ahí dentro es grotesca.

Hombres y mujeres con máscaras de animales —cuervos, lobos, ciervos, hasta un zorro de cristal— se encuentran sentados, pujando en silencio. Cada gesto, cada número levantado es observado por varias figuras encapuchadas que apunta datos en dispositivos.

Sin embargo, lo que más llama la atención son las estructuras al fondo con formas de relojes de arena gigantescos. Al menos hay cuatro, altos como columnas romanas. En sus cúspides, la arena comienza a caer con lentitud, marcando el tiempo de cada «subasta». Lo macabro de la imagen es que en su interior hay personas siendo sepultadas por la propia arena. A cada lado de los relojes, parados como centinelas, hay figuras con máscaras de arlequín. Son demasiado y los colores de sus máscaras son distintos

—negro y rojo; blanco y dorado; violeta con plata—, pero todos tienen esa sonrisa congelada y los ojos vacíos.

Yuri detiene el vídeo para ampliar una de las esquinas, ajustando el *zoom*.

Un grupo de enmascarados se ponen en movimiento cuando todo parece haber acabado. Uno de ellos se gira hacia la cámara, como si algo hubiese llamado su atención. La máscara del arlequín que lleva, en tonos turquesas y morados, está ligeramente desplazada, pero lo suficiente para dejar ver parte de su rostro.

El corazón me da un vuelco, Alina se lleva una mano a los labios y Vladimir murmura una maldición en ruso.

«Hijo de puta».

Es Viktor Ramminov, el primo de Larisa y con el que quieren prometer a Alina.

—No puede ser —susurra ella.

—Pues parece que sí lo es —responde Yuri con su sonrisa más odiosa—. No hay margen de error aquí, querida. Lo he rastreado, he analizado el metraje y lo he verificado. La imagen es cien por ciento real.

—¿Todo eso lo has hecho tú? —cuestiona Marco un tanto asombrado.

El ruso sonríe soberbio al ver que ha impresionado a nuestro *hacker*.

—¿Estás diciendo que Ramminov es la Sombra? —pregunta Vladimir, con la voz tan grave que parece brotar de una cripta—. No lo entiendo. ¿Con qué fin haría algo así?

—¿Qué hay más poderoso que nos hace sacar lo peor de nosotros mismos?

—El dinero —declaro. Porque justo es por lo que se involucró el cabrón de mi verdadero padre en este tipo de subastas.

—Exacto, querido amigo Moretti —concuerda Yuri—. Por lo visto, en este tipo de actividades se pagan sumas escandalosamente cuantiosas. No hay precio suficiente para que te dejen vía libre y lleves a cabo tus más feos y depravados fetiches.

—¿Sabes si Larisa también está implicada? —interviene Alina, con los ojos clavados en la pantalla.

Yuri se encoge de hombros, como si no le importara la respuesta.

—Puede ser, tanto tú y yo sabemos lo «unidos» que están esos dos. Quizá su huida no es casual. El ataque a Alina, los secuestros, estos espléndidos a la par que macabros relojes, las subastas... Supongo que todo está conectado.

La habitación queda en silencio.

Por primera vez en semanas, siento que estamos mirando al verdadero enemigo. Y que todo lo que hemos hecho hasta ahora ha sido jugar a ciegas en un tablero que ya tenía dueño.

—¿Alguien ha visto a Viktor esta noche? —pregunto a los presentes.

—Yo lo vi en una de las salas oscuras —nos informa Isabella.

Miro a Vladimir y este asiente, entendiéndome sin articular palabra.

«Vamos de caza».

Capítulo 32

Alina

Todo el mundo se queda en silencio, no se oye ni una respiración, ni un roce y no hay ningún maldito movimiento.

El nombre de Viktor Ramminov flota en el aire como si fuese veneno.

«¿Él? ¿Él es la Sombra?».

El corazón me late en la garganta. Puedo sentir como cada músculo de mi cuerpo se tensa, como si esperara una explosión que ya ha empezado a sacudirme por dentro.

Adriano aprieta los puños con tanta fuerza que sus nudillos se le tornan blancos. Vladimir mantiene la mandíbula rígida, pero hay algo en su mirada que me hiela más que cualquier reacción visceral. Tiene grabada la violencia por lo que se avecina.

«¿Con ese sociópata se estaba planteando casarme mi hermano?».

Es un psicópata disfrazado de noble. Una bestia que subasta vidas humanas mientras se esconde tras una máscara.

Asco, rabia, odio… Hay tantas sensaciones desagradables en mi interior que no sé cuál es la que predomina.

—Vamos a por él —dice Adriano, con esa calma tensa que siempre precede a la tormenta.

—Lo vamos a sacar de este teatro con las tripas colgando —responde Vladimir con una convicción que me hiela la sangre—. Avisa a tus hombres —mira a Yuri—, si aún no ha abandonado este lugar, que lo hagan traer en nombre del *pakhan*.

Yuri sonríe, disfrutando con la situación. Adriano le lanza una mirada como si fuese un disparo.

—Tú y Marco —dice—, trabajad juntos. Rastreadlo, buscad cualquier información que le salpique. Si hay algo más, quiero saberlo antes de que se entere hasta su mismísima puta madre.

Marco asiente, aunque la mueca en su rostro delata que la idea de pasar tiempo cerca de Yuri lo inquieta, pero no dice nada. Es inteligente y no está la situación como para negarse a nada.

—Vosotras —interviene Vladimir, mirándome a mí e Isabella—. Avisaré a Misha para que os lleve a mi casa en Moscú. Las cosas por aquí se van a poner feas.

Por primera vez en mucho tiempo, Isabella no protesta y, para mi propio asombro, yo tampoco. Hay algo en la forma en que lo dice que me hace comprender que no se trata de un capricho protector.

Es una orden para salvarnos la vida

*

El viaje es silencioso, tanto que no decimos ni una palabra entre nosotras.

El coche avanza por las calles oscuras de Moscú como una sombra más. Afuera la ciudad brilla, indiferente al infierno que está a punto de desatarse. Porque si algo tengo claro es que hoy se derramará mucha sangre y solo rezo por que no sea la de ninguno de los nuestros.

«Los nuestros… ¿Cuándo nos hemos convertido en un equipo?».

Isabella está sentada junto a mí, con los brazos cruzados y la mirada perdida. Tiene su bisturí en el bolsillo interior del abrigo. Lo sé porque no deja de mover su mano bajo la tela y porque nunca se separa de él por si acaso. Necesita estar preparada en caso de que deba utilizarlo.

Misha conduce en silencio. No ha dicho nada desde que salimos del teatro. Como siempre, se comporta de forma correcta, comedida, como el perro fiel de Vladimir.

Cuando llegamos a la casa parece que está dormida. Me recorre un escalofrío temiendo que Larisa haya regresado. Mis sentidos se agudizan, pero todo está demasiado silencioso.

—Esperad aquí —dice Misha con voz neutra, tras encender las luces—. Voy a comprobar que todo esté en orden.

Asiento y permanecemos quietas en el recibidor. Mi estómago da un giro, como si una alarma silenciosa me golpease el pecho, aunque no puedo decir el por qué.

Solo sé que el miedo se ha instalado en mi interior y se está adueñando de mi cuerpo.

—Algo no encaja —murmura Isabella.

—¿Qué? ¿Qué no encaja?

«Mira que me cago».

—¿No disponéis de personal?

—Eh…, sí. Claro que sí —comento, confusa.

—¿Y por qué no se oyen?

«Joder… Es cierto. Adjudicado, vamos a morir».

Isabella, a mi lado, saca el bisturí y me lo muestra, inclinando apenas el mentón.

—No te separes de mí, ¿entendido? —me ordena entre susurros.

—Jamás —respondo mientras avanzamos hacia el recibidor.

«Sería una loca si lo hiciese».

No es momento para hacerse la valiente, si me tengo que agarrar a ella con confianza ciega lo haré. Isabella ha demostrado poseer un buen par de cojones, no creo que haya mejor persona en estos momentos para tener a mi lado. Ya me salvó una vez, y ni siquiera se despeinó en el proceso.

En ese instante se escucha un ruido y saltan los plomos. Me agarro al abrigo de Isabella como si mi vida dependiese de ello. Y qué coño, es justo eso lo que sucede. Nuestras vidas penden de un hilo cuando nos sume la oscuridad total.

A la vez y casi por instinto, Isabella me toma de la muñeca. Ninguna de las dos gritamos. Ella no tiembla, es fría y quirúrgica, incluso contra el miedo.

Porque digo que tendrá miedo, ¿no? No sería justo que yo esté sintiendo que me va a dar un ataque al corazón y ella permaneciese tranquilita. No sería equitativo.

Damos un paso corto, luego otro. Los latidos de mi corazón están tan acelerados que tengo la sensación de que son capaces de hacer eco en esta maldita casa.

—¡Arghh…!

Esta vez grito y me suelto de Isabella cuando siento un dolor abrasador en la parte posterior de mi cabeza. Es como un impacto seco que me lanza al suelo, como si me hubieran apagado el alma de un solo golpe. Todo comienza a volverse negro, frío.

—¡Alina! —escucho la voz de Isabella como si estuviese en un lugar muy lejano—. Hijo de puta… Tú…

No oigo nada más. Lo único que siento es la caída de mi propio cuerpo y la certeza brutal, helada y devastadora de que hemos caído en la trampa y Misha nos ha traicionado.

Capítulo 33

Adriano

La noche en Moscú es una cáscara vacía. El aire está denso, como si el invierno se negara a morir a pesar de que ya estamos en primavera. Camino detrás de Vladimir por los pasillos oscuros del teatro abandonado que alguna vez albergó óperas y aplausos y ahora está silenciado por secretos y amenazas.

Mis zapatos resuenan sobre la madera vieja y cada crujido se clava en mis nervios. Sé lo que va a pasar. He visto a Vladimir actuar antes, pero esta vez es distinto. Esta vez estoy involucrado hasta el cuello y no pienso tener clemencia.

—Asegúrense de que nadie entre —ordena Vladimir a los hombres de Yuri mientras subimos por la escalera lateral hacia uno de los camerinos.

Dos de ellos ya han salido hace diez minutos a buscar a Viktor para que sea llamado en nombre del *pakhan*. Una mentira a la que no se habrá podido negar si quiere seguir con su juego.

Viktor puede ser listo, pero no más que nosotros.

Nos quedamos en penumbra dentro de la habitación, la luz de una lámpara parpadea. Mi nariz pica debido a que huele a polvo mientras mis dedos se cierran con fuerza alrededor del mango de la pistola en mi cinturón.

—¿Crees que hablará? —le pregunto en voz baja a Vladimir.

Él solo me lanza una mirada. Y sin necesidad de decirlo, sé que no le quedará más remedio. Lo hará o gritará hasta que lo haga.

Se escuchan pasos en el exterior, incluso voces.

—¡Que me suelten, maldita sea! ¿Qué están haciendo? ¡Soy leal a la Bratva! ¡¿Saben con quién están hablando?! —grita Viktor mientras lo arrastran dentro, pataleando como un perro al que llevan al matadero.

Cuando lo veo, una chispa se enciende en mi pecho. La ira se abre paso inundándolo todo. Es quien se llevó Valentina, el que quiso hacerlo con Alina. La sola ida de él apropiándose de ella hace que mi sangre hierva.

Viktor se queda congelado al vernos. Sus ojos se abren como platos.

—Vladimir… —balbucea—. No entiendo… ¿Qué está pasando?

—Te estamos haciendo un favor, Viktor —le dice Vladimir, señalando la silla en el centro de la habitación—. De ti depende que quieras aceptarlo.

El muy idiota se da la vuelta para huir, pero ahí están los hombres de Yuri para impedírselo.

Lo llevan hasta la silla que le ha señalado Pavlov y lo amarran con fuerza. Las cuerdas son ásperas y se escucha como rugen sus muñecas cuando las retuerce.

—Esperad fuera —ordeno a los hombres cuando tenemos a nuestra presa donde deseábamos.

—¿Qué queréis de mí? —pregunta, la voz quebrada, la frente sudorosa—. ¿Es por Alina? —Aprieto los dientes al escuchar el nombre de mi *principessa* salir de su sucia boca—. Díselo, *pakhan*. ¡Ella me pertenece, siempre lo ha hecho!

Me acerco y le golpeo la sien con la culata de mi arma.

—¿Qué haces, joder? —se interpone Vladimir por medio justo cuando alzo el brazo para atizarle otra vez—. Lo vas a matar antes de que ni siquiera hable.

—¡Eres un vendido! —le grita Viktor a Vladimir—. Los *vory v zakone* llevan razón. No te mereces liderar la Bratva.

Ahora es el turno de Vladimir de cruzarle la cara de una hostia.

Alzo una ceja. Parece que no soy el único al que le resulta difícil mantener las manos quietas.

—Queremos saber la verdad —digo, acercándome. El muy cobarde se encoge ante mi cercanía—. Sabemos quién eres. Sabemos lo que haces cuando crees que nadie te ve.

Viktor me mira, intentando leerme.

Pobre imbécil.

—No sé de qué me hablas.

Vladimir ríe, esa risa fría que hace que incluso los valientes recen en secreto.

—Sabemos que eres la Sombra —le suelta como una bomba—. ¿Por qué?

Silencio.

Son apenas unos segundos, aunque parecen una maldita eternidad.

Viktor niega con fuerza, con una desesperación que huele a miedo.

—¡No! ¡No, no, no! ¡No soy él!

—¡NO MIENTAS! —vocifero a un palmo de su rostro.

Cuando ideamos el plan, nos encargamos en meter toda clase de equipamiento. Necesitábamos estar bien aprovisionados por lo que pudiera pasar.

Me agacho y saco unos alicates de una de las bolsas. Le agarro la cara y presiono sus mejillas con los dedos para que abra la boca.

Él forcejea para intentar soltarse, pero va a ser que no. Aquí no hay escapatoria que valga.

Engancho uno de sus incisivos superiores y, sin dudarlo, tiro con todas mis fuerzas hasta que consigo arrancárselo de cuajo.

La sangre comienza a salir a borbotones, empapándome los puños de la camisa y parte de la americana.

Viktor grita a la par que empieza a llorar. Me encojo de hombros, suponiendo que le ha debido doler.

—Inténtalo otra vez, ¿por qué?

Niega.

La sangre chorreándole por la barbilla.

—¡Pertenezco a la organización, sí, pero nunca he sabido quién la dirige! —sus palabras salen seseantes debido al hueco que le acabo de hacer entre los dientes—. Hay unos códigos. Nos hacemos llamar por el alfabeto griego. Yo soy Lambda.

Vladimir y yo cruzamos la mirada.

«Eso es nuevo», pienso.

No me suena que eso se llevase a cabo cuando mi verdadero padre era el líder.

—¿Qué más? —pregunta Vladimir.

—No hay más, os lo juro.

No me lo creo.

Lo vuelvo a sostener y, entre gritos, le extraigo otro incisivo.

—Puedo seguir todo el tiempo que quieras. Te quedan otras treinta piezas, contando que aún conserves las muelas del juicio. Tú verás, Viktor —le digo, haciendo chasquear frente a sus ojos los alicates.

Hace un gorgojeo y escupe una gran cantidad de sangre.

—H-hablamos a través de voces distorsionadas y máscaras de arlequín. ¡Juro por Dios que no sé quién mueve los hilos!

—¿Por qué deberíamos creerte? —le espeto, el corazón palpitándome como un tambor de guerra.

—No miento, y para que veáis que es cierto… ¡Joder, cómo duele! ¡Maldito cabrón! —Se queja. El labio cada vez se le está hinchando más y debe ser bastante doloroso cada vez que habla y su lengua roza las mellas—. Hoy tiene previsto celebrarse una subasta.

—¿Dónde? —le apremio.

—¡No os lo diré hasta que no me liberéis!

Vladimir, que hasta ahora se ha mantenido al margen de torturarlo, saca su pistola y la presiona en la frente de Viktor.

—No estás en posición de hacer tratos.

Su frialdad es tal que es como si le estuviese comentando el tiempo que hace esta noche en Moscú.

—Está bien, está bien, pero promete que no me matarás.

—Ya lo veremos, ahora habla —pide Pavlov sin despegar el cañón de su arma.

—Es a las afueras de Moscú. Mucha gente poderosa se reúne en esas subastas de tráfico humano. No solo se disfruta de los lotes, sino que también se compran secretos. Todo se vende en esas noches.

Le intercambio una mirada a Vladimir. Lo conozco lo suficiente como para saber que también huele la oportunidad, pero también la mentira.

—¿Dónde? —le exige él.

—No lo sé. Solo escuché mencionar un pueblo, Rýbinsk.

—Rýbinsk es muy grande. Concreta —insiste Vladimir.

—No lo…

Antes de que acabe la frase, aparto a Pavlov. Esta vez no me ando con gilipolleces y le arranco dos piezas de golpe.

—¡Vas a hacer que se desmaye!

—¡Me la suda! —exclamo cabreado—. Habla, maldita sea, o lo siguiente que te arranque serán los ojos.

Y juro que lo haré.

—N-o… —Viktor se piensa mejor su elección de palabras—. Cerca del embalse homónimo, en el río Volga. Una zona que la Policía ni toca.

—¿Tu prima tiene algo que ver? —le pregunta Vladimir—. Sé que intentó matar a mi hermana.

El silencio cae otra vez.

Pero esta vez a Viktor se le oscurece la mirada.

—Si tocas a mi prima, hijo de puta…

Vladimir le agarra del cuello y aprieta con fuerza.

—¿Qué? ¿Qué vas a hacer? —Continúa estrangulándolo—. ¿Crees que no sabía que te la follabas? ¡No estaba ciego, joder! Pero gracias a eso permanecía lejos de mí y podía hacer mi propia vida. —Sonríe como un demente—. Óyeme bien, la voy a matar. Cuando la encuentre no tendré clemencia con ella. Una pena que tú no puedas verlo.

Esta vez, sé que Viktor no tiene más que ofrecer. Lo veo en sus ojos. Nos ha dado todo lo que sabe, o todo lo que quiere que sepamos para que le dejásemos vivir.

—¿Y si esto es de nuevo solo una trampa? —murmuro.

Vladimir suelta el cuello de Viktor, alza de nuevo su pistola y se la vuelve a apoyar en la frente. El otro ni se mueve. Ya no le queda valentía ni miedo, solo resignación ante el final que sabe que le aguarda.

—Entonces morirá habiendo siendo un inútil —dice con voz de piedra cuando aprieta el gatillo.

El disparo retumba como un trueno avecinando tormenta.

La cabeza de Viktor cae hacia atrás y se crea un silencio absoluto.

Respiro hondo y reviso los bolsillos de Viktor hasta dar con su teléfono móvil, el cual agarro y me lo guardo en el interior de la chaqueta.

Salimos del camerino y vamos hasta el cuarto donde dejamos a Yuri y Marco.

—Necesitamos que averigües si hay movimientos recientes en la zona de Rýbinsk y revises este teléfono —ordeno a Marco nada más entrar.

—¿Era él? ¿Viktor era a quien buscabais? —pregunta Yuri.

—No, pero de hoy no pasa que le demos caza —respondo mientras Vladimir permanece con el teléfono pegado a la oreja.

—Aquí —dice Yuri minutos después, mostrando la pantalla—. Solo hay un lugar con movimiento inusual en Rýbinsk. Es en la zona del embalse homónimo. Varios SUV de lujo han entrado esta noche y aún no ha salido nada.

Le lanzo una mirada a Vladimir, pero cuando él alza la mirada, no me gusta lo que leo en sus ojos.

—Misha no responde el teléfono y Alina tampoco.

Se me hiela la sangre. Por primera vez desde hace mucho tiempo, me atrapa el miedo.

Saco mi móvil y busco el contacto de mi hermana. Cuando me salta que está apagado o fuera de cobertura caigo en lo peor.

«Se las han llevado».

Capítulo 34

Alina

Despierto con un zumbido agudo taladrándome el cráneo. Parpadeo y noto que todo está borroso. El mundo me da vueltas y el suelo frío y húmedo se clava en mi espalda como una placa de hielo que abrasa mi piel.

Intento enfocar la vista. Las luces de emergencia, tenues y parpadeantes, alumbran el lugar con un resplandor rojizo, como si estuviéramos atrapadas en el estómago de alguna bestia infernal.

Trago saliva y me sabe como a hierro, a sangre seca.

Me incorporo con torpeza, con los brazos temblorosos y el cuerpo resentido, como si me hubieran arrojado escaleras abajo.

No hay ventanas, solo una puerta de barrotes. Y llego a la conclusión de que estoy en una celda.

Es una maldita celda angosta, con paredes de piedra mohosa y barrotes oxidados que delimitan la única salida visible.

Mi estómago se revuelve cuando, ya en pie, me giro con dificultad, tanteando en la penumbra. Me llevo una mano a la cabeza y noto que la tengo pegajosa.

De repente, algo llama mi atención y me tapo la boca, ahogando un grito al descubrir un par de cuerpos en el fondo, y uno de ellos es una figura que reconozco al instante.

—Isabella… —susurro con un nudo en la garganta.

Nos han capturado.

Después de todo lo que hemos hecho, han conseguido a sus preciadas Ballenas Blancas.

Me arrastro hasta ella y caigo de rodillas a su lado. Comienzo a temblar y las lágrimas me recorren el rostro al notar que tiene la piel helada al tacto, aunque al posar dos dedos sobre su cuello siento su pulso constante.

«Está viva». Respiro aliviada.

Isabella no es mi amiga, apenas la conozco, pero es la mujer de la que en una época estuvo enamorado mi hermano, la que albergó vida y que por un *pakhan* loco perdió. También es la hermana de Adriano, un hombre del que, por extraño y precipitado que parezca, empiezo a tener sentimientos fuertes. Y lo más importante de todo, es una mujer que me salvo la vida sin dudarlo. Y para mí eso ha hecho que se convierta en alguien a la que le debo todo.

Me fijo en el otro cuerpo, que también permanece inmóvil. Está un metro de distancia, medio oculto por una sombra que la luz rojiza de las luces de emergencia no alcanza del todo.

Me acerco con cautela, a gatas. Mis rodillas resbalan sobre el suelo húmedo y siento como se despellejan. Cuando mis dedos tocan la tela de su abrigo y lo giro un poco, lo reconozco.

«Misha».

Mi pecho se aprieta. Le doy la vuelta del todo con manos temblorosas y…

—¡No…! —Se me escapa un sollozo que retumba en las paredes de piedra.

Tiene un disparo limpio justo en medio de la frente. Los dientes me castañetean a causa del frío o del miedo que me provoca verlo con los ojos abiertos y vacíos, sin un ápice de vida en ellos. Solo el recuerdo silencioso de su ejecución.

Lloro.

Lloro como una niña perdida en medio de una pesadilla porque me equivoqué, lo culpé. Creí que él nos había traicionado y no fue así.

¿Quién pudo traernos hasta aquí y matarlo? ¿Quién ha jugado este juego macabro mientras nosotros dábamos vueltas en círculos?

Larisa, Viktor…

—¿H-hola…? ¿Hay alguien ahí? ¿E-estás b-bien?

Escucho las preguntas que salen con voz trémula y mi cuerpo se paraliza por completo. Solo se me acelera el corazón porque yo reconozco esa voz. A pesar del titubeo, y por mucho debilidad con la que salen las palabras, no me cabe duda de a quién pertenece.

«Sheila».

Me limpio las lágrimas con el antebrazo, pero estas no paran de caer. Esta vez no son solo de miedo, de desesperación, sino que se les une el alivio.

Siento un mareo al ponerme en pie de golpe e ir hasta los barrotes de la entrada, pero me concentro en agarrarme a ellos y mirar más allá de la celda en la que me encuentro.

—¡Sheila! ¡Sheila! —grito, y el sonido produce un escalofriante eco a nuestro alrededor.

No veo nada. Frente a mí hay una pared de piedra, me muevo por los laterales de los barrotes para ver si soy capaz de que mis ojos puedan ver algo más.

Nada.

Las celdas deben estar unas seguidas de las otras, formando una fila.

—¿A-Alina…?

—Sí, sí. Soy yo.

Me raspo las manos con el metal oxidado de los barrotes mientras caigo de rodillas. Mi cuerpo no es capaz de sostener mi propio peso cuando continúo llorando. Mi lamento se vuelve insoportable al escuchar que ella comienza a sollozar.

—¿Qué haces a-aquí? —Su voz esta vez suena más fuerte, menos temblorosa.

—Te he estado buscando —declaro—. Desde que te fuiste no he parado de hacerlo. Tenía el presentimiento de que algo malo te había ocurrido y yo…

—No deberías estar aquí, Alina. Esto es el infierno.

—Tú hubieras hecho lo mismo por mí.

—Joder, Alina. —La escucho llorar. Me concentro. Por la acústica no sabría discernir si está justo en la celda que queda a mí lado o varios metros más alejada.

—Tenemos que salir de aquí —anuncio convencida—. ¿Sabes dónde estamos?

—No. Y te aseguro que es imposible, Ali —suelta abatida—. Nos van moviendo por diferentes lugares. En cada agujero, celda, mazmorra en la que nos han metido he buscado una escapatoria y ha sido imposible.

—¿Cuántas personas estáis?

—Mejor preguntar cuántas personas quedamos —responde—. Esto es una carnicería. Las cosas que esos depravados hacen… —No sé si quiero saberlo, pero no seré yo quien la mande callar. Supongo que necesitará desahogarse de alguna forma—. Me conoces. Sabes que no soy de las que se sorprenden con facilidad, pero esto es surrealista. Somos trozos de carne para ellos, Ali. La gente paga estratosféricas sumas de dinero para maltratarnos, para apalearnos, violarnos y denigrarnos… Es el sadismo en su máxima potencia. —Algo se rompe en mi interior al escuchar sus palabras.

—Te prometo que nos sacaré de aquí. —Escucho que se ríe, como si mis palabras fuesen una maldita utopía—. ¿Sabes si hay aquí una mujer que se llame Valentina? —le pregunto por la hermana de Adriano.

—Aquí no tenemos nombre. No somos nada. Para ellos solo somos lotes.

Cierro los ojos compungida.

—Lo siento tanto… Pero necesito saber si has visto a alguien con estas características —Miro por encima de mi hombro a Isabella —. Debe medir un metro setenta y cinco, el color de pelo entre cobrizo y castaño y de ojos verdes.

Sé que no son muchos datos y que, además, son genéricos, pero no conozco a Valentina, solo tengo a su réplica.

—N-o, no lo sé… Puede que sea la que tratan como Ballena Blanca…

—¡Sí! ¡Sí! —exclamo, intentando levantarme.

Según me explicó Adriano, todos los que estamos involucrados de forma directa con la mafia somos Ballenas Blancas. Personas a las que creen inalcanzables por la seguridad que nos rodea y que son muy deseadas en esta mierda de subastas.

—¿Por qué preguntas por ella?

—Es una larga historia que ya te contaré. Su hermana está aquí conmigo, también la está buscando.

—¿En qué lío te has metido, Ali?

—No creo que quieras saberlo.

—¡No me jodas que te has vuelto una justiciera!

Algo en su tono me hace ver a la Sheila de siempre. La que suelta comentarios jocosos y me alegro de que, al tenerme a su lado, saque quien es. No conozco a una persona más guerrera y luchadora que ella, y necesito que sea así para que podamos escapar de este maldito lugar.

Entonces escucho un sonido. Es un chirrido metálico.

—Ya vienen —murmura Sheila.

—¿Quién? ¿Quién viene? —pregunto alertada.

—Nos llevan a las subastas.

«Joder».

—No digas nada, Sheila. Que no sepan que nos conocemos —le pido.

No quiero ponerla en peligro, que nos puedan usar para conseguir algo de la otra. Y también podremos tener más oportunidad para escapar si no nos separan.

Se oyen pasos lentos, como si fueran arrastrados. Y hace que Sheila y yo no volvamos a dirigirnos la palabra.

El suelo húmedo y agrietado cruje con cada paso más cerca de los barrotes.

Levanto la mirada, el corazón se me encoge al ver varias figuras aparecer entre las sombras.

Una en concreto es alta. Se yergue frente a mí mientras que el resto continúan hacia las demás celdas. Todos con máscaras de arlequín y esa maldita sonrisa pintada. Las mismas que vimos en el vídeo que nos mostró Yuri.

Aunque no vea su rostro real, siento como sus ojos vacíos de emociones se centran en mí.

—Viktor… —susurro rabiosa—. Sé que eres tú.

La figura se adelanta y queda justo frente a los barrotes, inclinando la cabeza, como si me analizase.

Siempre lo he detestado, pero ahora el sentimiento que tengo por él es del más puro odio.

El muy cabrón suelta una carcajada y me dan ganas de que mis brazos traspasen los barrotes y envolver mis manos en su cuello para estrangularlo.

—Siempre tan lista, Alina… Y tan equivocada —canturrea, su voz grave y distorsionada por un modulador me cala los huesos.

La furia se convierte en miedo, pero no tengo fuerzas ni para temblar.

—¿Qué quieres? —le escupo—. ¿Matarnos?

Viktor se ríe. Una risa baja, seca. Como si la muerte fuera para él un chiste privado.

—¿Mataros? —pregunta como si no me entendiese—. ¿Y qué beneficio sacaría yo de una muerte, si puedo sacar demasiado mientras permanecéis vivos?

—¡Hijo de puta! ¡Estás enfermo! —Le escupo y mi saliva mancha su traje, tan negro como su alma—. No sé cómo pudiste creer que me casaría con un sociópata como tú. ¡Antes muerta!

Vuelve a soltar otra carcajada que me pone los pelos de punta.

Puto loco.

—¿De verdad creíste que ese simplón es el enemigo? —dice—. ¿Que Viktor es la Sombra?

Mira a los lados y entonces lo hace. Se alza la máscara lo justo para que observe sus rasgos.

«No…».

Mis ojos se abren perplejos mientras el mundo se desmorona.

Es Dante, el hombre de confianza de Adriano, su mano derecha. Su sombra.

El pecho me duele. No solo por el miedo, sino por la traición que esto supondrá para los Moretti.

—¿Cómo…?

—Oh, Alina… —dice, volviendo a colocarse la máscara como si fuera un trofeo—. Yo siempre he sido la Sombra. Es mi legado. ¡Preparadlas! Hoy va a ser una gran subasta —grita.

Ni reacciono. Es como si me hubiesen dejado paralizada porque ahora comprendo por qué ha sido tan difícil cazarlo. Es un monstruo al que todos buscan y no saben que vive entre ellos.

Capítulo 35

Sombra

La desesperación es una sensación pesada que se arrastra sobre Rýbinsk como si se tratase de un animal moribundo. El embalse es un espejo de aguas sucias que esconde bajo su piel lo que nadie debería ver. Y, sin embargo, aquí estoy. Aquí soy un rey.

El búnker en el que nos encontramos respira bajo tierra como si estuviese vivo, palpitante con la maldad que aquí se reúne esta noche. Me gusta tanto lo que veo que me permito unos minutos para admirar mi obra.

Nadie hubiese pensado que llegaría tan lejos. Siempre he sido el que ha permanecido a la sombra de otros, qué paradójico. El que ha protegido, el que ha obedecido cada orden cuando soy yo por legado el que me pertenecía darlas.

Siempre he sentido en mi interior que me merecía más, la ambición no se importa, se nace con ella. Creces con un gen propio de ganador.

Sé que en cada subasta me supero, es lo mínimo que puedo ofrecerles a las personas que en cada encuentro apuestan por mis productos.

Las cámaras proyectan cada rincón en mis pantallas. Veo a los invitados llegar envueltos en trajes caros, perfumes densos y sonrisas que apestan a codicia. Los conozco a todos. He alimentado sus pecados durante el último año. Sé que hay veces que los despiertan en mitad de la noche y que pagarían por silenciar lo que sé de ellos, pero es imposible. Cuando tu alma está corrompida, necesita nutrirse, alimentarse y vuelves a caer en los mismos patrones.

Maquiavelo señaló «que el ser humano es vil por naturaleza y que la realidad que nos rodea es mala».

Me acomodo en mi silla de respaldo alto. El cuero viejo cruje bajo mi peso. En la pantalla frente a mí, observo como los lotes están listos. Son una obra de arte grotesca. Organizada. Perfecta.

Hay de todo esta noche para subastar: un corazón aún latiendo en formol; una máscara de oro forjada en los templos Oni; manuscritos antiguos…, pero eso no es lo que me hace sonreír, sino la guinda del pastel.

Mis nuevas Ballenas Blancas: Alina Pavlova e Isabella Moretti.

Isabella, una joya pulida durante años. Alina, una chispa que ha intentado incendiar su propia jaula desde hace unas semanas. Ella ya lo sabe. Ha visto tras el velo y ha entendido que la Sombra soy yo.

No me importa. Me gusta quebrar a la gente poco a poco. Me gusta que, incluso sabiéndolo, no puede evitar caminar hacia donde yo decido.

Lo que aún nadie ha descubierto es quién soy en realidad. Yo tampoco lo supe hasta hace un año. No quien era realmente, que como deberían haberse referido a mí es con el nombre de Dante de Lucca.

Mi madre, en su lecho de muerte tras una enfermedad que la devoró por dentro en pocos meses, me confesó quién era mi verdadero padre.

Supongo que ella pudo ver mi verdadera naturaleza. Me pidió que me enmendase, que no siguiese los pasos del bastardo que me engendró tras abusar de ella.

Qué sabría ella…

Antonella Basauri fue una donnadie que trabajaba para los De Lucca, una familia acaudalada siciliana. Lo que no esperó fue llamar la atención del hijo de sus señores, un joven con una visión de la vida avanzada y el cual no se conformaba con menos de lo que creía merecer. De esa unión que, según mi madre fue involuntaria, nací yo. Pero los De Lucca, siempre preocupados por el qué dirán, se opusieron a esa unión y orquestaron un matrimonio con la perfecta para ellos, Bianca Conti.

Me crie bajo el seno de la familia De Lucca, pero siempre marcaron las distancias. Y lo entendía, al fin y al cabo, hasta donde

yo sabía era hijo de la mujer del servicio. Una vez que fallecieron, Ángelo De Lucca nos acogió a mi madre y a mí, dándole trabajo a mi progenitora. Apenas tenía cinco años cuando nació Adriano, el cual se convirtió conforme fue creciendo en mi único amigo. No entendía el odio que sentía por su propio padre. Para mí, el señor De Lucca era un ejemplo.

Un hombre recto, con contactos y al que todo el mundo respetaba. Hubo un tiempo que odié a Giancarlo Moretti, ya que por su culpa murió mi mentor y el que ahora sé que era mi verdadero padre.

Mi madre se emocionó cuando Bianca le ofreció irse con ella a la residencia Moretti. Se habían vuelto buenas amigas a lo largo del tiempo y yo, con tan solo doce años por aquel entonces, tuve que acatar su decisión.

Si en ese momento hubiese sabido la verdad, me hubiese vengado de todos ellos. Me negaron la oportunidad de conocer al hombre que un día idolatré, me negaron lo que me pertenecía por derecho al ser el primogénito y que Adriano no supo ni quiso valorar.

Por esa razón, cuando mi madre me reveló la verdad, pensando que con ello me haría cambiar, tomé la decisión de honrar la memoria y continuar con el proyecto que un día levantó de la nada Ángelo De Lucca.

Creerás que se necesita una gran fortuna para montar lo que yo he logrado, y estarás equivocado.

Solo necesitas atrapar con discreción a las personas adecuadas y buscar en los rincones más oscuros para ofrecer tus productos.

Estando como estoy, de alguna forma implicado dentro de la mafia, no es algo que me costase demasiado conseguir. Y las fiestas de la Sociedad de las Máscaras se convirtieron en mi mercado principal.

El dinero, la riqueza, el prestigio y el poder llegaron después. Ahora que he logrado conseguir lo que en su día se me negó, nada ni nadie podrá arrebatármelo.

Porque como bien decía el gran Ángelo De Lucca: «los muertos no cazan sombras».

Hoy no seré quien ceremonie la subasta, lo de la otra noche fue una excepción. Yo disfruto observando todo lo que transcurre en silencio y soledad.

Una vez que la subasta comienza, las pujas suben. Veo manos levantarse, números desbordar en las pantallas. Risas bajas, apuestas secretas. Este es mi lenguaje. La riqueza, la crueldad, la superioridad. Y nadie lo habla mejor que yo.

«Lote 4: Hija de diplomático occidental».

Vendida.

«Lote 7: Manuscrito original de *El Jardín de los Suplicios*».

Se lo lleva un millonario turco.

Y entonces…

«Lote 11: Ballena Blanca. Mujer perteneciente a la mafia italiana».

El silencio apenas dura un segundo, antes de que las cifras se disparen. Me recuesto. Este es mi momento favorito, cuando el mundo entero se doblega para poseer aquello que solo yo le puedo ofrecer durante unas horas.

Pero entonces ocurre algo, es solo un parpadeo en las cámaras. Me fijo que aparece una figura donde no debería haber nadie.

Frunzo el ceño y una alerta se dispara en la pantalla, en la que leo: ALARMA DE SEGURIDAD ACTIVADA.

Las sirenas empiezan a sonar atronadoras, invadiendo el recinto.

«Maldita sea».

El caos es inmediato. Los magnates pierden su máscara y se convierten en puros animales huyendo. Se atropellan, se gritan, intentan escapar. Tan patéticos.

Y en medio de ese desconcierto, mis lotes cobran vida tras sus jaulas.

Me fijo en Isabella. Sus ojos ya no suplican, sino que arden. La observo abalanzarse sobre un guardia a través de los barrotes. Lo agarra por el cuello y desgarra su carne como si sus manos se hubiesen convertido en cuchillos. Alina no se queda atrás. Es puro odio contenido. Otro guarda cae, rebuscan entre los bolsillos de su traje hasta que encuentran las llaves de las cerraduras.

«Hijas de puta».

Los compradores corren, intentan huir por los pasillos que yo mismo diseñé para cerrarse a mi antojo. No importa cuántas veces lo vea, el pánico tiene un sabor dulce que me llena.

Comienzo a teclear a la vez que enciendo un cigarro y aspiro profundo. El infierno se ha desatado en mi propia casa y no pienso tolerarlo.

Los sistemas de seguridad caen, una a una las rutas de escape comienzan a bloquearse. Sé que no saldrán. Mis hombres esperan tras cada puerta. Espero que mis trampas se activen. Me gusta dejar que crean que pueden huir porque la desesperación es un espectáculo mejor que cualquier subasta.

Sonrío.

Esto no es una derrota.

Es solo una lección. Una en la que me recuerda que nunca hay que bajar la guardia, pero en el fondo, todos los que respiran van a entender una gran verdad.

Yo siempre gano.

El estruendo de las alarmas se mezcla con los gritos. El búnker tiembla bajo mis pies. Las cámaras muestran hombres armados entrando por las bocas de acceso. Reconozco los rostros incluso antes de que las etiquetas de identificación los señalen.

Adriano Moretti y Vladimir Pavlov junto a sus perros rabiosos.

Así que al fin han decidido mover ficha. Dos clanes que juraron no volverse a unir jamás ahora irrumpen en mi casa.

Exhalo una bocanada de humo y aplasto el cigarro contra el borde de la mesa.

Me pongo en pie y activo los protocolos de evacuación manuales desde mi panel privado. Las rutas falsas se iluminan, atrayendo a los invasores como polillas a la llama. Los accesos reales se sellan y mis hombres abren fuego contra los intrusos.

El búnker es una trampa que diseñé a conciencia. Cada rincón, cada túnel me pertenece.

Aún no lo han terminado de entender, pero las sombras no se cazan.

Salgo del despacho sin prisa. A mi paso, compradores forcejean por sobrevivir. Algunos me reconocen, intentan acercarse y suplican. No los miro, ya están muertos, solo que aún no se han dado cuenta.

Mis pasos son firmes. Un pasadizo oculto tras una pared de hormigón cede al reconocimiento de mi palma.

El aire aquí huele a humedad vieja, a polvo encerrado durante años. Me gusta.

Escucho los disparos, cómo se gritan las órdenes.

Miro hacia la entrada. Sé que Adriano y Vladimir creen que han ganado esta noche, que intentarán desmantelar lo que aquí hay montado, sin embargo, sonrío porque el juego apenas acaba de empezar y, como siempre, jugaré desde las sombras. Porque lo que mejor se me da es colocarme la máscara.

Salgo de mi escondite en el momento perfecto, justo cuando Adriano Moretti, mi medio hermano, corre empuñando su arma.

—¡Adriano! ¡Por aquí! —grito, fingiendo que he encontrado una salida y sosteniendo mi propia pistola.

Capítulo 36

Alina

El sonido metálico de los cerrojos cediendo me hace contener la respiración. Mis manos tiemblan al apartar los barrotes de la jaula. La oscuridad del búnker está rota solo por destellos de luces rojas de emergencia que parpadean como un maldito aviso de lo que está por venir. Isabella está a mi lado, con el rostro manchado de tierra y sudor, sus ojos grandes y fieros fijos en el hombre que ha despedazado con sus propias manos.

Varias de las personas enjauladas han imitado nuestros movimientos y están logrando escapar. Los veo luchar contra los hombres con máscaras de arlequín, cómo ellos les disparan sin contemplaciones.

—¡Vamos, rápido! —le insto a Isabella mientras intento ubicar a Sheila.

Hasta ahora no la había visto y mi corazón se encoge al verla tan malherida y delgada. Por su aspecto físico no hace falta que nadie me diga que ha vivido un auténtico infierno.

Nos descolgamos de las jaulas y caemos al suelo con un golpe seco. El eco retumba en los pasillos metálicos. Detrás de nosotras se escuchan gritos, alarmas y un goteo constante que se hace más fuerte. El agua empieza a cubrir mis pies desnudos y un escalofrío me recorre la espalda al deducir que nos encontramos bajo tierra y, como no nos demos prisa, moriremos ahogadas.

Corro hasta la jaula en la que se encuentra mi amiga, que permanece cerrada. La desesperación que siento en estos momentos no es comparada a nada que haya sentido antes. No hay llave, no tengo nada con lo que pueda forzar la cerradura y liberarla.

—Vete —dice ella al darse cuenta de lo mismo que yo.

—Ni hablar, no pienso dejarte aquí sola.

—Joder, Alina. Lárgate. Busca una salida —insiste ella, agarrándose a los barrotes. Las lágrimas le corren descontroladas por las mejillas—. Yo ya estaba muerta.

«No. No, no… No pienso dejarla aquí. Nunca me lo perdonaría».

Sin apenas fuerza comienzo a patear la jaula. Mis gritos se mezclan con el ruido caótico que nos rodea.

—¡Apartaos! —vocifera Isabella.

Lleva una pistola en las manos. Le hago caso y comienza a disparar contra la cerradura.

Salen chispas cuando las balas impactan contra el acero, pero por mucho que descargue hasta la última bala, no cede.

Se me escapa un sollozo al ver como continúa apretando el gatillo, pero lo único que se escucha es el chasquido al haber agotado la munición.

Creí que Isabella estaba loca, pero cuando la veo golpear en esta ocasión las bisagras con la culata, me doy cuenta de que no sabía el alcance de su locura. Parece poseída.

Apenas me da tiempo a reaccionar cuando, tras varios intentos, se escucha un chirrido. Nunca un imperceptible sonido ha sonado tan bien.

Me abalanzo y ayudo a Isabella a tirar de la puerta de la jaula. Pongo todas mis fuerzas en que las bisagras se partan. Cuando conseguimos que la puerta se abra, agarro a Sheila y la ayudo a salir del interior.

Entonces ocurre lo que más deseaba, aparece quien supongo es Valentina, jadeando, con la cara manchada de sangre seca y los cabellos revueltos.

—¿T-Tina?

Isabella mira a su gemela como si de un fantasma se tratase. Atrás queda la mujer encolerizada que ha ayudado a rescatar a mi amiga. Se le ve en estos momentos tan frágil y emocionada que entiendo por qué un día mi hermano se enamoró de ella. Alguien que mira con esa expresión llena de amor hacia otra persona debe ser adorada.

—¡Por acá, rápido! —grita, y yo no lo pienso.

Agarro a Sheila y tiro de Isabella para correr tras ella, resbalando por el suelo mojado mientras el agua nos sube a la altura de los tobillos. Los pasillos parecen interminables y cada giro me parece idéntico al anterior, pero Valentina avanza sin dudar.

—¡Rápido, no tenemos mucho tiempo! —insiste, su voz ahogada por el estruendo de una compuerta cediendo a lo lejos.

Nos guía hasta una sala más amplia con una compuerta abierta al fondo. El agua fluye hacia allí como si el búnker mismo intentara tragarnos.

Sin pensarlo, cruzamos la puerta, pero entonces escucho el chirrido de los cerrojos. Me doy vuelta justo a tiempo para ver a Valentina cerrando la compuerta detrás de nosotras. Su rostro, antes desesperado, ahora muestra una sonrisa torcida, cruel que me hiela la sangre.

—¿Valentina? —Isabella da un paso al frente, confundida—. ¿Qué haces?

Valentina la mira, y por un segundo la veo dudar. No. Ni siquiera duda y la sonrisa se le amplía.

—Adiós, Bella —susurra, y su voz es tan distinta, tan ajena—. He pasado toda mi vida siendo una segundona, siempre obedeciendo, siempre esperando mi turno. ¿Y sabes qué? Se acabó. Este tiempo encerrada aquí me ha servido para darme cuenta de quién soy y qué es lo que realmente quiero.

Isabella se queda inmóvil, incapaz de articular palabra. Yo siento como el pecho me arde, el aire es escaso, noto como si las paredes se cerraran.

—Nos vas a dejar aquí… —murmuro.

Y no es una pregunta.

—Conocí a alguien aquí que me mostró que puedo ser más de lo que soy. Que puedo obtener todo cuanto me merezco. Solo debería aguantar, esperar mi momento. Y ese ha llegado —dice Valentina.

—¿Y qué crees que mereces, maldita idiota? —cuestiona Isabella, observando a su hermana como si la viese por primera vez —. ¡Nos hemos desvivido por encontrarte y así nos lo pagas! ¡Lo tienes todo!

—¡No! Lo tenéis todo vosotros—le grita Valentina. Su mirada enloquecida—. Adriano, el gran capo de la familia y tú, la pobre Isabella, que no le dicen nada para no volverla a lastimar… —Se burla—. ¿Y yo qué? Yo siempre he sido la invisible. La hija que no ha dado problemas, la que ha permanecido a la sombra de vosotros, ¿y para qué? Para una vez que me enamoro, para una vez que confío en alguien, mira dónde acabo.

—Es Dante, Isabella —intervengo—. Dante es la Sombra.

Isabella me observa por encima de su hombro con el ceño fruncido.

—¿De qué hablas? ¿Qué…?

El sonido de los cerrojos sellándose corta lo que fuese a preguntar la italiana.

—¡Nooo! ¡Valentina! —suplica totalmente hundida Isabella.

El agua sigue subiendo y su hermana acaba de sentenciar nuestro destino.

Isabella cae de rodillas, sin comprender. Abatida, dolida y rindiéndose.

El agua ya me llega a la cintura. Cada movimiento es un esfuerzo, cada respiración un trago de aire denso y húmedo que sabe a óxido y desesperación. Intento mantener a flote a Sheila, que está pálida, su ropa manchada de sangre oscura que se diluye en el agua sucia. Apenas puedo sostenernos.

—N-no puedo más… —susurra Sheila con los ojos entrecerrados.

—Aguanta. Saldremos de aquí —le digo, aunque sé que es una mentira piadosa.

—Isabella, ayúdame con Sheila. —La italiana ni siquiera me escucha. Continúa con la cara pegada por el lugar que ha desaparecido su hermana.

Avanzo en el agua con Sheila entre mis brazos y zarandeo a Isabella.

—¡Vale de lamentaciones, joder! Ya lo harás después, pero para que eso ocurra necesitamos centrarnos y buscar una forma de escapar de aquí. —Le tiendo a Sheila antes de que replique y comienzo a buscar a mi alrededor con desesperación.

Mis manos palpan las paredes lisas y frías, hasta que mis dedos tocan algo: una palanca vieja, casi oculta por una maraña de cables rotos. Un cartel oxidado apenas se sostiene sobre ella, pero alcanzo a distinguir lo que dice: «Liberación manual de compuerta. Mantenimiento: permanecer sujeto durante operación».

Mi estómago se hunde.

Muevo la palanca sin dudar, y con un ruido agónico, una pesada puerta metálica al otro lado de la sala empieza a elevarse. El agua se desliza con fuerza hacia la nueva salida, bajando apenas unos centímetros.

Y siento que es nuestra oportunidad.

—¡Por ahí! —grito, señalando.

Isabella no lo piensa y comienza a arrastrar a Sheila hacia la abertura. Me aseguro de mantener la palanca en su lugar. Los brazos me tiemblan por el esfuerzo, siento el frío del metal incrustarse en mis dedos, la fuerza de la corriente tira de mí, pero anclo mis pies para permanecer en el sitio.

Veo que la puerta sube lo suficiente para que puedan pasar.

—¡Vamos, Alina! —me grita Isabella desde el otro lado—. ¡Sal!

Las veo, empapadas, heridas, mirándome expectantes, y no me muevo.

Me obligo a sonreír, aunque sé que ellas notan la grieta en mi expresión.

—¿Alina? —pregunta Sheila, enderezando su cabeza en los brazos de Isabella.

—Tenéis que vivir —les digo.

Mis palabras suenan más débiles de lo que quisiera.

La comprensión se dibuja en sus rostros. Isabella niega con la cabeza, sus ojos se llenan de lágrimas.

—¡No! ¡No puedes quedarte ahí! ¡Sal ahora mismo, *principessa*!

Sonrío ante el apodo que me puso su hermano y ella se apropió también. Se me forma un nudo en la garganta y trago, intentando que se deshaga.

No hay tiempo. La palanca no tiene seguro, y en cuanto la suelte, la puerta se cerrará de golpe.

—Lo siento… —me tiembla la voz.

Sheila intenta alzar una mano hacia mí, pero apenas puede moverse. Isabella se lanza hacia adelante, intentando regresar, pero ya estoy soltando la palanca.

Echo un último vistazo hacia ellas, y odio llevarme la última imagen de sus rostros marcados por el horror y la pena.

—Te quiero, Sheila. Siempre has sido mi familia.

—Por favor…

—Y a ti —me dirijo a Isabella—. Te lo debía. Gracias por salvarme una vez la vida.

—¡Maldita sea, Alina, ni se te ocurra…!

Suelto la palanca.

La puerta cae de golpe con un estruendo sordo y los gritos de Isabella y Sheila suplicando se apagan tras el metal.

El agua vuelve a subir, helada, cruel, tragándose todo a su paso.

Respiro hondo, sabiendo que cada bocanada podría ser la última.

Solo espero que ellas encuentren la salida. Que alguien lo logre. Sería muy injusto que, después de todo, ninguno encontrásemos la salvación.

Dejo que la oscuridad y el agua me envuelvan.

El agua me llega al cuello. Cada respiración se vuelve un acto reflejo. La sala está casi completamente inundada, y la poca luz que quedaba se refleja en la superficie ondulante, como un último aliento de vida antes de apagarse.

Me aferro a un recuerdo.

A Sheila.

La primera vez que la vi fue en aquel colegio interno, cuando ambas éramos poco más que unas niñas en un mundo roto. Sonrió con ese descaro que siempre tuvo, como si no importara cuán podridas estuvieran las cosas. Me tendió la mano como si fuésemos viejas amigas, como si supiera que, de algún modo, yo la necesitaba. Y tenía razón. Porque desde entonces ella se convirtió en mi refugio, en mi familia elegida. La felicidad, esa palabra extraña y lejana, llegó disfrazada de risas compartidas en medio de la soledad, de confidencias susurradas en noches de vigilia.

Ella me enseñó a resistir. A pelear. A soñar, incluso cuando todo te dice que no hay nada al otro lado.

Y Vladimir… Mi hermano.

Cierro los ojos y siento un nudo en el pecho al pensar en él. Toda su vida obsesionado con conseguir su dichosa Matrioska, ese ideal imposible de control, de perfección, de poder. Y ahora, sin saberlo, perderá a su hermana en las entrañas de este infierno. Ni todo su dinero ni todas sus redes, ni sus ambiciones han servido de nada cuando descubra que no podrá recuperarme. Que esta vez, por más que lo quiera, no podrá controlarlo todo.

Sin embargo, cuando realmente me quiebro, cuando siento que el agua ya no es lo que me ahoga, sino el vacío que siento en el pecho, es cuando pienso en él.

En Adriano.

Nunca esperé encontrar a alguien como él en mi vida. Tenía claro cuál sería mi destino, no tenía elección. Me habían marcado una línea a seguir y no podía desviarme, pero cuando lo conocí, cuando nuestras miradas se cruzaron en medio de esta tormenta, supe que, por primera vez, yo elegiría. Y lo elegí a él.

Ha sido tan poco tiempo. Todo tan fugaz.

Apenas un suspiro de promesas a medias, de sueños que apenas empezaban a esbozarse. Me pregunto —y duele hacerlo— si en otra vida, en otro mundo menos roto, hubiéramos sido algo más que dos almas rotas que se cruzaron demasiado tarde. Si habríamos construido algo juntos, si su risa sería ahora el sonido que acompañara este momento y no este silencio pesado que todo lo cubre.

Siento las lágrimas mezclarse con el agua helada.

Adriano…

Nos merecíamos más que esto.

Noches sin miedo. Una vida donde nadie tuviera que mirar siempre por encima del hombro, pero esta es la historia que nos tocó.

Y ahora, mientras las sombras se cierran, mientras el agua finalmente cubre mi boca y el mundo se vuelve borroso y frío, me aferro a ese pensamiento como a una última caricia.

Quizá en otro lugar, quizá en otro tiempo nos volvamos a encontrar.

Capítulo 37

Adriano

Llegamos a Rýbinsk mucho antes del amanecer. El pueblo es apenas un susurro entre árboles secos y niebla espesa. Nadie en su sano juicio viviría aquí por eso; por supuesto, es el lugar perfecto para llevar a cabo las subastas.

El búnker está oculto tras una compuerta metálica cubierta de maleza y camuflaje. Una antigua depuradora carcomida por el paso del tiempo. Si no supiéramos lo que estamos buscando, jamás lo habríamos encontrado.

—Ahí es —nos comunica Marco por el pinganillo.

Miro el mapa térmico y me fijo en que lleva razón.

—Hay mucho movimiento.

Vladimir asiente y da la orden con un gesto. Las compuertas se abren tras colocar explosivos silenciosos. La oscuridad nos traga y comenzamos a descender en fila.

Las escaleras metálicas nos llevan a varios pasillos reforzados. Todo huele a humedad.

Avanzamos sigilosos, sin encontrar a nadie a nuestro paso, pero entonces se desata el caos.

—¡Mierda! —grita uno de los nuestros.

La alarma suena y las luces rojas de emergencia parpadean. Se empiezan a oír disparos, gritos y voces en distintos idiomas.

Hombres y mujeres bien vestidos, con máscaras doradas, de animales, de muerte… corren en todas direcciones. Algunos intentan defenderse. Otros solo gritan.

Y no les damos opción.

Disparo tras disparo, las máscaras caen. Algunos se arrastran por el suelo, suplicando, pero no pienso tener clemencia.

Es un maldito exterminio. Voy a acabar del todo con toda esta gentuza.

—¡Encontrad a las chicas! ¡Que nadie escape! —ruge Vladimir mientras avanza entre cuerpos y balas.

Y entonces la veo. Larisa.

Una sombra oscura entre la multitud, deslizándose entre pasillos, esquivando cuerpos. Sus ojos brillan al reconocer a Vladimir y de repente se cruzan con los míos al darse cuenta de que la he visto.

—¡VLADIMIR! —le grito a través del ruido—. Tu mujer —le señalo. Él no responde, solo asiente y la sigue como un sabueso con sangre en las fauces.

Yo me mantengo firme, ordenando a mis hombres y a los refuerzos de Yuri que se internen en el maldito búnker y acaben con todo. Mientras, me dirijo habitación por habitación, derribando puertas, esperando encontrar a las chicas vivas.

—¡Adriano! —una voz familiar me llama desde el pasillo lateral.

Me giro. Es Dante.

—¡Rápido! ¡Por aquí! Creo que he encontrado algo. —Tiene la voz agitada—. Hay un cuarto con cerraduras electrónicas, puede que las mantengan allí.

Corro a su lado. El pecho me arde por el esfuerzo de poner al límite mi cuerpo, por el poco oxígeno limpio que se respira en este jodido sitio.

De repente, entre la ira y la desesperación por dar con el paradero de Alina y mis hermanas, algo se enciende dentro de mí. Se me forma nudo en el estómago y una presión en el pecho.

«No debería estar aquí», me dice una voz interior.

¿Por qué está Dante aquí si estaba tras el rastro de Larisa en Moscú? No puede haber llegado tan rápido.

Camino tras él, dudando. El sonido del caos queda atrás. Solo quedamos nosotros dos en ese corredor angosto. El aire se vuelve pesado y silencioso.

Entonces me detengo. Dante, al sentir que no lo sigo, se gira con lentitud y sonríe.

Es una sonrisa torcida, perversa, incluso cínica.

—Hijo de la grandísima puta.

Él no pierde el tiempo, saca su arma y me apunta al pecho.

—Te ha costado descubrirlo —dice con una voz tranquila, casi divertida—. Aunque al final siempre caen las máscaras, ¿no?

Mi mente se queda en blanco. Mi respiración se agita. Pensamos que era Viktor, incluso llegué a creer que sería Larisa, pero nunca se me pudo pasar que la Sombra fuese Dante.

Mi mano se levanta, pero no lo bastante rápido.

—No te muevas, Adriano. No quiero matarte aún… —susurra—. Quiero que lo entiendas primero.

—¿Por qué…? —escupo entre dientes, sintiendo la traición como una puñalada en el estómago—. ¿Desde cuándo?

—Desde antes de que me llamaras «hermano». Paradójico, ¿no? Ya que es lo que realmente somos

Su risa corta el aire.

—¿De qué cojones hablas? —cuestiono, apretando los dientes.

Dante baja el arma apenas un poco, como si le diera lástima tener que explicármelo. Como si ya hubiera ganado.

—Me lo confesó mi madre antes de morir —responde con esa sonrisa de serpiente—. Ángelo de Lucca era mi padre.

Mi corazón se detiene por un segundo. El mundo tiembla bajo mis pies.

—Mentira —gruño.

—¿Mentira? —Ríe con desprecio—. ¿Por qué crees que siempre estuve cerca? Porque mi padre me quería a su lado.

—Estás loco si crees que eso es cierto…

Aunque no suena descabellado.

Dante y yo siempre nos hemos parecido, no solo en el físico, sino que nos mueve la misma inquietud, ambos tenemos una bestia que intentamos domar.

Lo miro. No como a un hermano, sino como a un traidor. Lo miro como lo que es ahora, una sombra que nació de mi misma sangre.

—Mataste a nuestro padre —continúa con la voz llena de veneno.

—Y lo volvería hacer si tuviese la oportunidad —le declaro—. Al igual que haré contigo—prometo.

—¿Aún confías en que saldrás vivo de aquí? He disfrutado viendo cómo te consumías al buscar a Valentina.

—Eres un cabrón miserable.

—Lo que suplicaba pidiendo más mientras me la follaba. Como perdió la cabeza por mí y lo fácil que pude atraparla.

—¿Dónde están? ¿Dónde las tienes?

—A estas alturas ya estarán muertas, pero no sufras, que no tardas en acompañarlas.

—No eras nadie hasta que te cruzaste conmigo —le escupo—. Todo lo que tienes lo conseguiste a mi lado, como un maldito parásito.

Dante levanta el arma.

—Aquí termina todo, «hermano».

Dispara.

Me giro, pero no lo suficiente para que el fuego me atraviese el hombro. El dolor me hace tambalearme, pero no caigo.

—¡Hijo de puta! —rujo, y me lanzo sobre él con toda la rabia que llevo acumulando desde que supe que el mundo está lleno de mentiras.

Chocamos con fuerza. Las pistolas vuelan en direcciones opuestas.

Caemos al suelo. Él me golpea en la cara con fuerza. Sin embargo, le devuelvo el puñetazo haciendo que le crujan los huesos de la nariz. Me derriba, ruedo y lo tumbo conmigo.

Gritamos, maldecimos, pateamos y sangramos.

Él intenta estrangularme. Me arde el cuello de la presión que ejerce a la par que me falta el aire.

Le clavo los dedos en los ojos y aprieto con todas mis fuerzas. Siento como sus globos oculares se hunden en sus cuencas. Grita y me suelta. Lo golpeo con el codo. Una, dos y tres veces.

Siento sus costillas romperse bajo mis puños. Me lanza un cabezazo y todo se vuelve borroso. No obstante, hay una cosa que él no tiene.

Templanza. No decaer cuando crees que todo está perdido.

Lo levanto por el cuello de la camisa y lo estrello contra la pared.

—No eres mi hermano —le digo con voz gutural, jadeante—. Eres solo una jodida sombra que pienso hacer desaparecer.

Él intenta hablar, pero le atravieso el pecho con el cuchillo que extraigo de una funda en mi tobillo.

Su cuerpo se arquea, se tensa y se aferra a mis brazos.

—H-hermano… —susurra con una última sonrisa torcida.

—Vete al infierno.

Retuerzo la hoja y su cuerpo se rinde.

Lo dejo caer y respiro de manera pesada.

Me tiemblan las manos, mi hombro sangra y mi pecho arde, pero sigo vivo.

Miro el pasillo, que cada vez se va llenando más y más de agua.

Me levanto, agarro el arma, apunto al cuerpo inmóvil de Dante y aprieto el gatillo, incrustándole una bala en el cráneo.

Sigo adelante sin mirar atrás, sin sentir remordimientos porque, mientras haya alguien por quien luchar, seguiré matando sombras.

El dolor en mi hombro es una sensación constante. Cada latido es una puñalada, pero sigo avanzando. El aire es espeso, cargado de humo y pólvora mezclado con ese olor inconfundible de sangre fresca y miedo.

Paso por los cuerpos de hombres enmascarados. Algunos aún se quejan en el suelo, no tengo tiempo para ellos, así que sin preámbulos disparo, acabando con su agonía.

Las sirenas siguen activas, el agua insertándose en el interior y, a pesar de eso, soy capaz de escuchar los gritos.

—¡Por favor, que alguien abra esta mierda! —una voz rota por el llanto y la rabia.

«Isabella».

—¡Ayuda, por favor! ¡Que alguien nos ayude!

Se une otra voz un poco más débil, más angustiada.

Mi pecho se contrae. Me lanzo hacia el pasillo lateral de donde provienen los alaridos.

Ahí están. Dos figuras desesperadas, despeinadas, con los rostros cubiertos de lágrimas y suciedad. Ambas golpean una compuerta de metal grueso, desesperadas, las uñas ensangrentadas de tanto arañar la abertura.

Cuando mi hermana me ve, sus ojos se abren como si hubieran visto a un fantasma, o a un ángel de la muerte.

—¡Adriano! —grita Isabella, corriendo hacia mí, al punto de tropezar. La cojo al vuelo y siseo a causa del dolor que siento en el hombro—. ¡Está dentro!¡No podemos abrirla!

La aparto unos centímetros de mí y la tomo de los brazos.

—Estás viva.

Siento un ardor en la garganta y mis manos tiemblan. No por miedo ni por el dolor en el hombro, que late como un tambor desquiciado.

Es otra cosa.

Isabella jadea, los ojos rojos de las lágrimas que no para de soltar. Se aferra a mi chaqueta con tal desesperación, como si pudiera salvarla de un abismo invisible.

—Adriano… —balbucea con la voz quebrada—. Alina… e-ella… está dentro. Se quedó para darnos tiempo… ¡Maldita, *principessa*, cerró la puerta desde dentro!

La frase me golpea como un disparo directo al pecho.
El aire me abandona y noto como el mundo se apaga a mi alrededor.

Siento que algo se me parte por dentro. No sé cómo describirlo. Es como si mi pecho se desgarrara, como si los huesos se rompieran sin hacer ruido. Es un dolor que no había conocido, y eso que he visto demasiado.

—¿De qué mierdas hablas? —susurro con la garganta hecha trizas.

—S-se ha sacrificado —Isabella solloza, negando con la cabeza, rota—. Si soltaba la palanca, la compuerta se cierra y… Se está inundando de agua, Adriano. T-tienes que sacarla.

No lo pienso. Ni dudo.

Saco la carga pequeña que Yuri nos dio antes de dejar Moscú. La última. La que debía usar para sellar la salida tras la retirada.

Que se joda el plan. Que se joda todo.

Le pongo la mano a Isabella en el hombro.

—Saca a Sheila y largaos. Buscad la salida—Le pongo mi pistola en la mano y añado—: No dudes en utilizarla.

Ella asiente, pero antes de irse me lanza una última mirada. Una tan llena de odio y tristeza que podría quebrar a cualquiera.

—Valentina… —dice, escupiendo el nombre como veneno—. No pierdas el tiempo por ella. Esa ya no es nuestra hermana. Nos vendió.

Frunzo el ceño sin entender a qué se refiere.

Quiero decir algo, pero el dolor que siento en mi pecho es más urgente que cualquier pregunta que quiera hacer.

Salvar a Alina es mi prioridad en estos momentos.

Asiento hacia Isabella y espero a que se alejen, hasta que me quedo solo.

Coloco la carga junto a la compuerta reforzada. Me aparto, respiro hondo.

—Aguanta, *principessa* —susurro y, sin preámbulos, pulso el detonador.

El estruendo sacude el pasillo. La compuerta se descuelga de golpe y una corriente de agua turbia me golpea de lleno, arrastrándome hacia atrás, sumergiéndome en un torrente helado y espeso.

El hombro me arde. Me cuesta respirar. Apenas puedo mantenerme a flote, aun así, nado a contracorriente.

Voy medio a ciegas. Me sumerjo en esa cámara inundada, en el que el agua sigue su camino hacia el pasillo a mi espalda. El lugar comienza a vaciarse y entonces la veo.

Está flotando en la superficie, arrastrada como si fuese una muñeca rota. Su cabello rubio esparcido alrededor de su rostro, los labios entreabiertos y los ojos cerrados.

Mi pecho grita. Mi cuerpo olvida el dolor. Me lanzo hacia ella y lucho contra la fuerza que la arrastra.

La tomo en brazos, intentando sujetar lo que se me está escapando.

—No me hagas esto… no ahora… —susurro, poniéndola en una posición horizontal.

Jadeo. Me duele todo, aun así, la tengo.

«La tengo».

No sé si respira, tampoco sé si habré llegado a tiempo, pero no pienso soltarla.

El agua me llega ya solo por los tobillos, me arrodillo y la tiendo sobre el suelo, pero su cuerpo se cubre parcialmente de agua.

Tapo su nariz con mis dedos y presiono sus mejillas con la mano que me queda libre. Agacho la cabeza, tomo una respiración profunda y mi boca va a parar a la suya, donde descargo todo el aire de mis pulmones esperando que llenen los suyos.

Despego mis manos y le hago varias compresiones en el pecho.

No pienso parar. Ni siquiera al notar como el agua vuelve a subir de nivel.

No pienso dejarla. Aunque me cueste la vida.

—Vamos, *cara*.

Continúo presionando su pecho y alterno insuflando aire en sus pulmones.

De repente, Alina comienza a toser, a expulsar agua, y la pongo de lado para que no se atragante.

Cuando gira la cabeza y sus ojos azules se conectan con los míos, mi corazón vuelve a latir, ya que por unos instantes he sentido que había dejado de hacerlo.

—Adriano… —Su voz sale rasposa, pero es el mejor sonido que he escuchado en mi vida.

Se abalanza a mis brazos y la rodeo con fuerza, respirando su olor, sintiendo que está viva.

—Te tengo, *cara*. Te tengo.

Y me prometo que no voy a soltarla.

Capítulo 38

Alina

El aire huele a tierra mojada y a óxido cuando Adriano empuja la puerta del búnker. El sonido que hace parece un lamento, sufriendo por las atrocidades y la masacre que su interior ha albergado.

Sigo aferrada a su cuerpo, temiendo que si me suelto toda la pesadilla que he vivido vuelva a reproducirse. Aún me queman los pulmones, las lágrimas siguen cayendo por mi rostro. Por un momento he estado clínicamente muerta, lo sé.

Todo el mundo a lo largo de nuestra vida hemos pensado cuál es la forma en la que no nos gustaría morir. Yo, teniendo la vida que tengo, perteneciendo a la mafia, siempre he creído que mi final llegaría antes de lo deseado. Cuando perteneces a mi mundo, la esperanza de vida se desdibuja y piensas en vivir al día. Una bala mal dirigida, un enemigo al que no puedas enfrentar, son una de las imágenes que se me han pasado a la hora de pensar en cómo podría morir, pero lo que nunca he deseado es morir ahogada.

La sensación de que tu final se acerca de forma lenta, de que tus pulmones se llenan de agua y comienzas a tragar pensando que de alguna forma te llegará el oxígeno… Es la sensación más desesperante y angustiosa que he experimentado y la que, gracias a Adriano, puedo contar.

No me arrepiento de mi decisión. Nunca creí que antepondría la vida ajena a la propia, sin embargo, una vez que me he visto en esa tesitura, no he dudado. Era yo o morir todas. Y lo he tenido claro.

La luz del sol me golpea en los ojos, cegándome por un instante. Escondo mi cara en el cuello de Adriano. Ni siquiera sé dónde estoy, dónde nos han tenido retenidas. Solo sé que es un día pálido y frío y, por un absurdo segundo, todo parece normal.

Alzo la cabeza cuando escucho los sollozos.

Sheila está de rodillas en la tierra, con las manos cubriéndose el rostro. Su llanto es un eco roto en medio de la desolación. Vladimir permanece de pie junto a ella, con la expresión de quien ya no tiene fuerzas ni siquiera para llorar. No obstante, lo que más me sorprende de esa estampa es como Isabella está abrazada a él. Esa imagen me descoloca más que cualquier otra cosa. Como si el caos hubiera vuelto a escribir las reglas.

Ella me ve, ya que los demás permanecen de espaldas.

Sus ojos inyectados en sangre se abren de manera desmesurada.

No duda.

Suelta a mi hermano y corre hacia nosotros. Me incorporo en los brazos de Adriano para que me deje en el suelo y poder recibir a su hermana. Él me lanza una mirada, entrecerrando los ojos, y niega. Cumpliendo su palabra de no soltarme.

Isabella llega hasta nosotros, y antes de que pueda decir palabra, su mano me cruza la cara de un guantazo.

—¿Qué coño haces? —gruñe Adriano, apartándome de ella.

El golpe resuena en el aire frío. Me arde la mejilla, pero yo no me aparto.

No sé por qué suelto una carcajada. Ni siquiera tras haber vivido una experiencia cercana a la muerte esta mujer deja de sorprenderme.

Quizá me haya contagiado su locura.

—Ni se te ocurra volver a hacerte la mártir, ¿me oyes? —escupe con rabia, aunque la voz se le quiebra.

Antes de que pueda responder, me abraza. Se aferra a mi cuerpo, o al de su hermano, ya que sigo entre sus brazos, como si se me fuese a escapar la vida.

Me muerdo el labio inferior, compungida cuando murmura en mi oído un «gracias» que me rompe más que el bofetón.

De repente, soy arrancada de la maraña que han creado a mi alrededor los Moretti, y paso a estar pegada a un pecho ancho, fuerte y duro.

Vladimir me abraza con tal sentimiento que lo siento temblar bajo mis manos.

—Pensé que te había perdido, *sestra*…

—Estuviste cerca, Vlad —le confieso.

Pega su frente contra la mía y me fijo en cómo tímidas lágrimas se le escapan de la comisura de los ojos.

Me sorprendo, mi hermano no llora. Nunca. Y verlo vulnerable hace que lo vea más humano que nunca. Se que es contradictorio, que creemos que mostrar nuestros sentimientos es sinónimo de debilidad, pero eso es incierto. Solo los valientes pueden reconocer su sufrimiento y aceptarlo para salir fortalecidos.

Alzo mis manos y se las retiro con las yemas de mis dedos.

—Adriano me salvó —le confieso para que, tras lo que ha pasado, entierren el hacha de guerra.

Vladimir levanta la cabeza y centra su mirada a mi espalda.

—Estoy en deuda contigo. —Y centrándose de nuevo en mí, cierra los ojos, suspira y añade—: Te libero de nuestro trato, Alina. Después de lo que ha pasado, de no haberte podido proteger, no merezco exigirte nada. Serás la Matrioska solo si tú quieres y con quien tú decidas, es lo justo.

Lo miro y siento como algo se remueve en mi interior, algo por lo que tanto he luchado.

Soy libre. Libre de un destino que nunca elegí.

Asiento sin añadir palabras. No tengo por qué agradecer algo que siempre debería haberme pertenecido.

Veo a Sheila, que continúa arrodillada con su cara oculta entre sus manos. Me separo de mi hermano y me acerco hasta ella.

No hay ni un ápice de la mujer guerrera que una vez fue. Ahora es un cascarón vacío de sufrimiento. Sin embargo, si alguien puede reponerse de lo que le ha sucedido, es ella. Y yo estaré a su lado para ayudarla en todo cuanto necesite.

Me arrodillo a su lado y le paso un brazo por los hombros. Ella, al sentir el contacto, se asusta, pero al ver que soy yo se aferra a mi cuerpo e intento transmitirle mi energía.

—Si te hubiese pasado algo por mi…

—Shhh… —la silencio—. No fue tu culpa, sino de un sádico obsesionado.

—No —niega—. Si yo no hubiese ido detrás de un imposible… —Alza la cabeza y me observa, sus ojos cristalinos siempre alegres y vivarachos están apagados—. Hay tantas cosas que tengo que contarte, tantas por las que pedirte perdón por habértelas ocultado…

—Tendremos tiempo. —Sonrío y le aparto varios mechones de su plateado cabello, retirándoselo de la cara—. No voy a ningún lado. Eres mi familia, ¿recuerdas?

Ella cierra los ojos al escuchar esa palabra.

—Sí, somos familia.

Adriano se acerca, a pesar de que no me toca, siento su calor y cómo se detiene junto a mí.

Es como si se hubiese proclamado mi vigía.

—Dante… —su voz endurecida— era la Sombra. Dijo algo así como que éramos medio hermanos. —Aprieta la mandíbula—. No es que ya me importe. Como hice con mi propio padre, también acabé con él.

Sheila deja de llorar. Vladimir frunce el ceño sin entenderlo e Isabella toma la palabra.

—Hay más —dice con voz hueca, como si no fuera del todo suya —. Parece que Dante no es el único que nos traicionó. También lo hizo Valentina. No sabemos si ha conseguido escapar.

Mi pecho se comprime y busco con la mirada a Adriano.

Todo esto para él empezó con la desaparición de su otra hermana.

Un silencio pesado cae sobre nosotros. Solo se escucha el viento colándose entre las ramas secas que bordean el embalse.

—La encontraremos.

—No —niega Isabella—. Conmigo no cuentes. Para mí, después de lo que ha hecho, está muerta.

Una declaración dura que entiendo. Yo estaba presente cuando Isabella descubrió la cara oculta de su hermana, cómo la desolación se apoderó de ella y la devastó.

—Tampoco pude seguirle el rastro a Larisa.

—¿Cómo dices?

Me fijo en mi hermano y el suelo parece inclinarse bajo mis pies.

«Primero Valentina. Ahora Larisa».

Adriano me agarra de la mano, su mirada buscándome mientras me pongo en pie.

—No dejaré que se acerque a ti.

Vladimir sacude la cabeza con la desesperanza estampada en la cara.

«Maldita rata escurridiza…».

—Viktor ha muerto, no tiene a nadie. No tardaremos en dar con ella. Desde el momento que intentó acabar contigo es enemiga de la Bratva. No habrá rincón en el planeta en el que pueda esconderse —masculla Vladimir, hablando como el *pakhan* que es.

Puede que esté desaparecida, pero no le tengo miedo. Toda esta situación me ha enseñado que soy más fuerte de lo que esperaba y que, por mucho que haya renegado de ello, yo también pertenezco a la Bratva.

He demostrado que por las personas que me importan estoy decidida a dar hasta mi propia vida. Y llegado el momento, si hace falta también, a arrebatarla.

El viento arrastra el polvo cuando escuchamos el sonido lejano. Primero es un rumor grave, como un trueno sostenido en el aire, y luego el retumbar inconfundible de las hélices.

Levanto la mirada y dos helicópteros aparecen en el cielo de Rýbinsk.

—Pero ¿qué…? —murmura Vladimir.

La máquina se acerca y, antes de aterrizar, desde uno de los laterales abiertos veo a Yuri asomado, su eterna sonrisa torcida, ese descaro inquebrantable incluso en medio de la muerte.

—¡Parece que habéis montado una fiesta sin mí! —grita por encima del estruendo y, pese a todo, no puedo evitar sonreír.

«Juro que es mi ídolo».

Las puertas se abren y los hombres de Yuri descienden armados, revisando los alrededores, cubriéndonos. Él, desde su sitio, se sacude el polvo de la chaqueta impecable y nos guiña un ojo. Observo que Marco, el *hacker*, lo acompaña.

—Vámonos, larguémonos de este agujero antes de que empiecen los fuegos artificiales. —Sonríe como un demente.

Subimos a los helicópteros. Isabella esta pegada al cuerpo de Marco, quien la protege con su brazo sobre sus hombros; Vladimir ocupa el asiento de enfrente sin quitarle la vista de encima a esos dos. Sostengo a Sheila con una mano mientras que con la otra busco la de Adriano. Cuando nuestros ojos se cruzan, sé que hay cosas que no pueden esperar. Apoyo mi cabeza en su hombro y mi corazón aletea al sentir como sus labios se posan en la cima de mi cabeza.

Observamos desde el cielo cómo el búnker explota por los aires, creando una gran nube de fuego y humo, cerrando de esta forma un capítulo que jamás debería haberse escrito.

Aprieto la mano de mi amiga y ella me devuelve el gesto para que sienta que está aquí, que por fin pude encontrarla.

Capítulo 39

Alina

Moscú nos recibe con un cielo nublado y un aire que huele a lluvia inminente, pero ya no importa.

Yuri organiza todo con rapidez. Seguridad, médicos, incluso nos asegura que ha silenciado lo ocurrido para que no nos vinculen.

No, si al final va a ser verdad y tiene línea directa con gente influyente aquí en Rusia.

Nos instala en una elegante casa señorial a las afueras de Moscú, lejos de cualquier peligro. Necesitamos descansar y plantearnos nuestro futuro.

Incluso desde mi habitación escucho los gruñidos de Adriano mientras le extraen la bala. Aún no me creo que me haya salvado mientras él también estaba herido.

La primera noche, después de horas y horas hablando con Sheila, descubro su verdad, la cual me sorprende.

Nunca me imaginé que fuese hija de una princesa de la Yakuza. Una que estaba prometida y tuvo una aventura con un hombre caucásico. El destino de mi amiga era no nacer, pero su madre ocultó su embarazo y cuando dio a luz la entregó a un grupo de Gheisas para que la niña tuviese la oportunidad de vivir, aunque lo hiciese alejada de su verdadera familia.

—¿Como llegaste con las monjas a Málaga? —le pregunto.

—Las Gheisas con las que me dejaron tenían miedo de que la familia de mi madre supiese de mi existencia y me entregaron a una antigua conocida, que era Sor Victoria.

Abro los ojos al escuchar el nombre de la directora de nuestro colegio.

—Sor Victoria nunca me ocultó la verdad, siempre la supe, Alina, pero me dio igual. Mi madre arriesgó mucho por mí ocultando su embarazo. Me otorgó algo a lo que aferrarme, dejó que tuviese

una vida. Lo mínimo que yo podía hacer era no buscarla y causarle problemas.

—Oh, Sheila…

Le atrapo sus manos y la acerco hasta mí para cobijarla entre mis brazos.

—Tengo una foto de ella, ¿sabes? —me confiesa—. Era hermosa, no tanto como yo… —Se me escapa una carcajada al sentir que, con solo un día en libertad, Sheila intenta volver a ser ella misma. No del todo, pero tiempo al tiempo.

—No lo dudo. —Le beso la mejilla—. Siempre has sido una rompecorazones. —Le guiño un ojo—. Siento haberme reído cuando decías que procedías de una dinastía samurái, pensaba que era una más de tus bromas.

—Como ves, no mentía. —Sonríe, pero enseguida se pone seria de nuevo.

—La noche en Venecia, cuando asistimos a la fiesta de la Sociedad de las Máscaras. —Me recorre un escalofrío al hacer referencia a la noche que desapareció y en la que comenzó su infierno—. Reconocí al hombre que aparece en la foto con mi madre. Se supone que era su prometido.

Me tapo la boca.

—No puede ser.

—Te prometo que creí que era algo que tenía superado. Estaba bien con la vida que me tocó vivir, pero al verlo algo se removió en mi interior, Alina. —Asiento, entendiéndola—. Ahora sé que necesito respuestas. Necesito saber si mi madre sigue viva.

Mi amiga, esa que siempre ha sido la fuerte de las dos, se desmorona entre mis brazos.

—Quiero conocerla, Ali —me declara convencida—. Mientras me tuvieron encerrada decidí que, si salía viva de esa, la buscaría.

Siento su pesar como mío, por eso no me extraño cuando me escucho decir:

—Y yo te ayudaré en todo lo que necesites.

—Gracias, Ali. Debería haberte contado la verdad hace mucho tiempo.

—Lo has hecho cuando te has sentido preparada —le digo, convencida.

El resto del tiempo lo pasamos hablando de cosas menos intensas, hasta que noto que Sheila termina dormida en mitad de nuestra conversación.

Vuelvo a depositar un beso en su mejilla y la dejo descansar.

Salgo de mi habitación y recorro la casa en busca de Adriano.

Lo encuentro en el jardín trasero, bajo una pérgola cubierta de enredaderas secas. Está sentado en uno de los bancos de piedra, con un cigarrillo apagado entre los dedos, mirando al cielo como si allí se ocultasen todas las respuestas.

Se gira al oír mis pasos.

—No podía dormir —murmuro.

Es una mentira. Solo estaba esperando a que mi amiga se durmiese sin sentirse sola para poder venir a buscarlo.

Él asiente, como si me hubiera estado esperando.

Me acerco y me siento junto a él.

—¿Estás bien? —Señalo su hombro.

Se mira la venda y comenta:

—Se curará.

Por un instante no decimos nada más, hasta que él rompe el silencio.

—Lo de Valentina… Me lo ha contado todo Isabella. No sé si algún día podré perdonarla. —Su voz es baja, rota, y siento cómo le cuesta pronunciar cada palabra.

—No te tienes que sentir mal por no hacerlo —le digo, mirándolo de frente—. A veces es imposible borrar el dolor, solo aprendemos a vivir con él. Creo que toda mi vida he estado resentida con Vladimir. —Cabeceo, intentado aclarar la mente—. De hecho, aún lo sigo estando, a pesar de que ha levantado la losa que pesaba sobre mí. —Adriano deja caer el cigarro sin encender al suelo —. Nunca he querido ser Matrioska, ¿sabes? No me identifico con ello. Me crie apartada de mi familia, con otra cultura… Solo quiero ser yo. Sin que esa responsabilidad recaiga sobre mi espalda.

Se mueve y atrapa un mechón que se ha soltado de mi coleta y lo coloca detrás de mi oreja.

—Si tu hermano no hubiese accedido a liberarte de ese estúpido título, no me hubiese quedado más remedio que matarlo. Tú, Alina… Te has convertido en lo único que ha tenido sentido en medio de toda esta pesadilla. —Mi corazón se detiene un segundo—. Ya te lo dije. Eres mía, *principessa*.

Su mirada aterriza en mis labios y deseo que me bese. Lo he deseado desde que salimos del búnker. Por fin nos permitimos ser dos personas que han sobrevivido. Puede que por el camino hayamos perdido demasiado, pero quizá hemos encontrado algo que realmente valga la pena.

Su boca cae sobre la mía con la misma hambre y urgencia de siempre. Y yo siento que vuelve a darme el aire que necesito para respirar.

Mi corazón late frenético.

Sus manos van a parar a mis caderas. En un solo segundo me tiene sentada sobre sus piernas. La intensidad crece rápido, como una marea que arrasa todo a su paso. Me aferro a él, a su boca, a su piel, como si fuera lo único que puede salvarme de caer por este precipicio. Nos dejamos llevar porque ya no hay leyes ni familias ni pactos. Solo nosotros.

Nuestros cuerpos se buscan con premura, y parece raro, pero en sus caricias siento una ternura que antes no existía. El pasado queda lejos y el peligro, por un instante, enterrado.

—Necesito follarte ahora. Sentir cómo me aprietas se ha convertido en mi nueva adicción.

Suelto un gemido en su oído que hace que su polla debajo de mi cuerpo se endurezca más de lo que ya estaba.

Se levanta, con mis piernas entrelazadas en sus caderas y mis brazos rodeando sus hombros y, con pasos largos y decididos, se dirige al interior de la casa.

Le beso sin poder despegarme de sus labios y él baja las manos hasta mi trasero para amasarlo. Como si no tocarme no fuese una opción.

Cuando entramos en la habitación que le han asignado, no pierde el tiempo y apoya mi cuerpo en la cama.

Con prisas y sin ceremonias se deshace de mi ropa, yo lo imito y le quito la suya con torpeza.

Suelto un suspiro al sentir su piel desnuda sobre la mía. Recorro cada rincón, cada porción que alcanzan mis manos para tener claro que es real, que lo que estoy viviendo no es producto de mi imaginación.

Mi corazón se aprieta al pensar que esta mañana, solo hace unas horas, podría haber muerto. Así es como lo sentí. Como la vida escapaba de mi cuerpo.

—Vuelve a mí, *cara* —susurra Adriano, apoyado sobre sus antebrazos y observándome desde arriba.

En ese momento me doy cuenta que he comenzado a temblar.

Cierro los ojos y respiro hondo, intentado dejar atrás los fantasmas. Cuando vuelvo a abrirlos, lo hago con determinación.

Le acaricio el mentón, los hombros. Paso mis manos con delicadeza por el que tiene vendado y continúo moviendo mis manos hasta llegar a su torso.

—Te deseo… —murmuro, estirando mi cuello para volver a atrapar sus labios.

Adriano duda, se mantiene quieto, sin saber si lo digo en serio. Por eso mi lengua busca la suya, para entre roce y lametones demostrarle que es lo que realmente quiero, que estoy bien y que necesito esto para saber que estoy viva.

Al notar que no coopera, le muerdo el labio inferior. Sus ojos se oscurecen y sonrío en mi interior al ver que eso lo hace reaccionar.

—Joder, *principessa*…

Es a este Adriano al que necesito, al rudo, al que no me trata con delicadeza como si me fuese a romper. Y gracias a un ser divino es el que recibo.

Aplasta su boca contra la mía con tal fiereza que esta vez los temblores de mi cuerpo no tienen nada que ver al miedo y sí a la excitación.

Se hace hueco y se cuela entre mis piernas, abriéndomelas tanto cuanto soy capaz.

Con una de sus manos me acaricia la entrepierna y suelto un gemido tan prolongado que siento que no tiene fin.

—Eres tan receptiva…

—Deja de hablar y fóllame, maldita sea —le exijo cuando bordea el clítoris con sus dedos.

—Y tienes una lengua tan sucia y afilada que me encanta.

Le lanzo una mirada molesta y el muy descarado tiene la desfachatez de sonreír.

Estoy por soltarle un guantazo, al más puro estilo Isabella, pero él debe intuir mis intenciones, ya que atrapa mis manos y las coloca por encima de mi cabeza y sin preámbulos siento cómo coloca la punta de su miembro y empuja sin remilgos, internándose en mi interior.

Suelto un grito que él silencia con su boca.

Comienza a embestir entre mis piernas y noto que me voy a correr de un momento a otro. Me adapto a sus movimientos, aprendiendo que sea suave y lento o fuerte y descontrolando, cualquier forma me gusta mientras sea con él.

—A las chicas mal habladas se las castiga así —susurra en mi oído, haciendo que mi piel se erice.

—¿Lo prometes? —cuestiono, ida por las sensaciones.

—Joder, *principessa* … Por supuesto que te lo prometo.

A partir de ese momento, la pasión se descontrola. Temo que con tanto meneo lleguemos a partir la cama de Yuri. Aunque luego pienso que se joda, seguro que tiene demasiados contactos y no le costará reponerla.

Cuando siento el inconfundible hormigueo en mi vientre bajo, le muerdo en el pecho para ahogar mi grito. El orgasmo me barre de tal manera que sacude mi mundo, que sería capaz de olvidar hasta mi nombre.

Escucho un gruñido, como si proviniese de un animal herido, cuando arrastro a Adriano conmigo.

Creo que hasta me he mareado por un segundo porque, cuando abro los ojos, la habitación da vueltas a mi alrededor.

Nos quedamos abrazados, con la respiración agitada y los latidos desbocados.

Adriano me acaricia el cabello, sus cálidos labios apoyados contra mi cuello.

—¿Y si repetimos esto el resto de nuestra vida? —pregunta en un susurro.

Tiene la voz ronca a causa del deseo saciado.

Sonrío y cierro los ojos.

—Sí, podríamos intentarlo —respondo.

Y, por primera vez en mucho tiempo, creo que puede ser posible. Que hay esperanza, que hay un mañana y lo que más me agrada es que hasta puede que haya un nosotros.

Porque, aunque estemos bajo la sombra de la mafia y que muchos peligros estén al acecho, esta noche, bajo el cielo de Moscú, solo somos Alina y Adriano.

Y eso, por ahora, me basta.

Capítulo 40

Valentina

La oscuridad ya no me asusta.

He aprendido a moverme en ella, a entenderla y a convertirla en parte de mí. Rýbinsk quedó atrás, reducido entre cenizas y cadáveres, pero yo sigo aquí.

Me siento ganadora. Aun así, la gloria sabe amarga.

Desde la distancia los observo. Veo cómo juegan a la familia feliz, cómo se aferran a su pequeña victoria entre abrazos y promesas vacías. Pobres ilusos. Creen que han sobrevivido. Creen que han vencido, pero no entienden nada.

La furia recorre de forma lenta mi torrente sanguíneo, como si de un veneno se tratase. No porque Dante haya caído —era un peón, un idiota con delirios de grandeza—, sino porque sigue respirando.

Parece que Adriano al fin ha encontrado la paz junto a la pequeña Pavlova. ¿Quién lo iba a decir? Aunque él nunca ha sido el problema. Él nunca ha sido el que me ha molestado, el que he sentido que me ha hecho sombra. El que se ha apropiado de cada cosa que he deseado. No. Él era asunto de Dante. Si él no pudo conseguir su propósito de acabar con él, ni siquiera me voy a molestar en hacerlo por él. Quien me molesta es ella, la persona que también veo cada vez que me miro en el espejo. Isabella.

Pensé que no saldría viva de aquí. Por eso elegí que se añadiese como Ballena Blanca, aun así, después de delatarme pensando que el agua se apoderaría de ella, ahí está, respirando. Tan perfecta como siempre se ha creído.

Incluso Vladimir sonríe a su lado. Creyendo que hay una posibilidad de paz para ellos.

Que se lo crean.

Es hora de esperar, de aguardar en las sombras, reponerme. De trazar cada hilo, cada paso, porque cuando bajen la guardia —que lo harán, siempre lo hacen—, estaré lista. Y entonces no habrá clemencia.

Escucho unos pasos detrás de mí. Ni siquiera me giro, ya sé quién es.

Larisa se acerca hasta mí y atrapa mi cara para devorarme los labios.

Le acepto el beso con gusto, saboreando su deseo descontrolado. Cuando se separa, tiene la misma mirada de siempre, fría como el hielo siberiano. Sin embargo, esta vez hay algo nuevo en sus ojos. Un brillo de satisfacción compartida.

—Has tardado —le digo, sin apartar la vista del horizonte, donde observo cómo se acercan varios helicópteros.

Ella sonríe.

—Mi marido me persiguió con insistencia, no fue fácil conseguir esquivarlo —responde.

En su voz la misma rabia que imprime cada vez que habla de él.

Quién iba a decir que Larisa pasó de ser una de mis verdugos cuando Dante me secuestro a convertirse en mi mayor aliada. Nos une un pasado indirecto. Ella, nada más verme entre los lotes, pujó por conseguir un rato a solas conmigo.

No fue benévola, descargó toda la ira que tenía reprimida pensando que era Isabella en mí. Cuando me llamó por su nombre, cuando confesó que sabía que Vladimir aún seguía enamorado de mí, de ella en este caso, vi la oportunidad clara de poder vengarme de mi propia hermana.

Vladimir tuvo que haber sido mío, yo fui quien lo conoció primero cuando lo trajo Adriano a nuestra casa, pero tuvo que aparecer ella, con su personalidad desinteresada, con su frialdad, a eclipsarlo.

No fue difícil ganarme la confianza de Larisa. Tiene una obsesión enfermiza por mi hermana que he aprovechado a mi favor. Y ha resultado ser una aliada más, demasiado valiosa, en los momentos en los que todo parecía desmoronarse.

—La fortuna del Alfa es nuestra. Las claves de la Sombra, los códigos, nombre que movía… todo está bajo mi control. Me pertenece por astucia.

—Parece que al final ha ganado, Beta. —Sonrío.

—Mejor Larisa. Dante jugó a ser Alfa, yo no necesito títulos para ser una reina.

Nos miramos. Es en este instante, sin decirlo, que lo sabemos. La Bratva Pavlov caerá y la mafia Moretti dejará de existir.

Juntas lo destruiremos todo.

Porque las que siempre fueron subestimadas, las relegadas, las sombras de los nombres grandes… Somos nosotras las que terminaremos quedando en pie.

Ahora el tablero es nuestro.

Y en la jugada solo precisamos a dos jugadores: Vladimir e Isabella.

Epilogo

Alina

Un mes y medio después…

Dicen que las cicatrices no desaparecen, que se quedan ahí, invisibles, latiendo bajo nuestra piel. He aprendido que eso es cierto. Y que a la vez te acostumbras a ellas porque vas creando nuevos recuerdos, viendo nuevas experiencias que hacen que duelan menos y, aunque no se borren, ya tienen el poder de que sangren.

Han pasado ya varias semanas desde lo de Rýbinsk y mi vida ha dado un giro de ciento ochenta grados.

San Petersburgo sigue siendo un lugar frío, de esos que, como dije, guardan secretos en cada esquina, pero ya no lo siento igual. Ahora camino por estas calles con la certeza de que he vivido lo peor y, aun así, sigo en pie.

Adriano y yo hemos intentado encontrar un equilibrio en nuestra ¿relación?

Sí, lo pregunto porque no podría etiquetar lo que tenemos, y menos en estos momentos.

Lo que sí se ha convertido en mi refugio en medio del caos. No hablamos de Dante ni de Larisa ni de Valentina. Aún no. Hay cosas que siguen doliendo, nombres que no sabemos pronunciar sin rompernos, pero cuando estamos juntos todo eso se vuelve más soportable, casi insignificante.

Por ahora he pasado la mayor parte del tiempo en Livorno, en aquel apartamento en el que pasé aquellos primeros días exigiendo su ayuda para encontrar a mi amiga. A veces, por las noches, cuando él duerme a mi lado, escucho el rumor de helicópteros lejanos. Me pregunto cuántos monstruos quedarán sueltos ahí afuera. Cuántas sombras siguen susurrando por las esquinas.

Ya no tengo miedo porque he descubierto que dentro de mí también hay oscuridades y que, si me lo propongo, puedo morder. Que puedo ser tan cruel como quien ose atacarme.

Isabella decidió medio adoptar a Sheila, la verdad es que no lo entiendo. La italiana no es agradable la mayor parte del tiempo. No sé qué que puede salir de esa asociación, y eso es lo que más me preocupa. Ambas tienen un carácter tan distinto que… Espero que Isabella no amenace a mi amiga con presentarle a Simone. El nuevo, por supuesto, el antiguo Simone debieron quitárselo cuando nos secuestraron y aún no ha superado su pérdida, por eso mejor no sacar el tema.

De Yuri no hemos vuelto a saber nada, desapareció supongo que en sus negocios turbios. A Marco lo veo a menudo y ha vuelto a tener esa chispa de la primera vez que lo vi, antes de ir al Mystral.

Y yo…

Yo sigo aprendiendo a vivir con los fantasmas.

Quizá un día volvamos a la guerra, quizá las heridas se abran de nuevo o quizá haya otros nombres, otros enemigos, otras traiciones, pero hoy no.

Mejor que hoy no sea el día.

Creeréis que me he olvidado de alguien. No, no lo he hecho. Si no he mencionado a Vladimir es justo porque en estos momentos me dirijo a verlo.

Ando a grandes zancadas por el pasillo de su casa de San Petersburgo mientras Adriano me pisa los talones.

Por cierto, Vladimir sigue buscando a Larisa, aunque ni él se atreva a reconocerlo en voz alta. Sin embargo, no estoy aquí por eso.

He venido por un tema que urge mucho más.

Miro a Adriano, que sonríe a mi espalda, tiene ese brillo en los ojos que me recuerda que merecemos algo bueno. Respiro hondo porque ahora me siento muy cabreada.

—Cállate —le gruño.

—Yo no he dicho nada. —Levanta las manos como si fuese inocente, pero os aseguro que de inocente nada.

—No hace falta que hables. Te lo leo en la mirada —le digo de forma inquisitiva.

—Es que no sé por qué te lo tomas tan mal.

«Será posible».

—Lo que yo no entiendo es por qué tú te lo tomas tan bien.

Sonríe. Su sonrisa es tan amplia que me arrepiento de no haberme comprado yo también a un Simone. Aunque con la suerte que tengo, seguro que acabaría clavándomelo a mí misma.

Suelto un ruido indignada y continúo avanzando hasta el despacho de mi hermano.

Abro sin llamar a la puerta y él se levanta sorprendido. Su primer instinto es llevar su mano al costado, donde tiene el arma. Al ver que somos nosotros, suelta un suspiro de alivio.

Sentiría pena por él si no estuviese en este estado de perpetua molestia. No debe ser nada fácil vivir con la incertidumbre de que en cualquier momento aparezca tu esposa y tengas que matarla.

—Estarás contento, ¿no? —suelto, plantándome frente a su escritorio.

Vladimir frunce el ceño y lo profundiza más, supongo que al ver la sonrisa de Adriano.

—¿Es una pregunta trampa? —cuestiona él.

Parece que es cosa de familia porque, al ver la confusión grabada en su cara, resoplo.

Con un manotazo dejo lo que llevo en la mano, estampándolo contra su escritorio.

—Al final has ganado, parece que acabas de conseguir a tu Matrioska.

Mi hermano mira hacia abajo y parpadea al ver el Predictor. Porque sí, lo habéis adivinado.

Estoy embarazada.

No sé si reír, llorar o flipar como he hecho hasta ahora.

—Esto…

Vaya, parece que por una vez en la vida he dejado a Vladimir sin palabra.

Mira a Adriano al ver que yo me cruzo de brazos.

—No se lo ha tomado muy bien —dice el graciosillo del italiano.

Y claro, tras esa declaración estallo.

—¿Cómo me lo voy a tomar bien? Ni siquiera tengo veinticinco años.

—Piénsalo por el lado bueno, cuando nuestro hijo o hija sea mayor de edad, tú aún serás una mami sexi y *buenorra*.

Me siento en el sillón frente al escritorio y me tapo la cara con las manos.

Sé que soy una persona horrible y que sueno como si no quisiese a la vida que se esté creando en mi interior, y no es así, ya lo amo a pesar de que esté de tan solo una falta. Es solo que siento que no era el momento. Soy muy joven. Adriano y yo apenas nos estamos empezando a conocer como para asumir una responsabilidad así.

Sin embargo, aparte de todas esas dudas que no dejan de asustarme, lo que más descuadrada me tiene ante esto es lo bien que ha reaccionado Adriano. Hasta donde yo sé, que tampoco es que sea mucho, la mayoría de hombres escuchan «embarazo» y terminan huyendo a la otra punta del planeta. Y él… No sé, se lo ha tomado con una tranquilidad y una aceptación que me ha descolocado.

—Esto no cambia nada, Ali —habla mi hermano—. No voy a volver a imponerte algo que no desees.

—Pero será un Pavlov, cuando los antiguos *vore v zakone* se enteren te exigirán…

—Me suda la polla lo que esos vejestorios opinen —endurece la voz—. Es cierto, será un Pavlov, pero también será un Moretti. —Observo la tristeza y el dolor cruzarle la mirada, recordando que justo él perdió a alguien de la misma unión—. Soy el *pakhan*, y si no les gusta la forma de dirigir a la Bratva, aquí estoy —abre sus brazos —, listo para presentar batalla.

Tras esas palabras, miro a mi hermano con otros ojos. Sé que está teniendo bastantes problemas con los *vore v zakone*, y me temo que sus disputas son solo el pico del iceberg.

No están de acuerdo con que Vladimir quiera modernizar la Bratva. A pesar de que eso pueda generar muchos más ingresos, no

están a favor de que haya cambios. No son muy pros de renovarse o morir.

Y en este momento lo decido, si se inicia una guerra, yo estaré a su lado para apoyarlo.

Porque por mucho que me haya negado, por mucho que me haya resistido, ahora no se trata de mí, sino que hay alguien al que debo de proteger por encima de todo y de todos, me toco la barriga por instinto y sí, resulta que después de todo sí que me preocupo por la unión familiar y me comporto como una verdadera Matrioska.

Agradecimientos

Llegó el momento de los agradecimientos y esta vez todos son para vosotros, mis lectores que siempre estáis ahí confiando en mis historias y disfrutando con la misma ilusión que yo lo hago.

Y sí, perdonadme, he sido mala. Con razón ciertas personas (ellas saben quiénes son) me llaman Chucky.

Sé que os he dejado con los dientes largos, con ganas de más de una pareja, y es que yo me he quedado exactamente igual que vosotros. Prometo que no iban a tener su historia, que la siguiente era otra que tendré que posponer para después de la de Isabella y Vladimir. Porque sí, me susurran tantas cosas, y pocas buenas, que ya estoy inmersa en su historia. Tanto que aquí, solo para ti, por haber llegado hasta el final te dejo la sinopsis.

Espero que hayas disfrutado de Alina Pavlova y Adriano Moretti porque la otra parte de la familia…Ufff

No prometo que no os encariñéis de Simone…

¡GRACIAS!

Sinopsis

Me llamo Isabella Moretti y me crie en el corazón de la Cosa Nostra, donde la lealtad es un arma de doble filo y las traiciones se pagan con sangre. Desde pequeña aprendí a sobrevivir en un mundo de hombres y a defenderme con algo más afilado que las palabras. Simone es la única compañía en la que confío a ciegas. Ha sido mi escudo, mi sentencia y a veces mi única forma de respirar.

Mi pasado es un rompecabezas que nadie logra descifrar. Lo oculto detrás de una sonrisa irónica y una mirada que corta más que un cuchillo. Pero ahora tengo una herida que dudo deje de sangrar.

Con la guerra llamando a la puerta y un enemigo acechando en cada esquina, me veo obligada a hacer lo impensable: aliarme con el hombre que destrozó mi vida y me rompió el corazón en mil pedazos para que me pueda ayudar a descubrir la verdad.

Porque en esta nueva partida, la venganza es un juego que no pienso perder.

Firmado: **Bella-Donna**

Nota de Autor



Soy Noelia Frutos, nací en Puertollano (Ciudad Real) en 1983. Una apasionada de la lectura, libro que cae en mis manos, libro que devoro. Entre mis géneros preferidos está la romántica, en todas sus vertientes.

En el 2019, tras llevar muchas lecturas a mi espalda, decidí aventurarme a escribir mi primera novela romántica, creando así el universo de la banda de rock DarkChord (Acorde Oscuro).

Mi última novela Katrina, se viralizó en TikTok lo que consiguió que llegase a muchísimos de vosotros.

Extrovertida y optimista por naturaleza, siempre intento meter altas dosis de humor en mis novelas a pesar que nunca puede faltar

un toque de drama de por medio y amor..., sobre todo amor.

Si te apetece saber más de mí puedes encontrar mis libros en el siguiente código QR:

¡¡Nos vemos en las redes!!

Instagram: @noeliafrutos_autora

Facebook: Noelia Frutos
Tiktok: noeliafrutos_autora
Twitter: noelia_frutos